

Rafael Azcona

Estrafalarario

**INCLUYE:
LOS MUERTOS
NO SE TOCAN, NENE
EL PISITO
EL COCHECITO**



Lectulandia

«Estaba convencido de que morir en primavera era un despropósito: el mundo ofrecía épocas más adecuadas para abandonarlo y sólo a un bohemio o a un anarquista se les podía ocurrir fallecer cuando todo en la tierra empezaba a renacer; de tan asociales sujetos cabía esperar cualquier cosa, incluso que arrastrados por su perversidad fallecieran en señalados días de fiesta, el colmo, pues los días de fiesta estaban en los calendarios para celebrarlos con la misa mayor, el concierto de la banda municipal, el arroz con pollo comido en familia y la corrida de toros, de haberla, y no para enlutarlos con un cadáver». Novios que sueñan con una luna de miel sin salir del hotel; guardias municipales que no se suicidan sólo porque tienen nueve bocas que alimentar; pordioseros que hacen de la mendicidad un arte; ancianos que fingen una parálisis para conquistar su libertad: antihéroes que pueblan una época gris y que proporcionan una mordaz ironía a las historias de Azcona. La visión amarga y desencantada de una realidad mediocre puede desencadenar una sonrisa.

Lectulandia

Rafael Azcona

Estrafalarío

ePub r1.0

Titivillus 07.04.16

Título original: *Estrafalarío*
Rafael Azcona, 1999

Editor digital: Titivillus
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LOS MUERTOS
NO SE TOCAN,
NENE.



*A las Pompas Fúnebres,
sin cuyo concurso la Muerte no sería
una cosa de tanto lucimiento.*

I. El óbito

*Cardos y penas llevo por corona,
cardos y penas siembran sus leopardos
y no me dejan bueno hueso alguno.
No podrá con la pena mi persona,
rodeada de penas y de cardos;
¡cuánto penar para morirse uno!*

MIGUEL HERNÁNDEZ

Don Fabián Bígaro Perlé estaba convencido de que morir en primavera era un despropósito: el mundo ofrecía épocas más adecuadas para abandonarlo y sólo a un bohemio o a un anarquista se les podía ocurrir fallecer cuando todo en la tierra empezaba a renacer; de tan asociales sujetos cabía esperar cualquier cosa, incluso que arrastrados por su perversidad fallecieran en señalados días de fiesta, el colmo, pues los días de fiesta estaban en los calendarios para celebrarlos con la misa mayor, el concierto de la banda municipal, el arroz con pollo comido en familia y la corrida de toros, de haberla, y no para enlutarlos con un cadáver.

¡Qué dislate, morir cuando al otro lado de la ventana la primavera encendía en los hombres de bien el ansia de vivir! ¡El ideal sería apagarse en otoño, y a ser posible el primero de noviembre; de morir en tan señalada fecha incluso un pelafustán puede esperar que en los aniversarios de su óbito el mundanal ruido se acalle un poco, y si el pelafustán es optimista hasta confiar en que alguien, aunque sea por error, deje unas flores y una oración sobre su tumba!

Eso es lo que pensaba el señor Bígaro Perlé. Sin embargo, y muy a su pesar, el caballero se estaba muriendo en pleno mes de abril: sus noventa y nueve años eran otras tantas razones para morir en primavera y hasta en Pascua de Resurrección. En realidad debía haberse muerto hacía ya mes y medio cuando don Fortunio, médico de cabecera de la familia, lo despachó lavándose las manos en una palangana: «Llamad al cura, que aquí la ciencia médica se confiesa impotente», sentenció aquella lumbrera; si don Fabián seguía respirando se debía no tanto al afán de llegar a centenario —bueno, sí, la proeza le tentó los primeros días de su agonía, pero ya había renunciado a tan estúpida vanidad— sino a su convicción de que una persona como él estaba obligada a despedirse de la vida con una frase imperecedera:

El campesinado, el peonaje, el servicio doméstico y el quídam en general se pueden morir sin decir nada o, en el mejor de los casos, soltando una jeremiada cualquiera con el último suspiro, «¡Ay, que me muero!», por ejemplo, pero un Jefe de Administración Municipal, Medalla al Mérito Agrícola, Hermano Mayor de la Cofradía del Santo Madero y Presidente de Honor del Club Taurino como yo, no debe abandonar el mundo así como así.

Cierto que la postración y la debilidad de su estado le impidieron pronunciar las dichas últimas palabras en las contadas ocasiones en que tuvo a sus deudos al alcance de la voz, pero también era verdad que ellos no demostraban mayor interés en escucharlas, pues los descastados, apenas el R. P. Amelgo le administró los Santos Sacramentos, empezaron a espaciar y acortar sus visitas; aquella misma mañana iban a dar las once y el único ser vivo que había entrado en la alcoba era Abelarda, la criada, y sólo para pasarle el plumero a los muebles.

A don Fabián Bígaro Perlé le dolía horrores reconocer que los miembros de su familia se estaban portando como cocheros, pues para él la Familia —ciertas palabras

las pronunciaba siempre con mayúsculas— era sagrada, y vituperarla aunque sólo fuera con el pensamiento se le antojaba tan criminal como renegar de la Religión o de la Patria e incluso de la Fiesta Nacional. Pero ¿qué otra cosa podía pensar, si aquellos desgraciados no tenían perdón de Dios? Mariano, su propio hijo, ya septuagenario, se acercaba a la cama oliendo a alfalfa seca, pues era almacenista de piensos y forrajes, lo miraba de hito en hito durante un par de minutos, y en sus ojos se podían leer perfectamente cosas como: «Desahuciado por la ciencia y a bien con Dios, ¿a qué viene esta resistencia a morir, papá?». Una delicada alusión si se comparaba con la desconsideración de Pablo, el marido de su nieta Luisa, un brigada de la Remonta todo tripa y mantecas, que habituado al trato con los semovientes le gruñía a su mujer: «¡Terco como una mula hasta para morir!». Tortas y pan pintado al lado de la irreverencia de Fabianito, el primogénito de la pareja, quien al volver del colegio voceaba desde el vestíbulo, tomando a chacota la afición del bisabuelo a la Fiesta Nacional: «¿Qué, dobla o no dobla?». Pero las zurrapas de las heces de tan amargo cáliz las bebía el anciano moribundo cada vez que Lolín, hermana menor de Fabianito, se plantaba ante su cama para espetarle, con la inconsciente crueldad de la infancia: «¡Tonto, más que tonto, que pareces tonto! Como no te mueras no voy a poder hacer este año la primera comunión, con el traje tan bonito que me han hecho, que parezco una princesa».

—Nada, seguimos lo mismo —rezongó don Pablo tras tomarle el pulso a su abuelo político. Y siguió—: Y yo me pregunto: ¿por qué no llamamos de una vez al doctor Salamoya?

—Tiene razón Pablo —chirrió la hija del almacenista de piensos y forrajes con aquel chirrido que tenía por voz, un chirrido que a su propio esposo le recordaba el del torno de los dentistas—. El día de la Ascensión está como quien dice a la vuelta de la esquina y si la nena no comulga este año, el vestido se le quedará pequeño para el que viene.

El chirrido sacó de un profundo sopor a don Fabián:

Y ahora, ¿qué quieren? Algo deben de estar tramando, nunca se habían presentado así, en manada. A ver si aprovecho la ocasión, cualquiera sabe cuándo volverán a congregarse aquí estos miserables.

—Pero la nena, ¿no puede hacer la primera comunión otro día? No sé, el del Corpus, sin ir más lejos —objetó tímidamente don Mariano. Y profetizó—: Porque mi padre no llega al Corpus, eso seguro.

Reunidas sus escasísimas fuerzas don Fabián movía el bigote, parpadeaba y torcía la cara, todo con la intención de llamar la atención del trío.

—Es que mi hermano, mi cuñada y mi tío el canónigo ya han sacado los billetes del tren, a ver si me comprende —razonó el brigada, soltando una de sus muletillas exasperantes. Que eran dos: una la citada y otra «a ver si me entiende».

—Imagínate, papá: venirse desde Murcia para nada, con el empeño que tiene el canónigo en ser él quien le dé a Lolín la primera comunión.

—Capaz es de excomulgarla, con el genio que se gasta —acudió en apoyo de Luisa su marido.

Visto que nadie reparaba en sus visajes, don Fabián hizo lo posible por emitir un gemido con el aliento que tenía reservado para legar sus últimas palabras a la Humanidad; en sus oídos el gemido sonó como un pitido lacerante, pero la verdad es que fuera de su cráneo resultó inaudible.

—Además, la niña está ahora muy bien preparada, que hasta dice que quiere ser santa, y sería una pena que perdiera la ilusión; el mismo padre Amelgo nos lo ha advertido.

—Bueno, y el doctor ese que decís, ¿qué va a hacer, si mi padre ya no tiene remedio?

Don Fabián los hubiera ahogado con sus propias manos. ¡Infames! ¡Ah, si los pudiera desheredar!

—El doctor Salamoya es una eminencia —dijo don Pablo, envuelto en el humo del caliqueño que acababa de encender.

—Ya puede —ponderó doña Luisa—. ¡Con lo que cobra!

—Salamoya, Salamoya... —repetía entre dientes don Mariano, a quien con la

edad empezaba a fallarle la cabeza—. Pero ¿no es ese a quien llaman especialista en certificados de defunción?

—Habladurías, papá, eso son habladurías —le cortó su hija—. Que venga y que sea lo que Dios quiera.

Hacía ya rato que don Fabián, agotado, había dejado de gemir, o sea, de pitar: *Muy bien: que sea lo que Dios quiera y si lo que Dios quiere es que yo no pronuncie mis últimas palabras, que me permita ir cuanto antes a hacerle compañía a mi pobre Rosarito, que lleva tantos años en el panteón familiar —y como el hombre estaba ya más en el otro mundo se permitió el lujo de llamar asesino a su hijo—: ¡Setenta y uno exactamente, los que tiene ese adoquín de Mariano, que la mató al nacer!*

Nada recordaba en el doctor Salamoya a esos mediquitos modernos ataviados con trajes de tonos claros, lazo de pajarita, zapatos de suela de crepé y cartera de negocios con cremallera, capaces de entrar en casa de los enfermos tarareando un alegre pasacalles; el fúnebre facultativo vestía de riguroso luto, negro el sombrero, negra la barba, negro el traje, negra la corbata, negro el maletín de fuelles, negro el bastón y negras las botas, y el cavernoso gorgoteo que salía de su garganta sonaba a salmo penitencial:

—El enfermo, rápido, ¿dónde está el enfermo?

Lo preguntó como si temiera encontrarlo ya exánime —en cuyo caso no podría cobrar la visita, claro— y sin prestar atención a las explicaciones que sobre el caso intentaban darle don Mariano, don Pablo y doña Luisa, se internó en la casa husmeando como una hiena hasta localizar la habitación que gracias a su ciencia iba a ser en brevísimo plazo cámara mortuoria.

¡Qué distintas sus maneras de las de don Fortunio, amigo antes que galeno, quien en el trance de visitar a un enfermo, y fuera cual fuera la gravedad del caso, se interesaba primero y en detalle por la salud de los demás miembros de la familia, como si la del encamado no tuviera la menor importancia, y luego, ya cara a cara con el paciente, empezaba por afearle su conducta: «¿Qué haces ahí, podrigorio? —don Fortunio llamaba así a sus clientes, pero con cariño—. ¿No sabes que la cama come más que la enfermedad?! ¡Arriba, caballo moro! —y entre tanto le ponía las botas—. Ahora mismo nos vamos tú y yo a Casa Baldomero a comernos un conejo con una botella de vino, que eso entona el cuerpo mejor que ninguna medicina». Todo era una farsa, naturalmente, pero el tratamiento animaba tanto al enfermo que, de no estar en coma irreversible, intentaba alzarse de la cama; se decía que el bondadoso doctor había puesto en pie a clientes con fracturas de ambas piernas, pelvis y base del cráneo, lo que sin duda era una exageración. Pero, en cualquier caso, lo cierto era que una vez tomado el pulso del podrigorio le examinaba el epitelio volviéndole del revés un párpado, le bajaba la lengua con la cuchara aportada por la criada de la casa, y una vez visto el aspecto que presentaban sus amígdalas —las del podrigorio en cuestión, no las de la doméstica, aunque si la pechuga de la chica lo merecía, a la pechuga se le iba la cuchara a don Fortunio, que lo docto no quitaba lo galante— y en menos que se dice un credo prescribía un consomé con la yema de un huevo, una rodajita de merluza cocida y dos dedos de vino —el vino siempre que fuera bueno, precisaba severo—, porque según don Fortunio el organismo de un enfermo sabía más de su mal que el propio médico, quien debía limitarse a no precipitar el deceso con su intervención: «Quien caga duro, pee fuerte y mea claro no ha menester médico ni cirujano», ésa era su divisa. Otra cosa era la cirugía: «Ahí —se rendía— cortar por lo sano y sin duelo».

Absolutamente despreocupado de la admiración que su técnica provocaba en los

presentes, el doctor Salamoya, que ya estaba a lo suyo, fue descoyuntando las articulaciones del moribundo con el fin de colocarlo en las posiciones más convenientes para golpearle las rodillas, los codos y el colodrillo con un martillito metálico, y una vez consumados el dislocamiento total y la percusión general de su víctima la abandonó en decúbito supino, y con voz ominosa previno a los presentes:

—Resignación. No le doy más de cuatro minutos.

Dicho esto devolvió el martillito al maletín, sacó del bolsillo del chaleco un reloj, tomó con la otra mano la muñeca del ya efectivo moribundo, y empezó a contar:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Obnubilado por el dolor —y por su afición a la Fiesta Nacional, todo hay que decirlo— don Fabián tuvo la sensación de haber sido destroncado por una faena de castigo. Y en consecuencia emitió lo que parecía un mugido:

—Muuuu...

El brigada, que por algo estaba destinado en la Remonta, lo confirmó:

—Parece que muge.

—Un poco de respeto, puñeta —protestó don Mariano en voz queda—. Deben de ser los estertores.

El doctor Salamoya estaba a punto de rebasar el primer minuto, pero interrumpió la cuenta para confirmar:

—Exactamente —y siguió—:... cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta... Un minuto. Uno, dos, tres, cuatro...

Don Fabián apretó los puños y los esfínteres todo lo que pudo, no mucho pero sí lo suficiente para desorbitar los ojos y boquear como un besugo fuera del agua, y en esta ocasión, gracias a Dios, don Mariano lo advirtió y dedujo que su padre quería decirle algo:

—Espere, espere —intentó interrumpir la cuenta del doctor Salamoya. Y pegó la oreja a la boca paterna—: Dime, papá, dime.

El agonizante recuperó instantáneamente su fe en la Familia con mayúscula: Mariano, su único hijo, aquel mentecato que por su incapacidad para el estudio se había quedado en almacenista de piensos y forrajes, allí estaba a la hora de la verdad, pendiente de sus labios, dispuesto a recibir el precioso legado de aquella frase que iba a pasar a las enciclopedias; eso si no la grababan en mármol o la fundían en bronce. Que todo podría ser.

—Dime, dime, papá —insistía don Mariano, solícito.

—... Cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco... —seguía el doctor Salamoya.

Don Fabián aspiró todo el aire que le permitió su maltrecho aparato respiratorio, lo expelió convencido de que con él echaba fuera las famosas últimas palabras y ya, aliviado, se dispuso a morir como Dios manda.

—Cosa más rara.

El perplejo era don Mariano, que en el gorgoteo brotado de la boca de su padre

creyó haber entendido la palabra «patatas». Y por duplicado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó doña Luisa.

—Ha dicho: «Patatas, patatas» —informó don Mariano—. Dos veces: «Patatas, patatas».

La estupidez de aquel unigénito en quien acababa de poner todas sus complacencias interrumpió el viaje de don Fabián a la eternidad.

—Será que tiene hambre —dedujo don Pablo.

—Ah, pues si quiere patatas, yo le doy patatas —proclamó su cónyuge.

—... Cincuenta y nueve y... —el desalmado doctor interrumpió la cuenta para prohibir—: De patatas, nada.

¡Eso, eso, patatas, no, patatas, no!

El moribundo lo gemía mentalmente, sin aliento ya ni para empañar un espejo.

—¿Cómo las quieres? —le preguntaba su nieta—. ¿Asadas? ¿Fritas? ¿Suflés? ¿Cocidas? ¿A lo pobre? ¿En salsa verde? ¿Con chorizo?

—Insisto, la fécula queda terminantemente prohibida... —vetaba el doctor Salamoya, antes de pasar a la cuenta del tercer minuto—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Jamás en su larga vida ensució una palabra malsonante la boca del señor Bígaro Perlé, y ahora, justo antes de morir, a punto estuvo de condenarse a las penas del infierno por toda una eternidad profiriendo —siempre con la imaginación, claro— una horrorosa blasfemia; aterrado por el riesgo que acababa de correr su alma, don Fabián se dejó de vanaglorias: *Hágase la voluntad de Dios; me iré de este mundo diciendo «patatas, patatas». Y ahí me las den todas.*

—¿No me oyes, abuelo?

—... Veintiuno, veintidós, veintitrés...

—Deliraba, es lo normal.

Lo que en otro tiempo fue jefe de administración municipal ya no les escuchaba: constituido en espectador de esa película en la que los humanos —según dicen— revivimos nuestras vidas, repasaba algunos momentos de la suya... Allí estaba, con nueve añitos, en el trance de cumplir una buena acción cruzando a un ciego de acera y recibiendo los furiosos bastonazos del invidente, hastiado de que los niños ejemplares lo trajeran y llevaran constantemente de un lado a otro de la calzada... La proyección pegó un salto y lo devolvió a la adolescencia, a aquella tarde de verano en que sorprendió a su adorable prima Asunción masturbando en un pajar al tonto del pueblo, que la animaba: «Dele, dele, señorita Asun... que luego se lo confiesa... y como si nada...». Otro paso adelante del apresurado film le hizo cumplir de nuevo los treinta y cinco años: su padre, considerándolo ya hombre hecho y derecho, le entregaba la llave del portal y le autorizaba no sólo a fumar y a dejarse el bigote, sino también a casarse con María del Rosario, el ángel con el que llevaba doce años de relaciones... El corazón se le alborotó al volver a la noche de bodas: aterrada ante la perspectiva de perder su doncella, celosamente conservada durante tanto tiempo,

Rosarito se encerró en un armario y hubo que acudir a un padre capuchino para que la devolviera a la cama: «Sal, hija, sal —le suplicaba aquel santo varón—. Sal y vuelve al tálamo nupcial, en el que puedes perder la virginidad impunemente...».

—... Y sesenta —el doctor Salamoya, tras soltar la muñeca del cadáver y devolver el reloj a su chaleco, se conolió—: Señores: mi más sentido pésame.

—¡Papá! —don Mariano, asumiendo trágicamente su orfandad, se abrazó a su padre.

Doña Luisa, en cambio, no acababa de creérselo:

—Cómo se va a morir, si estaba hace un momento pidiendo patatas.

—Cuatro minutos. Ni un segundo más ni uno menos —se pavoneó el letal facultativo, mientras aprestaba la estilográfica y el bloc de certificados de defunción:

—¡Pobre don Fabián, con lo bueno que era! —sollozaba Abelarda, santiguándose con la cuchara que el doctor Salamoya había rechazado.

—Ha doblado —le susurró Fabianito a su hermana Lolín, de regreso los dos de sus colegios.

—Entonces, ¿ya puedo hacer la primera comunión? —corrió alborozada la pequeña hacia su madre.

—Fabianito, tú a estudiar a tu cuarto —don Pablo, que no en vano pertenecía al ejército, encadenó las órdenes—. Lolín, sube a jugar con los niños del quinto. Abelarda, a llorar a la cocina. Luisa, dale una copa de cazalla a tu padre. Doctor, muy agradecido, ¿qué se le debe?

II. Los primeros momentos

*Aquel cadáver tenía
en su muñeca un reloj
que marchaba todavía.*

EDUARDO ALONSO

1

Una vez que el especialista en certificados de defunción, percibidos sus honorarios, salió de la casa bramando un trozo de gregoriano, los desconsolados deudos se dedicaron a dar rienda suelta a su dolor: trastornado por la intensidad del suyo — bueno, la cazalla también debió de influir en su insania— don Mariano se arrojó varias veces contra los muros, empeñado en romperse la cabeza para reunirse lo antes posible con su padre; doña Luisa, deambulando por el pasillo con una bolsa de hielo en el cogote, repetía sin tregua: «¡Pobrecito, morirte ahora que iba a cumplir los cien años y podía haber salido en el periódico!»; Lolín no dejaba de llorar, convencida de que iba a hacer la primera comunión con el traje blanco teñido de negro; a don Pablo lo torturaba una fastidiosa idea: *¿Y si el día de mañana Fabianito y Lolín me ponen en manos de un secuaz del doctor Salamoya?*; Abelarda, entre sollozo y sollozo, se limpiaba el moco y volvía a salar el cocido cada vez que se preguntaba si ya lo había salado; encerrado en el baño, Fabianito, poeta en la clandestinidad, se disponía a escribir un soneto elegíaco dedicado a su bisabuelo: según el escolapio Hermano Marcelo, su profesor de Lengua y Literatura, don José Zorrilla, el autor del Tenorio, se hizo famoso de la noche a la mañana declamando unos versos ante la tumba de un escritor que se llamaba Larra.

Co-moel-ra-yo-ful-mi-nal-no-bleo-li-vo...

contó Fabianito con los dedos las sílabas del primer endecasílabo. Pero abandonó el empeño al recordar que su padre lo tenía amenazado con herrarle los pies y las manos si volvía a pillarlo haciendo versos. ¿Para qué escribirlos, si luego no podría recitarlos?

Así es que dejó a un lado la poesía y volvió a la realidad de la vida, o dicho de otra manera, a sus asuntos personales. Que eran dos: a) amar platónicamente a Elenita, una chica de su edad, pálida, rubia y con los ojos azules, hija del Registrador de la Propiedad, y b) masturbarse a la salud de Abelarda, la criada, cuyas succulentas carnes lo traían loco.

Poco a poco los llantos se fueron quedando en suspiros y los suspiros en nada, y cuando el alboroto inicial degeneró en embarazoso silencio don Pablo desató a su suegro —hubo que atarlo en una silla para impedir que estampara la sesera en las paredes—, le pegó un nuevo tiento a la botella de cazalla y planteó el problema que debían resolver con carácter de urgencia:

—Bien. Tenemos que hablar del entierro.

—Al toro, que es una mona —sollozó don Mariano, que había heredado de su padre la afición a la Fiesta Nacional.

La entrada de Abelarda, que le traía a doña Luisa la bolsa de hielo recién rellena, interrumpió el debate:

—Señora, que Lolín se ha puesto el traje de la primera comunión y no quiere subir al quinto.

—¡Pues quítaselo y súbela a bofetadas! —vociferó doña Luisa con su voz estrídula. El esdrújulo adjetivo era cosa de Fabianito; lo tenía colocado en un epigrama dedicado a su madre, pero lo malo era que no le encontraba consonante.

—Es que me ha mordido un dedo —Abelarda mostró la mano, con las huellas de un mordisco en el pulgar—. Pero está guapísima, señora: se ha pintado los labios y las uñas y se ha dado colorete y parece mismamente una novia.

—¡Esa criatura va a salir a la pérdida de tu hermana! —agoró don Mariano hacia su hija.

Se hizo el silencio, ahora ominoso: doña Luisa miró a don Pablo, don Pablo miró a don Mariano, don Mariano miró a doña Luisa, doña Luisa miró a don Mariano, don Mariano miró a don Pablo, don Pablo miró a doña Luisa, y la ronda de miradas habría seguido quién sabe durante cuánto tiempo sin la intervención de Abelarda, que por decir algo preguntó:

—¿Pongo la mesa, señora?

—¡Para comer estamos! —se lamentó la señora, colocándose la bolsa de hielo en la cabeza; luego, tras beber un buche de la botellita de Agua del Carmen que la confortaba en los momentos difíciles, rectificó—: Ponla. Y que no se enfríe la sopa.

Libre de la presencia de la doméstica, el trío volvió al tema que lo ocupaba:

—Bien. Lo primero en estos casos es avisar a la funeraria, a ver si me entiende —le confió don Pablo a su suegro, en el tono de quien revela un secreto. Y gritó hacia el pasillo—: ¡Fabianito!

Hasta el comedor llegó la descarga de la cisterna. El brigada, que se disponía a encender uno de sus apestosos caliqueños, amenazó:

—Como lo pille un día dándole al tanganyillo, lo hierro.

—Hombre, Pablo, no creo yo que el chico, con su bisabuelo todavía caliente...

Entraba Fabianito ajustándose el cinturón.

—¿Se puede saber qué haces todo el puñetero día metido en el baño?

—Estaba pensando en el bisabuelo.

—Bueno, bueno, ya hablaremos tú y yo. A ver, la guía de teléfonos, que nunca está donde debería estar; tengo que avisar a la funeraria.

—A quien habrá que llamar es a Clara.

La frase de doña Luisa tuvo los efectos de un escopetazo: a don Mariano se le fue por otro lado la cazalla y a punto estuvo de ahogarse; a don Pablo se le descolgó la mandíbula, lo que imprimió a su rostro una expresión de definitiva imbecilidad; y a Fabianito, alertado, se le enderezaron las orejas como a las liebres:

—¡A esa desgraciada, ni nombrarla! —clamó don Mariano cuando se lo permitieron sus toses.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido? —se maravillaba don Pablo.

Fabianito, que llevaba años intentando saber qué crimen cometió aquella misteriosa tía suya para que su nombre fuera tabú en la casa, optó por hacerse el tonto y ver si así, por fin, se aclaraba el misterio.

—Quien primero la ha nombrado has sido tú —desafió doña Luisa a su padre.

—¿Yo? Pero —requirió al testimonio de su yerno—, ¿tú la estás oyendo?

—Bueno, la verdad es que usted ha dicho que Lolín va a salir al pendón de Clara —puntualizó don Pablo.

—¡A mi hija, sea lo que sea, sólo la llamo pendón yo!

—Papá, dejémonos de discusiones y vamos al grano.

—¡Y menudo grano! ¡Un divieso! —gruñó el viejo rellenando su copa.

—Si no la avisamos y se entera de que el abuelo ha muerto, Clara es capaz de presentarse y armar un escándalo en pleno velatorio.

—¡Y delante del alcalde! —se espantó don Mariano—. Porque el alcalde vendrá al velatorio.

—En cambio, si la llamamos y le dejamos que le dé un beso por las buenas...

—¿Al alcalde? —se extrañó su marido.

—Al abuelo, que parece idiota —chirrió doña Luisa—. O sea, que avisándole cumplimos, y aquí paz y después gloria.

Mientras ella hablaba se oía el *chop chop* de los sesos de don Mariano batiendo contra su cráneo; tan violentamente negaba con la cabeza:

—No, no, no...

También cabeceaba don Pablo, pero no para negar, sino para expresar toda su pesadumbre:

—Primero se muere el abuelo, y ahora nos vemos en esta disyuntiva. ¡Las desgracias nunca vienen solas!

—Bueno. Yo ya he dicho lo que tenía que decir —concluyó doña Luisa—. Vosotros decidiréis, que tengo otras cosas que hacer.

Y con la bolsa de hielo en la cabeza salió del despacho rumbo a la cocina.

—Usted es el padre —el brigada reencendió el caliqueño—. ¿Qué dice?

—¡Que el mío se revolverá en su tumba si esa desgraciada entra en esta casa!

—Tampoco hay que exagerar; el pobre, que en paz descanse, todavía está en su cama.

—¡Peor me lo pones, porque se revolverá en su cama y lo verá el alcalde!

La imagen debió de impresionar a don Pablo, que se sumió en un silencio, ahora sepulcral, del que salió después de beberse de un trago lo que quedaba en su copa:

—Tampoco, porque durante el velatorio ya estará metido en el féretro...

—¡Pues se revolverá en el féretro! —el almacenista de piensos y forrajes estaba empeñado en que el cadáver de su padre se revolviera; dónde, le daba igual.

—No se obceque, puñeta. Los muertos sólo se remueven en la tumba, y cuando su padre esté en la suya ya puede revolverse todo lo que le dé la gana, que no lo verá ni el alcalde ni nadie, a ver si me comprende.

—Papá, el abuelo hablaba en metáfora —intervino, incauto, el retórico Fabianito. Don Pablo se volvió hacia su hijo, como sorprendido de verlo allí:

—¿Tú qué haces aquí?

—No sé. Me has dicho que te traiga la guía de teléfonos.

—¿Y dónde está?

—Ahora iba a buscarla.

—¡Tú, a estudiar a tu cuarto!

Salió del comedor el chico, sólo lo imprescindible para pegarse a la pared del pasillo y estirar la oreja hacia la puerta del comedor.

—Aquí lo que importa es no remover la mierda, a ver si me comprende, porque la mierda cuanto más se remueve más huele, a ver si me entiende —dada la gravedad de la cuestión don Pablo abusaba de sus irritantes muletillas—. Vamos a ver, ¿en qué año la deshonró el afilador?

¡A esa tía mía la desfloró un afilador!, se maravilló Fabianito, más literario que su padre.

—El treinta y seis. ¡La víspera del Alzamiento, para mayor inri!

El brigada restó con los dedos:

—Estamos en el cincuenta y cinco... De seis a quince nueve y llevo una... y de cuatro a cinco otra... O sea, han pasado casi veinte años. Y digo yo, ¿quién se va a acordar de aquello?

—Tú entenderás de mulos, pero de la índole de las personas no tienes ni idea. ¡Si no se acuerdan, apenas la vean lo recordarán y volveremos a ser el hazmerreír de la ciudad! —don Mariano sollozaba otra vez, ahora elegíaco—: ¡Mi pobre hija, con la boda que podría haber hecho! Porque, perdona, Pablo, pero Luisa al lado de Clara, ¿qué quieres que te diga? Como esposa y madre, tu mujer es ejemplar, pero desde el punto de vista físico...

—No, si ya he visto las fotos —admitió el brigada, más pesaroso que mortificado.

—¡Hasta el marqués aquel, cómo se llamaba, le tiró los tejos a Clarita cuando se quedó viudo! Y ella, ella... —se acongojó otra vez—. ¡Ella prefirió al afilador!

El tintinear de la vajilla avisó de la proximidad de Abelarda, que llegaba cargada

de platos y cubiertos, y Fabianito aprovechó para ir en busca de la guía telefónica mientras suegro y yerno cambiaban de tema:

—¡Y pensar que el domingo no podrá ir a los toros! —se condolió don Pablo.

—¿Quién te dice que no los verá desde el cielo?

—Ah, claro. Porque con lo buen aficionado que era... Ni yo mismo le llegaba a la suela del zapato en el conocimiento del ganado.

—Por eso lo respetaban tanto los toreros.

—¿Se acuerda cuando le brindó un toro Marcial Lalanda?

—Parece que lo estoy viendo —rememoró don Mariano sin hacerse rogar—: Llegó Lalanda ante el burladero del Ayuntamiento y papá le advirtió: «Cuidado, Marcial, que ese marrajo se cuele por el izquierdo». Y Marcial, muy cumplido, le dijo a papá: «No me había percatado, don Fabián. Gracias por el aviso». Entonces papá lo abrazó diciéndole que era el más grande, y en ese momento la banda de música atacó el pasodoble y el público puesto en pie rompió a cantar:

*Marcial, eres el más grande,
se ve que eres madrileño...*

A Abelarda, que escuchaba embobada, se le cayó al suelo un plato y el ruido que hizo al quebrarse cortó el pasodoble; don Pablo aprovechó para devolverla a la cocina y así, libre de testigos, tornaron al tema que los ocupaba al entrar la doméstica:

—Entonces, ¿cómo resolvemos la disyuntiva? ¿Se le avisa o no se le avisa?

—No sé, no sé... Y lo peor es que no lo podamos consultar con mi pobre padre. Porque si no se hubiera muerto...

—Mire, si no se hubiera muerto no nos veríamos ahora ante esta disyuntiva —evidentemente a don Pablo la palabra «disyuntiva» le gustaba mucho—. ¡Fabianito, la guía!

El chico, que había vuelto a apostarse junto a la puerta después de localizar la guía de teléfonos en el despacho de su abuelo, entró con ella en la mano:

—La guía.

—Trae acá. Bueno —don Pablo se encaró con su suegro—: A ver, el entierro, ¿de qué clase lo hacemos?

—Hombre, si viene el alcalde, qué menos que de primera.

—¿Y si no viene el alcalde? —el brigada advirtió que su hijo seguía a sus espaldas—. ¿No te he dicho que te vayas a estudiar?

—No.

—A mí no me contestes. ¡A tu cuarto, he dicho!

Está fresco mi bisabuelo, si cree que lo van a enterrar como a Moisés... La lata que daba con que en la Biblia pone que al morir Moisés sus parientes se pasaron un mes ayunando, desgarrándose la ropa y echándose polvo y ceniza sobre las

cabezas... —refunfuñaba mentalmente el chico, rumbo al baño—. *Claro que Moisés abrió las aguas del Mar Rojo y en cambio mi bisabuelo lo único que hizo toda su vida fue fastidiar al prójimo, pero de todas las maneras, si pudiera oír lo que le están preparando se moriría otra vez.*

—¿Dónde vas, hijo?

Fabianito se encogió de hombros. Su madre le atusó el pelo y bajó el volumen de su chirrido:

—Tienes que hacer un recado.

—Pero ¿no vamos a comer?

Doña Luisa le entregó un papelito:

—Ya comerás luego. Ahora coges la bici y te vas a esta dirección. Pero que no se entere tu abuelo.

Fabianito cambió de actitud inmediatamente:

—Dime, dime.

—Verás... El caso es que... —a doña Luisa le costaba seguir. Su voz, ahora tolerable, se hizo un susurro—: No te lo hemos dicho nunca, pero tú tienes una tía. Estamos reñidos con ella, cosas que pasan en las familias, pero debemos avisarle de la desgracia.

—¿Qué desgracia?

—¿Cómo, qué desgracia? ¿No se ha muerto tu bisabuelo?

Fabianito se disculpó con un gesto:

—Y... ¿y por qué estáis reñidos?

—Eso a ti no te importa.

—Si no me lo dices, no voy. Y además se lo digo al abuelo.

Doña Luisa siguió, como si no le hubiera oído:

—No sé si seguirá viviendo ahí, porque esa dirección es de hace mucho tiempo, pero tú pregunta.

—¿Por qué la echaron de casa?

—Por tonta. Es que... —vaciló, y finalmente recurrió al más socorrido de los eufemismos—: Se enamoró de un hombre que no le convenía.

—¿Del afilador?

—Yo no le debería avisar, pero una hermana es una hermana, y más en caso de una muerte... —se interrumpió para escrutar con la mirada a su hijo y un súbito recelo le devolvió a su voz la calidad de estrídula—: Pero, tú, ¿cómo sabes lo del afilador?

Fabianito soslayó la respuesta:

—Bueno. ¿Y qué le digo?

—Que si quiere darle un beso al abuelo, que venga. Pero que no se le ocurra traer al afilador.

—¿Por qué?

—¿Cómo vamos a dejar entrar en esta casa a ese canalla?

Mientras el mensajero sacaba la bicicleta de su cuarto, su madre le recomendó, siempre en voz baja:

—Por el amor de Dios, cuando venga que no diga que le he avisado yo. Que diga que ha sido una corazonada.

Como el poeta en ciernes no desdeñaba la prosa, sobre todo cada vez que empezaba a escribir una novela para mandarla al Premio Nadal, ya en la calle se lanzó a fabular sobre aquellos amores culpables:

Un afilador nómada... no, no, nómada no, suena a desierto... pondré errante... Un errante afilador pasa por una calle de un barrio elegante... No, esto es prosa y cuanto menos peguen las palabras, mejor... Un errabundo afilador empuja su rústica... ¿Rústica? Tendré que mirar el diccionario, rústica suena a pueblerino... Bueno, un errabundo afilador empuja su... su primitiva rueda por las calles de un barrio burgués... de un elegante barrio de la ciudad... El afilador, joven y risueño... no, risueño, no, mejor melancólico... El afilador, joven y melancólico, tiene la piel tostada por los soles del camino y los labios agrietados de tanto soplar el caramillo... ¿Caramillo? No. El Hermano Marcelo nos explicó que el caramillo es una flauta de pastor, de una sola caña, y las de los afiladores tienen por lo menos media docena... Rubén Darío, Rubén Darío habla de instrumentos... ¿Cómo es aquello tan bonito de las canéforas?

Y recordó en voz alta y al ritmo de su pedaleo:

*—Padre y maestro mágico, liróforo celeste,
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste...*

¿Qué será el instrumento olímpico? ¿Y la siringa?

—... al son del sistro y del tambor...

¿Y el sistro? Bueno, ya veré... El caso es que en el mirador de un palacete hay una chica de la buena sociedad bordando en un bastidor y la misteriosa flauta suena en sus oídos como una orquesta de violines... Camelia... porque la chica se llama Camelia y es rubia y tiene los ojos azules... Camelia se asoma, ve al afilador, que se llama Jacinto, él le sonrío y ella cae en sus brazos...

Sorbidos sus dos platos de sopa de fideos, ingeridos otros dos de garbanzos y preparándose lo que él llamaba *la untada* —el chorizo, la carne magra, el tocino y la morcilla, todo picado, machacado e incorporado a una enorme rebanada de pan— don Pablo dijo lo que decía siempre que en la casa se servía cocido:

—Si los extranjeros comieran cocido se harían católicos en el acto —y con la boca llena despertó a su suegro, que se había quedado amodorrado—: Digo una cosa...

El almacenista de piensos y forrajes debía de estar soñando, porque abrió los ojos gritando, jubiloso:

—¡La cebada, ha subido la cebada!

Su hija no tuvo más remedio que reírse:

—Papá, por Dios, ¿no puedes dejar de pensar en los negocios ni un momento?

—El bicarbonato —exigió don Mariano tras sofocar un regüeldo—. ¿Qué querías?

—Nada, que ya tengo la esquila para el periódico —le informó el brigada pegándole dentelladas a la untada. Y empezó a leer lo que había escrito en una cuartilla:

—«Don Fabián Bígaro Perlé falleció ayer a los noventa y nueve años de edad...».

—¿Cómo, ayer? ¿He dormido un día entero? —se inquietó don Mariano.

—Papá, la esquila aparecerá en el periódico de mañana.

—Ah, claro.

Y se puso las gafas como si con ellas pudiera oír mejor.

—«... Habiendo recibido los Santos Sacramentos. Punto. Su apenado hijo don Mariano Bígaro Galabarda, coma, su...».

—Pon «del comercio» —reclamó el dispéptico huérfano.

—«... Del comercio, coma... su nieta Luisa...».

—Pon pianista.

Don Pablo levantó la mirada del papel:

—No has tocado el piano desde que nos casamos.

—Claro. Pero si no me hubiera casado contigo —su voz empezó a chirriar— estaría por esos mundos dando conciertos.

—Bueno, bueno... Yo lo pongo, pero luego no te quejes si la gente lo toma a guasa.

—¿Es que no tengo la carrera de piano?

—Que sí, mujer, que sí —transigió su marido, ladeando la cabeza para que el torno de dentista no le perforase un tímpano—: «... Su nieta Luisa, coma, pianista, coma, su nieto político Pablo Hidroso Fritada, coma, militar, coma, sus biznietos Fabián y Lolín comunican su sensible pérdida... etcétera, etcétera, etcétera...».

La hija descarriada vivía cerca del río en una calle estrecha, oscura, húmeda y maloliente, una calle que según la erudición de los cronistas locales y el testimonio de algunos escudos de piedra roídos por el tiempo albergó en el pasado a la flor y nata de la ciudad.

Un tullido que tomaba el aire sentado en una sillita a la puerta de una tasca informó a Fabianito de que Manoliño el afilador vivía en una casita de dos plantas, justo un poco antes de llegar a Casalanieves; oír este nombre y sonrojarse fue todo uno para el chico: en la ciudad había más prostíbulos, incluso uno tan elegante que lo llamaban El Chalé y tan discreto que estaba en las afueras, pero Casalanieves era el más popular y accesible, y el alevín de poeta llevaba ya meses soñando con visitarlo: para documentarse, claro, por si tenía que describir un lupanar en alguna composición, pues ya comprendía que sus quince años recién cumplidos no eran edad suficiente para empezar a revolcarse en el vicio.

—¿A quién buscas? —preguntó una voz cantarina.

Fabianito, que apoyaba la bicicleta en uno de los puntales que sostenían la casa, alzó la mirada hacia la mujer que había aparecido en un balcón rebosante de macetas floridas: regordeta, en albornoz azul celeste, un clavel rojo adornando su pelo negro, en las manos una regadera verde y en la boca una sonrisa fresca y llena de dientes, en nada recordaba a la reseca, amarillenta y avinagrada doña Luisa; sin embargo, Fabianito supo inmediatamente que era su tía Clara.

—¿Es usted... es usted la mujer del afilador?

—Mi marido no está, pero si traes algo para afilar puedes dejarlo.

—No, no. Es que... —Fabianito, deslumbrado por la literaria idea de que su madre estaba hecha a golpe de cartabón y su tía a giro de compás, no atinaba con las palabras justas—, es que... O sea, es que se ha muerto su abuelo.

—¿El abuelo de Manoliño?

—No, no... El suyo, el de usted, don Fabián.

A Clara se le cayó de las manos la regadera a la calle y gimió algo que su sobrino definió después como un grito inarticulado.

—Yo tenía dieciséis años y era más tonta que una mata de habas —así había comenzado Clara su relato cuando, agotadas las preguntas, lamentaciones y efusiones de rigor, se despojó del albornoz para lavarse en el fregadero de la cocina.

Sentado en una silla de anea Fabianito procuraba apartar la mirada de las hermosas opulencias que rebosaban de la combinación de su tía, pero como se aburría mucho observando los cacharros de los vasares, el calendario de Ezequiela Ultramarinos Finos, la olla que hervía en el fogón, el porrón que descansaba en la mesa y el trozo de río que se veía por la ventana, volvía una y otra vez a espiar lo que Clara le dejaba ver de sus ancas, de sus pechos, del negrísimo vello de las axilas:

—¿Por qué? Porque mis padres nos habían educado a tu madre y a mí para monjas. Con la mejor voluntad, eso sí: ellos creían que eso de casarse con Jesucristo era un negocio redondo, y yo no digo que no lo sea para la que le guste, porque menuda ganga, ir al cielo seguro, pero a mí el claustro no me tiraba nada, a mí lo que me tiraba era ir al cine y soñar que me casaba con aquel artista que ya no me acuerdo ni cómo se llamaba. Porque yo era muy soñadora, me acuerdo de lo bien que lo pasaba pegando en un álbum los cromos de las chocolatinas Nestlé que me daba mi abuelo, que menudo egoísta estaba hecho. Bueno, eso no lo debía decir ahora que se ha muerto, pero las cosas como son: a mí me daba los cromos, pero las chocolatinas se las comía él. Bien, a lo que íbamos: que yo era muy soñadora y si en el cromo salían las montañas suizas, que por cierto, salían siempre, yo soñaba que era una pastora y hasta hacía como que hablaba en suizo con las vacas, no como tu madre, que se pasaba las horas tocando el piano para nada, mucho dorremifasol para arriba y para abajo, pero era negada para tocar un tango, con lo que me gustaban a mí los tangos, porque a mí los tangos me hacían hasta llorar, de pena que me daban...

—Bueno, pero por eso no la echarían de casa —farfulló Fabianito, trastornado por la visión de los nuevos escorzos del cuerpo de la mujer del afilador, que se había subido a una silla para lavarse los pies.

—¿A quién? —volvió ella la cabeza secándose los.

—A usted.

—Ah, ya —se rio a carcajadas—. Como me tratas de usted creía que hablabas de otra persona. Aparte, que a mí no me echaron de casa. Es que me escapé.

—Con el afilador.

—Con Manoliño, sí. Me había dejado embarazada, y claro...

—Ah.

—De cuatro niñas. Porque fueron cuatrillizas, imagínate.

Fabianito tragó saliva:

—¿Sin casarse?

—Nos casamos luego, pero por lo civil. Porque como nos conocimos el mismo día que empezó la guerra, en nuestra huida fuimos a parar a la zona roja y en la zona

roja, de curas, nada. Menuda odisea.

—¿Y por qué volvieron...? O sea, ¿por qué volviste?

—Es que a mí me remordía mucho la conciencia. Y, claro, quería pedirle perdón a tu bisabuelo. Pero nada: aunque me casé por la Iglesia y bauticé a las niñas, todo a la vez, que hasta salimos en el periódico, ni él ni mi padre me perdonaron. Y además denunciaron a Manoliño por rojo.

—¿Y qué pasó?

—Coño, qué va a pasar. Que a Manoliño lo metieron en la cárcel y yo, para poder llevarle tabaco, pues me puse a asistir. ¿Quieres ver a tus primas?

Siguiendo a su tía Fabianito pasó a lo que según sus nociones burguesas debía de ser un comedor, pero en el que no había ni aparador, ni mesa con frutero en medio, ni cuadros con perdices y conejos muertos, ni lámpara colgando del techo: el mobiliario y la decoración se reducían a una mesa camilla cubierta por un hule, dos desvencijadas butacas de mimbre, una botella de coñac solitaria en un estante y un cartel enmarcado en un muro:

—Mira, ahí las tienes.

En el cartel, las Hermanas Cunqueiro, componentes del CUARTETO JOTERO LAS MAÑAS, se repartían en dos parejas; en la primera una de las cuatrillizas tocaba la bandurria y la otra cantaba con los brazos en jarras y la boca muy abierta; las dos vestían de hombre, con sus cachirulos, sus chalecos y sus zaragüelles, pero llevaban tan descotadas las camisas que se les veía perfectamente la tremenda profundidad del canal entre los pechos; las componentes de la segunda pareja saltaban como corzas, y el revuelo de faldas y refajos les dejaba al aire succulentos trozos de carne lechal entre la braga y las medias.

—¿A que son guapas?

—Mucho, mucho —el prosaico poeta estuvo a punto de agregar lo que de verdad pensaba «*Y además están buenísimas*» pero lo arregló—: Y además gemelas.

—Claro. ¿No te he dicho que me quedé embarazada de las cuatro?

—¿Y cuántos años tienen?

—Dieciocho, el mes que viene. Las tuve a los dieciséis —echó el aliento al cristal que protegía el cartel y lo frotó con el antebrazo—. Ahora están triunfando por ahí, por Tierra Santa y todo eso; resulta que a los árabes les gusta mucho la jota, dicen que les viene de cuando estaban en España. Bueno, espera un momento, que me voy a poner algo y nos vamos.

Sin retirar la mirada del cartel, Fabianito habló hacia la puerta:

—¿Y cuándo vuelven?

—Vete tú a saber —respondió su tía desde el fondo de la casa—. Como están teniendo tanto éxito hasta hay un emir que se quiere casar con las cuatro.

—¡No!

—Como lo oyes.

—¿Y..., y a usted no le importa?

—Y dale con el usted —Clara reapareció abrochándose una blusa—. Dime de tú, coño. ¿Importarme? ¿Por qué iba a importarme? Si el emir es bueno y las quiere...

—Bueno... Yo lo digo por la cosa de la religión. El emir estará casado con otras, o sea, que ya tendrá el harén lleno de odaliscas.

—No. Éste no. Como sólo tiene quince años no le habrá dado tiempo.

—Ah —boqueó Fabianito envidioso de su afortunado coetáneo.

—Pero ellas no quieren. Resulta que están enamoradas de unos chinos. Aquí los tengo.

Al chico empezaba a darle vueltas la cabeza:

—¿Cómo, unos chinos?

Clara abrió la caja de hojalata que descansaba sobre la mesa camilla y rebuscó entre sobres con extraños sellos y docenas de fotografías:

—Cuatro hermanos. Trabajan en el mismo circo. Son de esos que hacen juegos malabares. Aquí están.

En la foto los chinos sonreían en kimono bajo la montaña de cachivaches que sostenían en equilibrio.

—No sé yo si a éstos les podré coger cariño. A mí los chinos, qué quieres que te diga, yo no me fío de ellos, con esos ojos tan traicioneros y...

Una voz infantil interrumpió sus dudas:

—¡Madre, mira!

Desde la puerta, un niño levantó el pedazo de saco que cubría un cesto lleno de una masa parda y mucilaginososa.

—Es Marianín, que ha ido a buscar caracoles —explicó Clara a Fabianito. Y volviéndose hacia el pequeño le presentó—: Mira, éste es tu primo Fabián, dale un beso.

Marianín, que a sus siete u ocho años tenía una definitiva pinta de golfo, reculó ceñudo, negando con la cabeza; su madre le limpió los mocos y le dio unas instrucciones:

—Cuando venga tu padre le dices que se lave, que se mude y que venga a casa de los abuelos, que yo ya voy para allí porque se ha muerto tu bisabuelo y tengo que verlo de cuerpo presente.

—Una cosa: ha dicho mi madre que... —Fabianito tragaba saliva sin atreverse a terminar la frase con un «... que no venga el afilador».

—Anda, deja la cesta en el fregadero —le ordenó Clara a su hijo—. Y tápala bien con el saco, que no escapen, que si no luego me lo ponen todo perdido de baba... —se volvió a su sobrino—: ¿A ti te gustan los caracoles?

—No, no...

—Pues con tomate y un poco de picante están buenísimos. ¿No quieres llevarte unas docenas?

—Que no, que no.

Clara besuqueó a Marianín, que volvía de la cocina:

—A ver, dime lo que le vas a decir a tu padre.

El niño miraba torvo a Fabianito:

—Que vaya a casa del hijoputa del bisabuelo porque se ha muerto.

Clara se echó a reír:

—Las criaturas, ya se sabe, lo que oyen. Vamos —se volvió desde la puerta de la calle para recordarle a su hijo—: No te olvides. Que se lave y que se mude. Ah, y que no beba.

Don Mariano llevaba un rato torturado por sus vísceras: el cerebro se le alborotaba considerando la magnitud del pecado de la hija repudiada, se le derretía el corazón proclive a perdonarla, y el estómago le iba a estallar con los hectolitros de gases generados por las copas de cazalla, los garbanzos, el chorizo, el tocino y las seis cucharadas de bicarbonato que se había tomado como postre.

¡Pobre hija mía!, gemía para sí mismo, entre regüeldos y sollozos, lágrimas y flatulencias. *Porque la culpa no fue suya, ¡la culpa fue de la relajación de las costumbres que la malhadada República trajo a España! ¿Te acuerdas, papá — invocó al cadáver de su padre—, de los extremos a los que llegó el libertinaje? ¡Por algo las personas de orden nos echamos las manos a la cabeza apenas empezó a sonar el Himno de Riego! Te digo una cosa: si Clara viene yo no le cerraré las puertas de esta casa. Ahora bien, si se presenta con el afilador...*

—Señor, los de las pompas fúnebres.

Las pompas fúnebres que asomaban detrás de Abelarda consistían, por el momento, en dos jayanes sanos como manzanas y enfundados en unos blusones grises y llenos de manchas de cera; descargándose del féretro que llevaban al hombro, el más alto de los dos se quitó la boina para saludar a don Mariano:

—Le acompaño en el sentimiento.

—¿Dónde está el finado? —quiso saber el otro, metiéndose en un bolsillo la colilla que le colgaba del labio inferior.

—Aquí, aquí, en la cama. Adelante, pasen.

—Con su permiso.

El de la boina, tras estudiar la alcoba, dividida en dos zonas por un arco, le propuso a don Mariano:

—Estas alcobas italianas van al pelo, digo, como capilla ardiente. O sea, que retiramos estos muebles para colocar el féretro en la parte gabinete, y echamos las cortinas para tapar la parte alcoba, que la cama siempre hace feo.

—Yo, lo que ustedes digan.

El de la colilla en el bolsillo abrió el ataúd y sacó de su interior un enorme crucifijo y cuatro grandes candelabros con sus correspondientes velones, y el de la boina retiró las sábanas que cubrían al cadáver:

—¿Hay que vestir al finado?

—Pues... no sé... Sí, claro —don Mariano se volvió hacia Abelarda, que seguía en la puerta—: ¿Y mi hija?

—La señora se ha quedado traspuesta.

—¿Y mi yerno?

—Ha ido a Telégrafos, a ponerle el telegrama a su tío el canónigo.

—Es verdad... —recordó el viejo. Y se fue hacia la puerta, la cabeza vuelta hacia los de las pompas fúnebres—: Es un momento.

—Vaya, vaya, no hay prisa.

El de la boina despojó al finado de su pijama con la misma indiferencia que si estuviera pelando un plátano, y el de la colilla, que colocaba el crucifijo y los candelabros en torno al féretro, se volvió hacia Abelarda:

—¿Qué haces el domingo, chata?

La chica echó hacia atrás los hombros para poner de manifiesto su espetera:

—¿Y a usted qué le importa?

—No me va a importar, si estás que revientas de buena.

—Un poco de respeto, ¿no? Aunque sólo sea por el difunto.

—El muerto, nada. ¿Cómo te llamas, preciosa?

—Servidora se llama Abe.

—Ah, como los pájaros. Pues no veas el mordisco que te pegaba en la pechuga.

Abelarda se echó a reír, nerviosa:

—Pero a vosotros, ¿no os da no sé qué andar todo el día entre muertos?

—Uno se acostumbra —el de la boina ya había desnudado al difunto.

—¿No os dan pena?

—Hombre, los niños, sí. Yo pienso en el mío, que tiene dos añitos, y claro...

—O sea, que casados —decidió Abelarda, repentinamente desdeñosa.

—Éste; yo, no —aclaró el de la colilla en el bolsillo. Y entreabriéndose el blusón hizo como que se iba a desabotonar la bragueta—: Ven, que te enseñe una cosa que tengo para ir de merienda el domingo.

Pero los chirridos de doña Luisa le cortaron el gesto:

—... Tengo la cabeza como un bombo y las piernas que no me las siento y ni descansar un rato puede una.

—Es que yo no sé qué traje darles —se disculpaba su padre. Y entrando, presentó —: Mira, son los de las pompas fúnebres.

—Mi más sentido pésame.

—Le acompaño en el sentimiento.

—Muchas gracias —chirrió doña Luisa. Y seguida por su padre llegó hasta el armario de luna, lo abrió, se enfrentó con las prendas colgadas en sus perchas y bajó la voz:

—¿Y qué le ponemos?

—Yo creo que el azul marino. Es lo más serio.

La nieta del difunto retiró la percha de la barra para examinar el traje:

—Pero está como nuevo y el año que viene le servirá a Fabianito, que no para de crecer.

—Ya, pero si viene el alcalde al velatorio...

—Que no, papá. A ver el gris marengo —lo descolgó y lo estudió al tacto—. Menuda franela. No, éste tampoco; te vendrá a ti bien en el invierno.

—Pero, hija, me estará pequeño...

—¿Quién te lo va a ver debajo del abrigo? —devolvió el traje gris al armario—.

A ver éste.

Se refería a uno mil rayas, muy ligero:

—Pero... ése es de verano. Y tan clarito...

—Papá, estamos en primavera y hace muy buen tiempo.

—Ya, ya, pero ¿qué va a pensar el alcalde?

—Huy, papá, qué pesado te estás poniendo con el alcalde. De acuerdo, muy bien, como quieras, dales el gris marengo —se lo echó a la cara con malos modos—. Pero es una pena, porque si además luego no viene el alcalde...

—Por Dios, Luisa.

Don Mariano les pasó el traje a los mozos de la funeraria, que esperaban al otro lado del arco:

—¿Hace falta algo más?

—Lo normal —informó el de la colilla en el bolsillo—: Camisa, corbata, zapatos...

—Y calcetines, que sin calcetines hace muy feo —intervino el de la boina—. Y hay deudos que también les ponen la camiseta y el calzoncillo. Eso, ustedes verán.

Doña Luisa abrió los cajones del armario rezongando:

—O sea, que como para ir a los toros —y lanzada, se chanceó—: Qué, ¿le ponemos también el sombrero, papá?

Fabianito sentía entre sus brazos el calor de las axilas y la firmeza de las molas de su tía, instalada en la barra de la bicicleta; el chico hacía lo posible por recordar que el incesto era un crimen horrible, pero recordarlo no lo salvaba de las dolorosas excoriaciones que el roce del pantalón le estaba produciendo en las partes pudendas:

—Y tú, ¿cómo conociste al afilador, digo, a Manoliño?

—Las casualidades de la vida. Resulta que era el santo de mi abuelo, que en paz descanse, y mi madre iba a matar un pollo para el arroz, pero como el cuchillo no cortaba y la criada había salido a comprar la lechuga y los tomates para la ensalada, cuando en la calle se oyó el chiflo mi madre me dijo: «Clarita, ahí pasa un afilador. Aprovecha y baja a que te afile este cuchillo, que no consigo cortarle el cuello al pollo».

—Y bajaste.

—Bajé. Y figúrate, como yo llevaba un delantal puesto, porque estaba haciendo los flanes para el postre, Manoliño se creyó que yo era una criada y en lugar de hablarme como a una señorita pues... Pues nada: mientras le daba a la rueda...

—Te hizo proposiciones deshonestas —saltó Fabianito.

—Hijo, qué bien educado... No. De primeras se puso muy romántico, que si una vez había bajado afilando hasta Ciudad Real y que ni al subir ni al bajar había visto cara como la mía, que si en mis ojos lucían dos chispas más brillantes que las que sacaba la piedra de amolar, que si tenía los pechos como tazones de vino de Ribeiro...

Sin querer, en un movimiento reflejo, los antebrazos de Fabianito se pegaron a los tazones de su tía.

—Luego me cogió una mano y se la metió en el pecho por dentro de la camisa, que menudo vello tenía, para que sintiera cómo le latía el corazón, y luego mirándome con ojos de cordero me dijo que estaba muy solo, que se acordaba mucho de Lugo y que sólo yo podía consolarle la morriña...

—¿Cómo, la morriña?

—La morriña es como si dijeras la tristeza. Pero el sinvergüenza de él —se echó a reír— le llamaba morriña a otra cosa. Y, nada, aquella misma noche, cuando estaba a punto de dormirme, oí sonar el chiflo y...

Ni siquiera el erotismo que lo atormentaba —deliciosamente, eso sí— le impidió a Fabianito echar mano de la retórica:

—El caramillo... o sea, la jeringa... o sea, el sistro...

—Pero ¿qué dices?

—El chiflo, lo que sea —condescendió el encalabrinado poeta.

—Eso. Que oí el chiflo, bajé a la calle y, como pasa en las novelas, nada, que perdí la cabeza. Vamos, que allí mismo, en una puerta cochera, me hizo mujer. Es que yo era muy sentimental y como me hablaba en gallego, que suena tan dulce...

—Claro, y además con la morriña...

Fabianito, quizá sin pretenderlo, cargó la palabra de doble sentido, y su tía, al volver la cabeza y ver el congestionadísimo rostro del chico, se echó a reír, removi6 las nalgas en la barra que le servía de asiento y le pellizcó la mejilla:

—Menudo tunante debes de estar hecho.

Ya se ha dicho antes que Fabianito amaba plat6nicamente a Elenita, que era una chica delgadísima, y que deseaba con ardor las carnes de Abelarda; ahora, al descubrir que se había enamorado sin esperanza de su tía y que al mismo tiempo sentía unas ganas tremendas de morderle el cuello —*Lo tiene amorrillado, como los toros de lidia*, pensó—, el chico perdi6 el control de la bicicleta y en un tris estuvo que acabaran bajo un camión dedicado al transporte de materiales de construcción.

—¡Mi pobre padre en un cajón! ¡En un cajón forrado con tela de saco! —protestaba don Mariano ante su yerno, que acababa de volver de Telégrafos—. Y ¿para eso lo hemos vestido y le he puesto las condecoraciones, para llevarlo al hoyo en un entierro de tercera?

En efecto, trajeados de gris marengo, encorbatados, condecorados, calzados con unas botas recién embetunadas, los restos del jefe de administración municipal de primera clase yacían estibados en lo que resultó ser una caja de madera de pino forrada con arpillera teñida de negro.

—Un momento. De tercera, nada. De segunda —mintió don Pablo—. A ver si me entiende: carroza de dos caballos, gran corona de flores, docena de pobres de solemnidad y...

—¡De segunda! Pero ¿lo estás oyendo, Luisa? —buscó don Mariano el apoyo de su hija, ocupada en coserle una franja negra a la guerrera del uniforme de su marido —: ¡Y se jacta! ¿Acaso mi padre no se merecía uno de primera?

—¿Y por qué no a la federica o a la *grandumon*? —contraatacó el brigada, adelantándose a su esposa. Y con las tarifas de la funeraria en la mano, le echó sarcasmo a la cosa—. Tres curas, carroza con fanales, cochero y palafreneros de peluca, caja de caoba y herrajes dorados, cien pobres con sus hachones...

—¡Pues sí! ¿Por qué no? —se engalló don Mariano.

Doña Luisa intervino conciliadora:

—Papá, estás exagerando; el de primera costaba un huevo, ¿no te lo ha dicho Pablo?

—Un huevo y la yema del otro; sólo la caja...

—¡Muy bien! ¡Pues cuando yo me muera —le interrumpió el comerciante de piensos y forrajes, atacado de un temblor convulsivo y echando espuma por la boca —, me abandonáis en un muladar y así os sale regalado!

Y abandonó el salón llorando justo en el momento en que Abelarda, acudiendo al timbre y abierta la puerta del piso, se encontraba en el umbral con una desconocida guapetona y muy nerviosa:

—¿Qué desea?

—Pues... Yo soy...

Clara volvió la cabeza buscando a su sobrino, que se había quedado rezagado en el descansillo inferior para no entrar en el piso con ella.

—¡Lo de la corazonada, dile que has tenido la corazonada! —le apuntó con voz sorda.

—Es que... Verá... Yo estaba regando los geranios y...

Clara no pudo seguir porque don Mariano, nada más oír su voz, montó en el acto una emotiva anagnórisis. O sea, que reconoció a su hija y los dos se pusieron a dar voces:

—¡Hija!

—¡Padre!

—¡A mis brazos!

—¡Perdóname!

—¡Perdóname tú a mí!

Fabianito, una vez calificado el encuentro con lo de anagnórisis, que según el Hermano Marcelo, su profesor de Lengua y Literatura, era lo que se producía en el teatro cuando un personaje reconocía a otro, se plantó en la puerta con la bicicleta al hombro y poniendo cara de tonto le preguntó a Abelarda:

—¿Qué pasa, Abe?

—Calle, señorito Fabián —Abelarda ya estaba metida en situación—. Para mí que esa mujer es hija natural de su abuelo.

Clara fue conducida sin más dilación a la cámara mortuoria, y ya ante el cadáver hizo lo que pudo por expresar plausiblemente un dolor que no sentía: hacía veinte años que no veía a aquel señor y no pudo soltar una lágrima, ni siquiera recordando la rabia que le daba, de niña, ver cómo él se comía las chokolatinas y le regalaba a ella los cromos.

—Y tú, ¿cómo te has enterado? —le preguntó Luisa, anticipándose a que lo preguntara su padre o su marido—: Seguro que has tenido una corazonada.

Ahora Clara no tuvo ningún problema para justificar su presencia en la casa y hasta se permitió colaborar en la patraña:

—Eso mismo. Ha sido como un pálpito. Estaba yo regando los geranios, y de pronto lo he visto al pobre metido en una caja. En ésa —señaló con un dedo muy tieso el ataúd. Y ya lanzada al efecto teatral, ululó—: ¡Y me llamaba, me llamaba!

Fue un éxito: Luisa, conmovida, la abrazó, la besuqueó y se encerró con ella en el comedor: ¡tenían que hablar de tantas cosas!; don Mariano, arrepentidísimo de haber sido tan duro con aquella hija infeliz, empapaba la corbata con sus lágrimas; don Pablo, deslumbrado por las redondeces de su cuñada, asumió que había cargado con la hermana equivocada, y Fabianito, encerrado en el baño, se dispuso a urdirle un madrigal a su tía.

Manoliño se bebió medio porrón de tinto mientras decidía si iba o no iba a casa del mamón de su suegro. Agotado el vino sacó del armario el traje marrón que estrenó para casarse por la iglesia, se encasquetó la boina de los domingos sobre su rizada pelambarrera, metió en la cintura del pantalón una navaja de Albacete de treinta centímetros de hoja, y con su hijo Marianín de la mano se presentó en la calle por la que desde hacía veinte años no había vuelto a pasear su rueda.

No le fue difícil reconocer la casa mortuoria: en el portal estaba instalada la mesa de firmas, con su esquelita, su tintero, su pluma y sus pliegos de firmas, en los que ya habían dejado sus nombres y sus rúbricas algunos transeúntes, unos para testimoniar su pesar por la muerte del conciudadano, otros por el placer de afirmar la propia existencia; el afilador, que era de los segundos, mojó la pluma, escribió con una letra torpe pero perfectamente legible «Manuel Cunqueiro Furriñas» y rodeó su nombre y apellidos con un enmarañado rasgueo que llenó de salpicaduras el pliego. Luego, satisfecho, cogió a su hijo de la mano y arrancó hacia las escaleras:

—Vamos a ver qué dice esa partida de cabrones.

Lo que en aquel momento decían don Mariano y don Pablo giraba alrededor de la dentadura postiza del pobre don Fabián; liberado de ella al caer enfermo, acababan de descubrirla en el cajón de la mesilla de noche:

—Yo creo que debemos ponérsela —sugirió el almacenista de piensos y forrajes.

—Claro, ¿para qué la queremos?

—No es eso, Pablo. Es que sin los dientes tiene la cara muy chupada y hace mal efecto.

—Venga, póngasela y ya está —el brigada reencendió el caliqueño.

Don Mariano le ofreció la dentadura:

—Mejor tú, que no eres de la familia.

—¡Hombre!

—Mecachis en la mar...

—Podíamos habérselo dicho a los de la funeraria...

—¿Y la vamos a tirar, una dentadura que está como nueva?

Don Pablo aspiró con saña del caliqueño y con el humo soltó la solución:

—Que se la ponga Abelarda.

Don Mariano consideró la propuesta un momento e inmediatamente se fue hacia la puerta:

—Sí, es lo mejor. Estas chicas de pueblo no le hacen melindres a nada.

Abelarda planchaba en la cocina.

—Abe.

—Mande.

—Oye una cosa: ¿a ti no te importaría ponerle...?

Sonó el timbre y la chica se lo hizo notar al anciano:

—El timbre.

—Ya, ya. Anda, ve a ver quién es.

En el rellano Manoliño se quitaba la boina para limpiarle los mocos a Marianín, y Abelarda decidió que podía darles a los dos con la puerta en las narices:

—Dios le ampare, hermano.

—Eh, eh —el afilador le impidió cerrar y se presentó, desafiante—: Soy Manuel Cunqueiro Furriñas. ¿Dónde está mi mujer?

—¿Qué mujer?

—¡Que no entre, que no entre! —gritó don Mariano, abalanzándose contra la puerta y cerrándola de golpe. Y apremió a la criada, que seguía sin comprender nada—: ¡Mi yerno, llama a mi yerno! ¡Y que traiga la pistola!

Mientras Abelarda corría a buscar a don Pablo, don Mariano echó los cerrojos, y luego, jadeante, se apoyó de espaldas contra la puerta. Desde fuera le llegó la voz de un niño al que ni siquiera había visto:

—¿Y mi madre?

—Quita de ahí, Marianín, que les voy a sacar el hígado a estos desgraciados.

Don Mariano pegó un bote y aplicó el ojo a la mirilla: el afilador, tras apartar al chico, abría una navaja del tamaño de una guadaña y se disponía a embestir contra la puerta.

—¿Qué pasa aquí? —el brigada llegaba al vestíbulo metiéndole el cargador a su pistola.

Don Mariano se volvió aterrado hacia su yerno:

—¡Es el afilador! ¡Y tiene una navaja!

La puerta vibró al recibir el empujón del asaltante. Don Pablo, que no conseguía introducir el cargador en la culata, pidió tiempo:

—Entreténgalo... Puñetera pistola...

—¿Te ayudo, padre? —preguntaba fuera el niño.

—Marianín, que te quites.

Don Mariano buscó a través de la mirilla a aquel niño que llevaba su nombre. ¡Aquel niño era nieto suyo, carne de su carne, sangre de su sangre, y mucho más guapo y con mejor color que Fabianito y Lolín!

La puerta recibió un segundo golpe.

—¡Abelarda, la aceitera! —vociferaba el brigada.

Pero don Mariano ya había tomado una decisión:

—No, no, espera. Guárdate esa pistola, no vayamos a tener un baño de sangre...

En este momento reaparecían doña Luisa y Clara:

—¿Qué golpes son éstos?

—No pasa nada... —la tranquilizó su padre. Y parlamentó por la mirilla—: Por el amor de Dios, cierre esa navaja.

—¿Abre o no abre?

Clara, que reconoció la voz de su marido, se volvió hacia su hermana:

—Manoliño.

—Abro, abro —aseguraba don Mariano, descorriendo los cerrojos.

—Aquí está la aceitera —anunció Abelarda.

Don Mariano entreabrió la puerta:

—Por favor, nada de escándalos... Adelante.

Manoliño cerró la guadaña:

—¿Y Clara?

—Aquí estoy, ¿no me ves?

El afilador empujó a su hijo hacia adentro; a don Mariano, que cerraba la puerta, se le fue una mano a la cabeza del nieto:

—Pasa, guapo, pasa.

Marianín rehuyó la caricia, arisco, y su abuelo, sin acusar el desaire, le preguntó:

—¿De verdad te llamas Marianín?

—Como tú, papá, como tú —le informó Clara, que parecía a punto de llorar.

La abrazó don Mariano, conmovido:

—Gracias, hija, gracias —le ofreció la mano al afilador—: A usted también... perdón, con la emoción no recuerdo su nombre...

—Manuel Cunqueiro Furriñas, para servirle. Pero todo el mundo me llama Manoliño...

Don Mariano le palmeó la espalda y se inclinó otra vez sobre el niño:

—¿Me das un beso?

—No.

—¡Dale un beso, mecagoen...! —le amenazó su padre.

—Que no.

—Pero si yo te quiero mucho —babeaba el abuelo.

—Pues dame una peseta.

Don Mariano se sacó la peseta del bolsillo del chaleco y aprobó, regocijado y taurófilo:

—Al toro por las astas y al hombre por la palabra, sí señor.

Y le dio la peseta. A don Pablo no le gustó nada ni la generosidad de su suegro ni la amabilidad de su mujer: ya estaba invitando al trío a merendar en la cocina; sólo faltaba que aquel bergante, con la cosa de llamarse como el abuelo, entrara en competencia con Fabianito y Lolín.

Las paces se firmaron formalmente una vez que el afilador, en su afán de hacerse perdonar, se ofreció para colocarle la dentadura postiza al cadáver, tarea que llevó a cabo como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa, y luego, de postre, se ofreció para llevar la esquela al periódico. Porque entre una cosa y otra el papel redactado por el brigada seguía sobre la mesa del comedor.

Y allí estaba Manoliño, con la esquela en el bolsillo, de codos en el mostrador de El Cabo de Finisterre, la taberna de su paisano Honorio, donde había hecho alto para celebrar la reconciliación con su familia política:

—Pero lo mejor ha sido cuando le he puesto los dientes al muerto —hizo una pausa para vaciar la tercera copa de orujo—. Verlo su hijo, o sea mi suegro, y echarse a llorar ha sido todo uno: «¡Si hasta parece que sonrío!», decía el viejo.

—Pero el muerto, ¿no estaba ya tieso?

—Pues no. La criada ha traído una cuchara por si tenía que apalancar, pero nada, no ha hecho falta. Por cierto, tendrías que ver a la criada. Anda, ponme otra. Qué ancas tiene la ladrona. Oye: como una yegua.

—¿Le has colocado lo de la morriña? —bromeó Honorio, que conocía sus habilidades.

—Ya me apetecía, ya, pero con un familiar de cuerpo presente me ha dado no sé qué —Manoliño le pegó un tiento a la copa—. Bueno, a lo que iba... Conque mi suegro se echa a llorar al ver lo bien que he dejado a su padre, y va, abre los brazos y me dice: «Manoliño, hijo, ¡a mis brazos!». Y no veas cómo está con Marianín: nada más verlo le ha dado una peseta y cuando se ha enterado de que no ha hecho la primera comunión ha prometido que le va a comprar un traje de marinero para que la haga el mes que viene con su prima, una hija de mi cuñada, para el caso sobrina mía.

—Pues ya ha sido suerte, ya, después de tantos años de enemistad.

—El que no me traga es el tío gordo ese, el brigada, o sea, mi concuñado.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, son cosas que se notan. Resulta que yo, por pegar la hebra, le digo que hace más de treinta años que no he visto a mis padres, y el cabronazo va y, sacando la tripa, que no veas la tripa que tiene —se arqueó hacia atrás, para dar una idea del perímetro de la tripa del brigada—, me dice que por culpa de la tripa hace diez años que él no se ve los cojones y que nunca se ha quejado a nadie.

Atendiendo a su gesto Honorio le sirvió otro orujo.

—Y luego lo de mi sobrina, que tiene la edad de mi Marianín. Resulta que como la habían mandado al piso de arriba, por la cosa del muerto, claro, va su madre, o sea, la hermana de Clara, y le dice a la criada que suba a buscarla para que conozca a su primo, o sea, a mi nene. La cosa más natural, ¿no? Pues va el tío atravesado, el tío gordo ese, y dice que su hija está muy bien con los vecinos de arriba y que ya habrá tiempo.

—Bueno, con un muerto en la casa mejor tener lejos a las criaturas.

—Que no, Honorio, que yo sé lo que me digo. ¡Si no se fiaba de mí cuando me he ofrecido para llevar la esquila al periódico! «Mejor que la lleve Fabianito», ha dicho, al ver que mi suegro me daba el dinero. Mira —puso sobre el mostrador unos billetes.

—¿Qué Fabianito?

—Ah, sí, otro sobrino mío, un chico muy raro, poeta de ésos, me ha dicho Clara. Nada más conocerme me ha preguntado cómo se llama el chiflo.

Honorio lo dejó con la palabra en la boca porque acababa de entrar una pareja de guardias municipales que, según ellos, venían con sed. A solas con su quinto orujo Manoliño sacó del bolsillo la esquila y aunque las letras le bailan ante los ojos consiguió leerla entre dientes:

—«Don Fabián Bígaro Perlé... falleció ayer a los noventa y nueve años de edad... habiendo recibido los Santos Sacramentos... Su apenado hijo, don Mariano Bígaro Galabarda, del comercio... su nieta Luisa, pianista... nieto político Pablo Hidroso Fritada, militar... biznietos Fabián y Lolín...».

Súbitamente Manoliño tuvo la certeza de que, a pesar de todo, la parentela de su mujer —y no sólo el brigada— seguía avergonzándose de él. *¿Conque ésas tenemos?*, se dijo. Y alzando la voz tartajeó hacia su paisano:

—¡Honorio!

En el otro extremo del mostrador Honorio remachaba con el culo de una botella el clavo de un zapato que al parecer le había hecho sangre en un talón a uno de los guardias municipales.

—¡Deja a la autoridad y ven aquí, coño! —insistió.

—Manoliño, no bebas más, que te lo van a notar en el velatorio.

—No, si de copas voy bien. Ahora lo que quiero es que escribas una cosa. Coge un lápiz y pon ahí —le tendió el papel con la redacción de la esquila—: «... Su nieta Clara, sus labores... y su marido Manuel Cunqueiro Furriñas, afilador ambulante...».

Honorio ensalivaba la mina del lápiz.

—¿Qué pasa, es que no tengo derecho? —se engalló Manoliño.

El tabernero encogió los hombros e insertó en el texto de la esquila lo dictado, y el afilador, pagadas las copas a cuenta del dinero que había recibido de don Mariano, se fue hacia la puerta dando bandazos y prometiéndose aprovechar el velatorio para hablarle de su morriña a la yegua.

Mejor dicho —se corrigió, con la mente ya confusa— *a la criada. Que está que relincha.*

III. El velatorio

*... Moscas vulgares
que de puro familiares
no tendréis digno cantor:
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos.*

ANTONIO MACHADO

La obligación social de comunicar a allegados, íntimos y público en general la irreparable pérdida de un familiar suele provocar en los avisados un considerable fastidio, pues la gente —excepto los necrófilos— tiene quehaceres más provechosos y agradables que el de presentarse en la casa mortuoria a dar el pésame, preguntar cómo se produjo el óbito y dedicar un rato a loar las virtudes que atesoraba el difunto, pero como sucede que los allegados, los íntimos y el público en general se sienten menospreciados y ofendidos si los deudos del fallecido no les comunican que el alma del finado ya está en la Gloria, los del señor Bígaro Perlé cumplieron con tal obligación y como consecuencia desde poco antes de anochecer la casa se convirtió en un jubileo de allegados, íntimos y público en general.

El primero en llegar, cosa curiosa, no pertenecía a ninguna de las tres clases: don Ildefonso de la Barca, juez de primera instancia en otro siglo, era un centenario que desde que había llegado a serlo no se perdía el velatorio de los fracasados en el empeño de sobrevivirle; que para celebrar su longevidad diera unas tabarras espantosas no se le tenía en cuenta, privilegios de la edad, claro, como el que le permitió subir las escaleras instalado en su silla de ruedas gracias al concurso del portero de la casa, de un carretero que descargaba vino en la taberna de la esquina y de dos frailes franciscanos que en aquel momento pedían limosna por el barrio.

—¡Qué pena, qué pena! ¡Un hombre como un castillo, y con la salud que tenía! ¿Quién nos lo iba a decir? ¡Gran pérdida! Pero así es la vida, qué le vamos a hacer — se lamentó y se resignó don Ildefonso apenas se vio con la silla en el suelo del pasillo. Pero cambió en seguida de tema—. Puñetera próstata. Un orinal, rápido.

Aprestada la bacinilla y mientras don Mariano y Pablo le ayudaban a excretar tres gotas de orina en un rincón del pasillo, el en otro tiempo severísimo magistrado y en el presente vituperable rijoso empezó a desbarrar:

—Esto me hace recordar mi juventud. Tenía unas erecciones tan tremendas, sobre todo por la mañana, al levantarme de la cama, que para embocar el inodoro tenía que orinar en parábola, como tira la artillería; no os digo más que muchas mañanas, al levantarme, me veía obligado a orinar desde el pasillo... A propósito, ahora recuerdo lo que me dijo el iluso de Apellániz poco antes de morir a los noventa y siete años, tres meses y cuatro días.

—¿También sufría de la próstata? —se interesó el almacenista de piensos y forrajes, abrochándole la bragueta.

Como si no le hubiera oído el centenario preguntó a su vez:

—Hablando de la próstata, ¿cómo la tenía Fabián?

Saber que el fallecido nunca tuvo quejas de tal glándula no dejó de molestar al señor de la Barca, que con muy malas maneras exigió que se le sirviera un tazón grande de café con leche y un par de tostadas untadas de mantequilla por los dos lados y con mucho azúcar, y en tanto que se le preparaba lo pedido se dedicó a

explicarle a Clara —recluida en la cocina por el brigada, pues una cosa era el perdón en privado y otra la rehabilitación pública— que la hipertrofia de la próstata no era óbice para la erección del miembro viril: ya se ha dicho que don Ildefonso disfrutaba de una ardorosa lujuria senil.

En ello estaba cuando en la casa mortuoria apareció doña Ramona, una señora a la que el inmenso busto y las delgadas piernecitas le daban un aire de gallina, sobre todo cuando cacareaba:

—¡Dios mío! —entró cacareando—. Pero ¿cómo ha sido, cómo ha sido? No acabo de creérmelo, pasmada me he quedado al enterarme. Resignación, Mariano, mucha resignación.

Y como cada vez que se encontraban, incluso sin muertos de por medio, los dos se apretaron mucho las manos mientras a doña Ramona le sudaba el bozo y a don Mariano el cogote recordando la tarde en que, recién abandonada por el sinvergüenza de su marido, doña Ramona entró en el almacén de piensos y forrajes de don Mariano con el objeto de comprar comida para el pavo que a modo de consolación planeaba cenarse en Nochebuena; a don Mariano, viudo desde hacía un par de años, se le alborotaron las pajarillas al ver a aquella especie de volátil, y para demostrarle sus sentimientos le suministró medio kilo de trigo, medio de cebada, medio de centeno, medio de avena, medio de mijo, medio de almortas y medio de maíz, todo por la módica cantidad de veinticinco céntimos. Desgraciadamente para sus cuerpos, pero afortunadamente para sus almas, la pareja se confió con sus respectivos directores espirituales, y los santos varones, cada uno desde su confesionario, coincidieron en que aquello tenía toda la pinta de acabar en pasión culpable: «Nadie le regala tres kilos y medio de cereales y leguminosas a una señora si no es para seducirla y revolcarse con ella en los lodazales de la concupiscencia», le advirtió su confesor a don Mariano. Por su parte, el de doña Ramona no se anduvo con rodeos: «Cilicio y oración, pecadora. Y entérate: es un error alimentar al pavo navideño con grano; lo que le conviene al animalito es el chocolate, las frutas escarchadas, el aguardiente y alguna que otra guindilla».

—¿A qué hora es el entierro?

Con su pregunta, don Ildefonso de la Barca los sacó de sus recuerdos.

—A las once.

—Mala hora. La gente está trabajando y al sepelio no irá nadie.

—No lo íbamos a hacer por la noche, usted me comprende —se justificó don Pablo.

—Pues haberlo dejado para el domingo.

—Es que hoy es martes. ¿Qué quiere, que lo conservemos con barras de hielo? —chirrió doña Luisa.

—Un padre es un padre, Mariano —siguió desbarrando el centenario—, y es una vergüenza que se vaya al sepulcro acompañado por cuatro pelagatos. Yo ya les he comunicado a los míos mi última voluntad por si acaso me muero: «Quiero que a mi

entierro asistan de diez a doce mil personas», les he dicho. Y como se trata de una última voluntad no tendrán más remedio que acatarla. A propósito: ¿cuál ha sido la última voluntad de tu padre?

—«Patatas, patatas», ha dicho —le informó don Mariano, repentinamente compungido.

—¡Modesto y sencillo hasta en la hora fatal! —cacareó doña Ramona.

Fue el inicio de la serie de favorables comentarios que iba a suscitar la espuria despedida de don Fabián: las visitas que se presentaban en la casa para dar sus sentidos pésames no salían de su pasmo al saber que el muerto se había ido de este mundo diciendo «Patatas, patatas»; luego, cuando superaban su estupor, caían en la admiración:

—¡Qué ejemplo, qué ejemplo! —alabó el casero, que se presentó con su señora, recién salida de una apendicitis.

—Al pan pan y al vino vino —dijo, sentencioso, el dueño de una vaquería, cliente del almacenista de piensos y forrajes.

—Lo oigo, y me dan ganas de llorar —lloriqueó la vecina del sexto, casada en segundas nupcias con un recaudador de contribuciones.

—Edificante, muy edificante —cabeceó don Arturo, el notario del primero derecha.

—Gran hombre —reconoció el farmacéutico de la esquina, mientras ofrecía a los presentes pastillas de goma.

—¡Y que lo diga! —ponderó la dueña de la peluquería de señoras del entresuelo, que se presentó con una clienta erizada de bigudíes.

Y así, toda la tarde. Pero del alcalde no se tenían noticias.

Cuando don Pablo, ya anocheado y en vista de que el afilador no volvía de su recado, telefoneó al periódico, el redactor que se puso al teléfono lo tranquilizó al comunicarle que la esquila ya estaba en talleres; de haber hablado con el empleado administrativo que atendió a Manoliño, el brigada habría sabido que la esquila contratada por su conuñado era del tamaño de una tarjeta de visita puesta de pie: con el dinero que le quedó después de dilapidarlo en bares y tabernas no había para más.

—Es posible que ese desgraciado, consciente de que aquí sobraba, se haya vuelto a su casa —comentó muy satisfecho el brigada.

—Lo que no comprendo es por qué le habéis puesto la dentadura al pobre abuelo —chirrió doña Luisa—. Mejor hubiera sido donarla al Ropero; podía haberle servido a algún pobre.

—Otra cosa: ya le puedes ir diciendo a tu padre que yo me niego en redondo a que el hijo del afilador haga la primera comunión con mi hija. Todavía hay clases.

—Mira, en eso tienes razón —admitió su mujer—. Menudo granuja está hecho el tal Marianín. Resulta que lo he cogido encendiendo una colilla de tus caliqueños, y cuando le he dicho que los niños tienen que ser buenos, el sinvergüenza me ha contestado que si es bueno se aburre.

—Haberle roto la cara.

—No, si ya se la he roto. Y entonces me ha hecho un corte de mangas.

—Como le eche la mano encima, lo hierro.

La llegada de nuevos conocidos les hizo cambiar de tema: aunque la mayor parte de los visitantes se largaba después de celebrar la inteligencia, la sencillez, el talento y la modestia del finado al despedirse con el «¡Patatas, patatas!», algunos, los menos, prometían volver después de cenar para velar al cadáver. Y a aquellos inoportunos habría que darles algo.

—A ver qué dice tu padre.

Don Mariano se inclinó por el café, el anís y coñac, de los que estaban bien surtidos gracias al economato militar, y sugirió que convenía comprar unas pastitas, sobre todo por si se presentaba el alcalde.

—¡Fabianito!

Fabianito fue arrancado de una instructiva conversación justo en el momento en que su primo Marianín le revelaba que la Mora, una de las pupilas de Casalanieves, lucía un diente de oro en la boca y un tatuaje en el culo:

—Fabianito, anda, vete a la panadería; que te den dos kilos de pastas. De las pequeñas, que cunden más.

—¿Puede venir Marianín conmigo?

—Sí, sí, llévatelo, que aquí no hace más que dar guerra.

Antes de llegar a la calle ya sabía Fabianito que el tatuaje de la Mora decía «Monta aquí y verás París»:

—La Mora es muy buena. Cada vez que me manda a echar una carta me da un beso y una peseta.

—¿A quién le escribe?

—A un hijo suyo que está en el Reformatorio.

Aquello podía servirle para una novela, pero a Fabianito le interesaba más otra cosa:

—Y la casa, ¿cómo es?

—¿Qué casa? —Marianín caminaba dándole patadas a un bote vacío.

—El lupanar..., o sea, la casa de la Nieves.

—¿Cómo va a ser? Pues como una casa, pero con adornos.

Empeñado en contrastar su libresca documentación en materia de burdeles con el testimonio personal de un asiduo, Fabianito tanteó:

—El salón será muy bonito.

—Sí, hay bancos para que se siente la gente. Y la pianola. Y en invierno encienden la estufa.

—Ya. Y ¿cómo están vestidas? La Mora, por ejemplo.

—Como todas. De día llevan bata y parecen feas, porque como no va casi nadie no se arreglan, pero de noche se pintan los labios y los ojos, se echan colonia, y cuando se quitan la bata y se menean con el baile de la pianola, parecen artistas de cine.

Fabianito tragaba saliva:

—Pero ¿bailan desnudas?

—No. El sostén y la braga sólo se lo quitan en los cuartos, cuando se ocupan.

—¿Y tú las has visto? En los cuartos, digo.

—¿Cómo las voy a ver cuando están ocupadas? Además, la encargada no me deja entrar por la noche y si me pilla mirando me sacude con la zapatilla.

—Ah. O sea, que sólo las ves de día, con la bata puesta.

—Claro.

—Pero a la Mora la has visto desnuda.

—Bueno, a la Mora y a todas. Pero eso cuando le hago los recados y se están lavando.

—Ah.

Llegaban a la panadería. Marianín, después de estudiar de soslayo el rostro de Fabianito, se decidió a preguntarle:

—¿Tú sabes lo que es un francés?

—Uno que ha nacido en Francia.

—Que no, tonto l'haba. Yo digo lo que hace la Francesa, una que no es francesa, pero que la llaman así y que es la que más trabaja de todas.

—¿Qué hace?

—Si me das algo te lo digo.

Fabianito miró el dinero que le había dado su madre para las pastas; Marianín,

artero, cargó la mano:

—Es una cosa que las españolas no quieren hacer porque si lo hacen van al infierno.

—Pero... —Fabianito todavía dudaba—: Tú, ¿cómo lo sabes?

—Me lo contó Galindo, uno que es muy putero y que está siempre en la taberna de al lado.

Fabianito le dio primero un real, y luego dos.

Un minuto después, trastornado por la increíble información, el poeta solicitaba de la panadera dos kilos de franceses. Rectificó en seguida:

—Perdón, de pastas. Dos kilos de pastas menos cincuenta céntimos.

Confinada en la cocina Clara se ofreció para echarle una mano a Abelarda y así, mientras les quitaban las hebras a las judías verdes y limpiaban los apestosos boquerones de la cena, la mujer del afilador y la doméstica de los Bígaro fueron entrando en confianza, y ayudadas por unos tragos del vino de guisar, que era malo, pero que con gaseosa se dejaba beber, superaron rápidamente sus mutuas reservas y entraron a saco en las intimidades de la familia:

—Porque aquí mucho hablar de decencia y de adónde vamos a llegar al paso que vamos —se franqueaba Abelarda—, pero ha habido noches que han entrado en mi cuarto, uno detrás del otro, el señor que en paz descanse, su hijo don Mariano, el marido de la señora y el señorito Fabián, que no vea usted cómo deja los calzoncillos.

—Bueno, el chico está en la edad y a mi cuñado es la primera vez que lo veo. Pero lo que me dices de los otros me deja pasmada, porque en mis tiempos esta familia mía era una familia de meapilas de mucho cuidado; imagínate cómo sería mi madre, que a una criada que tuvimos y que era muy guapa no la dejaba salir los domingos sin pegarle en sus partes un parche poroso Sor Virginia, de esos que quitan el reuma.

—No, si como católicos son muy católicos. El señor, que en paz descanse, cuando entraba en mi cuarto con la disculpa de hacerme rezar el rosario, a cada misterio me tiraba un pellizco; para que no me durmiera, decía.

—¿Y no protestabas?

—Pues no. Es que yo a los señores siempre les he tenido mucho respeto, sobre todo por lo que me pasó en otra casa: cuando le dije a la señora que el señor me palpaba cada vez que nos cruzábamos en el pasillo, la señora me echó sin pagarme el mes que me debía y encima me denunció a la policía por hurto de ganado.

—¿Qué ganado?

—El gato. Se ve que el pobrecillo me había tomado cariño y cuando me vio hacer la maleta se metió dentro.

—¡Animalito! —se apiadó Clara. E inmediatamente se interesó por la vida secreta del brigada—: ¿Y ese gordinflón de mi cuñado, qué te dice?

—¿Cuándo?

—Cuando entra en tu cuarto, coño.

—No, si ya no entra.

—¿Por qué?

—Porque doña Luisa lo pescó una noche, justo cuando me estaba diciendo que si le dejaba meterse en la cama hablaría con la señora para que me subiera el sueldo. No quiera usted saber cómo se puso ella.

—Pero no te echó, por lo que veo.

—Eché a su marido. Es que doña Luisa, según le dijo a él, estaba muy contenta conmigo. «¿De manera —le decía, mientras intentaba sacarle los ojos con las uñas—,

de manera que para una vez que tengo una criada como Dios manda, que trabaja como una burra, no me sisa en la compra y se conforma con salir sólo los domingos, me la vas a enviciar? ¡A la Remonta ahora mismo, canalla!». Y en la Remonta lo tuvo durmiendo más de un mes.

—No me extraña, menudo carácter tenía ya de niña —se levantó Clara para tirar a la basura las podridas tripas de los boquerones. Y mientras se lavaba las manos prosiguió el interrogatorio—: Bueno, y tú, con esa cuadrilla de salidos, ¿cómo te defiendes? ¿O no te defiendes?

—Les digo que soy virgen y así los tengo a raya.

—Muy bien, no se ha hecho la miel para la boca del asno, o sea, de los cerdos, y tú te mereces otra cosa, con ese cuerpo que tienes —aprobó Clara. Y se interesó por las fantasías de su propio padre—. Oye, ¿y el camastrón de mi padre?

Abelarda se encogió de hombros:

—Don Mariano es como un cura. Sólo entra los domingos por la noche para que le cuente lo que hago con mi novio, yo se lo cuento, él me dice que me arrepienta si no quiero ir al infierno y luego me da un duro y me dice: «Para que lo echas en el cepillo cuando vayas a misa».

—¿Y no te toca?

—Ni un pelo —y le dio la risa, recordando algo—: El que es un demonio es el señorito Fabián.

—Con él es con quien tienes que tener más cuidado, no te vaya a dejar preñada en un descuido.

—No, si no se atreve; para mí que le tiene miedo a su padre, que siempre le está amenazando con ponerle herraduras en los pies y en las manos, y que a la menor ocasión le da con el correaje. Pero con miedo y todo ese tunante se pasa la vida tirándome indirectas; ahora mismo me ha dado la risa pensando en la indirecta que me tiró la otra noche —se rio otra vez, ahora con más ganas—: ¡Y menuda indirecta!

—Cuenta, cuenta —se dispuso Clara a reír la hazaña del sobrino.

—Pues, nada, que me meto en la cama y me encuentro dos patatas clavadas a un calabacín. ¿Usted se imagina?

—¡No me voy a imaginar!

—Bueno, otras veces le da por lo romántico; hubo una temporada que me llenó de corazones el armario: recortaba de un cartón corazones, los pintaba de colorado, y a escondidas me abría el armario y los clavaba en mis bragas.

—¡Angelito...! —reía la mujer del afilador.

Sus carcajadas las cortó en seco doña Luisa, que irrumpió en la cocina con un mendigo pegado a los talones:

—Abe, dale a este pobre el caldo del cocido que ha quedado de este mediodía —se volvió al pordiosero y le conminó—: Y en cuanto se lo tome se larga usted, no me vaya a llenar la casa de piojos. ¿Comprendido?

—Que Dios se lo pague, señora —agradeció el indigente, santiguándose.

El indigente en cuestión era conocido entre la gente de su cuerda por Menéndez Pelayo, pero en realidad sólo se apellidaba Menéndez: el Pelayo se lo adjudicaron en homenaje al talento que demostró el día en que, decidido a planear su futuro, se bajó del andamio donde colaboraba como peón de albañil en la construcción de un chalé, y tumbándose al sol en el prado más cercano puso en marcha su poderosa inteligencia.

Vamos a ver —se dijo—. Un chalet como éste yo no podré tenerlo nunca a no ser que me haga torero o me vaya a América para ser gángster, y eso sólo en el caso de que no me mate un toro o un policía a las primeras de cambio, y siempre que a base de cortar orejas llegue a ser una figura de la tauromaquia o que gracias al dinero de los atracos me haga amigo de ese senador que sale siempre en las películas. Pero como para ser torero me falta valor, y como gángster no puedo ser porque no tengo dinero para irme a América, pues el chalet no lo tendré nunca y me pasaré la vida en un zaquizamí —Menéndez Pelayo, que se guarecía en la Biblioteca Pública los días de lluvia, disponía de un léxico muy considerable— muriéndome de frío en invierno y de calor en el verano, alimentándome de tubérculos y despojos y pegándole a mi mujer al volver a casa borracho los sábados. O sea: que no conviene.

Se refería a trabajar, claro.

La noche que visitó el hogar de los Bígaro ya llevaba Menéndez Pelayo diez años sin dar ni golpe gracias al ejercicio de la mendicidad, actividad económica en la que había ido introduciendo técnicas muy personales. Para empezar desertó de los lugares en los que tradicionalmente se instalaban los pordioseros: *¿Qué me va a dar a mí una vieja beata que sale de misa sin dinero en el bolso y con la conciencia tranquila?* —se preguntó. Y se respondió—: *Todo lo más un «Dios le ampare, hermano», y con eso no se come.* E inmediatamente escogió las administraciones de lotería, de día, y los prostíbulos, de noche, como los puntos más idóneos para ejercer la mendicidad. Y no se equivocó el pícaro: los ilusos que salían de comprar un décimo le daban diez céntimos con vistas a que la Divina Providencia correspondiera a su caridad con el premio gordo, y los putañeros que entraban a pecar contra el sexto lo socorrían con la esperanza de que la Providencia Divina no les castigara con una blenorragia.

Pero la más original invención de Menéndez Pelayo a la hora de ablandar el corazón del prójimo era precisamente aquella que le permitía pasar las noches instalado en los cómodos hogares de la burguesía de la ciudad y no bajo un puente, alojamiento que podía resultar agradable y hasta placentero en verano y otoño, pero no en invierno y primavera; apenas anochecía Menéndez Pelayo se daba una vuelta por los mejores barrios de la ciudad en busca de una casa mortuoria con mesa de firmas en el portal, y con los datos de la esquila, amén de la información que le sacaba hábilmente al portero, se hacía una idea de la personalidad del fallecido, subía al piso en el que se velaban sus restos, y ya ante los atribulados deudos reclamaba a grandes voces el derecho a rezar una oración por el alma del difunto, «que tantas limosnas y tan buenos consejos me daba en vida». Cierto que algunos deudos sin corazón le cerraban la puerta en las narices, pero la mayoría de ellos le franqueaban

la entrada, y ya incrustado en el velatorio nada más fácil que reconfortar el estómago con algún piscolabis antes de pasarse la noche instalado en una confortable butaca.

«Buenas noches, caballero —había saludado al deudo que le abrió la puerta, y que resultó ser don Mariano—. Acabo de enterarme de que ha muerto don Fabián. ¿Puedo rezar una oración de *corpore insepulto* por el eterno reposo de su alma?». El almacenista de piensos y forrajes, desconcertado por la finura de aquel tipo vestido de harapos, quiso saber de qué conocía a su pobre padre. «Su buen padre, que el Señor lo tenga en la gloria, no sólo me socorría con sus limosnas. ¡También me ilustraba con sus consejos!». Y como aquí el mendigo rompió a llorar, don Mariano dejó de lado sus recelos y lo guio hasta el dormitorio donde, hincándose de rodillas ante el *corpore insepulto*, Menéndez Pelayo se puso a rezar hasta que creyó oportuno desmayarse: «No se preocupe —tranquilizó a don Mariano—: Es que no he comido nada desde ayer».

Y así el ingenioso mangante fue puesto en manos de doña Luisa que, menos impresionable que su padre, limitó el ejercicio de la caridad a la donación de un caldo de cocido y el sentido de la hospitalidad a una acogida de diez minutos de reloj.

Bajo los efectos de la conferencia que su primo le había dado sobre los placeres de la carne —y de sus dolores, porque a Marianín las pupilas de la Nieves no le ocultaban nada, y sabía que las purgaciones se trataban con jeringazos de permanganato y las ladillas con fricciones de «Aceite Inglés, parásito que toca, muerto es»—, Fabianito había dejado a un lado la lujuria, y sentado en la taza del inodoro pensaba en Elenita, aquel amor imposible —y por tanto purísimo— tejido con las miradas que se dedicaban mutuamente en el paseo del Espolón, lánguidas las del poeta, desdeñosas las de la ingrata, mientras en el quiosco la Banda Municipal tocaba su repertorio.

*En el surtidor del parque
mana una dulce tristeza
que va empapando la tarde
de filarmónica pena...*

El cuarteto le había venido a la cabeza de repente, y Fabianito, tras garrapatearlo en el rollo de papel higiénico, se maravilló de la complejidad del alma humana, o mejor dicho, de la suya: *¿Cómo puedo escribir unos versos tan románticos y a la vez ser tan libidinoso?* La inspiración le impidió seguir analizándose, porque del lápiz le brotaban nuevos versos:

*Olas del Danubio azul
besan prosaicas riberas,
viejecillos catarrosos
y solteronas grotescas...*

El vate torció la boca y a punto estuvo de tachar los dos últimos: lo del Danubio azul quedaba muy bien, porque aquel vals llegaba directamente al corazón, pero ¿qué tenían que ver con Elenita y con su amor los vejestorios que oían el concierto entre toses? *Nada, pero la verdad es que allí están todos los domingos*, tuvo que admitir.

*La juventud que va y viene
con ritmo de lanzadera
teje sus finos idilios
mientras pasea y pasea...*

Fabianito se sintió transportado al empíreo, fuera lo que fuera el empíreo —ya lo miraría después en el diccionario—: nunca le había salido un poema con tanta facilidad. Y siguió, embalado:

*Giran, doradas y locas,
las ruedas de las barquilleras...*

Contó con los dedos las sílabas del último verso y se cagó en la leche: *Me cago en la leche* —se dijo—, *tiene nueve sílabas... A ver... ruedas de las barquilleras... diez ruedas de barquilleras...* Y como contabilizando las barquilleras el verso era un perfecto octosílabo, dio por bueno que ésas eran las que había en el parque —ni una más ni una menos— y continuó:

*Giran, doradas y locas
diez ruedas de barquilleras
repartiendo por el aire
un dulce olor a canela...*

Un nuevo problema vino a cortar el caudal de su desbordada inspiración: *Pero, los barquillos, ¿huelen a canela, a vainilla o a qué?* Incapaz de determinarlo optó por eludir la cuestión y atendió a su musa, que le susurraba nuevos versos:

*Lloran los niños perdidos
del amor de sus niñeras;
zafios soldados galantes
al amor juegan con ellas.*

Maravillosos. Qué bien marcaban la diferencia entre los sucios magreos de soldados y niñeras y el sublime amor que él sentía por la hija del Registrador de la Propiedad. *¡Toma ya, Rubén Darío!*, se jaleó, mientras del lápiz seguía manando la poesía como el agua de un grifo:

*En la inmensidad de un banco
se amartela una pareja...*

La musa enmudeció. El poeta dejó la taza, se reventó un granito ante el espejo, intentó verse de perfil para comprobar si era cierto que lo tenía igual que Freddie Bartholomew, y atraído por los ruidos del patio se subió a la banqueta para alcanzar el ventanuco que daba aire y luz al baño: la visión de Abelarda afanada en la cocina le hizo recordar algo que la chica le había contado a su abuelo en una de sus confesiones dominicales, confesión que él escuchó a través de la puerta: «Pues nada, que estaba yo con un muchacho de mi pueblo en un aguaducho, y un guardia le ha puesto cinco pesetas de multa por achucharle en público».

*En la inmensidad de un banco
se amartela una pareja,
y un Cupido de uniforme,
muy municipal, la vela.*

Una mentira como una casa, porque a buenas horas iba un guardia municipal a velar los amores de una pareja, cuando su misión consistía en disolverlas a porrazos, pero ¿en qué se quedaba la poesía sin sus licencias?, se preguntó Fabianito con mucha razón. Y visto que se acercaba la hora de cenar —hasta el baño llegaba a través del patio de luces el humazo de la fritanga de boquerones— el poeta puso fin a su obra en un periquete:

*Y sobre el parque la noche
enciende ya sus estrellas,
y en el surtidor del quiosco
sigue manando tristeza.*

El chorreo de visitantes se había interrumpido al llegar la hora de la cena y los Bígaro pudieron pensar en la suya:

—¿Y qué hacemos con tu hermana y con su chico? ¿Es que se van a quedar a cenar? —le preguntó don Pablo a su mujer.

Doña Luisa no pudo opinar porque don Mariano, indignado por la mezquindad de su yerno, le quitó la palabra de la boca:

—¿Pretendes que les niegue un puesto en mi mesa?

—No, si a mí me da igual, a ver si me comprende... —recoló el brigada—. Lo digo por si viene el alcalde y los ve...

El almacenista de piensos y forrajes se lo pensó un rato, pero en seguida cabeceó, asintiendo:

—Tienes razón. Y mejor que cenemos en la cocina; no me gustaría que el alcalde nos cogiera cenando en el comedor como si tal cosa.

—Pues venga, a la cocina, rápido, no sea que se nos pegue don Ildefonso —fue el sensato aviso de doña Luisa.

—Pero ¿no se ha ido ese viejo imbécil? —se extrañó don Pablo.

—Ni se ha ido ni se piensa ir hasta mañana.

—¿Y dónde está?

—He aprovechado que se ha adormilado y lo he metido con la silla en el cuarto de Fabianito.

—Bueno, pues no lo despertamos y ya está. Venga, a cenar.

—Un momento —el brigada detuvo a su suegro, que arrancaba hacia la cocina—. Hagamos dos turnos: Primero cena usted con... con ellos, y luego cenamos Luisa, Fabianito y yo. Así, si viene el alcalde, siempre habrá alguien para recibirlo, a ver si me entiende.

—Tienes toda la razón —aprobó don Mariano, convencido.

—¡Dos huevos con torreznos! —reclamó don Ildefonso de la Barca, que llegaba por el pasillo a toda máquina. Y advirtió, severo—: Los huevos con puntilla y los torreznos que crujan.

No hacía ni diez minutos que el primer turno se había encerrado en la cocina con el añadido del centenario cuando sonó el timbre de la puerta.

—El alcalde —intentó adivinar doña Luisa.

No era el alcalde. Era Manoliño. Venía completamente borracho y acompañado por un caballero del tamaño de un armario de tres cuerpos vestido con gabardina y tocado con boina de mucho vuelo:

—Buenas noches... Oye, que vengo con este señor de Bilbao, que es muy amigo mío... Nada, que se ha empeñado en ver al muerto —le tartajeó Manoliño a su concuñado, apoyándose en su acompañante.

—Perdonen, señores, si soy inoportuno —farfulló el desconocido, tan ebrio como

el afilador, pero evidentemente más educado, pues se quitó la boina e incluso intentó besarle la mano a doña Luisa—, pero yo tengo mucho gusto en acompañarles en el sentimiento... A ver dónde tengo las tarjetas.

Don Pablo echó hacia atrás una pierna con la evidente intención de expulsarlo a patadas, pero de la cartera del visitante se escaparon unos billetes de los grandes y su revoloteo impresionó tanto al brigada que el puntapié se le inmovilizó en el aire.

—Mecachis la mar —se lamentó el de Bilbao.

—Deje, deje... —se apresuró a consolarlo don Pablo, a la vez que convertía el amago de patada en rendida genuflexión, pues ya se había arrodillado para recoger los billetes.

—Mira, éste es Iñaquimari —Manoliño recordó el nombre del señor de Bilbao y explicó—. Llorando en una tasca me lo he encontrado... Por culpa de una mala mujer...

Cuando don Pablo, congestionadísimo por culpa de sus grasas, se puso en pie y le entregó a su dueño aquel capital —casi cuarenta mil pesetas; las contó por encima al recogerlas— el llamado Iñaquimari le dio las gracias y la tarjeta que tanto tiempo le había costado encontrar, y le comunicó, tartajeando:

—Ahora, con el permiso de ustedes... yo le voy a rezar una oración a la Virgen de Begoña... para que lo lleve al cielo... al muerto, digo... —se volvió hacia el afilador—: Porque yo, aquí donde me ves, estuve a punto de cantar misa... En el seminario, me refiero...

—Y yo toco la campanilla —lo empujó Manoliño hacia la cámara mortuoria—. Porque yo fui monaguillo en Monforte.

Iba doña Luisa a salir de su estupor y quizá a lanzar uno de sus horrísonos chirridos cuando don Pablo, previo un codazo, le pasó la tarjeta que acababa de leer; la tarjeta, bajo un «Ignacio María» seguido por dos impronunciables —por interminables— apellidos vascos, decía: «Presidente del Consejo de Administración de Hierros, Aceros y Metales, S. A»..

—Dios Santo... —susurró deslumbrada.

—Yo lo que me pregunto es cómo se habrán conocido —le dijo su marido, con cara de estar devanándose los sesos.

—En una taberna, lo ha dicho el tío —informó Fabianito, que había salido del baño al oír el timbre.

—Tú, a estudiar a tu cuarto. Y no le llames tío a ese degenerado —bajó la voz su padre.

—Cuando termine de rezar habrá que ofrecerle algo... —doña Luisa leía y releía la tarjeta como si buscara en ella una respuesta.

—¿Y qué hacemos con el otro?

La indecisión del matrimonio no duró mucho: a don Ignacio María le ofrecerían un café y al afilador lo encerrarían en el cuarto de la criada. Pero lo primero de todo era ponerse presentables: no podían pasar al comedor tal como estaban, doña Luisa

en bata y con la bolsa de hielo en la cabeza, don Pablo en zapatillas y con la chaqueta del pijama sobre la camiseta de felpa.

Con el caldito ya en el cuerpo y aprovechando la confusión general el mendigo Menéndez Pelayo se había dado una vuelta por el piso, y terminada la inspección decidió que para pasar la noche en aquella casa el lugar más seguro era la cama que ocultaban las cortinas de la cámara mortuoria, y en ella se tumbó convencido de que a nadie se le ocurriría venir a dormir tan cerca del cadáver expuesto en la entrada.

Acababa el pícaro de conciliar el sueño cuando lo desvelaron unas voces estrepitosas que discutían los toques de campanillas admisibles durante el rezo de un padrenuestro, un avemaría y un gloria, y le bastó asomar un ojo entre las cortinas para confirmar sus sospechas: aquellos tipos estaban borrachos, seguro que sabían dónde daban copas. De manera que, sin pensarlo dos veces, salió de su escondite y se unió al amén.

—... Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo —concluyó Iñaquimari.

—Tilintilintilín... —tintineó Manoliño.

—Amén —dijo Menéndez Pelayo.

Y así entraron en animada conversación y así los encontraron don Pablo y su esposa —él de uniforme y con espuelas, ella de negro y con un pañuelito de encaje en la mano— al reaparecer de prisa y corriendo para hacerle los honores de la casa al inesperado e ilustre visitante.

—¿Y ese pobre?

Doña Luisa no tuvo tiempo de explicarle a su marido quién era el mendigo porque el Presidente del Consejo de Administración de Hierros, Aceros y Metales, Sociedad Anónima, pidió, como si estuviera en un bar:

—Un sidral, por favor.

—Un sidral para don Ignacio María —le ordenó don Pablo a doña Luisa, y cogiendo una mano del acaudalado visitante se la sacudió para presentarse—: Muchísimo gusto. Pablo Hidroso Fritada, nieto político del fallecido.

—A sus órdenes.

—Aquí, mi señora.

—A sus pies.

—Encantada. Lo siento mucho, pero no tenemos sidral... Pero si quiere una aspirina, bicarbonato, té, café, chocolate, infusión de manzanilla...

—Mejor sidral —insistió el de Bilbao, con otro regüeldo.

—Luisa, acompáñalo al comedor —don Pablo lo puso en manos de su esposa, y agarrando a Manoliño de un brazo lo arrastró hasta el cuarto de la criada para someterlo a interrogatorio: ¿cómo, cuándo, dónde había conocido a don Ignacio María? Con alguna que otra incoherencia Manoliño se explicó: resulta que Iñaquimari había encontrado a una querida suya que se llamaba Pepita en la cama del hotel con un camarero, porque Iñaquimari estaba de viaje de negocios, y para no matar a la querida y al camarero Iñaquimari se había echado a la calle a beber, y

como él, Manoliño, también tenía sus penas y también estaba bebiendo, pues nada, amigos íntimos.

—Uña y carne, oye —resumió Manoliño, dejándose caer de culo en la cama.

La indignación llevó a don Pablo al borde del síncope:

—Miserable... ¿No le da vergüenza, ponernos en evidencia delante de ese señor?

Le hubiera gustado mucho seguir afeándole su conducta, pero como el miserable ya buscaba postura para dormir, el brigada corrió al comedor procurando que los pies no se le enredaran en las espuelas.

—¡Dios santo!

Don Ignacio María estaba caído de bruces sobre el hule de la mesa, con la cara en medio de un charco de sangre.

—¡Luisaaaa!

—Aquí estoy.

Doña Luisa entraba con un frasco de agua oxigenada y un paquete de algodón hidrófilo en las manos.

—¿Qué le ha pasado?

—Pues, nada. Que como no teníamos sidral le he dado bicarbonato en un vaso de sifón, y cuando me estaba diciendo que el puente colgante de Bilbao es el más elegante del mundo, ¡pumba!, la cabeza que se le ha ido contra la mesa... Oye, pero como una piedra...

Don Pablo examinó al accidentado y descubrió que la sangre le salía de la nariz:

—Es de la nariz —diagnosticó, aliviado. Y mientras le embutía medio paquete de algodón hidrófilo en las fosas nasales decidió acostarlo—. Se la taponó y que descanse.

—Eso —convino con él doña Luisa—. Lo acostamos y le ponemos la bolsa de hielo en la nariz. Que no tenga queja; quién te dice que el día de mañana no nos coloca a Fabianito en un puesto importante de los altos hornos esos. Llámalo.

—¿A quién?

—Al afilador. Para que nos ayude a llevarlo a la cama. Porque este tío debe de pesar lo suyo.

—El afilador ya está durmiendo.

—Pues que venga Fabianito.

La cena en común había reforzado las afinidades afectivas establecidas entre don Mariano y Marianín y en la sobremesa el abuelo babeaba con las habilidades del nieto:

—... Caracoles y ranas y pajaritos y ratas de agua y peces y cangrejos, yo le pego a todo —presumía Marianín—. ¿A que no sabes cómo cazo pajaritos?

—No.

—Con liga. Se pone la liga en las varetas y los pajaritos se pegan y ya no se pueden escapar.

—¿Y qué haces con los pajaritos?

—Se los vendo a Julián, el de la taberna. Luego los vende fritos. ¿A ti te gustan los pajaritos fritos?

—Mucho.

—Pues si me das una peseta mañana te traigo una docena.

Al abuelo se le caía la baba sin advertir que al otro lado de la mesa don Ildefonso babeaba por otras razones:

—Lo que no comprendo —le decía a Clara, clavándole los ojos en la pechuga— es por qué no te has dedicado a ama de cría.

—Pero ¡qué cosas tiene usted, don Ildefonso!

—No es una lisonja, Clarita. Tienes un pecho que ya quisieran muchas.

—Ya, pero yo no me veo criando al hijo de otra...

—Pues yo, sí. ¡Lo guapa que estarías en un banco del Espolón, toda vestida de blanco, recién almidonada, con tu cofia, tus pendientes y tus arracadas, dándole de mamar a un niño!

El centenario, que había sido un hombre tan casto como para fecundar a su esposa un montón de veces sin experimentar ningún placer, porque a la hora del débito conyugal se mordía las manos hasta hacerse sangre, en la senectud degeneró en sátiro obsesionado por los pechos de las amas de cría: apenas se descuidaban sus familiares el viejo chocho se plantaba con la silla de ruedas en el paseo del Espolón, seleccionaba a una de las emperifolladas nodrizas que allí amamantaban a las criaturas de la buena burguesía de la ciudad y la atacaba con una táctica muy personal: «¡Mira qué glotón! ¿De quién es este mamoncillo?», se interesaba. «De los señores de Tal y Tal», respondía el ama de cría. «Grandes amigos míos», afirmaba don Ildefonso. Y regodeándose en la contemplación de la ubre pinzaba el pezón entre el pulgar y el índice y amenazaba a la criatura: «¿A que te lo quito?». Y, efectivamente, le sacaba el pezón de la boquita y lo masajeaba, los ojos en blanco, como si estuviera dándole cuerda a un reloj de bolsillo.

—Hay que amolarse —pensó en voz alta—, una cosa tan inocente y hay malpensadas que llaman a un guardia.

—Pero ¿qué dice? —se rio la mujer del afilador.

Don Ildefonso no pudo explicárselo porque la puerta de la cocina se abrió para dar paso a don Pablo, doña Luisa y Fabianito, que venían a cenar.

—Nada, nada, cosas mías —y maniobrando con su silla golpeó las piernas del almacenista de piensos y forrajes—: Basta de chácharas; vamos a hacerle un poco de compañía al pobre Fabián, que debe de estar más solo que la una.

Se equivocaba: el indigente Menéndez Pelayo, que había perdido el sueño, descifraba el damero maldito de *La Codorniz* sentado en una butaca frente al féretro...

—Una limosna por el amor de Dios —imploró, levantándose.

—Yo a este mendigo lo conozco —frunció el ceño el insoportable centenario—. Pero no sé de qué.

—Le pedí un óbolo la semana pasada en el velatorio del marqués de Monteforte, que en gloria esté.

La cosa deslumbró a don Mariano; aquel pobre era un pobre con clase:

—¿Cómo? ¿También le socorría el marqués?

—Sí, señor. Y en honor de su memoria debo decir que de muerto fue tan munificente como de vivo: en el velatorio dieron jamón.

—Bueno, mi hija le ha dado a usted de cenar —se picó don Mariano.

—Parvamente —repuso el mangante—. Un caldito. Si me dieran algo sólido...

—Basta, a los velatorios se viene a velar, no a pedir limosna —protestó don Ildefonso de la Barca. Y de la protesta pasó a la indignación—. Además, ¿por qué no trabaja? ¿No le da vergüenza? ¡Un hombre como un castillo y vivir de limosna!

Menéndez Pelayo echó mano de sus recursos para ablandar los duros corazones de los burgueses:

—En este mundo tiene que haber de todo, caballero: blancos y negros, altos y bajos, rubios y morenos, ricos y pobres, y todos debemos conformarnos con nuestro sino, sobre todo los pobres; personalmente prefiero vivir de la caridad del prójimo que echarme a la calle gritando «¡Viva la revolución!» para que, con toda razón, me muela a palos la fuerza pública.

El paralítico soltó una risita y bajó la voz hacia don Mariano:

—Eso si antes no lo aplasta el automóvil.

—¿Qué automóvil?

—El automóvil del rico, puñeta. El rico siempre va en automóvil, ¿no?

—No había caído.

Menéndez Pelayo aprovechó la interrupción para llevar su disertación al terreno que le interesaba:

—Además, ser pobre tiene sus compensaciones: ¿cómo se va a comparar el hambre con el apetito? El apetito se pasa con cualquier fruslería y así se pierde en seguida el placer de comer; en cambio el hambre, por mucho caldo que uno tome, dura toda la vida.

—No, si desde ese punto de vista no le falta a usted razón —volvió a

interrumpirle don Ildefonso, ahora conciliador. Y siguió, convencido—: Es bien sabido que el hambre representa la mayor fuente de riqueza para las naciones: si los pobres estuvieran ahítos a buenas horas se iban a dedicar a picar piedra.

—Ni a matar toros —agregó el taurófilo don Mariano—. ¡La cantidad de toreros que ha dado el hambre! ¡Y buenísimos!

El mendigo siguió a lo suyo:

—Razonemos. A ver: ¿qué hace falta para comerse una piedra?

—¡Hambre! —respondieron a coro don Ildefonso y don Mariano.

—Pues no. Lo primero que hace falta es la piedra, porque si no hay piedra, ¿cómo se la va a comer uno, por mucha hambre que tenga?

Abrumados por aquella exhibición de lucidez los dos carcamales cabecearon durante un rato, y cuando Menéndez Pelayo iba a cerrar su razonamiento mendigando no una piedra, que no la habría en la casa, sino algo de lo que hubiera en la despensa, don Mariano se interesó por su vida:

—¿Está usted casado?

—No, señor. Soy célibe.

—Malo —chasqueó la lengua don Ildefonso. Y se lanzó a desbarrar a tumba abierta—. A usted lo que le conviene es enamorarse de una buena mendiga, formar un hogar en la indigencia y tener una prole que el día de mañana pida limosna para usted.

—Ya me gustaría, ya —mintió Menéndez Pelayo— pero...

—Pero ¿qué?

—Pues, la verdad: las mujeres me desprecian.

—¿Cómo? —se extrañó don Mariano—. ¿Despreciar a un hombre con su labia?

—La labia les agrada. Lo que no aguantan es mi caquexia crónica.

—Y eso, ¿qué es? —le preguntó el almacenista de piensos y forrajes al exmagistrado, que también se había quedado a dos velas.

—La caquexia crónica es el estado de extrema desnutrición en que me encuentro habitualmente. Hoy, por ejemplo, todo lo que ha entrado en mi cuerpo ha sido el caldito que me ha dado su hija.

—Es que hay mucha necesidad y muy poca caridad cristiana —reconoció don Mariano.

—Lo que hay es muy poca vergüenza —don Ildefonso volvió a indignarse—. Porque si los pobres, en lugar de gastarse las limosnas en piedras, digo en vino, las ingresaran en una cartilla de ahorro, otro gallo les cantara.

—A propósito de gallo —Menéndez Pelayo, obsesionado con la comida, empezaba a ponerse pesado—: Un pobre que estuvo en Francia cuando la guerra me ha dicho que allí al gallo le dicen *coc* y que lo guisan con vino, y que para pedirlo en el *bistró*, que en francés quiere decir tasca, hay que decir que quieres un *cocoven*. Pero yo con un pollo a secas, o sea, sin nada, o sea, asado, me conformaba...

Se tuvo que conformar con nada en absoluto porque a la puerta asomó el señor

Calanda, contable del almacén de piensos y forrajes, que venía a pasar la noche con la inconsolable familia —lo de inconsolable lo dijo él— y la conversación derivó hacia los valores nutritivos de la alfalfa.

Acostado en la camita de su hermana, que se había quedado a dormir con los vecinos del quinto, Fabianito no podía pegar el ojo:

Porque si el incesto es sólo un pecado, pues bueno, la cosa queda entre mi conciencia y yo, pero si es un delito la cosa cambia, porque vas a la cárcel como dos y dos son cuatro, reflexionaba el poeta, ahora de un prosaico lamentable. Claro que lo lógico es que la cosa sea incesto cuando pasa entre padre e hija, o hijo y madre, o hermano y hermana, pero si pasa entre sobrino y tía no debe ser ni incesto ni nada, y menos en mi caso, que yo a mi tía no la conocía ni por lo más remoto, o sea, que si nos hubiéramos conocido por la calle sin saber que era mi tía, la cosa sólo habría sido pecado contra el sexto.

Lo mejor era salir de dudas. Así que, corriendo el riesgo de que su padre lo herrara, pues le tenía prohibido acercarse al *Espasa* desde el día que lo sorprendió transcribiendo lo que decía sobre el aparato genital femenino, Fabianito dejó la habitación de su hermana rumbo al despacho de su abuelo preguntándose dónde estaría el objeto de sus desvelos. ¿En el cuarto de la criada? Se la imaginó «... sin chales en los pechos y flojo el cinturón, sin orden el cabello, al aire el muslo bello, qué gozo, qué ilusión...», y cegado por Espronceda se olvidó del diccionario enciclopédico y entreabrió la puerta confiando en que el afilador, con la modorra de la borrachera, no se enteraría de nada.

—Tía —susurró, dando un paso hacia la respiración afanosa que se oía en la penumbra.

—Tía, tía —repitió enardecido al tocar una piel suave y cálida.

Era la del rostro de su primo Marianín, que dormía apelotonado contra su padre, y Fabianito, entre avergonzado y confundido, volvió al pasillo esperanzado con la idea de encontrarla en la cocina.

—¿Quiere algo, señorito?

Abelarda le quitaba las piedrecitas a las lentejas del día siguiente; en previsión de que se presentara el alcalde doña Luisa la había dejado de guardia engalanada con el uniforme de doncella, y la chica, de cofia, satén negro y delantal blanco, con un toque de carmín en los labios y otro de rímel en los ojos, estaba francamente apetitosa. Pero Fabianito no tenía el cuerpo para sucedáneos:

—¿Y mi tía? —preguntó bajando la voz.

—No sé.

—¿Y mi padre?

—Ha dicho que mañana tiene que estar despejado para el follón del entierro y se ha ido a dormir con la señora, que estaba descompuesta.

Así se las ponían a Fernando séptimo, se alborozó Fabianito. Y ya se apresuraba hacia el pasillo para proseguir su búsqueda cuando la criada, sofocando una risita, apuntó un dedo hacia la bragueta del pijama:

—Cuidado, señorito, que tiene la jaula abierta y se le puede escapar el pájaro.

Se cerró la abertura, azarado, y salió a escape de la cocina, pero ante la puerta de la sala recordó la información que sobre la especialidad de la Mora le había dado Marianín: *Ahora yo debía volver y decirle: ¿Conque el pájaro, eh? Pues, venga, dale un beso. Pero desechó la idea inmediatamente: No. A Abelarda la tengo segura, pero mi tía se irá mañana, y si no la ataco ahora, aprovechando que están durmiendo mis padres, su marido y su hijo, la perderé para siempre.*

Se asomó a la sala, de la que provenían las voces de los participantes en el velatorio, enzarzados en una acalorada discusión sobre la suerte de varas: el contable Calanda apoyaba al señor Arbejas, Presidente del Club Taurino de la ciudad, quien sostenía que don Miguel Primo de Rivera cometió un error al imponer el peto en las corridas de toros, pues el toro, al no poder hacer sangre en los caballos, se desengañaba y llegaba a la muleta sin ganas de nada, mientras que el señor Manteca, dentista con consulta abierta en el segundo derecha, sostenía que el peto, al impedir que los toros destriparan a los equinos, había abierto las plazas a la mujer española, que tanto las engalanaba con su presencia, sobre todo si lucía el mantón de Manila y la peineta de tortuga carey, y Mauro, el portero de la casa, ratificaba su opinión comunicándole a la asamblea que él siempre iba a los toros con su señora, incluso cuando la tenía embarazada; don Ildefonso, Menéndez Pelayo y Tarsicio, el soldado asistente de don Pablo en la Remonta, no decían nada, el centenario y el mendigo porque el anís y el coñac trasegados en la vela los habían sumido en una especie de letargo, y Tarsicio porque no dejaba de pensar en Abelarda, que en su opinión, y aunque ella se las diera de decente, bramaba de ganas de que le llegaran a las partes bajas.

¿Se habrá ido a su casa?, se preguntaba Fabianito, después de inspeccionar la cámara mortuoria, el dormitorio de su abuelo, el cuarto de baño y el aseo de la criada. *Pero, de irse, se habría llevado a su marido y a su hijo.* Y ya en el despacho de su abuelo, justo cuando sacaba de la estantería el tomo del *Espasa*, llegó a una desoladora conclusión: *¡Ha huido al darse cuenta de que estábamos al borde del incesto!*

—¿Estudiando a estas horas?

Su tía, tentadora, le sonreía desde el mirador.

—Re... regular —fue todo lo que el amelonado sobrino respondió con un hilo de voz.

—En la cocina hacía mucho calor y me he venido aquí a tomar la fresca.

—En invierno ya se sabe —consiguió articular el chico, avanzando hacia el mirador cargado con el pesado tomo.

—Pero ¿qué dices? ¡Si estamos en primavera! —estalló Clara en una carcajada. Y se apartó para hacerle sitio a su lado—. Mira qué noche tan hermosa.

Fabianito hizo un esfuerzo terrible para ponerse poético, pero su numen estaba fuera de servicio, y todo lo que pudo farfullar fue un par de incoherencias a cuenta de

los equinoccios y los solsticios; menos mal que Clara había salido al balcón para asomarse a su infancia, y en sus añoranzas no advirtió que su sobrino se encontraba en un estado de estupidez transitoria, como justamente habría diagnosticado don José Ortega y Gasset:

—Tú no sabes las horas que me he pasado en este balcón cuando era niña...

—Yo también, en Semana Santa, para ver las procesiones... —balbuceó el infeliz.

—Qué procesiones... Es que ahí enfrente vivía Heriberto, un niño inglés con el pelo colorado y muchas pecas en la cara...

Si no tiro el Espasa a la calle y la abrazo y la beso y le digo que no puedo vivir sin ella, no soy un hombre, pensó Fabianito. Pero ni tiró el *Espasa* a la calle, ni la abrazó, ni la besó, y todo lo que dijo fue otra frase hecha:

—Los ingleses ya se sabe.

—¿El qué?

—No sé...

Y se echó a llorar, avergonzado de su cobardía.

—Pero ¿qué te pasa?

Fue aquí donde las musas, apiadándose de él, le alcahuetearon a la oreja: «¡Bécquer, suéltale a Bécquer!».

—Es... es que... es que estaba pensando en lo solos que se quedan los muertos...

Y recitó, entre sollozos:

*¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
¡No sé, pero hay algo
que explicar no puedo
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!*

Mano de santo: Clara ya lo tenía apretado contra su pecho y le enjugaba las lágrimas con unos besos —maternales, sin duda—, pero no por ello menos estimulantes:

—No pienses esas cosas... Con lo beato que era, seguro que el abuelo ya está en el cielo.

Ahora, sí; ahora el pesadísimo e inútil tomo del *Espasa* cayó a la calle a plomo, porque Fabianito, para abrazar a su tía, lo había abandonado a su suerte:

—¡Tía, tía, tía!

En principio Clara atribuyó al dolor los furiosos besos de su sobrino, pero cuando el sinvergüenza de él se lanzó con la boca abierta sobre sus pechos, y a la vez le agarraba las nalgas a manos llenas, comprendió que era ella y no la muerte de su

abuelo la causa de aquel frenesí, y movida por un acto reflejo más que por una exigencia moral trató de apartar al chico:

—Pero... ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—De amor, de amor... —repetía Fabianito, mientras con una repentina maniobra le sacaba un pecho del sostén y lo atacaba recitando versos de otro colega:

*¡El día que me quieras tendrá más luz que junio,
la noche que me quieras será de plenilunio...!*

—Pero ¿qué dices? —jadeó Clara, consciente de que su pezón había adquirido la dureza y el tamaño de una aceituna gordal.

—Amado Nervio... —tartajeó el rapsoda, ebrio de pasión. Y continuó, arrinconándola contra el rincón del mirador:

*¡El día que me quieras, los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos...!*

Lo que resonó fue una bofetada:

—¡Ya está bien, coño! Pero ¿tú te has creído que todo el monte es orégano?

Con una mano en la mejilla y la otra tapando la bragueta del pijama su sobrino la miraba como un cordero a punto de ser degollado.

—Parece mentira, un chico tan... tan... tan bien educado como tú... —siguió Clara, devolviendo el pecho a su sitio y bajándose la falda—. ¿Te parece bonito propasarte con tu propia tía? ¿Eh? ¡Contesta! —cambió de tono, asustada—. Pero ¿qué haces?

Convencido de que su padre lo herraría y deslomaría apenas se enterara de su crimen, Fabianito sacaba una pierna fuera del mirador con la decidida intención de reunirse en el adoquinado con el tomo de la enciclopedia:

—¡Me mato!

—No... Espera... Quieto...

—¡Quiero morir...! ¡Quiero morir...!

La resistencia del suicida a volver a la vida se ablandó cuando su tía unió a las súplicas unos tiernos besos:

—No seas chiquillo... Ven aquí... A quién se le ocurre, tirarse de un balcón por una tontería... —los labios de la conmovida Clara pasaron de las mejillas a los labios de Fabianito—: Yo te comprendo, estás en la edad... Pero ¿no te das cuenta de que podría ser tu madre? Aparte, soy tu tía... ¿O no has pensado que soy tu tía, granuja?

Sus besos entraban como cucharadas de miel en la ávida boca del granuja, que poco a poco sentía reflorar lo que el pavor le había mustiado en la entrepierna.

—Mira...

Tomó una de las manos de su tía y la llevó hasta la propia horcajadura; Clara, que le había dejado hacer, tactó sin bajar los ojos, fijos en los balcones de enfrente:

—Demonio de Fabianito... —acezó sintiendo en la mano el deseo de su sobrino y viendo en uno de los balcones al Heriberto pelirrojo de su infancia. Y hecha un lío suplicó—: No me mires...

—Bueno —dijo Fabianito levantando los ojos al cielo.

Clara, que ya se había hecho cargo de la virilidad del chico, susurró:

—Qué poesía tan bonita...

—¿Cuál?

—La que me estabas diciendo...

Desde el séptimo cielo el chico volvió a Amado Nervo:

*¡El día que me quieras tendrá más luz que junio,
la noche que me quieras será de plenilunio,
con notas de Beethoven vibrando en cada rayo
sus inefables cosas, y habrá juntas más rosas
que en todo el mes de mayo...!*

Don Ignacio María salió del coma etílico por etapas.

¿Dónde estoy?, se preguntó al abrir los ojos en la oscuridad más absoluta, una galerna entre las sienes, la nariz taponada y dolorida y un trozo de esparto en el lugar de la lengua...

¡Su Santidad el Papa!, gimió a punto de morirse de vergüenza, al encender una luz que encontró a tientas y encontrarse con la ascética faz de Pío XII, que lo miraba admonitorio desde un calendario colgado de la pared...

¡El brigada y su señora!, identificó en la foto de la mesilla al militar de uniforme y del brazo de aquella insensata que le había administrado bicarbonato sódico en dosis de caballo y que era...

¡La cuñada del afilador!, y se vio de nuevo llegando al domicilio del brigada con aquel tipo que le había ayudado a ahogar en orujo la traición de Pepita...

¡Pepita, hija de...! Completamente despierto, el hombre se sentó en el borde de la cama y con la cabeza entre las manos y los codos en las rodillas se preguntó, con toda seriedad, si no le habría convenido más estrangular a aquella hija de su madre cuando la sorprendió en la cama del hotel, empalada en un camarero de pelo rizado, dientes de lobo y talle de bailar de flamenco: por haberse echado a la calle para no matarla ahora se veía encerrado en una casa extraña de la que no conocía el camino hacia la puerta.

¿Cómo voy a salir de aquí? ¿Y qué hora es?

Su reloj marcaba las tres menos veinte, pero lo mismo podían ser de la madrugada que de la tarde del día siguiente: dependía del tiempo que hubiera pasado durmiendo la borrachera. Bañado en un sudor frío se levantó para abrir las maderas de la ventana y salir de dudas, pero apenas se puso en pie la habitación se convirtió en un columpio y lo arrojó contra el armario de luna, y así, quien era admirado por su prestancia en los más selectos círculos de Bilbao —e incluso de San Sebastián— pudo verse reducido a una especie de ruina física en fase de demolición: unas ojeras del color y el volumen de un par de berenjenas le rodeaban los ojos, rojos como tomates; dos repugnantes estalactitas de algodón hidrófilo, ennegrecidos por la sangre reseca, colgaban de su nariz tumefacta; el traje cortado a la medida en Londres estaba hecho una arruga, y para colmo había perdido la boina, los zapatos y un calcetín.

De vuelta a la cama, en la que a pesar de todo se sentía más seguro, reconsideró la situación y durante un instante pensó en telefonar al hotel para pedirle a Pepita que le trajera unos zapatos, un calcetín y una boina, pero inmediatamente comprendió que su idea era irrealizable: no sabía dónde estaba situado el teléfono en aquella casa, y aunque lo hubiera sabido, si eran las tres de la madrugada, no le convenía usarlo porque entre una cosa y otra podía despertar al brigada y a su señora, personas a las que prefería no volver a ver en su vida. Por otro lado: ¿seguiría Pepita en el hotel esperando contrita su regreso? ¿Se habría vuelto a Bilbao? ¿Yacía en la bañera con

las venas cortadas? ¿Estaría ya liada con el camarero? Mejor olvidarse del teléfono, lo razonable era localizar la puerta del piso y alcanzar la calle, una vez en la vía pública sus problemas se reducirían a uno que carecía de importancia, pues para un tipo como él, habituado a salir en procesión todas las Semanas Santas con los pies desnudos y encadenados, y llevando al hombro una cruz de setenta kilos de peso, caminar descalzo hasta el hotel podía representar, todo lo más, un ligero entrenamiento. En cuanto a Pepita...

El estrépito de la descarga de una cisterna cortó el proceso mental de don Ignacio María. Con el corazón en la garganta se precipitó a apagar la luz, pegó la oreja a la puerta, y cuando se hizo la calma asomó la nariz a la oscuridad de lo que debía de ser un pasillo; tanteando con las manos en la pared avanzó unos pasos, pocos, porque un rumor que recordaba el vuelo del moscardón le hizo pararse en seco y maldecir las horas en que nacieron su querida, el camarero, el afilador, el brigada y su señora, e incluso el muerto en cuyo velatorio se rezaba el Santo Rosario:

—... Misterio doloroso la oración en el huerto padre nuestro que estás en los cielos...

Don Ignacio María se alejó del mosconeo decidido a arrojarse por la primera ventana que le saliera al paso: con el velatorio en pleno apogeo estaba clarísimo que sus probabilidades de alcanzar la puerta sin que lo viera nadie se reducían a cero, mientras que las de morir desnucado dependían de la altura del piso; fue una suerte para él encontrar con las manos una esquina del muro, y no una ventana, porque los Bígaro vivían en un tercero, pero apenas enfiló el nuevo tramo de pasillo descubrió el resplandor de una luz eléctrica que salía de una puerta.

El que no se arriesga no pasa la mar, se dijo, una vez que los testículos le descendieron al escroto, pues con el susto se le habían subido a la garganta, y pasito a pasito avanzó hasta asomar un ojo, la nariz y las mechales de algodón hidrófilo a lo que resultó ser una cocina: en una silla dormía lo que parecía una criada y del grifo del fregadero caían unas gotas en un cacharro metálico. Aunque su idea era continuar adelante en busca de la puerta del piso, el ploc ploc del goteo le reveló repentinamente la inmensidad de la resaca que llevaba encima, y sin medir las consecuencias de sus actos entró en la cocina, se amorró al grifo y bebió y bebió durante los cinco o seis minutos que la durmiente tardó en despertarse:

—¿No quiere un vaso?

El dipsómano se volvió con expresión de pánico: la criada —en efecto, era una criada— se enderezaba la cofia y se estiraba la falda.

—Pues... no sé. No, no.

—¿Y café? —destapó un puchero colocado sobre la chapa de la cocina económica—. Es café café: lo trae don Pablo del economato de Intendencia. Pero si prefiere un caldo le hago un caldo.

—No, no. Muchas gracias —don Ignacio María hizo lo posible por aparentar tanta naturalidad como la que derrochaba la chica—. Ya me iba...

—¿Sin zapatos? —los cogió de encima de la mesa—. Mire, les he dado betún. Y le he lavado el calcetín.

—Ah —el desconcertado propietario de los zapatos los miraba maravillado.

Abelarda abrió la ventana, se inclinó para alcanzar el tendedero y volvió la cabeza para informar:

—El otro no se lo he lavado porque lo tenía usted puesto y me dijo la señora que no lo despertara.

—Comprendo, comprendo —aseguró apresuradamente don Ignacio María, intentando ponerse un zapato.

—Todavía está húmedo —la muchacha, tras soltar un bostezo que estuvo a punto de desencajarle la mandíbula, se fue hacia la puerta—. Voy a avisarle a don Mariano.

A don Ignacio María se le cayeron los zapatos de las manos:

—¿Para qué?

—La señora me ha dicho: «Si se despierta el señor de Bilbao que está durmiendo en el cuarto del señorito Fabián le das café, un caldo, lo que sea. Y le avisas a mi suegro».

—No... Mejor que no lo molestes... —no le entraban los zapatos; se le habían hinchado los pies—. Es que tengo prisa, mucha prisa.

—Pero ¿cómo se va a ir sin el calcetín? —la doméstica abrió un cajón y sacó una cuchara—. Tenga.

—No, si no voy a tomar nada.

—Es para que se meta los zapatos.

Le costó lo suyo colegir que la servicial doncella le ofrecía la pieza de cubertería para que la usara como calzador; deslumbrado por el ingenio de la sencilla gente del pueblo, el acaudalado bilbaíno insertó la cuchara entre el talón y el zapato y un segundo después ya tenía el zapato puesto:

—Gracias, muchas gracias —alzó la cabeza, agradecido.

Pero Abelarda ya había salido.

A don Mariano lo de pasarse la noche rezando Santos Rosarios se le ocurrió al advertir que los participantes en el velatorio se empapaban de anís y coñac a una velocidad progresivamente acelerada: «¿Por qué no dedicamos la vela a rezar por el alma de mi pobre padre?», propuso hacia la una y media de la madrugada, pensando que aunque sólo fuera por respeto, aquellos aprovechados dejarían en paz las botellas. Craso error: el soldado de la Remonta, el centenario paralítico, el portero del inmueble, el Presidente del Club Taurino, el mendigo profesional, el dentista del segundo derecha, el contable del almacén de piensos y forrajes, y dos concejales que llegaron por libre —no tenían idea de si el alcalde pensaba o no pensaba presentarse en la casa— continuaron bebiendo al ritmo de los gloriasalpadrealhijoyalespiritusan to, y cuando Abelarda asomó para anunciar que el señor de Bilbao estaba en la cocina, aquellos desconsiderados reían alegremente los chistes que contaba Bermúdez, el barbero del difunto, aparecido pasada la medianoche por si la familia

deseaba que arreglara al cadáver:

—Es un padre que va con un chico en el tren y enfrente va una señora con una chica. De pronto la señora ve que el chico tiene la bragueta abierta y le hace una seña al señor para que salga al pasillo...

Desde la puerta Abelarda recordó el pantalón entreabierto del pijama del señorito Fabián y esperó a ver en qué quedaba aquella historia ferroviaria.

—Conque ya en el pasillo la señora le dice al señor: «Oiga, avísele a su hijo que se abroche la bragueta porque se le ven sus partes; pero dígaselo con discreción, que mi hija es muy inocente y no vaya a ser peor el remedio que la enfermedad».

Tarsicio se levantó de la silla y arqueó las piernas para acomodarse el paquete, y Abelarda, a quien iba dedicado el gesto, correspondió con otro de desdén, pero siguió mirando al soldado de reojo mientras el barbero Bermúdez continuaba narrando la entrevista del señor y de la señora en el pasillo del vagón:

—El señor, que es un hombre muy fino, le dice a la señora: «No se preocupe, señora, porque como mi hijo Pedro y yo sabemos hablar en latín, se lo digo en latín y ya está». Conque entran en el compartimento, se sientan y el padre le dice al hijo: «Petrus, abróchate la bragueta, que se te ven los cojones».

Estalló una carcajada, y Tarsicio inició una maniobra de aproximación hacia Abelarda.

—No es presunción ni es vanidad, pero tengo más de dos mil chistes apuntados en una libreta —se engreía el barbero—. Lo malo es que no los puedo contar mientras trabajo porque, claro, si el cliente se me mueve con la risa y se me va la navaja, lo mismo le hago una carnicería en la cara. Bueno, eso si no le corto la femoral.

El soldado, con la disculpa de comprobar si quedaba anís en una de las botellas, alargó un brazo y rozó con un codo el pecho de la sirvienta, que sintió algo parecido al calambre que a veces le daba la plancha eléctrica.

—Perdone, la femoral no está en el cuello —corregía al barbero el señor Arbejas, Presidente del Club Taurino. Y señalándose la parte interna de un muslo le informaba—. La femoral va por aquí.

Tarsicio, ahora con el pretexto de devolver la botella a su sitio, se contorsionó para aplicar su bajo vientre a una de las ancas de Abelarda.

—¿Qué pasa? ¿Es usted médico o qué? —galleó el barbero.

—Yo presido el Club Taurino. Y yo le digo que a los toreros, cuando el toro los coge por aquí —se hincaba un índice muy tieso en el muslo el señor Arbejas—, el cuerno les parte la femoral y la aponeurosis. Acuérdense de Manolete, sin ir más lejos.

Incapaz de soportar por más tiempo aquel refregarse del caqui áspero como la lija con la sedosa suavidad del satén de su vestidito de doncella, Abelarda puso su virtud al amparo de don Mariano:

—Don Mariano, don Mariano —llamó nerviosísima.

Pero don Mariano, decidido a no servir más licores, no abría el ojo.

—Don Mariano —lo zarandeaba Abelarda.

—Lo mejor es taponarle la nariz —le sugirió Tarsicio, siempre pegado a ella.

—¿Para qué?

—Para que se despierte.

—¿Y tú qué sabes —lo desafió Abelarda—, si eres más corto que las mangas de un chaleco?

—¿Corto yo? —y a la vez que pinzaba la nariz del viejo, contraatacó a la oreja de la chica—: Vamos a tu cuarto y llévate el metro.

—¡Quite, puñeta! —gangueó el almacenista de piensos y forrajes, librándose de la pinza del soldado.

A la criada le hubiera gustado horrores prolongar el galante floreteo con Tarsicio, pero pasó a informar a don Mariano.

—Don Mariano, que ese señor que ha venido de Bilbao para ir al entierro de don Fabián, que en paz descansa, ya ha remanecido.

—¿Dónde está?

—En la cocina, poniéndose los zapatos.

—Vamos, vamos... —se detuvo en la puerta, arreglándose el nudo de la corbata—. Por cierto, ¿tú te acuerdas cómo se llama?

—No sé... Algo como don Indalecio Jesús.

Tarsicio siguió con la mirada a Abelarda, y ella, que debió sentir los ojos del soldado clavados en las nalgas, arqueó todo lo que le permitió el esqueleto mientras alcanzaba a don Mariano, perplejo ante la puerta de la cocina:

—Aquí no está.

—Habrá ido al váter.

Obedeciendo al conocido dicho de que tiran más dos tetas que dos carretas, Tarsicio había seguido a Abelarda, y desde su posición vislumbró en la penumbra del recibidor un ser humano empeñado en convertirse en avestruz:

—Ahí hay un señor.

Sorprendido en la tarea de abrir con las uñas la cerradura de la puerta del piso, don Ignacio María se había doblado como una escurpía y ocultaba la cabeza bajo una axila.

—Buenas noches, don Fulgencio José. Permítame que me presente: soy Mariano Bígaro, hijo del fallecido; no sabe usted lo que mi familia y yo agradecemos su gesto. Gracias, gracias, muchas gracias...

—Bueno... No tiene importancia... En realidad yo ya me iba...

—¿Adónde?

—Pues... Al hotel.

—Por el amor de Dios —don Mariano lo cogió del brazo y tiró de él hacia la sala—, irse a un hotel después de haber venido de Bilbao expresamente al entierro de mi pobre padre. Usted se queda, ésta es su casa, faltaría más.

—Aparte, todavía no se le ha secado el zalquetín —intervino Abelarda,

trabucándose al sentir el aliento de Tarsicio en la nuca.

Don Ignacio María era un caballero aunque aquella noche no hubiera tenido muchas ocasiones de demostrarlo. Y, ¿qué debía hacer un caballero en su situación? ¿Aclarar el equívoco y defraudar a aquel anciano huérfano, o aguantar marea y aplazar la fuga a otro momento? Resignado, el caballero siguió a don Mariano hacia la sala y en la sala entraron cuando Manteca, el dentista, cantaba las habilidades culinarias de su señora:

—... pues mi señora, que es catalana, el día antes de poner bacalao a la llauna lo mete en la cisterna del retrete, y así el agua se va llevando la sal con las sucesivas descargas.

A don Ignacio María el bacalao le gustaba con locura, sobre todo al pil pil, y algo podría haber dicho sobre el interesante tema: a él las bacaladas de Escocia se las desalaban en las aguas frescas y cristalinas del arroyo que cruzaba un caserío de su propiedad —el caserío también le surtía de exquisitas verduras y succulenta chacinería—, pero como el hombre acababa de asumir su condición de prisionero y no tenía el ánimo para controversias gastronómicas, se dejó caer en una silla y se consagró a abominar del zorrastrón de Pepita. De haber leído a Dante el hombre podría haber recordado aquello de «Abandonad toda esperanza, vosotros que entráis aquí», pero los negocios nunca le habían permitido dedicarse a la lectura al Presidente del Consejo de Administración de Hierros, Aceros y Metales, Sociedad Anónima.

Acostado en posición fetal en la camita de su hermana Lolín, Fabianito oyó sonar las cuatro en el reloj del comedor, en el del Ayuntamiento, en el de las tres parroquias de la ciudad y en el carillón de la Banca Careaga e Hijos —que, por cierto, las acompañaba con las primeras notas de una jota de la Ribera— y convencido de que aquella noche no iba a pegar el ojo preparó los dedos para componerle a su tía un soneto en forma de acróstico.

No era fácil, sobre todo sin papel ni lápiz: TÍAYOTEAMO se quedaba corto, pues sólo tenía diez letras, y los versos del soneto debían ser catorce, ni uno más ni uno menos, y por otra parte delataba su pasión culpable; a CLARACONAMOR le faltaban dos letras, y además sonaba como «clara con limón»; ENTUBLANCAMANO tenía catorce, pero parecía un guiño a la sesión masturbatoria y no era ésa la intención del poeta...

E
N
L
A
N
O
C
H
E
C
L
A
R
A

Las catorce mayúsculas se habían encendido en la oscuridad, verticales, como un luminoso de neón, y el poeta dio un bote en la cama: ¡Perfecto! ¡Ni la mala bestia de su padre, que solía husmear entre sus libros y papeles en busca de fotos de mujeres desnudas, sería capaz de descubrir el nombre prohibido en aquel poético juego de palabras!

La fiebre creadora le suministró los dos primeros versos de un golpe:

*En tu mano, amor, dejé mi vida,
naterón en tu mano derramado...*

Fabianito notó que se le enrojecían las mejillas: lo que había sentido en el mirador, aquel dulcísimo diluirse, deshacerse, morirse en la mano de su tía, no se podía describir como requesón, que es lo que quería decir la palabra naterón. Por otro lado, *En tus manos, amor, dejé mi vida* podía ser el cierre perfecto del soneto, pero el último verso debía empezar por A y no por E...

... *al ardor de tu mano ardió mi vida.*

Pues tampoco: la mención de la mano, y encima ardorosa, resultaba tan ordinaria como la del naterón; el poeta era consciente de que su semen —perdón— de que su numen debía transmutar la sucia pasión de la carne en el puro ideal del amor, pero como le dieron las cuatro y media en los relojes antes reseñados sin que el maldito numen remontara el vuelo, el chico decidió darse una vuelta por la casa para ver si un reencuentro con su tía le aclaraba las ideas.

—... Me acuerdo yo, los carnavales de antes de la guerra —el vozarrón del portero de la casa llegaba hasta el pasillo—. En los de mi pueblo lo que más nos gustaba era disfrazarnos de bueyes.

Fabianito se detuvo en el umbral de la sala: el dentista Manteca, el centenario don Ildefonso de la Barca y el Presidente del Club Taurino estaban amodorrados, pero don Mariano, don Ignacio María, los dos concejales y el contable Calanda escuchaban más o menos interesados.

—En mi vida he oído una cosa igual —se extrañaba el contable del almacén de piensos y forrajes—. ¿Cómo que se disfrazaban de bueyes?

—De bueyes, sí señor —ratificó el portero—. Nos poníamos en pelota picada, nos uncíamos a un arado y con la reja levantábamos el pavimento del baile.

—Qué barbaridad —se espantó el contable.

—Como si fueran unos cuadrúpedos —comentó irónico el concejal Benavides, que tenía cara de caballo.

—Bueno, es que otro mozo agarrado a la manquera nos desollaba a trallazos —se justificó el portero.

Fabianito reanudó su camino hacia el cuarto de la criada: después de dejarlo desmedulado en el mirador, Clara había buscado el amparo del marido.

—Tía... Tía... —susurró con los labios pegados a la puerta, despreocupado ya de si la cosa era o no era incesto.

La puerta estaba cerrada por dentro. No podía llamar, porque si se despertaba el afilador no se podría llevar a la tía al cuarto de su hermana, que era lo que ansiaba. *Porque mañana, con todo el mundo moviéndose por la casa, no vamos a tener ocasión de vernos a solas. Pero yo no abandono; yo un día cojo la bici, me voy a su casa, y en cuanto salgan mi tío a afilar y mi primo a buscar caracoles subo, le recito otra poesía... no sé, «La casada infiel», por ejemplo, y seguro que me la...*

—No, eso no, Tarsicio...

—Un poco, sólo un poco...

Las voces eran las de la criada y el soldado y procedían de la cocina; Fabianito avanzó de puntillas por el pasillo y acercó una oreja a la puerta, que estaba entornada.

—Que no, que nos pueden ver.

—¿Quién nos va a ver?

—Cualquiera, el señor de Bilbao sin ir más lejos. Tiene que venir a buscar el calcetín.

Tras una cortísima pausa la voz de Tarsicio sonó imperativa:

—Vamos.

—¿Adónde?

—Donde el muerto.

La criada protestó, sofocada por la risa:

—Serás animal...

—Allí no entra nadie.

—Ni yo, que los muertos me dan miedo.

—No seas tonta, el muerto está muerto.

—Pues por eso.

Fabianito pegó un bote hacia atrás para esconderse detrás de un recodo del pasillo, porque el soldado ya salía de la cocina tirando de la doméstica:

—Que no, Tarsicio, por tu madre... Que si nos ven me ponen en la calle.

Con el sigilo de un piel roja —de los vistos en el cine, se entiende— Fabianito se fue tras la pareja y así la vio entrar en la cámara mortuoria: Abelarda iba a traicionarlo en la mismísima cama de su bisabuelo. ¡*Ramera!*, gimió mental y retóricamente. Y cuando se disponía a llamar a su padre para que la cogiera pecando contra el sexto, contra la santidad del hogar y contra el respeto que se les debe a los cadáveres, a sus espaldas oyó los pasos y las voces de la pareja, que volvía precipitadamente al pasillo:

—Espera, que lo echo de la cama... —imploraba Tarsicio.

—Que no, que no —se negaba Abelarda.

¿De quién hablaban? Procurando no mirar dentro del ataúd —no le apetecía nada ver a la Muerte cara a cara— Fabianito atravesó la zona iluminada por la temblorosa luz de los cirios y apartó las cortinas que ocultaban la alcoba: en la penumbra, el indigente Menéndez Pelayo, desertor del velatorio, dormía despatarrado en el lecho que fue de don Fabián Bígaro Perlé.

Manoliño despertó con la angustiosa sensación de que en cualquier momento lo iban a moler a palos y apenas estuvo en condiciones de usar su sesera recordó:

—¡La esquila!

Saltó por encima de su mujer y de su hijo procurando no despertarlos y salió al pasillo agobiado por la sarta de problemas que debía resolver con carácter de urgencia: *¿Qué hora es? ¿Dónde estará ese señor de Bilbao tan amigo mío? ¿Qué va a pasar cuando vean la esquila en el periódico? ¿Habrá un tren directo a Galicia? ¿Cuál será la puerta del retrete?*

Entreabrió la primera que encontró en su marcha por el oscuro pasillo, y a los albores del día que ya clareaban en el balcón vio los brillos de las condecoraciones de una guerrera colgada de una percha, y sin meterse en más averiguaciones retrocedió para probar con la puerta siguiente: era la del comedor. La luz del amanecer bruñía a la pareja de valencianos que en traje típico coronaban el montículo de limones y naranjas de un monumental frutero de cerámica. *Aquí no hay nadie, y si sigo buscando la puerta del retrete corro el riesgo de que me estalle la vejiga*, pensó Manoliño. Se disponía ya a vaciarla en un rincón cuando el espectacular frutero lo tentó con una fuerza irresistible: *Se va a enterar mi suegro, mi cuñado y toda la parentela de lo que es capaz un gallego encabronado*, y elevando y orientando el chorro en una parábola que le hubiera envidiado el prostático don Ildefonso, regó naranjas y limones con la micción caudalosa, densa y espumeante de un caballo percherón.

—Ahora despierto a Clara y a Marianín —se dijo, aliviadísimo y en voz alta— y nos vamos antes de que descubran la meada.

Tan sensatos propósitos se le fueron a pique al tropezar en el pasillo con su amigo, el señor de Bilbao, que salía de la sala con un zapato en la mano y un pie desnudo:

—Coño, Iñaquimari...

Don Ignacio María alzó un puño, pero como no le convenía armar un escándalo se dominó y le dijo, sofocando su voz y su ira:

—¡A mí no me hable!

Tan incomprensible reacción desconcertó a Manoliño:

—Pero ¿qué te he hecho yo?

—Baje la voz, imbécil, y tráigame de la cocina una cuchara —exigió don Ignacio María, en marcha hacia el vestíbulo.

—¿Una cuchara?

—¿No ve que tengo los pies hinchados, estúpido?

Manoliño no comprendió la relación entre una cosa y otra, ni mucho menos que lo trataran de usted para insultarlo más a gusto.

—¿Por qué me hablas así? ¿No somos amigos?

—¡Usted qué va a ser amigo mío! ¡Quítese de mi vista!

Aquello no era justo. Manoliño, que no aguantaba a una avispa en la punta del haba —o al menos eso decía él—, sacó la navaja de la cintura, la abrió con mucha parsimonia y después de limpiar la hoja con el faldón de la camisa se la puso a aquel cantamañanas debajo de la nariz:

—A mí no me insulta ni Dios. Ojo conmigo, que yo te rajo.

Curioso: no fue el contacto del filo de la navaja en su cuello lo que le metió el miedo en el cuerpo a don Ignacio María; lo que lo aterrorizó fue imaginar la reacción de su santa esposa al enterarse por *La Gaceta de Bilbao* de lo sucedido: «Financiero vasco traicionado por su amante y muerto a manos de un afilador ambulante en un velatorio...». Y del mismo miedo se cagó.

—Dios mío... —musitó.

Alertado por el fragor de la descarga el afilador depuso la navaja:

—Pero ¿te lo has hecho encima?

—Creo... creo que sí —admitió compungidísimo don Ignacio María. Y siguió hacia la puerta del piso, las piernas arqueadas, el zapato en la mano, la voz un plañido—. ¡Vámonos, vámonos!

Manoliño se olvidó de su mujer y de su hijo —no se abandona a un amigo en desgracia— y se fue tras él. Pero don Pablo, que salía del baño en pijama, les cortó el paso:

—Buenos días, don Ignacio María.

—Buenos días... Qué... qué madrugador —balbuceó el fugitivo.

—La migraña: me he levantado a tomar una aspirina, porque entre una cosa y otra no he podido pegar el ojo, usted me comprende... —arrugó la nariz, husmeó en el aire, fijó la mirada en las arqueadas piernas de don Ignacio María y luego en la afligida expresión de su rostro—. ¿Qué le pasa, no se encuentra bien?

—Es que...

—Diga, diga —y retrocedió para cerrar la puerta del baño, convencido de que de allí procedía la peste que llenaba el pasillo.

—Es que se ha cagado.

Manoliño lo proclamó con la loable intención de justificar la tribulación del amigo, pero el brigada lo entendió como un ultraje y echó mano de las ordenanzas:

—¿Cómo se atreve? ¡Firmes!

El amilanado afilador se cuadró en un acto reflejo —no en vano se chupó tres años de mili— y don Pablo le soltó la primera bofetada; menos mal que don Ignacio María, cagado y todo, volvió a comportarse como un caballero:

—No, no, si es cierto... Le ruego que me perdone... No sé cómo me ha podido suceder...

La estupefacción había dejado al indignado militar con la mano en el aire; apenas la bajó, advertido ya de dónde procedía la vaharada de mierda, tiró del ilustre visitante hacia el baño:

—No hay nada que perdonar, le pasa a cualquiera. Yo mismo, sin ir más lejos, tuve una colitis tremenda en mi luna de miel, dos semanas saltando de los váteres de Zaragoza a los de Barcelona y de los de Barcelona a los de Palma de Mallorca —bajó la voz y soltó una risita—: Imagínese: no pude consumir el matrimonio hasta que volvimos a casa... Ahora le mando a la criada.

—No, la criada, no —suplicó don Ignacio María, resistiéndose a entrar en el baño.

—Vamos, con toda confianza —don Pablo le empujó sin miramientos, porque el hedor era ya insoportable—. Quítese el pantalón, el calzoncillo, lo que sea. Y no se preocupe, que Abelarda se lo tendrá todo lavado y planchado para el entierro.

Iba ya a cerrar la puerta cuando Manoliño se llevó la mano a la sien:

—Mi brigada. ¿Da usted su permiso para que entre y le ayude?

—Pase. A ver si sirve usted para algo.

Y los dejó a solas cerrando la puerta.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —gimió el Presidente del Consejo de Administración de Hierros, Aceros y Metales, S. A. apenas se vio de nuevo a solas con aquella cruz que el cielo le había enviado para castigar sus pecados.

—Qué quieres que hagamos: lavarte. Venga, desnúdate.

Sin atender a sus protestas, el funesto y servicial afilador le quitó los pantalones y dejó en una repisa lo que contenían los bolsillos: un pañuelo, unas llaves, la cartera, los billetes y montones de calderilla.

—Los calzoncillos.

—No, los calzoncillos, no.

Se los quitó a la fuerza y abrió el grifo de la ducha:

—No sé lo que comeréis los ricos, pero oler oléis lo mismo que los pobres, meca güenelcopóndelabaraja. ¡A la ducha!

—Espera, espera... —don Ignacio María probó el agua con la mano—, ¡está helada!

—Estás tú muy mal acostumbrado, Iñaquimari —Manoliño le sacó de la nariz las resacas mechadas de algodón hidrófilo y le hizo entrar en la bañera—: Venga, no seas cagón.

Al sentir las agujas de hielo que la alcachofa disparaba contra su pobre cuerpo, el cagón temió morir por segunda vez en aquel día apenas amanecido: ahora de un síncope.

Vista la imposibilidad de aplacar sus ardores en la cámara mortuoria Abelarda y Tarsicio acabaron en el cuarto de aseo del servicio: «Tú serás como todos, que sólo vienes a aprovecharte —le advirtió ella, antes de rendirse entre suspiro y suspiro— pero no sé lo que me pasa esta noche que me siento como ida».

Con los pantalones en los tobillos y sofaldándola contra la pared, él le juraba: «Que no, que yo voy con buenas intenciones; ábrete, ábrete, que mira cómo vengo».

Atisbando por uno de los muchos agujeros que había practicado y disimulado en un muro de la despensa, aledaña al aseo, Fabianito pudo seguir el desarrollo de la cópula con todo detalle, y entregado a su vicio predilecto —en esta ocasión no tan solitario— alcanzó su placer al mismo tiempo que Abelarda y Tarsicio proclamaban el suyo: «¡Ay, qué gusto! ¡Pero ya veremos luego, si me quedo embarazada!», gemía la doméstica; «¡A lo que estamos, muévete, muévete, que yo me caso!», bramaba el soldadito. Y mientras los copuladores caían derrumbados sobre el retrete propiamente dicho, el mirón, polucionadísimo, salió a la cocina para lavarse el miembro en el fregadero.

Y lavándose estaba cuando su padre apareció en busca de Abelarda:

—¡Ajá, te pillé!

—Que no, papá... Que yo no hacía nada... Sólo... sólo me la refrescaba... — intentó defenderse el cuitado.

—¿Te la refrescabas, cerdo? ¡Yo te hierro!

Naturalmente, el brigada no pensaba en clavarle unas herraduras a su hijo; era una manera de hablar. Lo que sí hizo fue llevarse las manos a la tripa para soltarse el corraje y darle los zurriagazos de rigor, pero como iba en pijama echó mano de una sartén y la descargó sobre la cabeza del degenerado:

—¡Yo te desnucó, degenerado!

Abelarda se despegó de Tarsicio al oír el sartenazo y un segundo después asomaba a la puerta de la cocina encomendándose a la Santísima Virgen del Prado, que era la de su pueblo, justo en el instante en que don Pablo, retorciéndole el escroto a su hijo, le amenazaba:

—Mañana mismo le pido al de la tienda de comestibles la cuchilla de cortar bacalao y te capo, canalla, que vergüenza te debería dar, con tu bisabuelo de cuerpo presente y tú despellejándotela en el fregadero.

Despedido el canalla con una patada en el culo, el brigada se volvió hacia Abelarda, que se arreglaba la ropa y la cofia, y le ordenó que fuera al baño a recoger el pantalón del señor de Bilbao: debía estar limpio y planchado para la hora del entierro.

—Sí, señor.

Don Ignacio María había salido de la ducha tiritando y el compasivo Manoliño llevaba ya un rato dándole friegas con la toalla cuando oyeron unos golpecitos y la

voz de la criada en el pasillo:

—Que vengo a buscar el pantalón y el calzoncillo.

Don Ignacio María se escondió tras la cortina de la ducha y el afilador, sosteniendo las prendas con los dedos en pinza, entreabrió la puerta:

—Cuidado, que manchan.

—Y que lo diga —agradeció la chica, con un mohín de asco.

A Manoliño se le fue una mano a las nalgas de la chica apenas ella le dio la espalda.

—Hija de mi vida, esto es un pandero y lo demás son panderetas...

Abelarda le cruzó con un tremendo revés la mejilla que el brigada le había dejado indemne, y Manoliño, cerrando, comentó hacia don Ignacio María:

—Ya quisiera ésta tener la mano tan dura como el culo.

—Pero ¿cómo puedes pensar en eso, cuando acabo de quedarme sin pantalones ni calzoncillos? ¿Cómo salgo a la calle ahora?

—Todo calculado. Ahora que ya es de día me doy una vuelta por la casa y seguro que en algún armario encuentro un pantalón.

—Espera. ¿No es mejor que me prestes el tuyo y así no perdemos tiempo?

Manoliño consideró la propuesta durante un segundo e incluso estuvo a punto de confesar que a él también le corría muchísima prisa escapar de aquella casa, pero la mera comparación del volumen de su compañero de desdichas con el suyo propio y una feliz asociación de ideas le permitió denegar el préstamo sin quedar como un mal amigo:

—No cabes. Uno de mi cuñado te irá al pelo —respondió, recordando el uniforme que había entrevisto colgando del perchero en el dormitorio del brigada.

—Bueno, pero que no sea de uniforme, no vayamos a empeorar las cosas —condicionó don Ignacio María, como si le hubiera leído el pensamiento.

El afilador, que ya iba a salir, se revolvió, fastidiado:

—¿Qué pasa, ahora te las vas a dar de pollo pera? Anda, ponte la camisa y la chaqueta.

El desgraciado Presidente del Consejo de Administración de Hierros, Aceros y Metales, S. A., bajó la cabeza, se puso la camisa y la chaqueta, instaló sus desnudas nalgas sobre la banqueta y de bruces en el lavabo se echó a llorar.

«El sol aparece en el horizonte como una repugnante yema de huevo crudo a punto de desleírse sobre la tierra, y su luz, de una palidez enfermiza, descubre en los tejados osamentas de gatos y palomas, desportilladas bacinillas, herrumbrosos triciclos infantiles, vacías latas de bonito en escabeche, sillas paticojas y sin asiento, oxidados bragueros ortopédicos, condones usados...».

Fabianito solía subir al tejado en busca de inspiración, y era cierto que en una de sus ascensiones descubrió lo que parecía un preservativo usado, hallazgo que le inspiró un poema en verso libre a cuenta de la cópula de una pareja de adolescentes en lo más alto del Empire State Building, poema que no especificaba si los amantes usaban o no usaban preservativo, y que terminaba así: «Amándose desnudos, bajo el cercano cielo, ebrios de barras y de estrellas»; cierto también que en el tejado de su casa no se veía nada de lo que acababa de enumerar, pero el realismo —decía el Hermano Marcelo— si no se exageraba un poco se quedaba en nada.

Y en el tejado estaba el poeta en trance de novelista, la espalda contra una buhardilla, lanzado a exagerar para describir con las tintas más sombrías posibles y con gran profusión de adjetivos el amanecer del día más negro de su vida: no hacía ni una hora que Clara había rechazado su amor: «No puedo vivir sin ti, huyamos al extranjero», le había propuesto Fabianito deslizándose en la cama, que aún conservaba el calor y el olor de Manoliño. Y ella, Clara, la casquivana: «Fuera de aquí, mocoso...». Pero mejor olvidar su respuesta y seguir con la descripción:

«En la sartén del cielo la yema del huevo se va dorando y sus débiles resplandores sacan de las sombras las avejentadas fachadas de los edificios, una discordante sinfonía de manchas de humedad, grietas y desconchones, despellejados cables eléctricos, agonizantes matas de geranios, lúgubres portales, esquinas meadas por borrachos y perros vagabundos. Poco a poco se irán abriendo miradores, balcones y ventanas para emanar las fétidas atmósferas que la noche ha viciado en siniestros habitáculos...».

Pero ¿cómo olvidar la humillación que le infligió su despiadada tía? Abrazada a Marianín, dormidito a su lado, aquella mula —eso es lo que era, una mula— rechazó la proposición del enamorado con un par de coces y un reiterado insulto: «Fuera de aquí, mocoso, que vas a despertar al chiquillo, mocoso, a qué extranjero vas a ir tú, mocoso, que eres un mocoso».

En el tejado, Fabianito se sorbió los mocos y volvió a su empeño: «Comienzan a atronar el ambiente las fragorosas descargas de las cisternas, las destempladas toses y los furibundos carraspeos de los fumadores, el llanto de los niños que se niegan a ir al colegio, los ayes y maldiciones de los artríticos, las broncas de los matrimonios después de la tregua que les impuso la noche; de los patios, aún en tinieblas, ascienden los efluvios del pescado podrido, del ácido úrico, del sudor animal y de mierda...».

Aquella mujer tenía el corazón apedernalado. «Que me dejes, mocoso, que eres un mocoso», insistió cuando él, en su legítimo afán de demostrarle que no lo era, le presentó su cartilla de ahorros con un saldo de ochocientas cinco pesetas, cantidad con la que según sus cálculos podrían llegar a París, emprender una nueva vida y conquistar la gloria literaria.

Recordándolo, Fabianito estuvo a punto de arrojarse al vacío, pero lo aplazó hasta terminar lo que tenía entre manos. Y siguió escribiendo: «Aparece en una esquina el hediondo carro de la basura tirado por una mula llena de mataduras; colgada de los arreos del semoviente tañe una triste campanilla, y el basurero, para recoger los cubos llenos de inmundicias, pega en los mugrientos tableros de su carro la ensalivada colilla que le cuelga del belfo. Una muchacha taciturna se cruza con una pareja de sombríos albañiles, la chica rumbo a su fábrica inhumana, los hombres hacia el andamio abierto a las inclemencias del tiempo. El periódico acaba de llegar al puesto de la esquina; rezuma guerras sangrientas, agobiantes problemas, luctuosos sucesos, anuncios de especialistas en toda clase de enfermedades, sobre todo venéreas... La asmática vendedora vocea el crimen del día...».

—¡Ahoga a su amante ahogándola en una palangana y luego se suicida con un hacha!

La bárbara noticia no nacía del resentimiento de Fabianito: el escalofriante suceso lo voceaba en la calle la vendedora de periódicos —a la prensa, como a la naturaleza, le gusta imitar al arte— y sus destemplados gritos desvelaron a don Pablo justo en el instante en que Manoliño, ignorante de que su concuñado había vuelto a la cama tras propinarle el sartenazo a su hijo, le echaba mano al perchero:

—¿Quién anda ahí?

Manoliño se plantó de un salto en el pasillo y sólo entonces advirtió que en lugar de agarrar el pantalón del brigada había cogido un kimono de su señora, pero como no era cosa de jugarse la vida volviendo a entrar en el dormitorio para enmendar el error, se apelonó aquel delirio de garzas y nenúfares bajo el brazo y corrió hacia el baño.

—Abre, que soy yo.

Don Ignacio María abrió, ya de camisa y chaqueta, pero con las vergüenzas y las piernas al aire:

—Menos mal. Han estado a punto de tirar la puerta.

—¿Quién?

—Los del velatorio; se han amontonado en el pasillo, querían hacer sus necesidades.

—Pues ahora no hay nadie.

—La criada se los ha llevado a su retrete. Venga, el pantalón.

—Es que... Verás... —Manoliño desplegó garzas y nenúfares—. Resulta que cuando iba a cogerlo se ha despertado el brigada y, claro, entre la oscuridad y los nervios...

Don Ignacio María, estupefacto, alzó la mirada hacia el afilador:

—Pero ¿cómo voy a salir a la calle con esto?

—Te tapa los huevos, que es lo que importa. Además, será cosa de segundos — Manoliño pugnaba por meterle los brazos en el kimono—. Venga, no seas pejiguera... Bajamos, esperas en el portal, busco un taxi, montas y listo.

—Ni hablar... Que no... Espera... Estoy pensando una cosa...

Y tras poner cara de pensar, pensó durante un par de minutos y finalmente preguntó:

—¿A qué hora es el entierro?

—A las once, creo.

—Entonces nos sobra tiempo —tiró de cartera, sacó una tarjeta de visita y garrapateó una líneas—: Coges un taxi, que te lleve al hotel y que te espere... Ésta es una autorización para que retires del hotel mis cosas... Las metes en la maleta y pagas la cuenta, aquí tienes el dinero... Te vuelves en el taxi, le dices que me espere, subes la maleta, me visto decentemente y me voy.

Manoliño asentía a todo hasta que preguntó:

—Bueno, pero a lo mejor en la habitación está tu querida...

Don Ignacio María cayó sentado de culo sobre el inodoro:

—¡Es verdad!

—¿La traigo?

—¡No! Espera, espera... Déjame pensar...

Y mientras don Ignacio María pensaba, Manoliño consideró la idea de quedarse con los billetes que todavía tenía en la mano: *¿Y si no voy al hotel y me largo con el dinero?*

Don Mariano se despertó mal dormido y resacoso. Había caído en la cama ya de día, y emergió de su corto y agitado sueño en plena pesadilla: su padre saltaba del ataúd cuando la carroza fúnebre cruzaba ante el Ayuntamiento, insultaba al alcalde a grandes voces, y los guardias municipales, después de molerlo a palos, lo devolvían al féretro, se sentaban encima para que no volviera a salir, y mientras el fúnebre cortejo proseguía su marcha hacia el cementerio, el alcalde, desde el balcón de los discursos, le hacía un corte de mangas.

¡*El entierro!* La idea de que a las once debía presidirlo echó de la cama al almacenista de piensos y forrajes, y aunque la cabeza le daba vueltas se lanzó animosamente al pasillo: *Tengo que darme prisa, la gente que vendrá al entierro empezará a llegar en seguida y no es cosa de que reciba en pijama el pésame del alcalde.*

—¡Ocupado!

Era la voz de don Fulgencio Jesús, o de don Indalecio María, o de don Jesús María, o como quiera que se llamara aquel señor tan atento que se había desplazado desde Bilbao para asistir al sepelio, y don Mariano no sólo se disculpó por haberlo molestado, sino que lo animó a seguir a lo suyo, fuera lo que fuera lo que estaba haciendo:

—Siga, siga —le dijo a través de la puerta, trotando ya hacia el retrete de Abelarda.

Pero ante su puerta entreabierta estaba aparcada la silla de ruedas del centenario don Ildefonso, que clamaba desde dentro:

—¡Ya he terminado! ¡Que me saquen de aquí!

Don Mariano no le hizo ni caso: no podía perder el tiempo en obras de caridad. Entró en la cocina, se chapuzó la cara en el fregadero y aplazado el alivio de sus necesidades para otro momento volvió a su cuarto a vestirse para la ocasión: *Al camposanto no va uno todos los días* —se dijo— *y cuando se va, aunque sea de vivo, conviene ir como es debido.* Para empezar, y después de quitarse el pijama, pero no el escapulario ni las medallas que llevaba al cuello desde que nació, ni la camiseta ni el calzoncillo de lana termógena que se mudaba cada quince días, el anciano se colocó a la altura de los riñones la faja que lo protegía de las asechanzas del lumbago, y en prevención de que la malsana humedad del cementerio le costara una pulmonía intercaló un grueso elástico entre la faja y la camisa blanca; abotonada la camisa introdujo en los puños los dos escudos nacionales esmaltados en oro que la ennoblecían los domingos, se anudó al cuello la corbata —negra, como los calcetines y el traje que vestía las Semanas Santas, los Días de Todos los Santos y las solemnes misas de difuntos y similares— y puestos los calcetines, las ligas, los pantalones, el chaleco y la chaqueta y atadas las botas, pasó a distribuir en los bolsillos los objetos que al acostarse dejaba en la repisita del galán de noche. A saber: en los del chaleco

el reloj con leontina, las pastillas contra los ardores de estómago, el dinero suelto y los mondadientes; en los de la chaqueta la agenda que registraba hora por hora el movimiento de piensos y forrajes del almacén, la pluma estilográfica, la cartera con la cédula personal, un billete de cien pesetas por si surgían imprevistos, una foto de su pobre mujer y una estampita de Santa Teresita del Niño Jesús; en los del pantalón el pañuelo, las llaves y la castaña regoldana que, según decían en el Casino, mantenía a raya a las hemorroides. Y debía de ser verdad, porque desde que la llevaba no había tenido la menor molestia ni siquiera después de merendar chocolate con picatostes, con lo que estreñía el chocolate.

—Señor, que ha llegado doña Ramona y que quiere saber si ha descansado usted bien.

Era Abelarda, hablándole desde el pasillo. Don Mariano, que se estaba mirando en el espejo del armario con el sombrero puesto para ver el efecto, no tenía el cuerpo para amores platónicos; la resaca, el temor de que no se presentara el alcalde y, sobre todo, el retraso en acceder al retrete, lo habían puesto de mal humor:

—Pues que se siente.

—Sí señor.

El almacenista de piensos y forrajes esperó unos segundos con la oreja pegada a la puerta, y cuando creyó que el pasillo estaba despejado salió y trotó hacia el baño.

—¡Ocupado!

Aquello ya era un abuso. *De acuerdo, este señor, se llame como se llame —tendré que preguntárselo a mi yerno—, ha venido de Bilbao ex profeso para el entierro, y eso es de agradecer, ¿pero cuánto tiempo puede estar haciendo de vientre?* —se preguntó, francamente contrariado.

—¡Hombre, Marianín!

Lo vio al pasar ante la cámara mortuoria: su nieto, ya el predilecto, estaba en pie ante el féretro, aparentemente absorto en la contemplación del cadáver, y don Mariano, conmovido, se olvidó de sus urgencias fisiológicas.

—¿Qué haces?

La verdad es que Marianín estaba registrando los bolsillos del traje de su bisabuelo. Pero disimuló:

—Aquí, con el muerto.

—Buen chico —le palmeó la cabeza, emocionado. Luego, al advertir que el chico llevaba colgado del hombro un cornetín, se extrañó:

—¿Y ese cornetín?

En su merodear por la casa el chico lo había descolgado de una panoplia de terciopelo rojo con la leyenda «Recuerdo de la Banda de Trompetas y Tambores del Cuarto Regimiento» bordada en oro.

—¿Me lo das, abuelo?

—Es de tu tío... Un recuerdo sentimental... Puedes jugar un poco con él y luego lo dejas en su sitio... —le autorizó don Mariano. Y le propuso—: ¿Quieres que le

recemos un padrenuestro?

Marianín se encogió de hombros.

—Padrenuestroquestásenloscielos... —atacó el abuelo.

—Buenos días, Mariano —interrumpió el rezo doña Ramona, que entraba con un pulverizador en la mano. Y sin que nadie le preguntara, explicó—: Nada. Que al llegar he entrado un momento a ver a tu pobre padre y me lo he encontrado que se lo comían las moscas. Mira, mira.

Efectivamente: dos docenas de moscas evolucionaban sobre el rostro del difunto; al fijarse, don Mariano advirtió que una de ellas le salía de la boca:

—Pero ¡qué barbaridad!

—Por eso he ido a buscar el flit.

—Estás en todo, Ramona... —el anciano le estrechó las manos con mucho calor, como si quisiera compensar su anterior frialdad, pero se las soltó inmediatamente al caer en la cuenta de que ahora nada se oponía a su derecho a encerrarse en el cuarto de aseo de la criada. Y escapando le agradeció—: Gracias, Ramona, luego te veo.

—Vete tranquilo, que les voy a dar para ir pasando, a estas asquerosas.

Doña Ramona, que lo había despedido desde la puerta, se volvió hacia el ataúd tirando ya del émbolo del pulverizador y sorprendió al niño con las manos en la masa, o, sea, buceando en el único bolsillo de la mortaja que le quedaba por registrar.

—Los muertos no se tocan, nene —le reprendió, apartándolo a un lado.

—¿Y el cornetín? —desafió el nene, cabreado.

—El cornetín, sí —repuso ella, distraída, pues ya estaba dándole al émbolo.

Diablo de chico. ¿De dónde pudo sacar Marianín el aire y el brío necesarios para extraerle al instrumento un agudo, vibrante, interminable *Tarariiiiiiiiiiiiiiiiiiii...?*

Lo sacara de donde lo sacara, el caso es que le hizo pegar un bote en la cama al indigente Menéndez Pelayo, que por si acaso, y apenas de pie en el suelo, gritó:

—¡Vivafrancoarribaespaña!

IV. A hombros

*¿Fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras,
las justas e los torneos,
paramentos, bordaduras
e cimeras?*

JORGE MANRIQUE

«¡Ah, el amado periódico de provincias, ese periódico que cada mañana nos sirve junto al desayuno las venturas y desventuras del prójimo más cercano, de ese prójimo con el que en ocasiones hasta podemos establecer mayores o menores grados de parentesco por los caminos del amor! ¿Cómo se van a comparar con sus pocas y modestas páginas las excesivas y presuntuosas de los diarios de las grandes urbes, atentos sólo a los importantísimos eventos que protagonizan ilustres personajes con cuyas hijas, pongamos por ejemplo, nunca nos casaremos? Ah, los periódicos provincianos, llenos de noticias familiares, de amigos o conocidos que se van o vienen de viaje, de mercerías que liquidan sus existencias por no poderlas atender, de problemas suscitados por el nombramiento del nuevo director de la banda de música, de disposiciones municipales que prohíben sacudir las alfombras después de las diez de la mañana, de crónicas de la región redactadas por sacrificados maestros nacionales. ¡Hasta las erratas resultan enternecedoras cuando nos informan de que el cabo comandante de un puesto de la Guardia Civil ha dado a luz quintillizos en un feliz parto! Si los lectores de los famosos rotativos supieran cómo hacéis público que los hijos de vuestros suscriptores han terminado el bachillerato con sobresalientes, que sus hijas están a punto de contraer matrimonio, y que sus ancianos padres acababan de fallecer después de sobrellevar con cristiana resignación penosas enfermedades, los lectores de los famosos rotativos tomarían trenes y autobuses para abandonar las metrópolis y empadronarse en las recoletas ciudades de provincias».

Hacía ya meses que Fabianito había enviado a un concurso convocado por el diario local este trabajo firmado con el seudónimo Gilberto de Notredam porque, claro, ganar el primer premio con su nombre y apellidos hubiera entrañado el riesgo de que su padre lo herrara al descubrir que seguía fiel a su vocación, pero el periódico ni siquiera lo publicó, y el aspirante a la gloria literaria, despechado, prometió vengarse escribiendo una diatriba sobre el mismo tema apenas tuviera ocasión, ocasión que creyó encontrar cuando Abelarda, que había bajado a la calle a comprar el diario, lo subió con el infamante «... Manuel Cunqueiro Furriñas, afilador ambulante, y a mucha honra» cerrando la lista de los deudos en la mezquina esquila perdida entre los anuncios económicos.

Pero el culpable del desaguizado no era el periódico, como les explicó por teléfono el director: según el empleado que admitió la esquila la noche anterior, el tipo que la presentó no tenía dinero para pagar otra cosa mejor, y aunque al parecer había bebido en exceso, pues daba muestras de embriaguez, el empleado atribuyó su borrachera a una comprensible —y reprehensible— necesidad de ahogar en alcohol el pesar por la pérdida del ser querido.

—¡Lo mato! —gritó don Pablo. Y tras colgar el teléfono reclamó—: ¡La pistola!

Desgraciada —o afortunadamente—, del afilador, aparte su mujer y su hijo, no quedaba otro rastro que el que había dejado al amanecer en el frutero del comedor.

Pero aquella hazaña estaba aún por descubrir.

—¡A la calle, los dos a la calle! —lloriqueó don Mariano, expulsando con mucho dolor de su corazón a la hija y al nieto. Pero ¿qué iba a hacer? ¡Sólo faltaba que el alcalde, después de leer la esquila, se encontrara con la prueba irrefutable del baldón que avergonzaba a la familia!

—¡Esto nos pasa por ser demasiado buenos! —chirrió doña Luisa, diluyendo entre los suyos la tremenda responsabilidad de haber sido la introductora de aquella gentuza en el sacrosanto ambiente de su hogar.

Fabianito no dijo nada: convencido de que el idilio con su tía ya no tenía ningún futuro, se decidió a declararle su amor a Elenita, la espiritada hija del Registrador de la Propiedad; le escribiría una carta y si Elenita le daba calabazas se tiraría al río. De manera que provisto de papel y lápiz se fue al baño.

—¿Quién es? —preguntó desde el interior una voz quejumbrosa.

—Yo —informó el infeliz enamorado.

—¡Sea quien sea —gimió la voz—, tráigame los pantalones!

—¿Qué pantalones?

—¡Los míos!

Fabianito se encogió de hombros: el aseo de servicio no ofrecía ninguna comodidad y olía que apestaba, pero tenía que esconderse para que su padre no lo pillara amenazando a Elenita con el suicidio.

—¡Ocupado!

Demasiado tarde: la puerta no tenía echado el pestillo y Fabianito entrevió a Abelarda instalada en la taza:

—¡Perdón! —retrocedió, discretamente. Pero al recordar que aquella ingrata lo había engañado allí mismo con el soldado, cegado por la rabia abrió la puerta de par en par:

—¿Qué pasa si se lo digo a mi madre?

—¿El qué? ¿Es que una no tiene derecho a orinar?

Con el uniforme por los muslos y la braga en los tobillos Abelarda parecía más sorprendida que escandalizada, y Fabianito, subyugado, entornó la puerta sin pensar en las consecuencias de sus actos.

—Pero ¿qué hace?

Abelarda maniobraba para subirse la braga, bajarse el uniforme y tirar de la cadena, y el poeta, turbadísimo, dejó caer papel y lápiz para poner sus manos en las caderas de la muchacha:

—Abe... Abe...

—Venga, señorito, déjeme salir...

Y alargó la mano hacia el pomo de la puerta.

—A Tarsicio no lo echabas... —baló el señorito.

Abelarda retiró la mano del pomo como si quemara y gimoteó:

—Ay, señorito, que yo no quería... Ha sido él, que es un sinvergüenza... No le

diga nada a la señora, que yo estoy muy contenta en la casa y a ver dónde me meto si me echa... Pídame lo que quiera, señorito, pero no se lo diga a su madre.

A Fabianito le faltaba el aire y tenía la boca sequísima:

—Déjame entrar en tu cuarto esta noche...

Abelarda cortó su lloriqueo, le radiografió las intenciones e hizo un mohín:

—A saber para qué quiere meterse en mi cama, digo en mi cuarto.

—Para... para hablar.

—A saber a qué le llama usted hablar, menudo punto filipino está hecho —se rio de pronto, toda estremecida, y lo tuteó—. ¿O te crees que no sé que eras tú el que me llenaba de corazones las bragas?

Fabianito balbuceó:

—¿Y... y por qué... por qué no me dijiste nada?

—Me daba reparo... Y más cuando me encontré entre las sábanas el calabacín clavado al par de patatas... ¿Sabes lo que pensé?

—No.

—Pues pensé: «Menudas indirectas me tira el señorito».

Fabianito la abrazó:

—Entonces, esta noche...

—Bueno —transigió la chica. Y le ofreció la boca—: Venga, deme un beso, que tengo que ir a terminar de planchar el pantalón del señor de Bilbao, que parece mentira, cagarse encima a su edad.

Fabianito la besó con unción:

—Hasta la noche.

Abriendo la puerta, Abelarda agoró:

—Todo será que nos pille tu padre y nos hierre a los dos.

El poeta no la oía: bajo su bóveda craneal resonaba ya el primer endecasílabo del epitalamio que iba a escribir a cuenta del encuentro nocturno; su exaltación era tal que el endecasílabo le salió de gaita gallega: *Tanto esperé de tu lecho la gloria...* La rima en «oria» no parecía difícil: inmediatamente se le ocurrieron algunas que no venían al caso —pepitoria, achicoria, palmatoria, noria, escoria y mortuoria—, una equívoca —zanahoria—, y un montón de ellas francamente poéticas —historia, euforia, vanagloria, memoria, victoria, jaculatoria, ilusoria...— pero no pudo seguir memorizándolas porque un escrúpulo le cortó la inspiración: *¿Se puede llamar epitalamio un poema escrito para celebrar un desvirgamiento? Porque Abelarda no será virgen, pero yo, sí.*

Cuando, gracias a Dios, el alcalde se presentó en la casa mortuoria, el mendigo Menéndez Pelayo ya había hecho un destrozo en la despensa: con la ayuda de su navaja suiza de múltiples usos —cuchillo, tenedor, cuchara, descorchador y abrelatas— había abierto e ingerido los siguientes víveres: dos latas de sardinas en aceite Miau, media docena de huevos crudos, una botella de un tinto de Martínez Lacuesta, un bote tamaño almacén de pepinillos Ciroja, otra botella de sidra El Gaitero, una ristra de chorizo de Baños de Río Tobía, cuarto y mitad de queso manchego, una perdiz escabechada de la Casa Ulecia, un bote de leche condensada La Lechera y tres cuartas partes de una botella de Anís Machaquito; naturalmente, al salir de la despensa iba completamente ahíto y considerablemente mamado, y en tales condiciones se iba a dar de bruces con don Marcelo Palosanto, el alcalde, que finalmente había hecho su esperada aparición y se condolía en el vestíbulo con los enlutados deudos:

—En nombre del Ayuntamiento que presido, y en el mío propio, mi más sentido pésame... Valor, don Mariano... Resignación, señora... A sus órdenes, mi brigada... Joven, tú a mirarte en el espejo del difunto...

Para don Mariano fue una desilusión verlo aparecer sin maceros: la primera autoridad municipal, sin maceros, perdía mucho del empaque que lucía en las procesiones: *Al menos podía haberse traído la vara de mando*, pensó mientras correspondía:

—Señor alcalde, no sabe cómo le agradecemos...

Doña Luisa chirriaba, muy en ama de casa:

Iba don Pablo a decir su frase cuando Menéndez Pelayo se precipitó contra ellos:

—Ustedes perdonen... ¿Por dónde se sale?

En su afán de impedir que el señor Palosanto viera al mendigo, don Pablo se interpuso entre ellos y echando una pierna hacia atrás le clavó una espuela en la espinilla al pordiosero.

—Pase, señor alcalde, pase...

El alcalde no pudo pasar porque Menéndez Pelayo soltó una blasfemia al sentir el hierro, vomitó sobre la desprevenida doña Luisa todo lo que acababa de ingerir y ganó la puerta mientras el brigada reclamaba su pistola, doña Luisa rompía los cristales de varias ventanas de la vecindad con sus gritos, y don Mariano, apuradísimo, intentaba explicar lo inexplicable:

—Un pobre de pedir limosna, señor alcalde. Mi padre lo socorría a diario... Y el miserable, aprovechando su muerte, viene y...

—Qué se va a esperar de un mendigo —concedió el señor Palosanto, que seguía sin comprender nada.

—Les abre uno la puerta de su casa y te vomitan encima...

—Palo, con esa gente no hay otro lenguaje que el palo.

Don Pablo volvía de su cuarto con la pistola en la mano y tropezó con doña Ramona, que se llevaba a doña Luisa al baño:

—¿Dónde está? ¡Lo mato, lo mato!

—Deja, deja, ya se ha ido... —lo calmó su suegro. E invitó al señor Palosanto—: Es aquí. Pase, pase.

El alcalde se recogió en oración ante el féretro y luego soltó el elogio fúnebre que le había escrito su secretario, un primo segundo de su mujer, pasante de notario:

—Probo funcionario, ejemplar ciudadano, dignísima persona, inmensa pérdida, inmarcesible memoria...

Don Mariano y don Pablo escucharon la retahíla de adjetivos con suspiros y cabezazos y cuando el señor Palosanto terminó, lo llevaron al comedor:

—Porque tomará usted algo —le ofreció el almacenista de piensos y forrajes.

—No, a estas horas, no...

—Un consomé, una copa de jerez —apoyó el brigada.

—O las dos cosas, que es mejor —chirrió doña Luisa, que volvía ya lavada del baño.

—Yo, el consomé con una yema de huevo —se apuntó el centenario; como siempre que se hablaba de comer llegaba lanzado en su silla de ruedas.

—No se molesten, de verdad —repetía el alcalde, ansioso por regresar a la tranquilidad de su despacho.

—No es molestia, faltaría más.

Doña Luisa y doña Ramona se fueron hacia la cocina llevándose a don Ildefonso a la fuerza, o sea, empujando la silla sin hacer caso de sus protestas, y el señor Palosanto pasó al comedor arropado por don Mariano y don Pablo:

—¿Y cómo ha sido? —fingió interesarse—. ¿Ha sufrido mucho?

—Nada —le aseguró el huérfano, ofreciéndole una silla—: Estaba tan tranquilo, dijo «Patatas, patatas» y se quedó hecho un santo.

—Sencillo y humilde hasta en la hora de la muerte, usted me comprende —glosó don Pablo, haciendo suya la ocurrencia de doña Ramona.

—Pero, coño...

El alcalde se levantaba palpándose el fondillo de los pantalones.

—¿Qué ocurre? —se inquietó don Mariano.

—No sé... Parece agua —el señor Palosanto, tras mojar la punta de los dedos en el charquito que se veía en la silla, se los llevó a la nariz.

—Cosa más rara —murmuró don Pablo, perplejo, subiendo la mirada de la silla a la mesa y a la laguna que sobre el hule rodeaba el frutero valenciano.

La primera autoridad municipal, tan intrigada como el brigada, tocó las yemas de sus dedos con la punta de la lengua, se inclinó sobre el amarillento líquido que llenaba el frutero, aspiró por la nariz y, empalideciendo, sentenció:

—Orines... ¡Esto son orines!

Oír don Pablo el excrementicio vocablo y vocear el nombre del señor de Bilbao

fue todo uno.

—¡Don Ignacio María!

—No es posible... —razonó el confundido don Mariano—. ¿Iba a salir del baño para hacerlo aquí?

—¡Es que lo tenemos sin pantalones! —el brigada ya arrancaba hacia la puerta, y en sus prisas por remediar el olvido a pique estuvo de darse una taledada por culpa de las espuelas.

—¿A quién tienen sin pantalones? —el señor Palosanto, asustado, dejó de escupir contra la pared.

—Es un señor que ha venido expresamente de Bilbao para asistir al entierro de mi pobre padre —don Mariano bajó la voz, confidencial—: Resulta que entre el disgusto y el cambio de aguas se le ha descompuesto el vientre y ha tenido un percance con los pantalones.

—Pero ¿dónde me he metido, Dios santo? —gimió la primera autoridad municipal.

Y para terminar de arreglar la cosa, Fabianito acusó:

—Ha sido el afilador.

La verdad es que Fabianito no tenía ninguna razón para cargarle la meada a Manoliño, pero con la denuncia se vengaba de él, porque lo consideraba culpable de la expulsión de Clara.

—¿El afilador? —repitió, incrédulo, el alcalde.

Pero ¿en qué pensaba la Divina Providencia el día aciago en que fue concebido ese mal nacido que pierde a mi hija, me priva del cariño de un nieto que podría haber sido la alegría de mi vejez, envilece la esquila mortuoria de mi padre y, para colmo, me pone en evidencia delante del alcalde?, se preguntaba don Mariano. Y se respondía: De acuerdo, no soy quién para pedirle cuentas a la Divina Providencia, pero la Guardia Civil, ¿por qué no fusiló a ese infame en el vientre de su madre?

Sin dejar de escupir, el señor Palosanto corría hacia la puerta: nunca habría podido imaginar que en un hogar decente los pobres de pedir limosna vomitaran sobre las amas de casa, que los señores de Bilbao se ensuciaran en los pantalones, que los afiladores evacuaran en los fruteros y —lo peor de todo— que le hubieran obligado a probar el gusto de sus orines.

Se acercaba la hora del entierro y ante el portal de la casa mortuoria no había más de medio centenar de personas.

—Nada, lo que yo decía: cuatro gatos —se regodeaba don Ildefonso de la Barca, que junto a don Mariano y doña Ramona vigilaba la calle a través de los visillos del mirador—. Os lo advertí: las once de la mañana de un día laborable será buena para casarse, pongo por ejemplo, porque en las bodas se come y se baila, y con tal de lanzarse a la gula y a la lujuria el personal es capaz de abandonar sus más sagrados deberes, pero ¿quién va a asistir a esa hora a un entierro, aunque no tenga nada que hacer, si en los entierros no hay banquete, y además puedes coger una enfermedad con los bacilos que ha dejado el muerto? Por cierto: ¿de qué ha muerto tu padre?

—De muerte natural, puñeta —respondió desabrido el almacenista de piensos y forrajes, que no levantaba cabeza después de lo sucedido en el comedor.

—Pero ¡esa carroza es de tercera! —clamó el centenario señalando con regocijo al carricoche que llegaba en aquel momento, un desvencijado vehículo pintado de negro, coronado por una cruz bamboleante, tirado por un matalón y con una especie de momia instalada en el pescante.

Como don Mariano carecía de la fuerza física necesaria para arrojar por el mirador al impertinente parálítico —que era lo que le pedía el cuerpo— no pudo hacer otra cosa que negar su personal responsabilidad en la contratación de las pompas fúnebres, pompas que se reducían a la peluca con que se tocaba el cochero y al plumero que lucía el caballo.

—De las pompas fúnebres se ha encargado mi yerno —arguyó mientras volvía a pedirle cuentas a la Divina Providencia: *¿Qué delito he cometido para que el Señor me castigue con este par de hijos políticos?*

—Pocos ancianitos veo, Mariano.

El pérfido don Ildefonso se refería a los asilados de las Hermanitas de los Pobres; las monjitas los alquilaban para dar mayor lustre a los sepelios: severamente enlutados y provistos de enormes hachones, su número, con el de los caballos que tiraban de las carrozas y el de los curas que entonaban el gorigori, daban idea de la calidad del cadáver; en la ciudad todavía se recordaba que la de cierto patricio exigió una importación masiva de ancianos de los asilos de las provincias limítrofes.

—Uno, dos, tres cuatro... sólo doce —contó don Mariano, más y más abochornado.

—Bueno, pero mira qué limpios y qué elegantes los han mandado las Hermanitas —terció doña Ramona en un loable intento de levantarle el ánimo.

Nada había que objetar al aseo de los viejecitos; su elegancia, en cambio, era harina de otro costal: los trajes y los sombreros, demasiado grandes, eran donaciones que a la muerte de sus titulares hacían al asilo las familias de la buena sociedad, y evidentemente los finados era gente mejor comida que aquellos viejecitos.

—Doscientos ancianos quiero yo en mi entierro —don Ildefonso seguía hurgando en la llaga del pobre don Mariano—. Lo tengo dicho delante de notario.

Al almacenista de piensos y forrajes hacía años que no se le encendían las orejas, pero la vergüenza que sentía se las estaban poniendo incandescentes y temió que se le inflamaran y ardieran entre grandes llamaradas:

—Je, je —soltó una risita el perverso paralítico—: Mira, ahí llega el clero parroquial.

Su sarcasmo estaba más que justificado: el clero parroquial que apareció doblando una esquina se reducía a un gañán que enarbolaba una cruz, un sacerdote con bufanda sobre los paramentos sacerdotales, y un monago portador del acetre con el hisopo.

—¿Y vosotros sois católicos? —siguió, ahora ya francamente insultante don Ildefonso—. Un católico como Dios manda no se deja enterrar con menos de tres curas, Mariano.

—Hasta aquí hemos llegado. Ahora, ¡basta!

Y sin más explicaciones don Mariano sacó la silla de ruedas del mirador, sorteó a las visitas de última hora que llenaban el pasillo, y sordo a los gritos del venerable — e insoportable— centenario lo arrojó con su vehículo escaleras abajo; luego, volviendo sobre sus pasos, le preguntó a Fabianito:

—¿Dónde está el canalla de tu padre?

Fabianito debió de juzgar justificadísimo el insulto, porque repuso con toda naturalidad:

—En el baño, vistiendo al señor de Bilbao.

En realidad don Ignacio María ya estaba completamente vestido, e incluso muy animado, porque ya se veía en la calle: Abelarda, además de dejarle los calzoncillos como una patena y los pantalones con una raya impecable, le había restituido el calcetín ya seco y la boina bien cepillada. Lo malo fue cuando le dio la mano al brigada para despedirse:

—Se ha ofrecido un montón de gente para bajar el féretro a la calle, incluso el alcalde —le secreteó don Pablo—. Pero usted está antes que nadie.

Don Ignacio María cabeceó vigorosamente, negando, pero educado en colegios de pago se creyó obligado a justificar su brusquedad:

—Compréndalo, es demasiado honor, no me siento a la altura.

Y salió del baño decidido a batir el récord de los cien metros lisos en su carrera hacia la libertad. No tuvo ocasión ni de tomar la salida, porque en el umbral se encontró con el hijo del muerto:

—Ah, ya le han dado los pantalones —aprobó don Mariano, complacido.

—A don Ignacio María le gustaría bajar la caja —le comunicó don Pablo a su suegro.

—Que no, que de ninguna manera —volvió a negar con fuerza don Ignacio María, pero al advertir el rostro descompuesto del anciano huérfano, de nuevo se

sintió obligado a dulcificar la negativa—: Ya le he dicho aquí, al brigada, que habrá personas con mayores méritos, por no hablar de derechos.

Fue su perdición: don Mariano lo abrazó, inmovilizándolo, y una vez deglutido el salivazo que llevaba en la boca para escupirlo a la cara a su yerno, balbuceó con la voz rota por la emoción:

—¿Con más derecho que usted... que ha venido de Bilbao expresamente para...?

—Por favor, no... —suplicaba don Ignacio María pugnando por romper el abrazo.

—Faltaría más... —insistía don Mariano sin soltarlo.

La voz de Abelarda cortó la conmovedora discusión.

—Señor, que dicen los de la funeraria que el cura está esperando.

Cuando vio salir el ataúd a hombros de don Ignacio María, de los concejales Benavides y Sansaturio y del contable Calanda, el Presidente del Club Taurino palmeó la espalda de don Mariano y comentó, emocionado:

—¡A hombros! ¡Como los toreros grandes!

V. El entierro

—*¡Tierra!*

RODRIGO DE TRIANA
(Al avistar el otro mundo)

Eran las once de la mañana de un día nublado y gris. Desde las torres de todas las iglesias caían sobre la ciudad las campanadas que plañían la muerte de don Fabián Bígaro Perlé cuando sus restos salieron de la casa mortuoria a hombros de amigos gimientes y llorosos... Grandes coronas de flores con sentidas dedicatorias arropaban el féretro de caoba con herrajes de plata en la solemne carroza que iba a conducir al camposanto a quien en vida fuera ardiente patriota, ejemplar ciudadano, probo funcionario, amante padre de familia y gran aficionado a la Fiesta Nacional... En la multitud congregada ante la casa mortuoria se hizo un impresionante silencio, y el deán de la colegiata, asistido por sus diáconos, rezó el De Profundis con la voz velada por la emoción; luego, empuñando con mano temblorosa el hisopo, realizó las litúrgicas aspersiones de agua bendita, y con un dolorido gesto autorizó al cochero, vestido a la federica, a arrear al enjaezado tiro de caballos: en este momento estalló un clamor en balcones y miradores del que fuera sacrosanto hogar del finado; desde ellos volaban al cielo empapadas en llanto las oraciones de su desconsolada hija Luisa, de su angelical nieta Lolín, de su fiel sirvienta Abelarda y de las acongojadas amigas de la familia, entre ellas doña Ramona Calendaria, viuda de Santiponce... El cortejo se puso en movimiento con la cruz alzada; a sus lados, severamente enlutados y portadores de grandes hachones, formaban en dos largas filas los ancianos de las Hermanitas, y tras el clero parroquial rezando sus preces iba la presidencia del duelo formada por don Mariano Bígaro Galabarda, hijo del finado y almacenista de piensos y forrajes de gran prestigio en los medios agrícolas de la región; don Pablo Hidroso Fritada, brigada con destino en la Remonta e hijo político del anterior; el joven y laureado poeta Fabián Bígaro Hidroso, bisnieto del desaparecido patriarca; nuestro querido alcalde don Marcelo Palosanto y un señor de Bilbao llegado ex profeso para asistir al entierro... Incontables fueron las muestras de respeto que la población dedicó al sepelio en su recorrido por las calles de la ciudad, y las últimas palabras de don Fabián, «¡España, España!», que ya habían corrido de boca en boca, suscitaron admirados comentarios incluso en los transeúntes que no conocieron al difunto ni disfrutaron de los resplandores de su deslumbrante inteligencia...

Naturalmente, el entierro de don Fabián poco tuvo que ver con esta fantasía necrológica que su bisnieto fue encadenando mientras se dirigían al cementerio; lo de autocalificarse joven y laureado poeta se lo permitió dado que su padre no podríaerrarlo por ello —el pensamiento no delinque, ya se sabe— y la mentira más gorda —lo de sustituir el «Patatas, patatas» por el «¡España, España!»— se le ocurrió al ver en la fachada de un estanco el grana y oro de la enseña nacional. Pero dejémonos de falacias y volvamos a la soleada mañana de primavera en la que los despojos de don Fabián salieron de la casa mortuoria: lo cierto es que sus portadores respiraron aliviadísimos al descargarlos en el vehículo de tracción de sangre que los

transportaría al cementerio, ya que el descenso por las escaleras les resultó muy trabajoso al tener que saltar por encima del centenario paralítico y del dentista Manteca, contra cuya consulta se había estrellado la silla de ruedas; que no hubo más tañer de campanas que las del carillón de la Banca Careaga e Hijos dando las once, acompañadas por las primeras notas de la jota «*Pamplona tiene cadenas...*»; que el sacerdote despachó el asunto con unos latines farfullados a través de la bufanda y unas salpicaduras de agua bendita a la única corona —comprendida en el precio de las pompas— que ornaba el ataúd; que apenas el tío del pescante puso en marcha el sepelio con un rutinario «Arre, caballo» a doña Luisa le dio por orear y desinfectar la alcoba de su abuelo y a doña Ramona por soñar con la posibilidad de casarse con don Mariano, ahora que se había quedado huérfano; que la pequeña Lolín se escabulló del mirador para seguir jugando a los médicos con los niños del quinto; que Tarsicio, encargado de echarle una mano a Abelarda en la faena de oreo y desinfección, le echó las dos a las nalgas apenas las tuvo a tiro; que quienes acompañaban a su última morada al extinto don Fabián filosofaron durante un rato a cuenta de que no somos nada y que el muerto al hoyo y el vivo al bollo; que el sordo rumor del río apagó los desganaos pésames de la despedida oficial del duelo, celebrada junto al puente; que abandonada por el clero, por los ancianos de las Hermanitas y por el público en general, la fúnebre comitiva se quedó reducida al caballo, al cochero, a los deudos, a los tres empleados del almacén de piensos y forrajes, al brigada de la Remonta y al Presidente del Club Taurino y, naturalmente, al señor de Bilbao, que cruzando el puente consideró la posibilidad de lanzarse al río y nadar aguas arriba con la esperanza de alcanzar el Cantábrico. Si hubiera sabido que Manoliño, el afilador, estaba brindando por su salud en todos los bares y tabernas de la ciudad, y que Pepita, su querida, había acabado en Comisaría denunciada por la dirección del hotel por falta de pago, el Presidente del Consejo de Administración de Hierros, Aceros y Metales, Sociedad Anónima, se hubiera arrojado al río sin otro propósito que el de desaparecer de la faz de la tierra.

El panteón familiar de los Bígaro estaba situado en una de las mejores zonas del cementerio; al menos eso es lo que pensaba don Mariano. Y según él, también lo pensaba su pobre padre:

—Ésta es una de las mejores zonas del cementerio. A mi pobre padre le gustaba mucho; aquí está enterrada la buena sociedad —le explicó a don Ignacio María mientras se encaminaban al panteón familiar por una avenida abierta entre cruces, ángeles, bustos, medallones, lápidas, fotos esmaltadas, enfáticas dedicatorias y flores artificiales, fruto de la escasa imaginación de los marmolistas y de la delirante fantasía de viudos, huérfanos, hermanos e incluso cuñados.

Una pareja de enterradores vestidos de pana y un cura de roquete, estola y manípulo esperaban junto a la que iba a ser última morada de don Fabián: el panteón en el que yacían lo que quedara de las que fueron esposas del nuevo inquilino y de su heredero, como explicaba la lápida:

MARÍA DEL ROSARIO GALABARDA DE BÍGARO
1860-1885

Y debajo:

ANTONIA FORCADA DE BÍGARO
1890-1951

—¡Mamá! ¡Antoñita! —sollozó el hijo casi póstumo de la primera y viudo de la segunda.

—Valor, Mariano, valor —le palmeó la espalda otra vez el Presidente del Club Taurino.

Como el cura tenía prisa —«La primavera viene pegando fuerte y esta mañana se me están amontonando los sepelios», se disculpó— el enterramiento propiamente se realizó sin pérdida de tiempo: rezadas las últimas preces por el atareado capellán en un decir amén, los enterradores depositaron en el panteón el ataúd con no menos celeridad, y gratificados con un duro por don Pablo se largaron con sus herramientas cantando bajito; al quedarse a solas y sin saber qué hacer, fue el brigada quien, con mucha entereza de ánimo, decidió por los demás:

—Vámonos. Aquí ya no pintamos nada.

Fabianito se despidió de la posibilidad de emular a don José Zorrilla: estaba visto que su bisabuelo no era Larra ni su padre un mecenas de las artes y las letras. Así es que dejó de manosear la hoja de papel de barba que llevaba en un bolsillo del pantalón con la «Oda a la muerte de un patriarca» escrita en letra redondilla, y echó a

andar mientras estudiaba los cambios que debería hacer para convertirla en otra dedicada a la recolección del azafrán, tema de unos juegos florales en los que, además de la flor natural y de un posible idilio con la reina de los juegos, se podían ganar cinco mil pesetas:

La-ro-sa-de-la-za-frán...
e-sun-a-ro-sa-fra-gan-te...

contó con los dedos las sílabas de los dos primeros versos que le vinieron a la cabeza. Desgraciadamente le llegaron con música, y eso hizo que el poeta, no sin cierto rubor, cayera en la cuenta de que aquello pertenecía a una de las zarzuelas que Abelarda canturreaba para amenizar sus tareas: *Aparte, esos versos son octosílabos y las odas los exigen de arte mayor*, disimuló echando una mano a la preceptiva y la otra a la inglé, pues pensar en la criada y en su cita nocturna le produjo un amago de alboroto en sus partes; sólo un amago, porque la erección se la cortó en flor la lectura de una lápida en la que unos padres desolados lloraban a un hijo llamado Paquito.

¡¡¡PAQUITO!!!

MUERTO A LOS 15 AÑOS DE EDAD
CUANDO TODO EN LA VIDA TE SONREÍA

Quince años. Fabianito se estremeció: su propia edad. O sea, ¿también él se podía morir? Y entonces, ¿de qué servía entregarse a la lujuria con Abelarda, amar platónicamente a la hija de un Registrador de la Propiedad, ganar cinco mil pesetas en unos juegos florales y tomar pasteles de postre los domingos?

Insensibles al deprimente descubrimiento del chico los adultos hablaban de sus cosas:

—Esto, cuando hay que verlo, es el Día de Todos los Santos —le decía, ponderativo, el Presidente del Club Taurino a don Ignacio María—: Una romería: docenas y docenas de familias cargadas de flores, de regaderas, de tijeras de podar, de limpiametales, de escobas, de bayetas, de insecticidas... Hasta estiércol, con perdón, traen algunos para abonar las macetas.

—Pues eso es como ir de vendimia y llevar uvas de merienda —intervino el brigada—. Aquí, con tanto cadáver, el abono sobra, no hay más que ver lo hermosos que están los cipreses.

—Tiene usted toda la razón —apoyó el señor Calanda—. A los conejos de mi pueblo no se les da otra cosa que lechuguinos del camposanto y se ponen como corderos. Bueno, y si hablamos de caracoles... Enormes: no les digo más que en la docena sólo entran nueve...

La gracia se la rio hasta don Mariano, que se sentía mucho mejor después de

enterrar a su padre.

—Calanda, usted siempre tan exagerado.

—Bueno, es un decir. Pero dejando aparte el tamaño, en cuestión de caracoles lo importante es engañarlos. Porque el caracol, si no se le engaña...

Don Mariano interrumpió a su contable para interesarse sobre los gustos de don Ignacio María:

—¿A usted le gustan los caracoles?

—Regular... —respondió maquinalmente el caballero bilbaíno, ansioso de alcanzar la salida para despedirse educadamente y volar hacia el hotel con la esperanza de que Pepita se hubiera negado a entregarle sus cosas al puñetero afilador.

—Ah, pues tiene usted que probar los que hacen en La Flor del Sotillo, una taberna de toda confianza —decidió don Pablo—. Riquísimos, de chuparse los dedos.

—Muchas gracias, pero yo... —don Ignacio María, viendo lo que se le venía encima, precipitó la despedida sin esperar a salir del fúnebre recinto—. Quiero decir que ahora que ya hemos dado tierra a... al finado, yo podría volverme al hotel... o sea, a Bilbao.

Los caracoles de La Flor del Sotillo desperezaron el estómago de don Mariano, y tras echarle una mirada a su reloj cogió del bracete a su huésped:

—Mire, entre una cosa y otra se nos está echando encima la hora de comer. Así que usted no se va sin probar esos caracoles. ¡Una cosa divina!

Don Pablo no quiso ser menos que su suegro en materia de hospitalidad y agarrándose al otro brazo del indefenso don Ignacio María adoptó el tono de las grandes confianzas:

—El dueño me dio la receta en secreto, pero se la voy a decir a usted para que vaya abriendo boca: se coge un par de patas y una oreja de cerdo y se ponen a cocer con un casco de cebolla y una zanahoria. Mientras cuecen, se echa en una cazuela de barro un buen chorretón de aceite y se dora una cebolla picada y media ristra de chorizo en rodajas; eso sí, el chorizo picante, a ver si me comprende...

El contable Calanda le interrumpió:

—Perdone, mi brigada, pero lo primero es engañarlos. Para que los caracoles salgan de su concha hay que engañarlos, porque si no se les engaña no salen por las buenas, luego no hay dios que los saque por las malas y se hace una carnicería. Es muy sencillo: coge usted los caracoles, los echa en un puchero con agua fría y lo acerca a un fuego cuanto más bajo mejor; para que el agua se caliente poquito a poco... Entonces, al entibiarse el agua, los caracoles se confían, salen de sus conchas, y cuando están más descuidados va usted y le pega un arreón al fuego...

—¿Y qué? —se impacientó don Pablo.

—Mano de santo: el agua rompe a hervir y los bichos, escaldados de repente, no tienen tiempo ni de encoger los cuernos.

—Calanda: un día se le va a ocurrir a usted asar la manteca —gruñó el brigada, dándole la espalda para volverse de nuevo hacia don Ignacio María, que ya ni se

resistía ni nada—. Bien. Cuando el chorizo y la cebolla estén bien doraditos, se cogen los caracoles...

La repetida mención de los dichosos moluscos sacó a Fabianito de su tétrico ensimismamiento y con la imaginación volvió a ver la cesta llena de caracoles que Marianín le presentó a su madre el día anterior, y como las ideas se enzarzan como las cerezas, entrevió de nuevo los secretos encantos de su tía mientras se lavaba en el fregadero, y recordando las emociones vividas en el mirador musitó tristísimo: «... al ardor de tu mano ardió mi vida».

Pero ¿qué era la Vida? Nada, comparada con la Muerte. Si había que morir, ¿no era lo mejor prepararse para hacerlo a lo grande? Y puesto a morirse, ¿qué le convenía más, entrar en la Trapa o sentar plaza en la Legión? Vestir un sayal con capucha, cantar maitines en el coro, cavar la propia tumba y decir a cada paso aquello de «*Morir habemus*» conducía a la santidad, pero renunciar a recitar sus versos en los juegos florales se le antojaba demasiado duro; por otro lado, lucir unas patillas en boca de hacha, tatuarse en un brazo un corazón traspasado por una flecha y desfilar detrás de un carnero cantando *Soy el novio de la muerte* podía llevar a la heroicidad, pero la idea de comer rancho a diario hasta recibir un tiro entre ceja y ceja le resultaba francamente intolerable... *Esto hay que pensárselo despacio*, decidió.

Justo en aquel momento el Presidente del Club Taurino, fuera ya del cementerio, dedicaba un gesto a las terribles quartetas inscritas en la tapia y leía con voz campanuda la que sin duda juzgó más atroz:

*Contados son tus momentos,
mañana u hoy morirás.
¿Que no avise, extrañarás?
No entiendo de cumplimientos.*

—Ésa es la fija —certificó don Pablo, encendiendo un caliqueño.

—Pues que tarde —gruñó su suegro.

—Diga usted que sí, que en sana salud no se piensa en el ataúd —refraneó Calanda.

Los empleados del almacén de piensos y forrajes, conscientes de que su humilde condición no les autorizaba a manifestarse, no dijeron nada, y el Presidente del Consejo de Administración de Hierros, Aceros y Metales, Sociedad Anónima, tampoco abrió la boca; bastante tenía el hombre con pedirle a la Muerte que se dejara de admoniciones y le propinara su guadañazo allí mismo, porque estaba visto que sus secuestradores no lo liberarían nunca.

Fabianito, en cambio, se rebeló de repente y se pasó al malditismo: *Muy bien. Si me tengo que morir me muero y en paz. ¡Pero que me dejen insepulto, a ver si provoco una epidemia con los miasmas que exhalen mis vísceras putrefactas!* Y allí mismo, mientras se moría o no se moría, decidió que por el momento lo más indicado

era dejarse de tonterías y pegarse un atracón de los cefalópodos en La Flor del Sotillo. ¿O los caracoles eran gasterópodos?

Bueno, luego lo miro en el diccionario, pensó echando a andar hacia la ciudad: Hacia la vida —aclaró. Y puntualizó modestamente—: Con minúscula.

El pisito



*Novela de amor e
inquilinato*

Primera parte: el idilio

Una mañana sí —y otra también— doña Martina Torralba se removía en la cama al sonar las cinco en el reloj de la cercana parroquia, el gatazo que dormía a su lado resbalaba por la colcha y caía a plomo en el orinal, y su lacerante maullido despertaba al callista Dimas Gironde, huésped en casa de la anciana; el callista saltaba de la cama con los pelos de punta, irrumpía en el cuarto del escribiente Rodolfo Gómez, su compañero de hospedaje, y los dos, en camiseta y calzoncillo, se plantaban en la habitación de doña Martina para presentar sus protestas.

Aquella mañana Dimas decidió pasar de las palabras a los hechos y cogió del perchero su paraguas:

—Hoy me lo cargo. Mira.

Rodolfo bostezó:

—Esa criada es un desastre...

Y señaló la corbata y la nota que había colgado del pomo de su puerta antes de acostarse: «Maricruz, por favor: quítale esa mancha; es de grasa de chorizo».

El callista le echó una ojeada al papel:

—Despierta de una vez, coño. Te he dicho que son las cinco de la madrugada, ¿cómo quieres que esté levantada?

—Ya, pero es que me la tengo que poner hoy, porque no encuentro la otra.

Dimas lo metió en la cocina de un empujón:

—Déjate de corbatas, yo te regalo una, más de cien tengo en el baúl. Aquí lo que urge es liquidar a ese gato.

Rodolfo sabía que el callista era un mitómano y en lugar de tomar en consideración el ofrecimiento profetizó:

—Eso. Tú te cargas al gato y doña Martina se muere del disgusto.

—¿Cuántas veces le hemos dicho a esa vieja chocha que meta el orinal debajo de la cama? ¿Nos ha hecho caso? ¡No! —había cogido el saco de serrín que servía para renovar el de la caja del gato y lo sacudía boca abajo, derramándolo sobre el embaldosado—. ¡Muy bien! ¡Pues que se atenga a las consecuencias!

Rodolfo estaba a punto de cumplir los cuarenta, empezaba a quedarse calvo, lucía un bigotito de galán de Cifesa y tenía hambre a todas horas: al levantarse su hambre era más bien necesidad, el hombre sentía las paredes del estómago pegadas, como si durante la noche le hubieran hecho el vacío con una máquina neumática. Así es que sin preocuparse por los manejos de Dimas abrió la fresquera y se enfrentó con un huevo, un trozo de tocino y las sobras de la sopa de la cena, que era todo lo que contenía. Optó por la sopa y bebió directamente de la cacerola.

—Tú te pones en la puerta con el saco —le instruía el callista, mientras terminaba de vaciar el serrín—, yo entro, hostigo al gato con el paraguas, y cuando ese cabrón busque la huida tú le echas el saco encima. Luego lo lastramos con un par de adoquines y lo tiramos al Manzanares.

Rodolfo bebió otro sorbo de sopa; estaba fría, pero como no tenía demasiada grasa se podía tomar.

—Y si la vieja palma, pues mejor. ¿No te ha prometido dejarte el piso cuando se muera? —Dimas le quitó la cacerola de las manos—. Vamos a ver. En China hay un mandarín que tiene cien años. Es inmensamente rico y basta que aprietes un botón para que el tío reviente y tú heredes su fortuna. ¿Aprietas el botón o no lo aprietas?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—No sé —Rodolfo abrió el grifo para rellenar la cacerola; mejor que la criada no notara la merma en la sopa—. Además, doña Martina no es millonaria y sólo tiene ochenta y tres años.

—Pero tiene el piso. Y tú, sin piso, seguirás sin poderte casar con Petrita. Yo lo hago por ti, porque a mí el piso ni me va ni me viene —le pasó el saco, recogió el paraguas y se lanzó a fabular—. Aparte, que si me sale lo que tengo entre manos me mudo al barrio de Salamanca, pongo en el balcón el letrero de pediatra, que sólo me faltan dos asignaturas para sacar el título, y que os den morcilla al gato, a la vieja y a ti.

Rodolfo lo oía como quien oye llover: aquel quimerista se pasaba la vida ideando combinaciones para salir de la pobreza, pero sus combinaciones jamás se traducían en dinero en metálico; la que se traía entre manos aquel invierno se basaba en acertar la quiniela haciéndole los pies gratis a una médium argentina a la que había conocido en Las Palmeras, salón de baile que solía frecuentar para buscar clientela: entre los pies de los habituales del local se daban como hongos los callos, los adrianes, las durezas, los juanetes, los clavos y los ojos de gallo.

—¿Oquei, Gómez?

—Oquei —le estrechó la mano Rodolfo, y tras soltar otro bostezo le advirtió—: Pero yo declino toda responsabilidad.

El gato mayaba ahora quejumbroso, como si se lamentara de la dureza de la vida. Dimas y Rodolfo pegaron las orejas a la puerta del dormitorio de su patrona:

—Teo, si me arañas no te puedo secar —era la vocecita de doña Martina; llamaba Teo al gato en recuerdo de un hermano suyo, muerto en la guerra por error, pues lo fusilaron confundiénolo con otro Teodoro—. Estate quieto, que ahora te daré unas friegas con colonia y así entras en calor.

La propuesta debió de provocar la furia del felino, porque a través de la puerta se oyeron unos bufidos; al terrible callista, en cambio, la mención de la colonia le sugirió una idea incendiaria:

—Fenómeno: ahora le pegamos fuego y listo.

Pero la anciana ya parlamenta:

—Perdona, perdona, tampoco es para ponerse así. Mira, si te portas bien le diré a Maricruz que te compre un riñoncito de cerdo. ¿Eh?

—Riñoncitos de cerdo. Y a nosotros, carne de equino —gruñó Dimas—. Porque

ella dice que nos da ternera, pero es caballo. Y si me apuras, caballo de picador.

—Bueno, pero alimenta.

—A ti un día se te va a descolgar el escroto hasta el suelo y vas a ir arrastrando las pelotas por la calle, de cojonazos que eres —le auguró el callista. Y se dispuso a atacar—. Ya sabes: yo entro, le doy con el paraguas, y cuando busque la huida tú le echas el saco encima. ¿Oqueei?

—Oqueei. Pero ojo, que ese bicho es muy traicionero.

—¿A mí? ¿A mí, que me batí una vez con el célebre maestro Afrodisio? —alardeó el mitómano, haciendo un par de molinetes con el paraguas—. Tú abre, que como se me revuelva me tiro a fondo y lo ensarto como a una aceituna.

Rodolfo se encogió de hombros; él había cumplido avisándole: si aquel perturbado se creía D'Artagnan, peor para él. De manera que abrió la puerta y lo que tenía que suceder sucedió en menos tiempo del que lleva contarlo: el espadachín irrumpió en el dormitorio esgrimiendo el paraguas, el gato se refugió bajo la cama al advertir sus intenciones, Dimas se agachó para hostigarlo con el paraguas y la bestia se abrió paso hacia la puerta lanzándole un zarpazo a la cara.

—¡Me ha cegado! —aulló el callista llevándose una mano a la mejilla.

—Lo sabía yo, que te iba a sacar un ojo —se ensañó Rodolfo—. Déjame ver.

Pero el herido lo repelió a codazos para inclinarse sobre la cama y mostrarle el pómulo ensangrentado a doña Martina, que parapetada tras el embozo se encomendaba a toda la corte celestial:

—¡Mire! ¡Ahora mismo me voy al juzgado y la empapelo a usted y empapelo al gato!

—¡Y yo lo denuncio por falta de pago! —lo desafió la anciana dando chillidos—. ¡Que me debe un mes de pensión!

El callista rehuyó el tema:

—Son las cinco de la madrugada, señora. ¿Usted cree que es el momento de hacer cuentas? Yo estoy aquí para hablar de cosas más serias. Se lo aviso por última vez: o cambia usted de gato o mete el orinal debajo de la cama. Porque yo, señora, yo necesito descansar, porque si no descanso pierdo el pulso y puedo hacer una carnicería en los pies de mis clientes. ¿Estamos?

Y salió dando un portazo.

—Lo tengo que echar, ese hombre es un sinvergüenza —doña Martina buscó con la mirada a su huésped predilecto—. ¿Está usted ahí, don Rodolfo?

A Rodolfo sólo lo llamaban por su romántico nombre de pila dos personas: Petrita, su novia desde hacía catorce años, y doña Martina, su patrona durante los últimos once; el resto del género humano lo conocía por Gómez.

—Sí, aquí estoy —ante la luna del armario Rodolfo se eliminaba una espinilla de la nariz.

—¿Sabe usted que la otra tarde aprovechó que yo estaba en la novena para meter en casa a una golfa?

—Bueno, sería una cliente.

—Sería lo que usted quiera, pero en golfa. Y además me debe un mes de pensión.

—Ya le pagará —tras estudiar y oler la materia sebácea que amarilleaba en la yema de su dedo, Rodolfo cogió un frasco de agua de colonia—: ¿Puedo...?

—Claro, hijo. ¿Cómo me va a pagar, si lo que no se le va en piculinas lo pierde en el juego? Que me pague lo que me debe y lo echo.

Desinfectado el cráter dejado por la espinilla, Rodolfo devolvió el frasco de colonia a la mesilla:

—Bueno, ya le pagará.

—No sea usted cándido. Pero ¿no sabe lo que me ha propuesto?

—No.

—Quiere que lo adopte.

—¿A quién?

—A él. Así, cuando me muera, lo que el Señor no quiera, hereda el piso y ya no se lo puedo dejar a usted.

Rodolfo, que ya iba hacia la puerta, se volvió, estupefacto, y ella lo tranquilizó:

—No se preocupe, que yo no voy a prohijar a ese perdulario. El piso será para usted, para que se case con su novia y me cuiden a Teo cuando yo le falte.

Oloroso a lavanda y hecho un lío Rodolfo salió al pasillo sin saber qué decisión tomar: ¿allanaba la habitación del desleal amigo y le pedía cuentas de su traición, o se volvía a la cama? En la duda optó por hacer estación en lo que llamaban baño, en realidad un retrete dotado de lavabo y ducha.

—Ah, pasa, pasa.

Dimas se lavaba el arañazo inclinado sobre el lavabo. A Rodolfo le hubiera gustado darle una patada en el culo, pues lo tenía a huevo. Pero se conformó con lamentarse:

—O sea, tú, mucho decirme que no te interesa el piso, y luego, a espaldas mías, intrigas para que te adopte la vieja.

Dimas alzó la mirada a la imagen de Rodolfo, reflejada en el espejo:

—¿Eso te ha dicho? A esa pobre mujer habría que internarla. No rige, Gómez, no rige. ¿Qué necesidad tengo yo de una madre a mi edad?

Naturalmente, Rodolfo no le creía. Y Dimas, que sin duda lo intuyó, dejó a un lado el espinoso tema y pasó a alabar las excelencias de una pierna ortopédica que, de pie en el rincón de la ducha, parecía a punto de echarse a andar:

—¿Has visto qué maravilla? Esto es una prótesis y lo demás son cuentos: nadie diría que es de segunda mano ni que tiene treinta y tantos años. Técnica alemana, material de primera calidad.

Hizo flexionar las articulaciones del inquietante aparato con la tranquilidad de un ortopédico profesional y explicó que una vez engrasada lo había dejado allí para evitar que el aceite le ensuciara el consultorio. Y siguió:

—Es para un pobre muchacho. Imagínate: el chico se arrojaba a las vías del metro

cuando oía a los trenes acercándose a las estaciones, los conductores frenaban al verlo, el presunto suicida volvía al andén diciendo que se quería morir porque su madre estaba enferma y no podía comprarle penicilina, y con este truco le sacaba unas pesetas al noble pueblo de Madrid, que tiene un corazón como una casa. Pero, claro, en una de esas un conductor no frenó a tiempo, y el chico perdió una pierna.

—Qué barbaridad —dijo Rodolfo, impresionado.

—¿Tú has visto *Los Gavilanes*? —el callista se pasó al género lírico sin previo aviso—. Un día te la canto entera, porque yo de joven tuve amores con una tiple y me aprendí más de quinientas zarzuelas.

Y con la pierna artificial bajo el brazo salió del retrete cantando lo de:

*Amigos, siempre amigos,
acaben ya los odios y las guerras,
amistad, amistad...*

Rodolfo, que se había quedado dormido sentado en la taza, despertó hacia las ocho de la mañana. Mientras exoneraba el cuerpo llegó a la conclusión de que la vida era un asco: a unos les cortaba una pierna, como a aquel desgraciado cliente de Dimas, y a otros las alas, como a él. Pero él, ¿tuvo alguna vez alas, ideales, ambiciones, sueños, ilusiones, o fue siempre el mismo tipo desencantado de todo sin haber gozado de nada? Lo mejor era no darle vueltas a la cabeza y aceptar la realidad por dura que fuera, ya que no había otra: ¿de qué le valía a Dimas inventarse una mejor, si a sus cincuenta años seguía embarrancado en aquella pensión miserable, malviviendo de sus fantasías, engañando al prójimo cuando el prójimo se dejaba y a él mismo en todo momento? Aparte, la realidad no era tan espantosa: *De acuerdo; esto de nacer pobre es una cosa que se paga toda la vida, pero al menos cago a diario con toda felicidad*, se consoló recordando los gemidos que se escapaban del cuarto de aseo de la oficina cada vez que don Manuel Esparragal, su jefe, se enfrentaba al estreñimiento crónico.

Reconciliado con la vida tiró de la cadena, se aseó sumariamente y salió al pasillo justo en el instante en que la criada volvía de la calle con la leche y el pan:

—Maricruz, por favor, quítame esa mancha —le dio la corbata y de paso se apropió de un trozo de pan.

—¡Deje ese pan, señor Gómez, que luego falta en la mesa y doña Martina dice que le siso! —gimoteó la buena mujer, una viuda dispuesta a llorar a cualquier hora sin causa que lo justificara.

—Luego me lo descuentas.

—No piensas más que en comer, puñeta —le reconvino Dimas, que salía de su consulta enfundado en una bata en otros tiempos blanca—. Y en la vida hay cosas más importantes que comer.

—No creo —rebató Rodolfo, con la boca tan llena de pan como de convencimiento.

Vista desde la mesa de la señorita Avelina, mecanógrafa de la firma Esparragal e Hijo, Comisionistas en Salazones, la cabeza de don Manuel Esparragal —el hijo, porque el padre llevaba muerto un montón de años— aparecía nimbada por una aureola formada por las letras H I G A L M E N D R A. Este curioso efecto óptico era el producto de una compleja serie de circunstancias: a) en el afán de vigilar al personal el comisionista en salazones tenía su mesa de despacho alzada sobre una tarima y señoreaba así las de sus empleados; b) en el muro que quedaba a su espalda colgaba un reloj de esfera circular, obsequio publicitario de una compañía de seguros cuyo nombre de doce letras ocupaba originalmente el lugar de las horas; c) el creador del Higalmendra, una bazofia alimenticia basada en rellenar higos secos con almendras, había sustituido tales letras por las que componían el nombre del producto de su invención, y como faltaba una para las doce, en el lugar de las doce aplastó y pegó con Sindetikón una muestra de su invento.

—Don Manuel, las dos y media.

La señorita Avelina lo anunció al mismo tiempo que enfundaba una Remington modelo 1920; en su trato con el patrón a la mecanógrafa le sobraba el coraje que les faltaba al cerdo de Honorio y al lavativa de Gómez —así calificaba siempre en sus soliloquios a los dos escribientes de la empresa—, incapaces de defender derechos como aquel de dejar el trabajo a las dos y media en punto de la tarde, que para eso era sábado. Claro que la señorita Avelina conservaba ciertas fotos comprometedoras de la época en que hizo un viaje con su patrón a un secadero de bacalao.

—Vaya por Dios —gruñó don Manuel, volviendo la mirada hacia su aureola. Y como todos los días filosofó—. El tiempo se va como el agua en una cesta.

—¡Ha llegado el momento de ingerir el alimento! —pareó Honorio, un tipo con pinta de sacristán, muy dado a repetir las facecias de los cómicos que actuaban en el Calderón, teatro donde se sacaba un sobresuelo como acomodador.

—Usted siempre con sus chirigotas —le reprendió don Manuel. Y le reclamó a Rodolfo—: Bueno, Gómez, ¿están o no están esos pitillos?

El ácido clorhídrico anegaba el estómago del señor Esparragal cada vez que sorprendía a sus empleados mano sobre mano, y para evitarlo y ahorrarse así la ingestión del bicarbonato a puñados los ocupaba en tareas que poco tenían que ver con sus obligaciones laborales: en general los ponía a rellenar los higos con las almendras, pero como el artesanal producto no toleraba un prolongado almacenamiento, cuando las existencias excedían a la demanda don Manuel no dudaba en obligarles a limpiar y engrasar su velomotor, a hacer leña para la estufa o a liarle los pitillos.

—Doscientos siete —Rodolfo le presentó los pitillos en la tapa de hojalata de una caja de galletas.

—¿Cómo? ¿Sólo doscientos?

—Doscientos siete. El tabaco traía mucha estaca. Mire.

Le hizo ver las que llenaban un cenicero. Don Manuel tactó los pitillos:

—Como siempre: unos duros, otros blandos y otros ni fu ni fa.

—Es la máquina, don Manuel. Se le han desajustado los ejes y, claro, como la tela ya no tensa, pues eso —se disculpaba Rodolfo descolgando del perchero la gabardina y el sombrero de su jefe.

—Hasta el lunes —se despedía la señorita Avelina, seca y tiesa como una alabarda rematada en un moño.

Don Manuel correspondió con un gesto que valía por «Anda y que te zurzan» y atendió a Sixto, un joven medio alelado que lo saludaba militarmente:

—A sus órdenes. ¿Puedo irme con mi madre?

Iba a cumplir los veinte años, pero el miedo que pasó en un bombardeo durante la guerra lo había dejado atontado y militarizado para siempre.

—¿Y la publicidad? ¿Por qué no lleva puesta la publicidad?

La publicidad consistía en un par de chapas de contrachapado que el infeliz se apresuró a colgarse de los hombros; en el delantero se leía:

HIGALMENDRA
A LA RICA CALORÍA

y en el que le quedaba a la espalda:

HIGALMENDRA
CONCENTRADO VITAMÍNICO

letreros que don Manuel le obligaba a pasear por la ciudad los sábados por la tarde y los domingos y festivos en jornada completa.

—A ver, las coplillas.

Con la música de *La Vaca Lechera* y la moquita colgándole de la nariz Sixto atacó:

*Higalmendra, Higalmendra,
no es una fruta cualquiera,
natural y almibarada
te da fuerza concentrada,
es un alimento sano,
yo siempre lo tengo a mano,
tolón, tolón, tolón, tolón.*

—¡Más brío, Sixto, más brío! ¡Y límpiase ese moco!

—A sus órdenes —el hombre sándwich se sorbió el moco y exigió, adelantando una mano—: Que ha dicho mi madre que me dé el duro.

—¡A mí no me venga con exigencias, que lo pongo de patitas en la calle! —se encrespó el señor Esparragal. Pero sacó del bolsillo un duro y amonestó al pobre imbécil—: A ver si lo entiende: esto es una gratificación. O sea, que si quiero se la doy y si no quiero, pues no se la doy. ¿Está claro?

—A sus órdenes —volvió a saludar Sixto, jubiloso, y con el duro en la mano se fue hacia la puerta trastabillando por culpa de los carteles.

—Y luego decimos que es tonto —malmetió Honorio, un cobista de mucho cuidado—. No he visto tío más metalizado.

—Está visto que no se puede hacer la caridad —gruñó don Manuel—; das la mano y te comen el brazo.

Rodolfo llevaba toda la mañana esperando aquel momento:

—La gabardina, don Manuel.

El señor Esparragal metió los brazos en las mangas y Rodolfo le planteó el problema:

—Yo quería consultarle una cosa. Sobre el pisito de mi patrona, ya sabe. Ahora me dicen que me puedo quedar con él si ella me adopta. ¿No le podría preguntar a ese procurador amigo suyo, a ver si eso es factible?

Sorprendido, el comisionista en salazones torció el cuello para mirar a Rodolfo:

—Pero ¿esa señora está dispuesta a darle sus apellidos?

—Bueno, como quiere que le cuide al gato cuando ella se muera, a lo mejor...

El señor Esparragal frunció el ceño para pensar con más intensidad:

—No sé... Comprenderá usted, Gómez, que los hijos no se adoptan así como así, sobre todo a cierta edad... Esas cosas llevan un trámite, imagínese lo que representa un cambio de apellidos, el Registro Civil es una cosa muy seria... De manera que si la vieja se le muere en el ínterin, usted se queda con el gato y sin el piso —se puso el sombrero y le ordenó a Honorio—: Saque la moto.

—Espere, que le pongo las pinzas —el pelota se agachó para colocárselas en los bajos de los pantalones: la moto era una bicicleta con motor y sin pinzas podía manchárselos la grasa de la cadena.

—Escúcheme bien, Gómez —don Manuel descansó el pie sobre la rodilla de Honorio y siguió, siempre hacia Rodolfo—. Déjese de fantasías a tres bandas. La solución ya nos la dio el procurador: usted se casa con la inquilina, y cuando la buena mujer deje este mundo usted se alza con el santo y la limosna. O sea, que se queda con el piso y con lo que cuelgue, porque su patrona, una mujer sola, hija de un catedrático, o sea, con retiro, y con casa de huéspedes, algo tendrá ahorrado.

—Eso, no sé. Pero...

—Pero ¿qué?

—Hazle caso al jefe, que el jefe siempre tiene razón —lagoteó Honorio,

incorporándose—. Tú lo que tienes que hacer es casarte con la vieja.

—Ya... Pero antes tendría que hablar con Petrita. ¿Y cómo le digo que para casarse conmigo tiene que esperar a que me quede viudo? Tú la conoces, Honorio.

—Una fiera, don Manuel —informó Honorio, confidencial, recogiendo del perchero su canadiense y su boina.

—Mire, Gómez: cuando hay que poner los cataplínes encima de la mesa, se ponen y ya está —el señor Esparragal, tan mirado con su lenguaje, no tuvo inconveniente en abrirse la bragueta mientras iba al cuarto de aseo—: Y si el pisito ese vale la pena...

Honorio exageró:

—Menuda bicoca, don Manuel. Un tercero con tres dormitorios, dos balcones a la calle, orientado a mediodía y de renta antigua. ¡Y a cuatro pasos de la Glorieta de Bilbao!

Rodolfo quiso agregar o aclarar algo, pero como don Manuel ya estaba en el retrete recogió su abrigo y su sombrero y salió tras Honorio rezongando:

—Que me case con la vieja. Este tío lo ve todo muy fácil.

—¿Y qué vas a esperar de un explotador? ¿No ves que el matrimonio es la base de la sociedad burguesa? —Honorio, que en su juventud fue expulsado del seminario por tocar en el armónium *La Marsellesa*, y para más inri el día del Corpus, pasaba del servilismo a la subversión apenas los cochinos burgueses volvían la espalda—. Lo que quieren es gente casada y cargada de hijos; así te tienen agarrado por los sentimientos y no hay dios que se rebele. ¿Cómo se va a rebelar uno, cuando necesita el sueldo para mantener a la familia?

—Cuidado, que ya sale.

Don Manuel cerró la puerta de la oficina y montó en la motorizada bicicleta:

—Empuje, empuje —ordenó, para arrancar sin darle a los pedales.

—¡Saludos a su señora! ¡Vaya tranquilo, que ya le echaré yo un ojo a Sixto! ¡Y no se embale, que los sábados hay mucho dominguero suelto! —empujaba Honorio deshaciéndose en zalemas. Pero apenas el motorcito empezó a petardear le hizo un corte de mangas a su jefe y se volvió hacia Rodolfo—: Un día le voy a aflojar el freno, a ver si se lo lleva por delante un autobús de dos pisos. Bueno, ¿qué, un vinito?

—No, que me espera Petrita.

—Venga, hombre, que no se diga.

En la taberna se sentía la proximidad de la Monumental —las paredes estaban plagadas de carteles y fotos de toros y de toreros— y olía apestosamente a gallinejas o a algo peor; en el mostrador discutían dos empleados de banca —uno del Español de Crédito y el otro del Central— a cuenta de cuál de las dos entidades tenía la cartera más fuerte, y en una de las mesitas del fondo una morenaza con un diente de oro —la mujer del dueño— les servía anís a unos taxistas que jugaban al mus.

—Dos tintos, Alfredito. Y a ver qué nos das de tapa —le pidió Honorio al dependiente del mostrador, un chico con las manos llenas de sabañones.

—Para mí unas bravas, pero rápido —apremió Gómez. Y se armó de un mondadientes—. Es que vamos a ver al dueño del piso.

—¿A estas horas?

—Nos ha citado a las cuatro. Ni me da tiempo de ir a comer a la pensión.

Alfredo les sirvió los vinos y un platito con cuatro trozos de patatas embadurnadas de pimentón picante.

—Nada, que Petrita se ha enterado de que el casero ese es muy religioso —Rodolfo, habilidoso, pinchó con el mondadientes los dos trozos más grandes— y está convencida de que si le tocamos el corazón, como ella dice, nos deja el piso cuando se quede libre.

—Los caseros no tienen corazón, Gómez.

—Ya, pero a Petrita hay que seguirle la corriente —mientras masticaba la patata Rodolfo rebañó la trilita de la salsa con el mondadientes, otra de sus habilidades. Luego, tras rechupetearlo, preguntó—: De hombre a hombre, Honorio: ¿tú te casarías con la vieja?

—Hombre, si estás enamorado...

—Pero ¿cómo me voy a enamorar de doña Martina?

—No. Me refiero a Petrita. Porque cuando se está enamorado uno es capaz de cualquier cosa —Honorio se bebió su vaso de un golpe, como si el vino fuera una medicina—. Yo, por ejemplo, me tuve que operar de fimosis porque Rocío no se casaba si no me cortaban el frenillo.

Rodolfo, admirado, dejó a un lado su problema:

—O sea, que os acostabais antes de...

—No, hombre. De novios Rocío no me dejó ni enseñarle el pito —aclaró Honorio con naturalidad—. El que me lo vio un día que estábamos meando juntos fue un hermano suyo. Y, nada, se puso de acuerdo con Rocío y en un tris estuvo que no me quedé sin miembro, no veas la carnicería que me hizo.

—Pero ¿el frenillo te lo cortó él?

—Es que era enfermero en el Hospital Provincial. Bueno, a lo que vamos: ¿tú estás enamorado de Petrita?

—Qué pregunta... —Rodolfo apuró su vino, repentinamente incómodo—. Pues claro. Anda, paga y vámonos, que no voy a llegar a tiempo.

Rodolfo echó a andar hacia la boca de metro de Ventas con una vaga sensación de culpabilidad. *Pero ¿qué culpa tengo de no estar ya enamorado?*, se preguntó encendiendo uno de los ocho pitillos que le había sisado a su jefe. *¿Cómo voy a estarlo, después de catorce años de noviazgo?* Quería a Petrita, ¿cómo no la iba a querer, si hasta le daba lástima? Pero aquel querer no tenía nada que ver con el amor de los primeros tiempos, cuando planeaba pasar la luna de miel sin salir de la cama en un hotel de Palma. «Estás loco, con lo preciosa que dicen que es Mallorca; en la cama te quedarás tú, sinvergüenza, que siempre estás pensando en lo mismo», protestaba Petrita, entre pudibunda y picarona. «Ya veremos», le decía él, comiéndosela a besos en la oscuridad del portal de su casa y apretándole aquellas carnes tan duras que tenía, el oído siempre atento para anticiparse a la aparición de algún vecino y deshacer el abrazo y saludar con mucha educación: «Buenas noches, don Fulano...». *¡Si al menos nos hubiéramos acostado entonces!* Pero, claro, ella no quería: «No, Rodolfo —le decía en lo más ardiente de sus enardecimientos—, mejor esperar a que seamos marido y mujer, las cosas hay que hacerlas como Dios manda». Y si estaba de buenas le aliviaba el recalentón a mano, convencida de que así no buscaría desahogo en una furcia.

Llegaba su tren. Rodolfo apagó el pitillo —que le hubiera salido gratis no le daba derecho a tirarlo recién encendido—, se lo guardó en un bolsillo y colgado de la barra, aplastado entre la multitud, volvió a sus cavilaciones. *Pero ¿cómo íbamos a casarnos, si no teníamos dónde caernos muertos? Aparte, de habernos casado estaríamos ahora llenos de hijos y viviendo en una habitación realquilada con derecho a cocina.* Como Rosa, la hermana de Petrita, casada con aquel guardia municipal que le hacía un hijo al año, y algunos dos o tres de una tacada, porque el tío padreaba como un semental. ¡Los hijos! A la gente se le llenaba la boca diciendo que nacían con un pan bajo el brazo, pero por lo que Rodolfo veía a su alrededor lo único que traían al mundo era hambre: una Nochebuena, trastornado por los gases de la lombarda y por los vapores del anís, Paco, el guardia municipal, le confesó que de no tener nueve bocas que alimentar ya se habría pegado un tiro con el revólver de reglamento. O sea, que Honorio tenía razón, con hijos uno no podía ni pensar en suicidarse.

—Caballero: mire usted a ver, le sale humo del abrigo —le avisó a Rodolfo una señora que viajaba sentada a su espalda.

En efecto, del bolsillo derecho del abrigo se le escapaba una nubecilla de humo; sólo entonces, y a la vez que sentía como un fogonazo en el muslo, advirtió que olía a quemado.

—¡El pitillo! —recordó entre la rechifla de los viajeros, palmeándose la ropa para sofocar el incendio—. Lo acababa de encender y se ve que no lo he apagado bien...

Como el pitorreo arreciaba, Rodolfo, que pensaba hacer transbordo en Goya, se

apeó en Manuel Becerra y ya en el andén estudió el alcance del siniestro: después de atravesar los forros del abrigo, la lumbrera del puñetero pitillo le había agujereado el pantalón justo a la altura del bolsillo en el que llevaba el calendario de la Liga, la papeleta de empeño del reloj de su pobre padre, treinta y siete pesetas, un resguardo de la tintorería y un cupón de los ciegos. Estuvo a punto de blasfemar: en el fuego había perecido el número del cupón. *O sea, seguro que toca, ahora que no podré cobrarlo.*

—Riquísima. ¿Cuántos huevos tiene?

Petrita le había traído una tortilla de atún en escabeche metida entre pan y pan, y Rodolfo, tras salvar el bocadillo de sus iras —al enterarse de lo del incendio su novia pretendió arrojarlo a una alcantarilla—, se lo estaba comiendo en un banco de los bulevares cercano a la esquina de Conde Duque, en cuyas proximidades vivía el casero. Podrían haber quedado citados en casa de Petrita, que tampoco estaba lejos, pero a las horas de comer en aquella casa se reunían multitudes comparables a las que se congregaban en la Puerta del Sol la noche de San Silvestre: Petrita, su hermana Rosa, Paco el guardia y la prole de la pareja compartían la cocina con otras dos familias también numerosas y con la del dueño del piso, un paralítico que para acabar de arreglar la cosa ocupaba con su silla de ruedas la mayor parte del espacio libre, si es que quedaba alguno. «Realquilados, nunca», juraba Petrita, a pesar de las ansias que sentía por casarse. Y no le faltaba razón, porque además de las aglomeraciones de la cocina también debía soportar las que se producían en los dormitorios: Paco y sus hijos varones se repartían en las literas de una de las dos habitaciones realquiladas, y Rosa y Petrita, con las cuatro niñas, en las de la otra; para hacer uso de su matrimonio —aquel par de insensatos seguían usándolo apenas tenían ocasión— el municipal y su mujer se encerraban en el baño a altas horas de la madrugada, únicas en las que cabía la esperanza de encontrarlo desocupado.

—Uno, ¿cuántos quieres que tenga? —gruñó Petrita mientras le pelaba la naranja del postre.

—No, si yo lo decía porque parece que tiene dos. Menuda mano tienes para las tortillas.

—Déjate de cobas. A ver, ¿qué le vamos a decir a ese señor?

Rodolfo conocía a Petrita: cuando pedía opinión sobre algo había que entender que iba a imponer la suya. Por eso respondió con el gesto que utilizaba en tales ocasiones, y que consistía en poner cara de memo.

—Le voy a decir que estoy embarazada.

A Rodolfo se le encasquilló la mandíbula: ya se ha insinuado antes que en aquellos catorce larguísimos años de su larguísimo noviazgo, Petrita, empeñada en llegar virgen al matrimonio, jamás le permitió retozarla de la cintura para abajo. Ni siquiera en el cine.

—Como es tan católico, a lo mejor eso lo ablanda. O sea, yo le digo: «Imagínese que doy a luz en la calle por no tener casa», y tú remachas: «Acuérdese de la Sagrada Familia cuando fue a Belén, que tuvo al niño Jesús en un establo».

Rodolfo hubiera preferido reanudar la masticación, pero la lógica de su novia lo atragantó:

—Un momento. Si es tan católico y piensa que hemos... o sea, que te he dejado embarazada sin casarnos, a lo peor nos echa a patadas.

Como siempre que Rodolfo le hacía ver que estaba equivocada, Petrita pegó un bufido y lo desafió:

—Pues tú dirás, si eres tan listo.

—¿No habrá por aquí una fuente? —el escabeche de la tortilla estaba saladísimo y Rodolfo miró a su alrededor buscando un bar; lo de la fuente era una finta verbal más del repertorio que utilizaba para comunicarse con su novia sin provocar su agresividad—. Hombre, ahí hay un bar.

La finta no le sirvió de nada:

—Pero ¿qué quieres? ¿Llegar a casa del casero oliendo a vino? Toma, que la naranja refresca y hace muy buen aliento —le dio un gajo y se metió ella otro en la boca—. Tienes razón. Como decía mi pobre padre, en la vida lo mejor es ir siempre con la verdad por delante. Lo que hay que decirle a ese meapilas es que nosotros somos novios de toda la vida y que lo que queremos es casarnos; no como otros, que con la disculpa de que no tienen casa, se amontonan, tienen hijos y así pasa luego lo que pasa.

—¿Y qué pasa? —Rodolfo sólo había oído el final de la parrafada, distraído en imaginar la media botellita de Valdepeñas que podría haberse tomado en el bar.

—Pero ¿estás en Babia o qué? Pasa que los hijos de la gente que se lía no tienen padres, porque como son hijos naturales, pues es como si fueran incluseros, que ni tienen apellidos ni nada... —Petrita le dio otro gajo de naranja—. Lo de los hijos naturales se lo digo yo. Al casero, digo. Y luego tú le hablas de tus derechos: que llevas de pensión con doña Martina once años y que cuando ella se muera tú tienes unos derechos sobre el piso.

—Ya. ¿Y le digo lo del gato?

—Deja al gato en paz. Tú, en cuanto puedas, sacas a relucir a tu tío el misionero.

—Ah, claro.

—Mártir, dile que murió mártir, que eso le hará mucha impresión.

Petrita le pasó el pañuelo por la barbilla para limpiarle las escurriduras del zumo de naranja, y Rodolfo, enternecido, le besó la mano.

—No seas soso, ¿qué haces? —dulcificó ella la voz y la mirada.

—Eres tan buena...

—¿Qué hora es?

—Las cuatro menos cuarto.

—Pues vamos.

Se levantaron. Mientras se estiraba la faja Petrita cambió de opinión en lo que se refería al gato:

—Oye, que sí, que a lo mejor conviene hablarle del gato: le decimos que doña Martina le quiere dejar el piso en herencia, como hacen en América, y puesto que quien va a cuidar del gato eres tú, o sea, nosotros, ¿qué pasa, que va a vivir el gato en el piso y nosotros en una chabola?

Rodolfo cabeceaba escéptico y Petrita remató:

—Pero ¿no lo comprendes? ¿Cómo íbamos a venir todos los días desde el extrarradio para darle de comer? ¿Es que nos iba a pagar el casero el tranvía?

—No, si viéndolo así... Mira, mejor que se lo digas tú, que yo igual meto la pata.

El casero habitaba en un monumental edificio de aquel barrio venido a menos. Los atlantes que sostenían los miradores de la fachada tenían un inmenso aire de fatiga y algún desconchón que otro, pero no por eso dejaron de intimidar a la pareja, que entró en el enorme portal mirando hacia arriba, hacia el altísimo techo decorado con un fresco floral en el que una gotera había favorecido la aparición de unas manchas de musgo. El vozarrón de un portero de guardapolvo, en zapatillas de paño y con medio kilo de algodón hidrófilo en un ojo asustó a los visitantes; el hombre, tras interrogarlos con la severidad de un fiscal, les autorizó a tomar un ascensor que por su tamaño, sus maderas y su decoración recordaba a un confesionario; la verdad es que para serlo le sobraba el espejo y le faltaba el reclinatorio.

—Pero, ojo, bajar, me bajan ustedes por la escalera.

Mientras ascendían lenta y majestuosamente Petrita retocó ante el espejo su flequillo y se abrió el abrigo para remeterse en el sostén la masa de sus senos; mirando más allá del azogue Rodolfo la vio con la imaginación, catorce años atrás, en aquella pradera de la Casa de Campo, cuando al rompersele un tirante del sostén en un lance del balonvolea, Petrita se sacó la prenda por debajo de la camisa azul, se la arrojó a su entrenadora y siguió a lo suyo con los pechos tan firmes y tan tiesos como antes del percance. *Y más saltarines, porque ¡cómo saltaban!* Y Rodolfo recordó que, aparte de enamorarse en el acto de aquella rubita de ojos verde uva y labios de cereza afiliada a la Sección Femenina, a punto estuvo de hacerse de Falange.

—Ya sabes —Petrita le arregló la corbata—. Se le dice la verdad y que vamos a misa todos los domingos.

¿Y si la dejaba? ¿Y si le decía que lo mejor era terminar y seguir cada uno por su lado? A Rodolfo se le encendieron las orejas. De vergüenza, claro. ¿Cómo la iba a dejar? ¿Quién iba a cargar con ella a aquellas alturas? Pero de seguir juntos, ¿qué le esperaba, a la pobrecilla? Con su sueldo y lo que ella sacaba cogiendo puntos a las medias, ¿qué educación les iban a dar a sus hijos en el caso de que el casero atendiera sus razones, doña Martina estuviera dispuesta a casarse y ellos fueran capaces de tenerlos?

—Cosa más rara —comentó Petrita al salir del ascensor y descubrir a una gallina paseándose tranquilamente por el rellano.

La vivienda del casero debía ocupar toda la planta, porque sólo se veía una puerta; sobre la mirilla campeaba un Corazón de Jesús de hierro esmaltado que decía «Reinaré en esta casa», y debajo, en una tira de papel clavada en la madera con dos grapas de oficina, se podía leer: «¡No toquen el timbre! Hay enfermos graves».

—¿Y qué hacemos?

Rodolfo puso la cara de imbécil que lo salvaba de tomar la iniciativa, pero Petrita, tan decidida como siempre, golpeó la madera con los nudillos. Dulcemente, eso sí. A la quinta o sexta llamada una voz atiplada preguntó a través de la mirilla:

—¿Qué desean?

—Buenas tardes... —Petrita acercó la boca a la mirilla—. Venimos a ver a don Luis.

—¿Cuestión de pisos? —ahora la vocecita sonó recelosa.

—Nos manda doña Hipólita, la presidenta de las Damas del Ropero. Mire, me dio esta estampita.

Colocó ante la mirilla la imagen de San Felipe Neri y luego, tras darle la vuelta, le hizo ver las líneas de presentación que doña Hipólita había escrito en el dorso.

—Vaya por Dios.

Se oyó el correr de media docena de cerrojos, el rechinar de otras tantas cerraduras, la puerta se abrió y don Luis, una especie de angelote pálido y rollizo, empaquetado en una bata de seda roja, cogió la estampita y les advirtió, muy seco:

—Pasen. Que conste que los voy a recibir por tratarse de doña Hipólita, pero ya les anticipo que...

No llegaron ni siquiera a pisar el umbral de la puerta, porque al ver a la gallina don Luis les empujó hacia fuera dando grititos:

—¡La gallina, la gallina! ¡Cójnla, que no se escape!

Petrita y Rodolfo se miraron, indecisos.

—¡Por el amor de Dios, cójanla! ¡Luego hablaremos de lo que ustedes quieran, se lo prometo!

La promesa surtió un efecto fulminante:

—¡Tita, tita, tita! —comenzó a llamar Petrita, agachándose.

—Ven, bonita, ven —repetía Rodolfo, y con una maniobra envolvente intentaba arrinconar al volátil.

—Perdonen que no les ayude, pero yo no puedo agacharme —se justificó el angelote—. Es por el diafragma; si me agacho, el vientre me oprime el diafragma y me pongo malísimo.

Al verse cercada la gallina intentó alzar el vuelo con un torpe aleteo que llenó el aire de plumas y fue Petrita quien consiguió agarrarla por una pata cuando se le venía encima:

—Aquí la tiene, don Luis.

—Deme, deme —el casero cogió la gallina, le metió un dedo en el culo, hurgó en sus profundidades y respiró aliviado—. Parece que todavía no ha puesto; no se pueden ustedes hacer una idea de los huevos que me hace perder con esa manía de escapar de casa. Pero, pasen, pasen.

El pasillo era larguísimo y oscuro; al fondo se oía lo que parecía un piano tocando una y otra vez los mismos compases del pasacalles *Soldadito Español*. Don Luis, tras dejar encerrada a la gallina en la cocina, creyó oportuno explicar a sus visitantes que era alérgico a cualquier huevo que no saltara del nidal a la sartén —por eso tenía un ave de corral en el piso— y que como no había podido hacer el servicio militar se consolaba oyendo músicas marciales.

—Ah, pues hace usted muy bien —aprobó Petrita, convencida, incluso entusiasta.

—Lo malo es que apenas me descuido la gallina se me va de picos pardos. Ya saben ustedes el dicho: «Más pe que las gallinas» —sofocó una risita, dengoso—. Pobre animal, imagínense, buscando a un gallo por las escaleras. Pero siéntense, están ustedes en su casa.

Los había hecho pasar a un gabinete muy isabelino, con los muros cubiertos de cajas llenas de mariposas disecadas. Mientras Petrita y Rodolfo se sentaban le dio un puñetazo a una gramola y el *Soldadito Español* volvió a fluir, alabando el vino de Jerez y el de Rioja, los colores de la bandera española.

—Ya no se fabrican pianolas como ésta —comentó, tristísimo, hacia Petrita. Y entró en materia—: Así que es usted amiga de doña Hipólita.

—Bueno, sí, le cojo los puntos a las medias.

—Comprendo. Una verdadera señora —y se acongojó—: ¡Era la mejor amiga de mamá!

Rodolfo decidió darle el pésame:

—Le acompaño en el sentimiento.

—Fue en el entierro de papá. La pobre mamá tuvo una mala caída en las escaleras del panteón y se fracturó la base del cráneo —se sorbió los mocos y sacó del bolsillo de la bata una lupa enorme—. Total, que me dejaron huérfano.

Petrita y Rodolfo cruzaron la mirada y ahora fue Petrita quien se condolió:

—Le acompaño en el sentimiento.

—Bien, al grano, al grano.

Y se puso a pasear de cara a las paredes, examinando las mariposas con la lupa. Desconcertada por aquella actitud tan poco propicia al diálogo, Petrita, en lugar de ir al grano, se metió en un laberinto de circunloquios, divagaciones, ambages y requilorios:

—Sí. Verá... Resulta que una inquilina de usted tiene un gato, un gato precioso, Teodoro se llama, por cierto, y aquí, mi prometido, porque nosotros somos novios formales, le ha cogido mucho cariño al gato porque ya lleva un montón de años de huésped con esa señora, doña Martina Torralba, una anciana muy mayor, hija de un catedrático, que vive en una casa que tiene usted en la Corredera, justo donde está el mercado, que hay que reconocer que es una gran comodidad, pero también que por la noche huele que apesta, en verano sobre todo, y a lo que voy, que es que esa señora, como está sola en el mundo y le quiere dejar el piso al gato, le ha pedido a Rodolfo que se haga cargo del pobre animal cuando ella se muera...

Sin apartar la lupa y su atención de las mariposas, el casero asentía amablemente a cada rodeo de Petrita, y hasta se disculpó con un gesto cuando ella hizo mención de las apestosas emanaciones del mercado; en consecuencia, Petrita siguió enredándose:

—Pero, claro, ¿dónde vamos a ir nosotros con el gato, si no nos hemos podido casar después de catorce años de noviazgo porque no hemos encontrado piso? Porque nosotros, que somos de derechas de toda la vida, lo que queremos es formar un hogar

cristiano; imagínese, aquí mi prometido es sobrino de un misionero que murió mártir, una cosa tremenda, lo mató a cornadas un cebú mientras estaba predicándoles a los salvajes, o sea, si usted que es tan católico y tan bueno nos alquila el piso cuando doña Martina se muera, nosotros besaremos el suelo que usted pisa, eso aparte de cuidar al gato, claro, porque yo...

—No, no, no... —la interrumpió don Luis, guardándose la lupa y deteniendo el mecanismo de la pianola—. Ustedes no tienen que besar ni el suelo ni nada, señorita...

—Petrita... Y éste es Rodolfo, mi prometido.

—Ah, Petrita... —reflexionó el casero—. Claro, debió de haber una Santa Petra, pero yo de momento sólo me acuerdo de Santa Petronila, hija de San Pedro, que murió por su propia voluntad para no entregarle la virginidad al prefecto Flaco...

—Mi santo es el día de San Pedro —le apuntó Petrita, por si le servía de algo.

—Ah, claro, Pedro, Petra... —suspiró el gordinflón, súbitamente entristecido—. Yo la comprendo, Petrita, y a usted también, Rodolfo, y se me rompe el corazón pensando que no pueden consagrar sus amores ante Dios y tener tantos hijos como Él les quiera conceder en su infinita misericordia. Pero ustedes me deben comprender a mí y no ponerme en la tesitura de negarle un favor a doña Hipólita.

Petrita y Rodolfo volvieron a cruzar sus miradas: al casero se le había quebrado la voz.

—Perdonen mi debilidad, no sé si les he dicho que estoy muy enfermo... Porque esto que a ustedes seguramente les parece salud —se agarró la panza con las manos—, esto es agua, todo agua. Toque, toque.

Aunque Petrita se resistía a hacerlo don Luis le hizo apoyar una mano en su tripa; Rodolfo, por decir algo, se interesó:

—¿La vejiga?

—¡Ojalá! No, no. Agua en los tejidos. Un caso único, los médicos no saben qué hacer conmigo. Yo me pincho y no sale sangre, sale agua, sólo agua. Me tienen que operar, ¿ustedes me comprenden?

—Pues claro que lo comprendemos —Petrita recuperó el uso de la palabra—. Y lo sentimos mucho, ¿verdad?

Rodolfo hizo un gesto que valía por «lo sentimos una barbaridad» y don Luis cabeceó apesadumbrado:

—No, no, no. Ustedes no comprenden nada. Yo tengo que ir a Suiza a que me extraigan el agua —mimó el gesto de extraer algo con una jeringa—. ¿Y cómo voy a ir a Suiza con la miseria que me paga al mes doña Martina Torralba? A mí, aunque lo sienta en el alma, lo que me conviene es que se muera y deje el piso libre, y si se murieran también los de los otros pisos, miel sobre hojuelas. Que Dios me perdone, pues lo digo sin mala intención, pero así podría derribar la casa, vender el solar e irme a Suiza a que me saquen el agua. Ahora bien, ¿qué pasa si se me muere una inquilina de ochenta y tres años, porque doña Martina Torralba tiene ochenta y tres

años, que yo lo llevo todo apuntado, y le alquilo el piso a ustedes, que están en la flor de la edad? Pasa que ustedes, como son jóvenes, no se mueren nunca y yo no puedo ir a Suiza. Esto es una carrera: o se mueren los inquilinos o me muero yo.

Se levantó, manipuló en la pianola, y a los sonos de *Los Voluntarios*, interpretado por una banda de trompetas y tambores, los precedió hacia la puerta sin darles tiempo a salir de su estupor:

—No saben cómo les envidio. Donde esté la salud que se quite todo. Ah, díganle a doña Hipólita que he tenido mucho gusto en conocerles y que le voy a pedir al Señor que les ayude a encontrar el piso que ustedes se merecen. Y ustedes récnle a su tío el misionero, que los mártires tienen vara alta en el cielo, y confíen en Dios, no pierdan la fe ni la esperanza. Ahora me van a perdonar, me gustaría ofrecerles un té, pero mi ama de llaves ha salido, y yo sin mi ama de llaves no sé hacer ni un cero con un canuto.

Rodolfo comprendió que aquel hijo de su madre se estaba burlando de ellos, pero si no hubiera visto los ojos de Petrita anegados en lágrimas habría salido de aquella casa con la mansedumbre de un cordero camino del matadero, pues como decía su abuelo, «A quien nace para ser degollado de nada le sirve resistirse al cuchillo del nacido para verdugo»; pero aquel llanto que brotaba sin sollozos y a borbotones del dolor de Petrita lo sacó de su cobarde mansedumbre y por primera vez en su vida perdió la cabeza, y cogiendo al casero por las solapas de la bata le vociferó a la cara:

—¡Usted a mi novia no la hace llorar! ¡Cuidado conmigo, porque si me da la gana usted no va a Suiza a que le quiten el agua, la grasa, la mierda o lo que sea eso que tiene en el cuerpo!

—¡Policía, policía! —imploraba don Luis.

Maravillada ante aquel arranque de hombría Petrita se enterneció:

—Fofó, no te pongas así... —cuando Petrita se enternecía lo llamaba Fofó—. Vámonos, Fofó, vámonos y que se meta el piso en el culo...

Sin atender a sus súplicas Rodolfo le soltó al casero el trueno gordo:

—¡Porque yo me caso con la vieja, la vieja se muere, yo heredo el gato y el piso, y usted ni siquiera me puede subir el alquiler, gilipollas!

Anocheecía cuando un Rodolfo trágico irrumpió en la consulta del callista. O sea, en su habitación:

—Dimas, dame unas pastillas de lo que sea, que me quiero suicidar.

—Pero ¿qué dices? Ven aquí.

Lo liberó del abrigo y del sombrero, le hizo tenderse en el sillón de barbero en el que instalaba a sus clientes, y después de aflojarle la corbata le tomó el pulso y le examinó el interior de un párpado mientras Rodolfo le explicaba que Petrita lo había dejado para irse monja:

—Me mato, me mato —repetía Rodolfo.

Sin hacerle caso Dimas descolgó por la ventana una cesta atada a una cuerda, le pidió a voces a Bartolomé, el del bar de abajo, que pusiera en ella una frasca de Valdepeñas y unos tacos de queso manchego, y mientras le avisaban que podía izar la cesta hizo lo posible por tranquilizar al aspirante a suicida: no debía tomarse las cosas a la tremenda, a él lo habían abandonado montones de mujeres, algunas al pie del altar y con el banquete de bodas y el viaje de novios pagado, y allí estaba, felicísimo, porque las mujeres sobraban y un hombre libre era siempre un cheque en blanco.

—¡Tire, don Dimas! —gritaron desde abajo.

Recuperada la cesta y colocados el queso y la frasca en la mesita donde descansaban las cuchillas y las limas profesionales, el callista sacó una probeta de la vitrina del instrumental y se la pasó llena de vino a Rodolfo:

—Yo beberé de la frasca, no te preocupes. Y ahora cuéntame con detalle cómo ha sido la cosa.

Con un gesto mecánico Rodolfo cogió un trozo de queso y lo masticó mientras resumía en pocas palabras la entrevista con el casero, y comiendo con más ganas a medida que avanzaba en su relato pasó a narrarle la demencial reacción de Petrita cuando él amenazó a don Luis con desposar a la inquilina del piso:

—Oírlo Petrita y ponerse como loca ha sido todo uno: se le ha metido en la cabeza que me he liado con la vieja para quedarme con el piso y con el dinero, y si no aparecen los guardias me mata con el tacón del zapato, que era de aguja —se llevó la mano al colodrillo y le mostró un dedo con la yema manchada de sangre—. Y por si fuera poco, cuando han acudido los guardias les ha dicho que la estaba molestando y que se iba a ir monja, y milagro ha sido que no me hayan llevado a la comisaría.

Dimas, que había enderezado las orejas al oír lo del dinero, se interesó:

—¿De qué dinero hablaba?

—Del de la cartilla.

—Pero la vieja, ¿tiene una cartilla?

—Eso dice ella.

—¿Y qué sabe Petrita?

—No. Me lo dijo doña Martina en secreto.

—Pues a mí, del dinero, ni pío —el callista, despechado, le pegó un tiento a la frasca—. ¿Y cuánto tiene?

—Eso no me lo dijo.

—Conviene que te enteres, no sea que te cases con ella y luego sea mentira. Sigue.

Rodolfo lo miró asombrado:

—Pero ¿para qué me voy a casar, ahora que Petrita me ha dejado?

Dimas le cogió la cabeza y le apartó el pelo hasta descubrir una heridita de la que rezumaba la sangre:

—En el mismo occipucio, te ha dado. Si te descuidas te descabella —echó mano del alcohol y del algodón hidrófilo y siguió diagnosticando—. Esa mujer es una burra y no te conviene.

—No la insultes. Petrita tiene su dignidad. ¿Cómo se me ha podido ocurrir que se iba a prestar a este enjuague? Porque yo me caso y tan campante, pero ella habría sido el hazmerreír de todo Madrid.

La probeta tenía una capacidad de doscientos cincuenta centímetros cúbicos. Dimas la rellenó:

—O sea, que tú estabas dispuesto a sacrificarte para que esa burra sea feliz, pero como la burra tiene su dignidad y no quiere hacer el ridículo, va y te deja plantado. Bebe y recapacita, insensato: una mujer así no merece tu sacrificio.

Rodolfo bebió:

—¿Y qué voy a hacer solo? Porque, claro, después de tantos años...

El callista le metió un trozo de queso en la boca:

—Te lo digo yo, lo que vamos a hacer —Dimas alzó la frasca, bebió un largo trago, se secó la boca con la manga de la blusa y concluyó, terminante—: Tú te casas con la vieja, nos quedamos con el piso y con el dinero, y Petrita que se meta monja.

A Rodolfo no se le había escapado el plural, y lo miró receloso, pero Dimas no se inmutó.

—Gómez, ni tú puedes perder el piso ni yo mi consultorio. Porque la vieja se muere, el casero nos echa, y tú te quedas en la calle y yo sin mi clientela.

A Rodolfo le empezó a hacer efecto el medio litro de vino que ya tenía en el cuerpo:

—¿Y si me caso y luego no se muere nunca?

El callista sacó de la vitrina un fonendoscopio y un termómetro y se puso en la cabeza lo que parecía —y era— un casco de minero con su lamparita:

—Vamos.

—¿Adónde?

—La voy a examinar. Pero como me tiene manía por la cosa del gato, mejor que la cosa salga de ti: entras en la cocina, te sientas, la miras durante un rato, y luego le dices: «¿Le pasa algo, doña Martina?». Ella te dirá que no, claro. Entonces tú le dices: «Pues tiene usted muy mala cara. Voy a llamar a Dimas para que le haga un

reconocimiento». Y abres la puerta y yo entro. ¿Oquei?

Hacía ya demasiados años que Rodolfo, a la hora de tomar decisiones que pudieran influir en su destino, delegaba en los demás tan personalísimo derecho: la experiencia le había enseñado que empecinarse en la defensa de las propias opiniones era un pésimo negocio y que lo sensato era abandonarse al juicio o a la autoridad ajenos. Además, estaba medio mareado. De manera que aceptó:

—Oquei.

Y apuró la probeta.

Doña Martina y Maricruz jugaban a las cartas envueltas en el olor a berza que salía de una olla, un olor que tenía la densidad de una niebla verde y espesa; en realidad la criada jugaba por las dos, porque el ama, aparte de encontrar serias dificultades para leer el valor de los naipes, pasaba de la brisca al tute sin darse cuenta y sin previo aviso: Maricruz miraba sus propias cartas, soltaba una, ojeaba las de doña Martina, le hacía soltar otra, y al final de cada partida sumaba los tantos y apuntaba las ganancias y los débitos en una libreta. «Claro que como no sabes sumar ni restar y además haces trampas, cualquiera se fía de ti», se lamentaba la anciana cada vez que le pedía el saldo, provocando la llantina de la criada:

—Hola.

Rodolfo entró dando un bandazo que lo proyectó contra la alacena.

—¿Cómo así tan temprano? —se interesó doña Martina, afabilísima.

—Es que he reñido con Petrita... —farfulló Rodolfo. Y le hizo una caricia al gato.

—Pues me parece muy mal, porque esa chica es una joya.

Rodolfo intentaba recordar para qué había entrado en la cocina, pero el ronroneo del gato lo llevó a una lamentable asociación de ideas:

—Éste sí que es feliz. Claro, como está capado...

Maricruz acababa de hacer balance y anunció gemebunda:

—¡Trece mil quinientas veinticuatro pesetas y quince céntimos!

—¿A mi favor?

—Sí, señora.

—Bueno, pues apunta, que si no luego se te olvida. Y dale cartas a don Rodolfo, pobrecito, que lo veo muy alicaído.

Rodolfo se dejó caer en una silla y la criada barajó, cortó y distribuyó las cartas.

—¿Y cómo ha sido? La pelea, digo.

—Que es muy burra, doña Martina.

—Algo le habrá hecho usted —opinó Maricruz, jugando ya con las cartas de los tres, pues Rodolfo se limitaba a sostenerlas en la mano—. Y además huele usted a vino que apesta.

Rodolfo se colocó una mano ante la boca, echó fuera el aliento, aspiró por la nariz y tartajó:

—No lo niego... Pero tengo que olvidarla... Lo malo es que, sintiéndolo mucho,

no me voy a poder quedar con el gato...

—Pero ¿qué dice?

—Que ya no me tengo que casar y que me voy a la cama. Tan tranquilo.

Y se fue a su cuarto sin atender las protestas de Dimas, que lo esperaba en el pasillo.

Rodolfo se despertó a media mañana del domingo con la estimulante sensación de haberse librado de un peso molesto y desagradable, pero apenas tuvo conciencia de que aquel peso era Petrita se sintió un canalla; luego, como siempre que se enfrentaba a un problema moral, envidió a Dimas y a quienes, como él, los problemas morales se los pasaban por la horcajadura, y tras asumir que era un desgraciado se negó a acompañar al callista al canódromo, tétrico recinto que Dimas frecuentaba con la ilusión de ganarse unas pesetas a costa del resuello de los galgos, tan ilusos como él en su afán de alcanzar la apollillada piel que recubría a la liebre mecánica.

—Que no, Dimas, que el domingo te hice caso y perdí tres duros en las apuestas. Además, esos pobres chuchos me dan pena.

Ya a solas —la mañana de los domingos doña Martina y Maricruz se la pasaban oyendo misas— buscó consolación en la cocina. *Pero ¿de qué me siento culpable?*, se preguntó, mientras le metía el diente a la pescadilla de ración, su cena de la noche anterior. *Yo no tengo la culpa de nada, lo de casarme con la vieja se lo solté al casero precisamente para vengar el llanto de Petrita, pero nunca se me ha pasado por la imaginación llevar a la práctica esa locura, porque es una locura diga lo que diga el procurador amigo de don Manuel. Porque aun suponiendo que Petrita hubiera encontrado razonable el disparate, ¿cómo se iba a prestar al chanchullo doña Martina?* La cosa estaba más clara que el agua: la responsable de la ruptura era Petrita. Pues muy bien, ella debía cargar con el sentimiento de culpabilidad, no él. Y se jaleó ante el espejo:

—Fofó: ¡a vivir, que son dos días!

Puesto a vivirlos a lo grande, en lugar de remontar la Corredera y subir a la provinciana Glorieta de Bilbao, donde solía frecuentar una tertulia de opositores a Correos instalada en los sufridos divanes del Marlyn, Rodolfo se dejó caer hacia el cosmopolitismo de la Gran Vía, animado sin duda por el recuerdo de aquella vez en que estuvo a punto de vivir una aventura con una turista extranjera, aventura que se quedó en agua de borrajas por culpa de Petrita. La turista —rememoró Rodolfo— era jovencísima, tenía la tez blanca, los ojos grises y la boca llena de dientes, y llevaba colgado del hombro un zurrón del que sobresalía una barra de pan y los verdes tallos de unas zanahorias: «¿Mesiadelpreido?», le preguntó con una sonrisa deslumbrante en la Puerta del Sol, cuando Rodolfo salía del metro camino de su cotidiana cita con Petrita. Y engolosinado con aquellos ochenta y tantos kilos de carne exótica —*porque la tía era enorme, todo hay que rememorarlo*—, en lugar de limitarse a indicarle el itinerario que debía seguir para llegar al Museo del Prado, Rodolfo echó a andar a su lado hacia la Carrera de San Jerónimo y gracias al diccionario alemán-español y viceversa que la chica sacó del zurrón no les fue difícil intercambiar sus nombres y debatir una serie de temas: «Yo, Rodolfo, yo, Hildegard; las alemanas, rubias, las españolas, morenas; en Alemania, *kartoffel*, en España, patatas; los alemanes,

trabajadores, los españoles, vagos; alemán, difícil, español, fácil». Y así, mucho rato. Pero tan apasionante conversación tuvo un abrupto final: ya a la vista de la pinacoteca Rodolfo cayó en la cuenta de que Petrita debía de estar esperándolo desde hacía media hora, y devolviéndole el diccionario a la alemana salió arreando hacia la explosión de cólera de su novia, que lo recibió a bolsazo limpio ante el regocijo de los curiosos. *¡Pero ahora soy un hombre libre y sin compromisos y como tope con una extranjera no se me va viva!*

Faltaban unos minutos para las doce en el reloj de Callao cuando desembocó en la Gran Vía. Y con mal pie, por cierto, pues una racha de viento que subía desde la Plaza de España se le llevó el sombrero; por fortuna un barrendero con muchos reflejos lo abatió con su escoba cuando planeaba a ras del suelo, pero por desgracia la escoba lo impregnó de algo que por el color y el olor parecía excremento de caballo. Y lo era: el barrendero le hizo ver la calzada sembrada de cagajones y le informó de que acababa de pasar un escuadrón de la Policía Armada; luego, compadecido por la cara de consternación de Rodolfo, bromeó para darle ánimos:

—Venga, hombre, que la mierda trae suerte.

Y, efectivamente, a punto de llegar a San Bernardo Rodolfo se tropezó con Caparrós, un amigo de la mili al que no había vuelto a ver desde entonces, quien para celebrar el reencuentro y presumir de rico le invitó a gambas y cerveza:

—Está mal que yo lo diga, pero, chico, es que di un braguetazo. Y aquí me tienes: dueño de la droguería de mi suegro, que murió el año pasado, y heredero de todo porque mi mujer es hija única. Mira —sacó de la cartera una foto en la que un niño de traje corto y sombrero calañés sujetaba por el talle a una niña vestida de sevillana y en actitud de tocar las castañuelas—: Mis chavales. Gemelos, dos gotas de agua. Primer premio de disfraces, categoría infantil, en los Carnavales del año pasado. Y la niña, un ruiseñor. Tendrías que oírla cantar *Tatuaje*. Ni la Piquer. Es que lo borda.

—Guapísima —ponderó Rodolfo, aunque sólo fuera por agradecerle el aperitivo—. ¿Y el niño?

—Al niño hay que echarle de comer aparte. Un talento para las matemáticas. Oye, de verdad, yo ya ni uso lapicero cuando tengo que hacer cuentas; le digo «Paquito, tantos kilos de tal cosa a tantas pesetas el kilo» y el jodío cierra los ojos, se muerde la lengua y me dice: «Tanto».

Lo malo era que la droguería radicaba en un pueblo de la provincia de Badajoz y Caparrós añoraba mucho la vida de Madrid: en Madrid con un poco de pasta uno era el rey del mundo y se podía expansionar todo lo que te diera la gana; en cambio en el pueblo, de expansionarse, nada, sobre todo si se pertenecía a una buena familia, porque apenas se expansionaba uno lo más mínimo el personal lo denunciaba a la Guardia Civil, y si la Guardia Civil no podía empapelarlo recurrían al cura, y si el cura lo tomaba a mal peligraba el negocio porque en la droguería no entraba ni Dios. E intentó resumir:

—En una palabra, que me aburro de cojones, y por eso yo y mi mujer cogemos la

furgoneta y nos venimos a Madrid dos veces al año, una a los toros en San Isidro y otra a los teatros en otoño, porque a mí lo que me gustan son los toros y a mi mujer el teatro, aunque si echan una buena película no le hacemos asco; *Lo que el viento se llevó*, por ejemplo, la hemos visto cuatro veces, Clagable estaba inmenso y ella, ¿cómo se llamaba la artista, que estaba buenísima? —aquí cambió de tono—. Por cierto, ¿tú sabes de un sitio donde se pueda echar un polvo rapidito, aprovechando que mi mujer se ha quedado en el hotel con dolor de cabeza?

Rodolfo llevaba ya un rato estudiando la manera de sacarle al feliz droguero unas pesetas; según Dimas —una autoridad en materia de sablazos— basar la petición del préstamo en la necesidad de pagar deudas o paliar calamidades era contraproducente, pues tales pretextos llevaban implícita una proclamación de insolvencia; mejor pedirlo para atender gastos suntuarios concebibles únicamente en una persona de boyante economía: «Pero lo importante es darle a la víctima una alegría —el callista le habló a la oreja—; si crees que le puedes sacar quinientas pesetas, de entrada le hablas de mil quinientas y a renglón seguido le aclaras que ya dispones de mil, por lo que con cien duros te arreglas. No falla: el tío, convencido de que se ha ahorrado doscientos, te da las quinientas isofacto».

—Ni idea —respondió a la pregunta de Caparrós.

El droguero cambió de actitud y pidió la cuenta, evidentemente arrepentido de haber invitado a gambas a aquel desgraciado que no sabía dónde se podía expansionar uno a aquellas horas de la mañana:

—Bueno, hombre, pues nada, que me alegro mucho de haberte visto.

—Y yo, yo —balbuceó Rodolfo, los ojos detrás del billete de mil que el droguero acababa de darle al camarero—. Una cosa... Verás... Me he comprado una moto... así, de capricho... Y nada, que mañana tengo que pagar una letra... mil pesetas... pero no sé cómo me las voy a arreglar para que no me la protesten... Bueno, ya tengo... seiscientas... O sea, que con cuatrocientas me arreglo.

—No te lo recomiendo —sentenció Caparrós a la vez que recogía el cambio de las mil.

—¿El qué? —boqueó Rodolfo, absolutamente desorientado.

—La moto. Hazme caso: mejor un coche —y pretextando que tenía que volver al hotel salió a la calle, paró a un taxi y mientras lo tomaba volvió la cabeza para justificar el consejo—: Créeme: la moto es muy peligrosa y además en el coche no te mojas cuando llueve.

Rodolfo siguió al taxi con la mirada hasta que se perdió San Bernardo arriba, y mientras retornaba a la Gran Vía razonó las causas de su fracaso: al sablazo científico —que así denominaba Dimas a su método— no se le podía poner ni un pero, porque estaba muy bien traído; el problema radicaba en que se debía practicar con aplomo, empaque, confianza en uno mismo, y él, de aplomo, de empaque y de confianza en sí mismo, cero. *Si yo tuviera aunque sólo fuera una pizca de eso* —admitió eructando los gases de la cerveza— *ahora mismo estaría en el Museo del Prado explicándole a*

una turista que Goya era completamente sordo, y no camino de la calle del Limón, dispuesto a hacer las paces con la burra de Petrita.

La algarabía de las radios, los gritos de las vecinas y los llantos de los niños llegaban hasta el portal, tan lóbrego como la escalera; ante una puerta del rellano de la primera planta una niña con un irrigador en las manos llamaba: «¡Madre, el irrigador!»; en la pared del tramo siguiente un chico escribía con un trozo de carbón «don Bicente es un mamón»; la puerta del segundo derecha estaba entreabierta y por ella salían los gritos del inquilino del piso, el paralítico que lo tenía realquilado a un montón de gente:

—¡Que me dejéis, cabrones hijos de puta!

Rodolfo entró, saludó, esquivó la silla de ruedas y se internó en el olor a pescado en descomposición que salía de la cocina. Ante los fogones, en los que crepitaba el aceite de una fritanga y escapaba el vapor de unas ollas, Rosa, la hermana de Petrita, en bata y bigudíes, discutía con otra realquilada muy puesta de velo, rosario y libro de misa, a cuenta de una braga que al parecer había desaparecido del tendedero; una adolescente con la cabeza envuelta en una toalla hacía un dúo con la voz de Lorenzo González, que cantaba en la radio *Piel Canela*; sentado en una banqueta, la guerrera del uniforme desabrochada, los pantalones remangados y los pies metidos en una palangana, Paco el guardia, el marido de Rosa, le explicaba a un señor que se afeitaba ante la ventana el crimen que había habido aquella misma mañana en una taberna de Cuatro Caminos; en la mesa comían caracoles dos jayanes sin manifestar la menor incomodidad por la cercanía de la criatura que lloriqueaba sentadita en un orinal; el censo lo cerraba una anciana que majaba perejil en un almirez.

—¡Hombre, mira quién aparece! —graznó Rosa, desentendiéndose del asunto de la braga al ver a Rodolfo—: Anda, que buena la tienes.

Se refería a Petrita, claro.

—¿Dónde está?

Rosa se acercó a la mesa, levantó al niño del orinal, le miró el culito, lo volvió a sentar y comentó hacia el guardia:

—Paco, no sé lo que voy a hacer con este niño: no me caga desde el viernes.

—Ricino, lo mejor es el ricino, un par de cucharadas y te lo deja limpio como una patena —aconsejó la anciana del almirez.

—Oye, tú —Rosa se acercó a Rodolfo, confidencial—: ¿Qué es eso de que te quieres casar con tu patrona?

Rodolfo sacudió la cabeza:

—Nada, cosas de tu hermana, ya la conoces.

—No, si a mí, según lo ha explicado ella, no me parece mal. Porque menuda ganga si os quedáis con el piso. Aparte, que mientras la vieja se muere o no se muere, Petrita podía irse a vivir con vosotros, ¿no?

Rodolfo no daba crédito a lo que acababa de oír:

—Pero ¿eso es idea de Petrita?

—Eso es idea mía. Y no pienses mal, rico, que mi hermana es más decente que nadie. Yo me refería a que si te casas y hasta que se muera la vieja, Petrita podía ir de pensión. Sin pagar, claro, porque siendo tú el dueño no le ibas a cobrar, digo yo. Porque aquí —abarcó la cocina con un gesto— ya lo ves, estamos como piojos en costura y por si faltaba algo parió la abuela. Vamos, que me he vuelto a quedar embarazada.

—Una desgracia, chico —el guardia se disculpaba, pesaroso—: Pero, lo que yo digo, tampoco es cosa de que me capen.

—Bueno, a lo que vamos —Rosa retomó el tema que le interesaba—: La doña Martina esa, ¿cómo anda de salud?

—Un momento, un momento —Rodolfo se puso serio, decidido a deshacer el equívoco—: Lo de casarme fue una cosa que dije... así, por decir. Aparte, ¿de dónde habéis sacado tú y Petrita que doña Martina esté dispuesta a casarse conmigo?

Rosa se volvió hacia su marido:

—¿Lo ves? El cuento de siempre, disculpas y más disculpas —y siguió, clavando un dedo muy tieso en el esternón de Rodolfo—. Éste, con ese aire de mosca muerta que tiene, es un galápago que el mejor día deja plantada a la tonta de mi hermana y si te he visto no me acuerdo.

El guardia le hizo al galápago un gesto que valía por: «Tú, ni caso».

—Y encima, el señorito vendrá a comer —remachó Rosa, retirando unas patatas fritas del fuego.

—No, no —negó Rodolfo. Y volvió a preguntar por Petrita—. Venía... así, sólo a verla.

—Manda cojones: con mi peso y con los pies tan pequeños, ¿quién me mandaba a mí meterme a guardia? —se lamentó Paco, con uno de sus pies en las manos—. Mira, hinchado como una bota.

A Paco lo llamaban sus compañeros El Gordito Relleno. Y con razón: más ancho que alto, los rodetes de grasa le abultaban la piel hasta en la frente; la tripa, derramándosele por la cintura del pantalón, le obligaba a hacer un esfuerzo terrible para mantener una pierna cruzada sobre la otra y ni aun así alcanzar a masajearse el piececito, verdaderamente diminuto.

—Si es cosa de callista —le dijo Rodolfo, a la vez que alargaba la mano hacia las patatas fritas—, yo te puedo recomendar a ese amigo mío.

—Deja las patatas en paz. Coge esos platos y llévalos a nuestro cuarto mientras yo frío los filetes —le ordenó Rosa—. Le ayudas a Petrita a poner la mesa y hacéis las paces.

La mesa era una puerta de madera colocada sobre la cama matrimonial; como los tres chicos mayores estaban de campo con un cura empeñado en descubrirles la vocación, los comensales pudieron liquidar los filetes con patatas y la ensalada de lechuga, tomate y cebolla sin despellejarse los codos, y aunque Petrita sólo abrió la boca para meterse en ella el tenedor —su mutismo condenaba la presencia de

Rodolfo— la comida transcurrió si no en paz y armonía sí mejor de lo que dadas las circunstancias se podía esperar; mérito de Paco, hombre de originales ideas, sobre todo si tenía al alcance de la mano el porrón de vino. Había atacado su filete con un cántico al cohecho:

—Porque, a ver: ¿qué mal le hago yo a nadie cerrando un ojo para no ver que el carnicero abre la puerta de su carnicería los domingos? ¿A quién le perjudico si el carnicero se empeña en regalarme un kilo de filetes?

Rodolfo, luchando con los nervios del suyo, asentía con la cabeza. Y Paco seguía:

—La pena es no poder comer carne dos o tres veces al día, la carne no engorda, lo que engorda es el agua, lo acaban de descubrir en los Estados Unidos —aseguró, metiéndole mano a la ensalada. Y pasó a poner en duda la omnisciencia del Creador—. Fíjate lo que te digo: en la cosa de la carne se equivocó Dios cuando hizo el mundo. ¿Qué le costaba, me pregunto yo, haber hecho que al hombre le gustara la alfalfa y no los filetes, si al fin y al cabo el filete sale de la alfalfa? ¿Te das cuenta de la pérdida de tiempo y de dinero? Porque si nos gustara la alfalfa podríamos salir a pastar por la mañana temprano y así no habría el hambre que hay en el mundo. Porque en el mundo hay mucha hambre, te lo digo yo.

—¿Y la leche? ¿Cómo íbamos a tener leche, sin vacas? —objetó Paquita, la mayor de sus hijas.

—¿La leche? La leche ya la hacen artificialmente en polvo, que es más sana y ni da fiebres de malta ni se echa a perder.

Petrita se levantó de golpe, harta de oír sandeces:

—Estoy harta de oír sandeces. ¿Vienes o no?

—Sí, cariño —Rodolfo estuvo a punto de derribar el tablero al levantarse precipitadamente—: ¿Adónde?

—¿Adónde va a ser? ¡A buscar piso!

En el tranvía Petrita siguió muda, vuelta hacia la ventanilla, y así Rodolfo tuvo ocasión de arrepentirse de casi todo lo que hasta entonces había hecho en la vida. *De acuerdo, no pude oponerme a nacer ni a hacer el servicio militar, pero lo de estudiar contabilidad para quedarme en Madrid fue idea mía. ¿Por qué no me volví a mi pueblo cuando me licenciaron? Ahora estaría casado con la Asunción, que siempre le hizo buena cara, y que como era hija de padre rico habría aportado al matrimonio fincas y ganado, aparte del caserón con el techo de la cocina lleno de jamones y con la bodega rebosante de vino. Y luego, de trabajar, nada, para eso estaba la peonada; el padre de la Asunción vivía como un rey, todo el día en el casino jugando al subastado, el farías y la copa de coñac siempre a mano, y la cartera llena de billetes metida en la faja. ¡Qué vida, Fofó, qué vida! Mejor que la de Caparrós, con su droguería. Pero ¿habría sido feliz con la Asunción? ¿Y por qué no? La chica era fea, pero de cuerpo no estaba mal. Además, ¿quién necesita ser feliz siendo rico?*

—¡Final de trayecto!

El tranvía se había detenido en un paisaje lunar: no se entendía bien qué buscaba allí un rebaño de ovejas, si no se veía ni una brizna de hierba. De la sierra, nevada, llegaban rachas de un frío polar. Rodolfo se subió el cuello del abrigo, Petrita se puso los guantes de lana y echaron a andar, como el resto de los viajeros, hacia unos bloques de viviendas en construcción alzados sobre una loma, justo al lado de media docena de moribundos pinos que, abusivamente, daban nombre a la empresa constructora:

EL PINAR DE CASTILLA

VENTA DE PISOS

Petrita, desolada, rompió su mutismo:

—Pero... ¡si me habían dicho que eran para alquilar! ¿Y qué hacemos ahora?

Rodolfo, conmovido —le sucedía siempre que la descubría vulnerable—, la besó en la mejilla:

—Bueno, ya que hemos venido, vamos a ver. A lo mejor hay gente que ha comprado para alquilar. Y el sitio —paseó su mirada por aquel páramo— parece sano; con el aire que sopla, aquí se respira salud.

Petrita se ablandó:

—Yo un día te mato, fíjate lo que te digo.

Y cogida de su brazo se lanzó a la reconciliación con una verbosidad que compensaba su anterior silencio: Rodolfo debía comprender que a ella no tenía que ponerla en ridículo delante del casero ni de nadie, qué iba a pensar doña Hipólita, la clienta que los había recomendado al casero, que menuda era para las cosas de la

moral, cuando el malnacido del casero le contara lo de la boda con la vieja, seguro que aquella beatorra ya no le llevaría las medias para que le cogiera los puntos, por cierto, iba a buscarse otro trabajo, cogiendo los puntos cada día ganaba menos, aunque peor era lo de Rodolfo, que se dejaba chupar la sangre por un sueldo miserable en aquella oficina que ni tenía porvenir ni nada, porque vaya porquería el Higalmendra, la descomposición de vientre que daban aquellos higos, infectados de quién sabía qué a fuerza de manosearlos para meterles la almendra, si Rodolfo hubiera tenido lo que debía tener ya habría hecho unas oposiciones a algo, los empleados del estado y de los ayuntamientos tenían dos pagas extras y el retiro seguro, a ver de qué iban a vivir el día que don Manuel lo echara, de todas las maneras ellos no debían reñir ni por eso ni por nada, porque queriéndose como se querían un día u otro se les arreglarían las cosas y a lo mejor hasta encontraban en aquellos bloques un ático para alquilar.

—Porque tienes razón, Fofó, hay mucha gente que invierte el dinero en pisos para luego sacarles una renta.

Estaban equivocados: después de recorrer bloques, subir y bajar escaleras y soñar saloncitos, dormitorios y recibidores entre los pilares de hormigón, la pareja, como tantos otros domingos, asumió lo vano de sus aspiraciones e inició el regreso a Madrid cuando a lo lejos empezaban a encenderse sus luces:

—Valiente par de idiotas estamos hechos. ¡Las cosas no se nos arreglarán nunca!
—sentenció Petrita de vuelta a su habitual amargura. Y siguió, sarcástica—. Y pensándolo bien, ¿quiénes somos nosotros para que se nos arreglen?

Rodolfo eludió la respuesta:

—Si nos damos prisa cogemos ése —y señaló el tranvía que esperaba en la parada.

—¿Y para qué? ¿Es que en Madrid nos espera algo que valga la pena?

—No, yo lo decía porque si se nos hace de noche y con este frío...

—¡Pues mejor! ¡Pues nos helamos y ya está!

Pero apretó el paso. Lo malo fue que, como consecuencia, al salvar un desnivel dio un traspies y se le rompió el tacón de un zapato, precisamente el que le había producido la brecha a Rodolfo la tarde anterior.

—¿Te das cuenta? —le mostró el zapato. Y abrazándosele rompió a sollozar—. ¡Yo me meto monja, Fofó, yo me meto monja!

De vuelta de la oficina y visto que a los garbanzos del cocido —los lunes tocaba cocido— les faltaba media hora para perder su dureza de basalto, Rodolfo se asomó a la consulta de Dimas y encontró al callista empeñado en tomarle la presión arterial a un almacenista de electrodomésticos que pretendía embargarle un tocadiscos por falta de pago del último plazo:

—Créame, don Práxedes, es por su bien, tiene usted toda la pinta del hipertenso; le mido la presión y le receto un producto nuevo, novísimo, que va de maravilla... Gómez, écheme una mano, por favor.

Rodolfo siguió en la puerta sin mover un dedo, pero don Práxedes le amenazó:

—¡A mí no me toque!

—Es mi enfermero, viene de cobrar unas inyecciones —inventó el callista sobre la marcha—. Usted tranquilo, la gramola se la lleva si Gómez no trae el dinero. ¿Lo trae, Gómez?

—Pues... No.

Don Práxedes, que había interrumpido su forcejeo hasta escuchar la respuesta de Rodolfo, intentó desasirse, pero Dimas ya lo tenía instalado en el sillón de barbero:

—¡Basta ya! ¡O paga la letra, o entrega el tocadiscos o llamo a la policía!

—La gramola se la lleva después. Yo no puedo permitir que salga usted a la calle y se me muera fulminado por una angina de pecho —Dimas le cogió la muñeca y se volvió hacia Rodolfo—. El tensiómetro, por favor.

Don Práxedes, asustado, optó por parlamentar:

—No joda, Gironde. Con la salud no se bromea.

Dimas le tomó el pulso y Rodolfo sacó de la vitrina un aparato que había dejado de funcionar muchos años antes de que el callista lo comprara en el Rastro.

—Lo que yo me temía: ciento setenta pulsaciones en estado de reposo. Gómez, quítele la chaqueta al paciente.

—Con permiso.

Don Práxedes le facilitó la tarea:

—Gracias, muy amable.

Rodolfo remangó la camisa del amansado don Práxedes y Dimas le ajustó el brazalete de cuero:

—¿Fuma?

—Mucho, mucho.

—¿Bebe?

—Lo normal. O sea, que sí.

—¿Fatiga al subir las escaleras?

—Bastante.

—¿Sensación de ahogo al agacharse para atarse los cordones de los zapatos?

—Eso, una barbaridad.

—¿Mareos?

La aparición de Maricruz, tan acongojada como siempre, interrumpió el interrogatorio:

—Señor Gómez, que dice la señorita Petrita que le espera en el Café Comercial, que vaya inmediatamente, que es muy urgente.

—Pero ¿está en el teléfono?

—No. Se la ha terminado la ficha.

—Pero yo todavía no he comido —protestó Rodolfo hacia Dimas.

Ocupado en darle a la pera de goma el callista ni se enteró. Pero allí estaba Maricruz para destrozar el argumento:

—Ya se lo he dicho, señor Gómez. Y dice que se tome usted un sanvui en el café.

A Rodolfo le contrariaba lo suyo sustituir la solidez del cocido por algo tan vaporoso como un sándwich, y por otra parte le habría gustado asistir al amago de infarto que sin duda iba a sufrir don Práxedes si terminado el reconocimiento médico descubría que el tocadiscos, apenas salido de su tienda, había ido a parar a una casa de empeños. Pero los deseos de Petrita eran órdenes y con un suspiro volvió a ponerse el abrigo y el sombrero y salió hacia la Glorieta de Bilbao.

El Comercial estaba silencioso y prácticamente desierto: lo acababan de abandonar los últimos clientes de la hora del vermú y todavía no habían llegado los primeros chamelistas, y los camareros mataban el rato hurgándose en los dientes con un palillo; sentada en una de las mesas del fondo Petrita recibió a Rodolfo con el cariñoso Fofó de las grandes ocasiones:

—¿Fofó, te acuerdas cuando veníamos a merendar chocolate con picatostes los domingos? —le preguntó, nostálgica, sin darle tiempo ni a quitarse el sombrero.

—Pues, sí, claro. Pero ¿qué pasa?

—Un mixto de jamón y queso y una cerveza para el señor —le ordenó Petrita al camarero más próximo. Y se volvió hacia Rodolfo, que se acababa de sentar a su lado, para advertirle en voz baja—. Luego te doy el dinero para que pagues.

—Bien, pero ¿qué pasa?

Imbatible en el monólogo Petrita se embaló: pasaba que después de darle muchas vueltas a la cabeza ella estaba dispuesta a tragar, y si era verdad que casándose Fofó con doña Martina, a la muerte de la anciana se quedarían con el piso, y además sin que el canalla del casero pudiera subirles la renta, ella no se oponía a aquella boda que parecía ser la única solución a su problema, porque visto el panorama, si seguían soñando con pisos que nunca podrían alquilar, ni mucho menos comprar, iba a llegar el día en que lo que necesitarían sería un par de nichos en el camposanto y no un piso de renta antigua, y como doña Martina, con la edad que tenía, no podía durar mucho, y como los meses y los años se les irían tanto si Fofó se casaba como si no se casaba con ella, lo mejor era que se casara, así el tiempo jugaría a su favor y el día que la buena señora se fuera al otro mundo ellos recibirían la justa recompensa a su sacrificio, claro que tendrían que hacer obras, porque el piso estaba hecho un asco y olía a gato queapestaba...

La reaparición del camarero cortó el flujo verbal de Petrita y la visión del sándwich sacó de su estupor a Rodolfo, que se apresuró a establecer una línea de defensa:

—Bueno, yo, en principio, sí, creo que tienes razón. Pero, claro, habría que contar con ella, y no sé yo si...

¿Doña Martina? Doña Martina estaría encantada al saber que se podía morir en la seguridad de que al gato no le iba a faltar de nada, aunque del gato tendrían que librarse rápidamente si es que no se moría de pena al faltarle la dueña, que todo podía ser, los periódicos hablaban a menudo de gatos que recorrían a pie kilómetros y kilómetros para irse a morir sobre las tumbas de sus amos, pero dejando a un lado al gato, que del gato ya se ocuparían cuando llegara el momento, la vieja se podía dar con un canto en los dientes, ya quisieran muchas señoras de su edad e incluso más jóvenes encontrar un marido como Rodolfo, un hombre tan inteligente, tan bueno, tan trabajador, tan limpio y tan...

Petrira debió de quedarse sin aire, porque aspiró por la nariz con ansia, un poco como si estuviera a punto de hacer un puchero, y Rodolfo, ya con todo el sándwich en la boca, probó a enfriar su entusiasmo con otro argumento.

—¿Y la gente? ¿Qué va a decir la gente?

A Petrira le importaba un pito lo que la gente pudiera decir, ¿es que la gente les iba a proporcionar un hogar?, a la gente que le dieran por donde amargan los pepinos, además, dijera la gente lo que dijera, ella, Petrira, estaba dispuesta a sufrirlo con tal de casarse con Fofó apenas se quedara viudo, cualquier cosa con tal de realizar su sueño de tener una casa y unos hijos, la noche anterior se la había pasado pensando y ya tenía hasta los nombres, Luis Miguel el niño, Luisa Fernanda la niña, porque ella se conformaba con la parejita, ella no era una coneja como su hermana, a ver si Dios les echaba una mano llevándose cuanto antes a la vieja, porque si la vieja tardaba en morir, Luis Miguel y Luisa Fernanda iban a pensar al nacer que ellos no eran sus padres, sino sus abuelos, de todas las maneras una vez decidida la boda debían ponerse a ahorrar, claro que para ahorrar tendrían que ganar más dinero, Fofó debía estudiar para hacer oposiciones a Correos, con su memoriación qué le costaba aprenderse los nombres de todos los pueblos de España, que según él era lo que no podían meterse en la cabeza aquellos chicos amigos suyos que se reunían en el Marlyn, en cuanto a ella, no sabía si estudiar corte y confección por correspondencia o si sería mejor meterse a peluquera...

Le faltó el aire de nuevo, pero ahora el puchero se convirtió en sollozo y el sollozo en incontenible llanto, y Rodolfo, enternecido, comprendió que la pobre Petrira volvía a la razón, consciente de que todo aquello era dislate:

—¿Te das cuenta? Es una locura —le consoló, limpiándole las lágrimas, los mocos y una legañita.

—¡Lo sé! —berreó la desgraciada—. ¡Pero no me importa!

Incómodo ante las miradas de los clientes que empezaban a llegar Rodolfo apuró la cerveza, pagó con el dinero que Petrira le pasó por debajo de la mesa, se guardó la vuelta y ya en la calle de Fuencarral, bajando hacia Sol cogidos del brazo, se comprometió a tantear a su patrona:

—Pero tengo que hacerlo con mucho tacto, acuérdate de que es hija de un catedrático; para ella las conveniencias sociales son sagradas y si lo encaja mal igual se nos muere del disgusto.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? —la desesperación ofuscó el entendimiento de Petrira—. Si se muere de un repente, que Dios no lo quiera, mejor, ¿no?

—Pues no, mira por dónde, porque si se muere antes de la boda hacemos un pan como unas hostias.

Petrira comprendió que se había pasado, porque Rodolfo rara vez soltaba un taco. Y dulcificó la voz al mismo tiempo que le apretaba el brazo contra su seno:

—Si es que estoy hecha un lío, Fofó. Tienes razón, hay que hacerlo con vaselina, pobre señora, vaya trago verse metida a sus años en este berenjenal —reconoció. Y

propuso—: ¿Quieres que hable yo con ella? Porque de mujer a mujer a lo mejor es más fácil, ¿no?

El sombrero impidió que a Rodolfo se le pusieran los pelos de punta: ¿cuánto tiempo podría resistir doña Martina un monólogo de Petrita, por mucho que lo lubricara?

—No sé... El que tiene confianza con ella soy yo, once años no pasan en balde, ella me estima, ya te he dicho que a veces, cuando comprende que me quedo con hambre, me da un huevo cocido a escondidas de Dimas.

La mención del callista encrespó a Petrita:

—Ah, el famoso Dimas. Valiente sinvergüenza. El día que tengamos el piso lo primerito es echar a ese cerdo. Antes que al gato, fíjate lo que te digo.

—Pero...

—Ni pero ni nada. Es un grosero, acuérdate cuando estabas en la cama con la gripe y fui a verte, el pedo que se tiró en mis mismas narices.

—Mujer, te dijo que se le había escapado.

—Ya, pero de recochineo. Un grosero y un desaprensivo. ¿No le debe un mes a doña Martina?

—Sí.

—Lo echo y que se lleve el gato. Aparte, ¿cuántas veces te he dicho que no me gusta que alternes con él?

Como defender a Dimas era una causa perdida —en el fondo Rodolfo pensaba lo mismo que Petrita— Rodolfo eludió la enojosa cuestión y mientras se acercaban a la mercería buscó y encontró un nuevo argumento en el que apoyar su resistencia a pedirle la mano a su patrona:

—A Dimas hace ya tiempo que ni le hablo, buenos días, buenas tardes, buenas noches, eso es todo. Pero, volviendo a lo nuestro: si tú sigues pensando lo mismo, o sea, que no te importa que me case con doña Martina, esta noche, después de cenar, le digo que voy a rezar el rosario con ella y entre misterio y misterio le insinúo lo de la boda. Pero... —fingió caer en la cuenta de algo que hasta entonces no habían tomado en consideración—. ¿Y si me caso y luego llega a centenaria?

Petrita lo miró recelosa:

—A ver: ¿adónde quieres ir a parar?

—No, si lo digo pensando en ti. Porque yo no tendría más que ventajas, tú misma me lo echaste en cara la tarde en que visitamos al casero: me caso con ella y, hala, a vivir como un rey, porque ni siquiera pagaría la pensión. Pero tú, ¿qué ibas a hacer tú esperando durante veinte o treinta años a que me quedara viudo?

Petrita soltó un bufido, y Rodolfo, consciente de que acababa de cometer un error táctico, para enmendarlo metió la pata hasta el corvejón:

—Lo sé, es la única solución; está claro que nunca podremos alquilar un piso, pero por el momento quizá nos convendría más meternos realquilados en alguna parte, ¿no?

Aquí Petrita se desató hablando a borbotones: aquella mañana el señor Mateo, uno de los realquilados, había encontrado a su mujer en la cama con el paralítico, que al parecer sólo era paralítico de las piernas, pero no de lo otro, y el señor Mateo, un coloso de profesión mozo de mudanzas, cegado por los cuernos le había sacudido al paralítico como si fuera una estera, y si no llega a ser por Paco, que con más valor que el Guerra se enfrentó, detuvo y le puso las esposas a aquel cafre cuando iba a matar a su mujer, en aquella casa habría habido una hecatombe, porque hecatombes como aquélla eran el pan de cada día en las viviendas donde se amontonaban los realquilados, y ahora, de repente, Rodolfo le salía con lo de realquilarse, su hermana tenía razón, Rodolfo, después de que ella le hubiera entregado los mejores años de su vida, ahora que la veía hecha un asco sólo buscaba disculpas para ahuecar el ala y dejarla tirada, seguro que ya tenía a otra, ah, pero ella no se iba a quedar cruzada de brazos, ella...

—Petrita, por favor...

No la pudo retener. Hecha una furia se libró de él a bolsazos, y en lugar de cerrar la gresca con el anuncio de que se iba a meter a monja, como tenía por costumbre, amenazó con arrojarse al Viaducto; la novedad asustó a Rodolfo durante unos segundos, y hasta pensó en salir en su persecución, pero se tranquilizó al ver que Petrita se metía en la mercería donde cogía los puntos a las medias, y se fue a sus asuntos: entre una cosa y otra faltaba poco para que dieran las cuatro y si llegaba tarde a la oficina tendría que cargar con la segunda bronca del día, la que le armaría su jefe, que tampoco era manco en la materia.

Tuvo suerte: don Manuel andaba de médicos y apareció con retraso, y así, mientras introducían las almendras en los higos, Rodolfo pudo pedirle consejo a Honorio: cuando no andaba por medio la adulación y la lisonja aquel cínico razonaba con mucho sentido común, pues era hombre muy leído, no en balde había pasado por el seminario:

—Gómez, las cosas hay que mirarlas por el derecho y por el revés. Petrita será todo lo burra que tú quieras, pero eso no empece para que obedeciendo a un imperativo biológico sueñe con tener hijos. Más claro: lo que ella pretende no es, como tú crees, destrozarse la vida; lo que quiere es perpetuar la de la especie, y como resulta que la especie, para perpetuarse, no ha encontrado un sistema más económico que la institución familiar por muy antinatural, incómoda y perversa que tal institución sea, que lo es, y como para formar una familia es imprescindible tener un techo, Petrita te casará con tu patrona te pongas como te pongas. Y te digo más: con tal de parir unos kilos más de carne de cañón antes de llegar a la menopausia, si la anciana no palma rápidamente Petrita será capaz de ahogarla con sus propias manos.

—Venga ya —protestó Rodolfo de boquilla. Pero por dentro pensó lo mismo que Honorio.

—Tú no sabes la fuerza que tiene la familia, Gómez. ¿Por qué crees que fracasó la revolución rusa? Pues la revolución rusa fracasó porque ni Lenin, ni Stalin ni la madre que los parió se atrevieron a acabar con la familia, y al no acabar con ella perpetuaron la figura del notario y la del registrador de la propiedad, porque ya se sabe lo que les gusta a los padres, sobre todo a los ricos, legárselo todo a sus hijos y...

La aparición del señor Esparragal le hizo cambiar de tema y de tono automáticamente:

—Buenas tardes, don Manuel. ¿Qué tal el médico? Nada de cuidado, espero.

—Lo de siempre —el comisionista en salazones venía de muy mal humor—. Fuera el cerdo, fuera el café, fuera el vino, fuera el picante. Pero ¿qué va a comer uno, entonces? Ande, meta la moto, no sea que se la lleven.

—Eso está hecho. ¡Cuidado, que voy!

En su carrera hacia la puerta Honorio arrolló a Rodolfo, que recogía la gabardina y el sombrero del jefe.

—¿Alguna llamada?

—Ninguna —respondió la señorita Avelina, tan seca como siempre.

—Usted, Gómez, ¿cómo lleva lo suyo?

—Al día, don Manuel, por eso estaba con los higos.

—Siga, siga.

Como si hubiera estado esperando su llegada el teléfono comenzó a sonar: don Manuel descolgó, gritó «¡Diga!», torció el gesto y le pasó el auricular a Rodolfo:

—Gómez, ya sabe que no me gustan las llamadas particulares en las horas de oficina.

—Perdone, don Manuel, debe ser algo urgente.

Lo era: la voz de Petrita lo conminó a presentarse en la mercería cuando saliera de trabajar: ya había comprado unos polvorones para llevárselos a doña Martina.

El dispéptico señor Esparragal se humanizó al ver la expresión de su empleado:

—¿Algo grave?

Rodolfo alzó una mano, la movió en el aire con el gesto de «Mejor que no se lo cuente» y volvió a los higos convencido de que doña Martina se podía dar por casada. Con él, naturalmente.

—Debe de estar en la novena —les dijo la portera— porque la he visto salir con Maricruz y las dos iban de velo.

Doña Martina no permitía que sus huéspedes recibieran visitas femeninas en su ausencia, y Petrita, por muy decente que fuese, no dejaba de ser una visita femenina; entre quedarse en el portal y esperar en el Bar Tolomé, Rodolfo sugirió el bar, pero ella tuvo la ocurrencia de que lo mejor era plantarse en San Ildefonso, que estaba a la vuelta de la esquina, para hacerle creer a la vieja que también ellos habían ido a la novena: seguro que descubrirlos rezando la impresionaría favorablemente.

—¿Y el velo? —intentó oponerse Rodolfo.

—El velo, nada. Me pongo el pañuelo en la cabeza y ya está.

Y así se presentaron en la placita que se abría ante el templo, Petrita con el paquetito de los polvorones en la mano y poniéndose el pañuelo de los mocos en la cabeza, Rodolfo con la esperanza de que doña Martina le estampara los polvorones en la cara apenas le propusiera aquel desatino de la boda. Y la animó, maquinoso:

—Mejor que se lo digas tú, que tienes más mano izquierda.

—Menos mal que lo reconoces —lo besó en la mejilla, agradecida, y planeó—: Entramos despacito, sin hacer ruido, nos arrodillamos cerca de la puerta, y cuando nos vea al salir nos levantamos y yo le ofrezco el agua bendita.

No tuvo ocasión de hacerlo: entre la media docena de enlutadas y añosas feligresas que salían de la novena apareció doña Martina, muy abrigada y del brazo de Maricruz, en chancletas y con una toquilla sobre los hombros; la anciana debía de andar por el metro treinta de altura, incluido el gorro de astracán, y a Rodolfo se le encogió el corazón al verla tan pequeñita e indefensa ante el poderío físico y la decidida determinación de Petrita, que ya arrancaba hacia ella con el paquetito de polvorones por delante:

—Buenas noches, doña Martina, qué casualidad, ahora mismo veníamos hablando de usted.

—¿Quién es, quién es? —la anciana andaba mal de la vista y se lo preguntó a su criada.

—La señorita Petrita, la novia del señor Gómez —le cuchicheó Maricruz, compungida como siempre.

—Ah, claro —doña Martina echó las manos a la cara de Petrita, acariciándosela—. Qué guapa, qué guapa.

—Favor que usted me hace. Pues nada, que estábamos dando una vuelta y de pronto le he dicho a Rodolfo: ¿Y por qué no vamos a la novena y así saludamos a doña Martina? ¿Verdad, Fofó?

A Rodolfo le daba mucha vergüenza que Petrita lo llamara Fofó delante de la gente y bajó la cabeza:

—Sí, sí, eso.

—Mira qué amables —comentó la anciana hacia Maricruz.

—Y de paso, claro, queríamos hablarle del asunto del piso, ya sabe.

—Usted, tranquila. Ya le he dicho a don Rodolfo que cuando yo falte el piso es para él —doña Martina, que era muy sobona, se volvió hacia él para palmearle las mejillas—. Y así se casa usted con esta joya, que no se la merece, perillán.

—Va a conseguir que me ponga colorada —fingió la joya. Y le ofreció el paquetito—. Mire, le traigo unos polvorones, me ha dicho Rodolfo que le gustan mucho.

—Por los dientes, hija. Es que con las pastas de té ya no puedo. Pero no debía haberse molestado.

—No es molestia. Bueno, pues resulta que nos hemos enterado de que si se muere usted mañana... —Petrita se cortó al advertir que la anciana tenía una especie de sobresalto y rectificó sobre la marcha—... bueno, quien dice mañana dice el año que viene, pero sea cuando sea, el caso es que usted se muere, lo que Dios no quiera, y el piso se lo queda el casero y nosotros seguimos sin poder casarnos.

—Pero —la anciana, a cada instante más asustada, buscó a Rodolfo con la mirada — ¡yo no me voy a morir!

Por una vez la compunción de Maricruz quedó justificada:

—¡Diga usted que no, señora!

Rodolfo se sintió obligado a intervenir:

—Petrita, no demos un espectáculo.

—Pero qué espectáculo ni qué niño muerto, tú déjame a mí, que sé lo que me hago —lo apartó y cargó contra Maricruz—. Y usted, fuera, que esto es una cosa particular.

Y muy agarrada a la indefensa anciana echó a andar hacia la Corredera mientras Rodolfo y Maricruz se quedaban plantados sin poder oír la continuación de su discurso. Tampoco les hizo falta, porque no tardaron en ver sus efectos: de pronto doña Martina se detuvo, dijo algo que sonaba a jaculatoria piadosa y se derrumbó como si acabaran de deshuesarla.

—¡Mi señora! —ululó la criada, acudiendo en su socorro.

—¿Qué le has dicho, desgraciada? —se enfrentó Rodolfo con Petrita.

—¿Qué le voy a decir? Pues eso, que te querías casar con ella. Yo no sé qué habrá pensado, porque como no he podido seguir...

Y pretextando un fuerte dolor de cabeza, ocupaciones urgentes y una total incapacidad para entender a aquella vieja chocha, Petrita se largó a su casa.

«¡Tengo que echar a ese sátiro!» fue lo primero que dijo doña Martina al recuperar los sentidos, instalada ya en el sillón de barbero donde el callista la reconocía en busca de posibles fracturas, sobre todo de fémur, que según él podían serle funestas a su edad; Rodolfo, que escuchaba desde la puerta de la consulta, escapó hacia su cuarto consciente de que el sátiro era él, y convencido de que lo más oportuno era hacer la maleta la sacó de debajo de la cama y empezó a echar en ella sus pertenencias: un traje mil rayas, una chaqueta de pana, un par de mudas, tres camisas, cuatro pares de calcetines, el impermeable, un jersey, unas sandalias, una corbata, la *Adivinación del futuro por las rayas de la mano*, un dominó al que le faltaba el seis doble, el despertador, el *Reglamento de Fútbol* comentado por don Pedro Escartín, las fotos... Lo curioso era que no se sentía ni pesaroso por lo sucedido ni preocupado por lo que podría suceder: *¡Qué verdad tan grande es eso de que Dios escribe torcido en renglones derechos —¿o es al revés?— y que no hay mal que por bien no venga! Porque si no heredo el piso, y ya está claro que no lo voy a heredar, de nada sirve que siga aquí, así que me largo y me ahorro el mes de pensión, que ya estamos a veintisiete, y no se lo voy a pagar a doña Martina para que encima me llame sátiro.* Y confortado con esta idea se tumbó para plantearse su próximo futuro: al día siguiente se levantaría temprano para no encontrarse con la anciana, compraría el *Ya*, que venía lleno de anuncios de casas de huéspedes y de pensiones, y buscaría una en las proximidades de su oficina —«Quien busca encuentra», lo decía siempre su madre— y así se evitaría los gastos de las idas y venidas en el metro, que le comían parte de su vida y de sus ingresos. Luego, ya libre como un pájaro...

—Ni la menor contusión, esa vieja es de goma —Dimas había entrado sin llamar, según su costumbre—. Le he hecho un reconocimiento general y, ya te digo, está como una rosa.

—¿Ha dicho algo de mí?

—De ti ha dicho de todo. Y de la burra de tu novia lo que no está escrito. Vamos a cenar.

Rodolfo, ya sentado en la cama, negó con la cabeza e hizo un gesto teatral hacia la maleta:

—No. Yo no puedo seguir aquí después de lo que ha pasado.

—De acuerdo. Pero primero cenamos; tengo que hablar contigo.

—No. No quiero que me vea.

—Tranquilo. Les he dado una tila con Sedofrén a ella y a la criada y las tengo dormidas como dos troncos.

Rodolfo se lo pensó un momento:

—¿Qué hay de cena?

—Pescadillas de ración. Y nos podemos comer las nuestras y las de ellas.

Mientras cenaban —Rodolfo opíparamente, porque antes de sus dos pescadillas

se comió el cocido del mediodía— el callista le afeó su conducta: no le podría perdonar nunca que hubiera obrado a sus espaldas, Rodolfo se había portado como un mal amigo y, lo que era peor, como un redomado imbécil; ¿a quién se le podía ocurrir confiarle a la burra de Petrita la delicada misión de conquistar a la vieja? Suerte tenía Rodolfo de que no se les hubiera muerto de un síncope. En cualquier caso: él no era rencoroso y no sólo estaba dispuesto a olvidar su deslealtad y su traición, sino también a ayudarle a enmendar su yerro:

—Pero, primero, con el corazón en la mano, dime: ¿de verdad quieres irte?

—Me ha llamado sátiro, Dimas. Y yo también tengo mi dignidad.

—Deja la dignidad a un lado. Y escúchame: si nos ponemos de acuerdo a ti no te echa de aquí ni San Pedro bendito.

Sacó del bolsillo de la bata el talonario de las recetas y la pluma estilográfica y se puso a escribir con mucho rasgueo y facilidad; cuando terminó se limpió los dedos llenos de tinta en la bata y con aire notarial leyó en voz alta:

—«Por el presente documento, yo, don Rodolfo Gómez, de 38 años de edad, de profesión contable, cedo a don Dimas Girondo, de 51 años de edad, de profesión pedicuro, el cincuenta por ciento de los derechos de inquilino que me correspondan sobre el piso tercero derecha de la casa sita en la Corredera Alta, número ciento cinco, el día que fallezca mi esposa, doña Martina Torralba, de 83 años de edad, sus labores. Y para que conste, firmo el presente documento en Madrid, etcétera, etcétera» —y pasándole documento y estilográfica le advirtió—: Ten cuidado, que la pluma pierde tinta.

Convencido de que al día siguiente habría abandonado el objeto del absurdo contrato, Rodolfo firmó con absoluta despreocupación e incluso divertido por la quimérica fantasía del pedicuro:

—Ahí me las den todas. Mañana ya no estaré aquí.

—Y ahora, a brindar.

Dimas abrió el aparador y sacó la botella de vino quinado que le entonaba el cuerpo a doña Martina los días de mucho frío.

—Un momento. ¿De dónde has sacado las llaves?

—He aprovechado la narcosis para quitárselas.

—Pero mañana se va a dar cuenta. Hace rayas en la etiqueta cada vez que se toma un sorbo.

—¿Y a ti qué te importa? —y agregó, con sorna—: ¿No dices que te irás mañana? Rodolfo optó por no discutir. Y se acordó de los polvorones.

—Espera, que traigo los polvorones.

Mientras se regalaban con tan inhabituales gollerías Dimas profetizó el advenimiento de nuevos y maravillosos tiempos para los dos: ¿quién iba a toserles, libres de la pejuguera de doña Martina, del engorro de Petrita y del estafermo de Maricruz? Buscarían a una chica de pueblo, guapa, sana y robusta, una de aquellas que agujereaban las batas con los pezones; Rodolfo no debía pensar mal, hacía ya

años que él estaba retirado de la cosa del sexo, pero si la criada le iba a servir de enfermera mejor que estuviera buena. Porque Dimas tenía comprobado que no había anestesia comparable a una enfermera guapetona.

—¿Y el gato? —le preguntó Rodolfo, sólo para que siguiera soñando.

—Ah, el gato es sagrado, al menos por el momento. Mira, me alegro de que me lo hayas recordado; ahora mismo le vas a dar esta pescadilla.

—¿Qué pescadilla?

Dimas le mostró la que había reservado para el felino.

—¿Le vas a dar una pescadilla al gato? —se escandalizó Rodolfo.

—No. Se la vas a dar tú. Lo tengo todo estudiado científicamente. Llámalo.

Rodolfo pinzó la pescadilla entre el índice y el pulgar y llamó desde la puerta:

—Biss, biss, biss...

—¡Dile algo cariñoso, coño!

—Teo, bonito, biss, biss, biss...

El gatazo apareció, olisqueó receloso, avanzó un par de pasos, alargó el cuello, frunció el hocico, refunfuñó sin saber a qué carta quedarse, giró sobre sí mismo varias veces, y finalmente, exasperado por el olor de la pescadilla —un olor fortísimo, todo hay que decirlo— lanzó un maullido.

—No le hagas sufrir —recomendó Dimas—. Échase al suelo.

Rodolfo obedeció, Teo saltó sobre el apetitoso bocado y Dimas bajó la voz, como si se dispusiera a revelar un secreto:

—Ahí donde lo ves, este hijo de Satanás va a ser la base de nuestro negocio.

A la mañana siguiente Dimas le hizo a la anciana una visita de médico de cabecera; sentado en el borde de la cama le tomó el pulso, la auscultó, le recetó un enema y finalmente entró en materia: como amigo fraterno de Gómez y agradecido huésped de doña Martina él no podía tolerar que se perpetuara un malentendido fruto de la torpeza de Petrita; por la cabeza de Gómez, que era un perfecto caballero, jamás pasó la idea de faltarle al respeto ni de poner en duda su honestidad; cierto que estaba dispuesto a casarse con ella, pero no lo movía ni el interés ni mucho menos la lujuria, sino el altruismo; después de asesorarse con un buen abogado Gómez había descubierto que cuando un inquilino moría sin herederos directos sus derechos sobre su piso quedaban nulos y sin ningún efecto, de manera que si un día el Señor la llamaba a su lado ella se iría al cielo como un cohete, eso desde luego, pero Teo acabaría fatalmente en el arroyo, porque el casero ya le había dicho a Gómez que el porvenir del gato le traía sin cuidado, que él lo que quería era que se murieran todos los inquilinos para derribar la casa, vender el solar y con el dinero irse a Suiza a que le sacaran el agua del cuerpo. ¿Se imaginaba doña Martina lo que iba a ser la vida de Teo el día en que ella faltara? El infeliz se convertiría en un gato callejero expuesto a la crueldad de los niños, al tráfico rodado, al hambre y al frío, y...

—Dios mío... —gimió la pobre mujer.

Pero había una solución: doña Martina se casaba con Gómez, y cuando Gómez fuera su viudo, aquel piso, aquellos muebles, aquellos recuerdos entrañables y, sobre todo, aquel gato —en ese momento Dimas hizo entrar a Rodolfo, que con el felino en los brazos traía la expresión de un San Antonio acunando al Niño Jesús— seguiría allí a salvo de la codicia del casero, custodiado por Gómez, hombre de acrisolada honradez, que desde aquel mismo momento se comprometía bajo palabra de honor al matrimonio en blanco, salvo si doña Martina...

—Pero... —la pobre mujer, hecha un lío, miraba alternativamente a Dimas y a Rodolfo— a mi edad, una boda...

El callista se volvió hacia el sombrío retrato del padre de la anciana, colgado frente a la cama: enlutado, una mano en el pecho y la otra sobre una pila de libros de texto, el difunto catedrático parecía velar por la seguridad de su hija. O eso es lo que dedujo Dimas al encararse con él:

—Señor Torralba: yo he terminado. Ahora le toca a usted, que nos está viendo desde el cielo, aconsejar a su hija.

Y dándole un beso al gato hizo un mutis que habría provocado estruendosas ovaciones en cualquier teatro, aunque allí, en el ámbito del dormitorio, sus efectos fueron más bien modestos: doña Martina se quedó sin habla por no saber qué decir y Rodolfo la perdió por su temor a decir algo inconveniente.

—No sé qué decir —balbuceó finalmente la anciana—. ¡Es usted tan bueno!

—Más buena es usted —correspondió Rodolfo, conmovido, y le puso en el

regazo al gato, dormido bajo los efectos del sedante que le había inyectado previamente el callista; doña Martina, acariciando al pobre animal, fijó los ojos en los de su padre y gimió:

—¡Papá!

Don Manuel tuvo que tomar una decisión: el Higalmendra no se vendía y a las existencias en almacén empezaban a salirles bichitos: había que reforzar la publicidad:

—Ahora me cogen ustedes el metro —se dirigía al personal masculino; a la señorita Avelina era inútil pedirle nada—, me salen en Sol y me dan vueltas a la plaza con paradas cada cien metros. Usted, Sixto, abre la marcha con los carteles y cantando las coplillas. Honorio, usted se encarga de distribuir las muestras gratuitas entre las personas que tengan buen aspecto, nada de alimentar a vagos y maleantes. Y usted, Gómez, reparte los prospectos y si tiene ocasión los lee en voz alta —cogió uno de la pila y leyó en voz tonante, para que aprendiera—: «Higalmendra. Premiado en varias exposiciones. Alimento integral rico en calorías. Refuerza la memoria, purifica el intestino y aumenta la potencia vital. Recomendado para todas las edades».

Y en la Puerta del Sol estaban los tres, amparados de la lluvia bajo una marquesina, saboreando las delicias de unos bocadillos de calamares que acababan de comprar en la calle de Tetuán.

—Los calamares sí que están ricos, y no esa mierda de los higos —razonaba Sixto, en pie sobre los carteles, porque tenía un agujero en un zapato y así no le entraba agua.

—Para mí, el mejor bocadillo que existe —sentenció Honorio—. Dicen que si el de anchoas, que si el de tortilla, que si el de salchichón... Nada: donde esté el de calamares que se quiten todos.

—Luego, el olor —Rodolfo fingió aspirar por la nariz—. Pasas por delante de un bar donde los estén friendo y te entra el hambre aunque hayas acabado de comer.

—Eso es el aceite —aseveró Honorio—. Menuda diferencia con el olor de las cafeterías, que lo hacen todo con mantequilla. Oye, hasta los huevos fritos.

—Y además, cuadrados —puntualizó Rodolfo—. ¿No has visto? Ponen un marco de hierro en la chapa y echan el huevo dentro. Claro, como la clara ni se riza ni se pone doradita, el huevo no te sabe a nada.

—De eso tienen la culpa los americanos, que son unos imperialistas —denunció el cura rebotado—. Si a ellos les gustan los huevos a la plancha que con su pan se los coman, pero ¿por qué se los tienen que imponer al mundo entero?

—Hombre, las tortitas con nata las han inventado ellos y no están mal —opinó Rodolfo.

—¿Las vas a comparar con unas buenas migas con chorizo?

—No, eso tampoco —contemporizó Rodolfo. Y agotado el debate gastronómico con el último bocado a los calamares, le ofreció tabaco a Honorio y lo puso al corriente de lo acaecido en su vida privada los últimos días.

—¿Y la vieja qué ha dicho?

—Qué va a decir. Nada.

—¿Y Petrita?

—Petrita ni me llama. Yo creo que se ha ido monja.

—Puede ser. Pero vamos a suponer que el callista te casa con la vieja y que la vieja palma: me juego doble contra sencillo a que Petrita deja el claustro y se te presenta en casa vestida de novia y con el azahar en la mano.

—Pero ¿cómo se iba a enterar?

—Por la prensa —fingió leer un titular—: «Hombre de treinta y ocho años se casa con una anciana octogenaria para heredar su piso y poder casarse con su novia». ¡Menuda noticia!

—¿Y por qué se tiene que enterar la prensa?

—O sea, que tú no sabes que la prensa es el cuarto poder —lo compadeció Honorio. Y se volvió hacia Sixto, que pateaba los carteles para entrar en calor—. Éste es más tonto que tú, fíjate lo que te digo.

Sixto no pudo manifestar su opinión porque acababa de descubrir a don Manuel, que llegaba en su ciclomotor, y ya lo estaba saludando:

—¡A sus órdenes!

El señor Esparragal, en su furia, estuvo a punto de caerse al frenar:

—¡Muy bonito, hombre, la empresa a punto de irse a la ruina, y ustedes aquí, fumando, y este imbécil —su puño se cernió sobre la cabeza de Sixto— pisoteándome la publicidad!

—¡A sus órdenes!

—¡Póngase los carteles! ¡Y mañana que venga a verme su madre, le voy a explicar la clase de hijo que tiene! —se volvió hacia Honorio, que recogía del suelo el saco con las muestras gratuitas—. Pero peor es lo de usted. Porque este pobre idiota es un irresponsable, pero usted, una persona con estudios, ¿no se da cuenta de que si cierro se queda en la calle? ¿No se ha parado a pensarlo?

—Don Manuel, ha sido un momento —Honorio ya repartía higos a mansalva entre los transeúntes—; resulta que ha empezado a llover y nos hemos guarecido aquí a ver si escampaba.

—¡A mí no me ha importado que lloviera para venir a vigilarles! —mostró su gabardina, empapada, y cargó contra Rodolfo, que se había alejado unos pasos repartiendo los prospectos—. Y usted, Gómez, ¿no dice que se quiere casar? ¿Qué cree, que su sueldo es un maná que cae del cielo? Pues no, no señor. Su sueldo sale de la empresa, y si la empresa va mal, peor va a ir usted.

Recogió el ciclomotor, se sentó en el sillín y exigió:

—¡Empujen!

—¡A sus órdenes! —volvió a saludar Sixto, disputándose con Honorio y Rodolfo el honor de hacer arrancar el motorcito. Alejándose, don Manuel volvió la cabeza y lamentó:

—¡Pobre España!

Como consecuencia del rapapolvo Rodolfo llegó a casa un tanto alicaído y sin ganas de nada, ni siquiera de comer, pero el silencio de Petrita, que seguía sin dar señales de vida, le remontó considerablemente la moral; tanto que hasta decidió hacer una quiniela: *Si me toca me voy a Barcelona y emprendo una nueva vida*. Ahora bien: ¿la hacía a lo loco o por lógica? Ambas opciones tenían sus ventajas y sus desventajas: acertar los resultados cantados no daba dinero para cambiar de vida; atinar al buen tuntún era difícilísimo pero podía proporcionar millones. En la duda decidió hacer dos, una con lupa y otra a ciegas, y para documentarse entró a estudiar el Marca en la consulta de Dimas, ocupado en aquel momento en estafar a un sordo vendiéndole lo que él llamaba «un audífono ultramoderno», en realidad un aparato del tamaño de un huevo de codorniz conectado a un micrófono de la forma y las medidas de un ladrillo tabicón.

—¿Me oye o no me oye? —le preguntaba el callista en voz bajísima y fingiendo que golpeaba un diapasón.

—Cosa más rara —gruñía el sordo, sentado en el sillón de barbero y hurgándose en las orejas—, esta mañana oía normal, y ahora en cambio...

Naturalmente, Rodolfo se olvidó de la quiniela y prestó atención a los manejos del desaprensivo Dimas, quien apenas sujetó en la oreja del cliente el huevo de codorniz comenzó a hablarle al ladrillo en voz alta y perfectamente articulada:

—Ahora va usted a ver, o mejor dicho, ahora va usted a oír lo que es esta maravilla acabada de llegar de los Estados Unidos. Aquí, en este elemento que usted podrá llevar cómodamente instalado en un bolsillo... —el callista pugnaba por meterle en el bolsillo el elemento en cuestión—... va el micrófono, el amplificador, las pilas y el regulador de volumen; las ondas sonoras se transmiten por este hilito —el hilito era un cable del grosor de un dedo meñique— al auricular y el auricular las hace llegar a la trompa de Eustaquio...

—Señor Gómez —Maricruz lagrimeaba, pero en esta ocasión sus lágrimas brotaban por culpa de la media cebolla que tenía en la mano—, de parte de la señora que vaya.

Dimas se olvidó de la trompa de Eustaquio y de lo que seguía:

—Espera —sujetó a Rodolfo por la solapa—. De la vieja te quería yo hablar. Tú no te comprometas a nada hasta que vaya yo.

—Pero ¿a qué me voy a comprometer?

—Tú hazme caso: dale largas, que yo voy en seguida.

Doña Martina no se había levantado en toda la mañana. Sentada en la cama, con Teo en el regazo, hizo pasar a Rodolfo, le ofreció la silla dispuesta junto a la cama, y después de interesarse por su trabajo, por el tiempo que hacía, por Petrita y por la hora que era se lanzó a desbarrar:

—Usted tiene que comprender, don Rodolfo, que su novia me puso en un

compromiso; imagínese, sentirme pedida a mi edad, en un tris estuvo que no me muriera de la impresión, sobre todo por eso, por pedirme la mano ella, que al fin y al cabo es su novia. Porque si me la hubiera pedido su padre, su padre de usted digo, la cosa habría sido menos chocante, pero claro, como usted no tiene padre, que en gloria esté, me la podía haber pedido don Dimas, sin ir más lejos. Yo estaba equivocada con él; no sabe lo bien que se está portando conmigo, me atiende mucho mejor que el doctor Apellániz, no le digo más... —perdió el hilo—: ¿Por dónde iba? Ah sí, la petición de mano. Pues resulta que don Dimas está de acuerdo en que mi mano la debería haber pedido él, que lo quiere a usted como a un hermano. ¿Le apetece un dedito de vino quinado? Es lo mejor que hay para abrir el apetito. Sírvase, sírvase. Y tome una almendrita.

—Muchas gracias.

—Por cierto, me ha dicho don Dimas que su madre de usted pertenecía a la nobleza...

A Rodolfo se le fue por otro lado el sorbo de vino quinado...

—¿Cómo?

—Que es usted título, pero que usted no lo usa por modestia.

—Sí... No... Bueno, si no quiere nada más —se levantó de la silla, aterrado por las posibles consecuencias de aquella invención del irresponsable callista.

—Espere, espere, que no he terminado —doña Martina lo retuvo cogiéndole una mano, le pidió con un gesto que se acercara para poder hablarle a la oreja, y rozándosela con los pelos que le brotaban del mentón le hizo una asombrosa revelación—. Mi padre está de acuerdo.

Rodolfo volvió la cabeza hacia el catedrático como si temiera verlo asentir con una afable sonrisa, pero no: el catedrático lo miraba como si fuera a condenarlo a garrote vil de un momento a otro.

—Resulta que esta mañana me he quedado traspuesta y he tenido un sueño muy bonito: yo iba vestida como una novia, porque iba a hacer la primera comunión, y papá me decía: «Hija mía: las buenas acciones siempre tienen su premio y un hombre nunca estorba en una casa. Así que cástate con don Rodolfo».

Rodolfo echó mano de la botella de vino quinado, rellenó la copa y se la bebió de golpe.

—De manera que se lo dice usted a Petrita y la trae el domingo a merendar para que hablemos. Y ahora, vaya, vaya a comer, no se le enfríen las lentejas.

A las siete y media, ya de noche, Rodolfo salió del metro en la Red de San Luis y remontando la calle de Fuencarral lo más lentamente que le fue posible llegó a la mercería con la vana y estúpida esperanza de descubrir vacía la silla de Petrita y tapada con una funda la máquina de coger los puntos a las medias. Qué maravilla, entrar, mirar a su alrededor buscándola, y ver la extrañeza de la señora Matilde: «Pero ¿no sabe usted que se ha ido monja?», y él, con cara de tonto: «Pues no, no sabía nada», y la mercera: «Misionera se ha ido, y por su culpa», y él, disimulando su júbilo: «¡Ahora que ya teníamos piso!».

Petrita no se había ido monja, allí estaba, inclinada sobre su máquina, desojándose a la luz de la lamparita; contemplándole el cogote a través de las madejas de hilo y las muestras de botones que se exhibían en el escaparate, a Rodolfo se le fue la imaginación a las dos quinielas que había rellenado aquella tarde en la oficina, una teniendo en cuenta la tabla de clasificación y el factor campo, la otra preguntándole los signos a Sixto, que no le dio más que doses: *¿Por qué no espero a ver si me toca una de las dos, aunque sea la fácil? Para largarme a Barcelona no me hace falta demasiado dinero.*

Petrita debió de presentir su presencia en la calle, porque de pronto giró la cabeza, y como si le hubiera leído el pensamiento, alzó las cejas, soltó un «¡Bah!» lleno de desprecio y le volvió la espalda ostentosamente. Rodolfo pensó que podía interpretar su gesto como un visado de pasaporte que le autorizaba a salir pitando, pero en lugar de hacerlo entró en la mercería. *No tengo remedio*, se dijo, lúgubre.

El comedor de la casa era una pieza que sólo servía para enseñárselo, desde fuera, a las visitas: «Y éste es el comedor —les decía doña Martina, cantando desde la puerta las excelencias de la mesa, de la sillería, del aparador y de la vajilla, y sobre todo de las perdices que se pudrían en un tenebroso bodegón—: Las pintó mi hermano, el pobre, que era cazador. Dígame usted si no parece que estén vivas». La tarde de aquel domingo la anciana hizo una excepción: «Maricruz —le ordenó a la doméstica—. Esta tarde vamos a abrir el comedor, que viene a merendar la novia de don Rodolfo, así que ponte la cofia y un delantal limpio y sácame del armario el vestido que me compré para ir a Lourdes». Obvio es decir que Petrita también se puso de tiros largos, muy ceñida en el traje sastre de los domingos y enjoyada con la bisutería préstamo de su hermana. Rodolfo, que sólo tenía un traje, se conformó con cortarse el pelo y presentar la botella de vino quinado y el kilo de polvorones que Petrita le confió después de pagarlos de su bolsillo.

—Pero qué guapos, qué guapos —se alborozó doña Martina, las manos en las caras de la pareja, besando a Petrita y apartando teatralmente a Rodolfo—: No, a usted no lo beso, que todavía no es mi marido, ji, ji, ji. Pasen, pasen al comedor. No lo abro nunca, porque la mesa, las sillas y el aparador son de caoba y la vajilla de La Cartuja de Sevilla, pero un día es un día. Mire, Petrita, estas perdices las pintó mi hermano, que era cazador, dígame usted si no parece que estén vivas.

Los muebles eran de castaño, la vajilla llevaba descabalada medio siglo y las perdices estaban muertas a tiros —según se colegía por la escopeta y la canana que se veían al fondo del cuadro— y aunque la broma a cuenta del besuqueo no le hizo demasiada gracia, Petrita no tuvo ningún inconveniente en alabar la madera, la loza y las perdices y en su afán de caerle bien a la anfitriona proclamó que uno de los cadáveres parecía a punto de empezar a cantar.

—Siéntense, están en su casa, como aquel que dice. Usted, don Rodolfo, aquí, presidiendo la mesa, que para eso es el cabeza de familia. Perdónenme un momento, que voy a buscar a Teo, verán qué contento se va a poner.

Apenas se quedaron a solas Petrita no se retuvo:

—¿Me quieres decir a qué venía eso de los besos?

—Que chochea, mujer. Tú llévale la corriente y ya está.

Petrita miró a su alrededor, se levantó para examinar de cerca la vajilla del aparador, abrió un cajón, sacó una cuchara, y tras sopesarla la devolvió al cajón con el aire de sentirse estafada:

—La cubertería no es de plata.

—Ah, eso no lo sé.

—Y la sopera de esta vajilla esta descascarillada.

—Ya, pero...

—Y esas perdices dan asco.

Ahora Rodolfo no pudo decir nada porque volvía doña Martina con el gatazo en los brazos:

—Mira, Teo, te voy a presentar a Petrita. Tienes que quererla mucho, porque cuando yo te falte ella será tu amita. Cójalo, Petrita, que es muy cariñoso.

A Petrita se le escapó un «¡Ay!» cuando el animal le clavó las uñas en un brazo, pero lo piropeó, animosa:

—Huy, qué cosa más rica.

—A don Rodolfo... A Rodolfo lo quiere mucho —y tras apearle el tratamiento lo tuteó—. Cómo no te va a querer, si ya me dijo don Dimas que cuando hay pescadilla le das la mitad de tu plato.

Petrita se había removido incómoda en la silla al sentir que le apeaba el don a su novio; cuando la oyó tutearlo arrojó el gato al suelo en un gesto de despecho. Menos mal que la anciana no lo advirtió, inclinada hacia Rodolfo para hacerle una confidencia:

—Por cierto, ya se lo he dicho al padre Gamellas.

—¿Lo de la pescadilla? —se extrañó Rodolfo.

Precedida por el tintineo de las tazas entró Maricruz con su cofia y su delantal limpio y la bandeja del té en las manos. Doña Martina esperó a que saliera y continuó:

—No, no. Lo de la boda. Al principio estuvo muy duro. Que si la diferencia de edad, que si íbamos a profanar el sacramento, que si patatín que si patatán...

—Pero bueno —se encampanó Petrita, harta de sentirse un cero a la izquierda—. ¿Se puede saber quién es ese padre Gamellas?

Rodolfo se apresuró a distraer la atención de la anciana:

—Mire, le hemos traído unos polvorones.

—Un kilo —puntualizó Petrita. Y siguió, agresiva—: Y una botella de vino quinado. Y los he comprado yo.

Tampoco ahora pudo captar doña Martina la insolencia de su invitada: estaba sirviendo el té; mejor dicho, lo vertía por todas partes menos en las tazas:

—Usted siempre tan cumplida. El padre Gamellas es mi confesor. Un santo varón, aunque para mi gusto un poco chapado a la antigua.

—Déjeme —Petrita se adueñó de la tetera, incapaz de soportar por más tiempo verla convertida en regadera—, que lo está poniendo todo perdido.

—El pulso, hija, el pulso. Y que no veo tres en un burro, claro.

—Bien, ¿y qué dijo ese santo varón?

—Estaba reacio, muy reacio. Pero, claro, tuvo que transigir. Porque yo le demostré que no me movía ningún torpe interés, ¡imagínese, a mis años!, sino el deseo de proporcionarles a ustedes un hogar para que el día de mañana formen una familia cristiana. Y aparte de eso lo que me dijo mi pobre padre, que en paz descansa: un hombre no estorba nunca en una casa, sobre todo en mi situación, que estoy sola en el mundo.

Y sin previo aviso le dio a Rodolfo un pequeño estuche forrado de terciopelo negro:

—Toma, hijo.

Sin atreverse a abrirlo Rodolfo miró a Petrita.

—Ábrelo, ¿no? —le apremió ella, irritada de nuevo.

El estuche contenía una sortija de oro con un sello grabado; doña Martina, colocándose a Rodolfo, le explicó a Petrita:

—Es el blasón de los Mantecón: en campo de oro una torre de gules aclarada en plata; me lo dibujó un heraldista. Cuando nos casemos se lo voy a bordar en las camisas.

Retuvo la mano de Rodolfo entre las suyas, posesiva, acariciándose como si acariciara al gato, y Petrita, convencida de que le estaba arrebatando lo que era suyo, se abalanzó fieramente sobre la otra: con los brazos abiertos en cruz sobre la mesa y sus manos entre las de las dos mujeres, Rodolfo tuvo la desagradabilísima sensación de estar esposado por partida doble, en los dos sentidos del vocablo y para siempre.

—Que conste que esta sortija te la ha regalado gracias a mí, porque fui yo quien le dijo a la vieja que tu abuelo materno tenía el título de barón de Mantecón —gruñó Dimas mientras rayaba el anillo con una de sus cuchillas profesionales para ver si era o no era de oro—. Pero tú eres un desagradecido y has vuelto a obrar a mis espaldas, como siempre.

—Ten cuidado, no se te vaya a resbalar y me cortes un dedo —le advirtió Rodolfo, que seguía con la sortija, ya que le estaba pequeña y no había habido manera de que se la sacara del dedo. Y pasó a defenderse de la acusación del callista—. Ha sido una cosa inopinada; de verdad. Y claro, como tú no has venido a comer, pues no te he podido avisar. ¿Es oro o no es oro?

—Purísimo. Y deberías darme la mitad. A propósito, en esas capitulaciones matrimoniales, ¿se ha tratado la cuestión de mis derechos sobre el piso?

—¿Qué derechos?

El callista tiró de cartera y le puso ante la nariz el papel que le hizo firmar cuando la boda era sólo una quimera; Rodolfo, que ni se acordaba de su existencia, pensó con cierto pánico en lo que podría suceder si Petrita llegaba a enterarse de que aquel papel existía, y con la esperanza de encontrar tiempo y ocasión de solucionar el problema optó por escurrir el bulto:

—No era el momento, Dimas. Tú no sabes lo que ha tenido que tragar Petrita. Imagínate: doña Martina quería casarse de blanco y con azahar, porque para eso es virgen, y pretendía que yo me comprara un chaqué, pues para eso soy título; está trastornada con esto de la boda, yo creo que no ha entendido nada. Menos mal que Petrita la ha convencido de que es mejor hacerlo todo a cencerros tapados: nos casaremos a las seis de la mañana y de paisano. Por cierto, doña Martina quiere que tú seas el padrino, lo que me parece bien, pero, agárrate, también quería que Petrita fuera la madrina. Y eso ha sido para empezar, porque lo gordo ha venido luego: puesta a desbarrar se ha emperrado en que tendré que entregarle mi sueldo todos los meses, porque estaría feo que siendo yo su marido me cobrara la pensión.

—¿Y cómo ha reaccionado la burra de Petrita? —quiso saber Dimas, tan regocijado que hasta se olvidó de sus derechos.

—A punto ha estado de mandar a la porra la boda y el piso con todo lo que hay dentro, pero se ha calmado cuando la pobre mujer le ha asegurado que me dará una paga los domingos y que el resto lo ingresará en la cartilla de ahorros: «Ay, tonta —Rodolfo remedó la voz de doña Martina y le cogió la cara entre las manos al callista—, ¿no te das cuenta de que luego la cartilla y todo, todo, será para vosotros?».

Dimas ya no se reía; seriecísimo le aconsejó a Rodolfo:

—Yo que tú le preguntaría dónde esconde esa puñetera cartilla. Lo digo porque así podrías empezar a sacar dinero.

Intermedio: la boda

Al filipino que contrató Honorio para que hiciera la foto de boda —un fotógrafo al minuto que trabajaba en la puerta del Retiro— le costó una eternidad nivelar el trípode y enfocar su máquina; como consecuencia, el madrugón que se pegó la pareja para eludir la curiosidad de la gente no le sirvió de nada, pues apenas se corrió la voz de que el carnaval había llegado a la Plaza de San Ildefonso, pescaderos, verduleras, carniceros y fruterías del vecino mercado se precipitaron hacia la placita dispuestos a divertirse un rato a costa de los novios, de los padrinos y de los testigos. Y allí estaban, expuestos al pitorreo mientras el filipino hacía o no hacía la foto, doña Martina con el traje de crespón negro, la mantilla de blonda y la peineta que vestía en Semana Santa, y Rodolfo con un traje azul marino, corbata roja y zapatos colorados, todo de estreno gracias a la generosidad de la novia; Dimas con las solapas de un *smoking* de alquiler acibilladas de condecoraciones y Rosa, la hermana de Petrita, con una pamea y un vestido estampado que daba escalofríos verlo; Paco el guardia de uniforme y con una bota en la mano, pues se le había hinchado un pie, y Honorio con corbata de lazo y la bragueta abierta, los dos ya medio piripis de cazalla. ¿Y Petrita?

Petrita, sensata por una vez, había decidido mantenerse alejada de la iglesia y esperarlos en el Bar Tolomé —donde Dimas, rumboso en su papel de padrino, iba a ofrecer un desayuno a base de churros, porras, café y chocolate—, pero tampoco a ella le valió ser tan precavida: un chusco de los que se arremolinaron en torno a los novios tuvo la idea de contratar a un trío de mendigos ciegos que tocaban en una esquina, y la comitiva, con acompañamiento de guitarra, banjo y bandurria, llegó al bar cantando a coro *Mi casita de papel*:

*Qué felices seremos los dos
y qué dulces los besos serán,
pasaremos la vida en un sueño
viviendo en mi casita de papel...*

Al ver lo que se le venía encima Petrita corrió a esconderse en el hediondo retrete del local, con los nervios resbaló en la placa turca, un pie se le quedó encajado en el agujero, y allí se quedó, expuesta a las bromas de mal gusto del público hasta que a las doce y media Rodolfo se decidió a llamar a los bomberos.

Segunda parte: la muerte

Pasadas las Navidades don Manuel Esparragal se rindió a la evidencia: el Higalmendra no se vendía ni siquiera llamándolo turrón, y como ver al personal papando moscas le hubiera agravado la gastritis, el emprendedor comisionista en salazones adquirió una máquina de hacer popppcorrnrn —el señor Esparragal llamaba así a las palomitas de maíz, marcando mucho la segunda pe y la erre— y para inaugurarla descorchó una botella de sidra El Gaitero:

—No sea mentecato; usted, agua —insultó al pobre Sixto, que le tendía su vaso. Y alzó el suyo para chocarlo con los de la señorita Avelina, Honorio y Rodolfo, mientras la máquina empezaba a escupir las palomitas—: ¡Por Esparragal e Hijo!

—Por usted, don Manuel, que es un águila para los negocios —lo aduló el contable.

—Y por las palomitas —añadió el imprudente Rodolfo.

—Popprrrn, Gómez; éste es un producto americano —le rectificó el señor Esparragal.

—Lo malo es que a mí la sidra me da gases —se lamentó la señorita Avelina.

—Ojalá le metan una bomba de mano por el culo y le explote en la boca del estómago —farfulló Sixto, llenando su vaso en el grifo del cuarto de aseo.

Y don Manuel, que no los había invitado a sidra en balde, pasó a pronunciar el discurso que traía preparado: renovarse o morir, ése era el problema, ni la industria ni el comercio podían dormirse sobre sus laureles. El progreso exigía la constante puesta al día de las empresas y allí tenían aquella máquina para demostrar que Esparragal e Hijo estaban más despiertos que nadie. Pero de nada serviría el sacrificio realizado por la empresa para adquirir la máquina si el personal no se dejaba la piel en la tarea de hacerla rentable; había que amortizarla y reinvertir los beneficios en la adquisición de nuevas máquinas para barrer a la competencia y dominar el mercado del popppcorrnrn. Y todo eso, ¿para qué? Pues para que un día el personal pudiera participar de la prosperidad de la empresa y...

El teléfono estaba sonando.

—¡Vaya por Dios! —don Manuel le echó una mirada a su reloj. E invitó a Rodolfo, sarcástico—: Póngase usted: la llamadita de la vieja, seguro. Más pesada que su novia.

Rodolfo se disculpó con un gesto y se puso al teléfono:

—Esparragal e Hijo. Dígame.

Don Manuel no se había equivocado, aunque tampoco tenía gran mérito el acertar: la anciana le telefoneaba a Rodolfo todos los días, unas veces para advertirle que hacía frío y que debía ponerse la bufanda al volver a casa; otras para preguntarle la fecha; otras para comprobar si tenía bastante jamón el bocadillo que le había preparado Maricruz; otras para quejarse del reuma; otras para saber si le apetecerían unas chuletitas de cordero para la cena; otras para escandalizarse por algo que

acababa de oír por la radio...

—Rodolfo, hijo, ¿qué tal va todo?

—Bien, bien.

—Digo una cosa —la vocecita sonaba muy maternal—, como parece que ha mejorado el tiempo y estoy bien de la pierna, ¿quieres que vayamos a merendar al Flor?

—No sé... —no se atrevía a decirle que tenía que ver a Petrita—. Es que quizá salga un poco tarde.

—Pues que se ponga don Manuel, que me va a oír.

—No, no, eso no —se asustó.

—Es que no hay derecho a que te tenga ahí hasta las tantas, con la miseria de sueldo que te da.

—Voy al Flor —se apresuró a calmarla—, voy al Flor.

—Qué bueno eres, hijo. De todas las maneras, si se te hace tarde, coges un taxi, que yo te espero.

—De acuerdo, cogeré un taxi.

—Anda, anda, vuelve a lo tuyo. Y salúdame a don Manuel.

Rodolfo colgó y con una sonrisita de conejo volvió a disculparse:

—Es que no rige, don Manuel, no rige.

El señor Esparragal no pudo responderle porque tenía la lengua ocupada en extraer de los anclajes de un puente dental un fragmento de maíz que le molestaba desde hacía rato. Pero Honorio no perdió la ocasión de bailarle el agua al jefe:

—¿Se da cuenta? Al Flor se va el tío, a oír la orquestina. ¡Y en taxi! Menudo braguetazo ha pegado aquí, el Gómez.

Rodolfo intentó devolver a don Manuel a su arenga:

—Estaba usted echándonos el discurso...

—Déjese de discursos, y a trabajar, a trabajar —el señor Esparragal ya se había librado de su molestia bucal—. ¡Y dígale a esa anciana que ya está bien de jugar a los enamorados, puñeta!

Rodolfo atendió la sugerencia de Martina —se resistía a considerarla su mujer; le había quitado el don, pero no el usted— y en lugar de meterse en el metro tomó un taxi: así podría pasarse por la mercería para entretener un ratito a Petrita antes de salir arreando hacia el Flor.

Qué vida, Fofó, qué vida, se compadeció de sí mismo encendiendo un Bisonte, pero a la primera chupada se avergonzó de su hipocresía: Honorio tenía razón, ¿cuándo había vivido mejor? Allí estaba, en taxi como un burgués, en los dedos un Bisonte, con gabán nuevo y calcetines de lana, cinco kilos más en la cintura, dinero en el bolsillo para gastar, socio del Real Madrid y heredero universal de Martina ante notario. Y todo a cambio de acompañarla de vez en cuando a una función religiosa, de llevarla a que le dieran las corrientes cuando le molestaba la pierna y de merendar tortitas con nata cada dos por tres escuchando a la orquestina de damas del Café Flor. Claro que existía el problema de Petrita, pobrecita: cuando caía en la cuenta de que la anciana estaba cada día más vivaracha y pizpireta y ella más arrugada y deforme —y eso sucedía demasiado a menudo, aunque él hacía lo posible para que no se frecuntaran— Petrita se desbocaba y lo coceaba como una burra: «Yo aquí, aguantando mecha y tragando quina, y tú viviendo como un chulo, porque no me digas que no la chuleas», lo insultó la última vez que le dio el arrebató, al enterarse de que para celebrar los ochenta y cuatro primeros años de la vieja se habían ido a Lhardy a tomarse un caldito y una croqueta. Petrita tenía derecho a quejarse y a insultarlo, pero ¿qué podía hacer él si a Martina le estaba sentando tan divinamente aquello de tener un hombre en casa, aunque fuera más como hijo que como marido, o quizá precisamente por eso? ¿Cuándo se le hubiera ocurrido a una esposa normal, o sea, a la misma Petrita, decirle: «Te voy a apuntar al Real Madrid para que vayas al fútbol los domingos, que aquí en casa te aburres jugando a la brisca»? Algunas noches, antes de dormirse con la tripa llena y una bolsa de agua caliente en los pies, Rodolfo se devanaba los sesos intentando encontrarle a aquel problema —¡el único que le complicaba la vida!— una solución, y hasta llegó a soñar una, muy satisfactoria por cierto, pero hartó improbable: Dimas le hacía los pies a Petrita, Petrita se enamoraba de Dimas, la pareja se casaba, con el dinero de una quiniela de trece resultados se mudaban a la calle de Serrano, el callista abría un gabinete de podiatra, y Rodolfo no los volvía a ver en su vida. Porque Dimas se había convertido en otro incordio: con la historia de que Rodolfo le debía su fortuna, el callista ya le adeudaba a doña Martina tres meses de pensión.

—Pero ¿por qué tienes que ir tú a la iglesia con ella? Que vaya con la criada, como iba antes, ¿no? —protestó Petrita, mordiendo su tajada de bacalao.

Rodolfo la había invitado a entrar en Casa Labra para endulzarle el hola y adiós con la especialidad de la casa.

—Ella lo hace para demostrarle al padre Gamellas que yo me porto bien —le explicó, paciente—. El padre Gamellas sigue obcecado con la idea de que soy un aventurero.

—Pues el padre Gamellas se podía ocupar de otras cosas. Porque a ver qué hago yo ahora, a las ocho de la tarde y sola como una ostra.

Rodolfo se jugó una carta peligrosa:

—Si quieres, puedes venir conmigo.

—Muy bonito, hombre. A la iglesia, a rezar la novena, puedo ir, pero a Lhardy, a tomar el caldo, no. Ni hablar. Además, ¿qué pensaría el padre Gamellas si me viera del brazo del marido de su beata?

—¿Qué tal tu hermana? —cambió de tema Rodolfo, escupiendo una espina del bacalao.

—Como siempre. No hay día que no me recuerde que yo me lo he buscado, y que si no fueras un calzonazos ya habrías echado al callista para meterme a mí en su habitación. Y en eso, perdona que te lo diga, tiene toda la razón.

Arrepentido de haber nombrado a Rosa, Rodolfo se defendió con el argumento de siempre:

—Te lo he explicado mil veces: a Dimas no hay quien lo eche, ha engatusado a Martina a base de tomarle la tensión a diario y de darle vitaminas al gato —pagó las dos raciones de bacalao frito y el vino, miró su reloj y cabeceó contrariado—. Si no nos damos prisa voy a llegar tarde. ¿Dónde vas?

—Adónde voy a ir. A casa.

—Venga, te acompaño hasta el metro.

—¡Andá, por poco hasta se me olvida!

—¿El qué?

Saliendo a Sol Petrita le comunicó la novedad: doña Magdalena, una clienta, le había hablado de una familia amiga suya que necesitaba una persona de confianza para cuidar de los niños; tenía que presentarse al día siguiente en la calle de Almagro, debía de ser gente muy rica. Si se ponía de acuerdo en el sueldo estaba dispuesta a meterse de niñera, sobre todo porque así podría largarse de la casa de su hermana, que entre las molestias del embarazo y una cosa y otra cada día estaba más inaguantable.

—Ah, pues me parece muy bien —se entusiasmó Rodolfo, imaginando que Petrita sólo saldría los jueves y los domingos, como las criadas. Pero inmediatamente disimuló su júbilo, temeroso de que ella le leyera el pensamiento—. Lo malo será que

no podrás salir todos los días.

—¿Y qué más da, si ahora estás de novenas un día sí y otro también?

Habían llegado a la boca del metro. Rodolfo asintió apesadumbrado:

—Eso también es verdad —le rozó la mejilla con los labios—. Bueno, pues hasta mañana. Ya me contarás.

La siguió con la mirada hasta que desapareció escaleras abajo. Luego, abriéndose paso entre el gentío, corrió hacia las tortitas con nata que pensaba tomarse como postre del bacalao.

Se veía que las señoritas del sexteto ponían el alma en la interpretación de aquella pieza tan sentimental y tan bonita, y doña Martina, que llevaba el compás con la cucharilla, le pidió a Maricruz:

—Cántamela, que me gusta mucho.

Maricruz suspiró, tristísima, y le cantó a la oreja en voz bajita:

*Almudena, mi Almudena,
no te vayas tú de aquí,
que él es duque y tú una pobre
violetera de Madrid...*

—Qué preciosidad de canción, ¿verdad, Rodolfo?

Rebañando el segundo plato de las tortitas Rodolfo asentía mientras pensaba que entre el bacalao, las tortitas y el café con leche no iba a tener ganas de cenar.

*A ese hombre lo hemos visto
con el Rey ir y venir,
con su sable y su plumero
y su capa carmesí...
Arroyo claro, fuente serena.
si te vas con el duque
pobre Almudena,
pobre Almudena...*

—Pobrecita, morirte tan joven —se compadeció la anciana. Y sin poderse contener cogió la mano de Rodolfo—: ¡Mira que si te murieras ahora, con lo bien que estamos! Porque, claro, como me he encariñado contigo como si fueras mi hijo, imagínate qué sufrimiento...

En la mesa de enfrente una rubia pechugona y pintadísima tomaba pipermin con un señor muy acatarrado que no dejaba de toser, y la rubia, a cada expectoración de su acompañante, le dedicaba a Rodolfo una mueca que valía por «¿Ha visto usted qué cruz la mía?».

—No diga bobadas, yo no me voy a morir —protestó Rodolfo, liberando su mano para poder seguir con las tortitas sin quitarle ojo a la rubia.

—Por cierto, hablando de la salud. A ver dónde he puesto el papel. Me han dicho que es un balneario muy bueno —doña Martina, que rebuscaba en su bolso, advirtió que Rodolfo no la escuchaba, y entornando los ojillos tras las gafas quiso saber, inquisitiva—: ¿A quién miras?

—No, nada, a nadie —para disimular su confusión Rodolfo encendió precipitadamente un Bisonte—. Es ese señor, el que está tosiendo; se parece mucho a

un cuñado de Honorio, el de mi oficina.

—Del señor no digo nada, pero ella no es trigo limpio —denunció Maricruz.

—Tú ten cuidado, hijo, que hay mucha lagarta —le previno la anciana dándole el impreso que acababa de sacar del bolso.

Rodolfo le echó una ojeada: «... bicarbonatadas cálcicas de débil mineralización... nitrogenadas y arsenicales... radiactivas... temperatura treinta y cuatro grados... reumatismo articular, catarros bronquiales y faringolaríngeos... neuralgias ciáticas, lumboilíacas y cervicobraquiales... excursiones a Calatayud, Monasterio de Piedra, ruinas de Numancia...».

—Y esto, ¿qué es? —preguntó estupefacto.

—Este verano nos vamos a ir a ese balneario a tomar las aguas, que son mano de santo para el reuma.

—Pero yo... —estuvo a punto de pretextar que él no era reumático, pero rectificó a tiempo—: Yo... tengo que trabajar.

—Digo cuando don Manuel te dé las vacaciones.

En una décima de segundo Rodolfo se imaginó diciéndole a Petrita: «Bueno, me voy con Martina de vacaciones» y en la décima siguiente vio a Petrita tirándose por el Viaducto.

—Es que... No sé, no creo que don Manuel nos dé vacaciones. Ahora, con lo de las palomitas, tendremos más trabajo.

—Ya hablaré yo con él. Anda, paga, que ya son las nueve.

Rodolfo pagó mientras Maricruz le ponía el abrigo a su señora, y ya hacia la puerta se interesó por la cena:

—¿Qué hay para cenar?

Maricruz estuvo a punto de romper a llorar:

—Pero ¿tiene usted hambre, después de empapuzarse de tortitas?

No tuvo Rodolfo que justificarse; lo hizo por él doña Martina:

—El señorito Rodolfo es de mucho comer y además está creciendo. Le vas a hacer unos macarrones con tomate, que le chiflan, y luego le fríes un filete de hígado, que tiene mucho hierro.

Bueno, yo no puedo mirar a las rubias y Petrita se tendrá que tirar del Viaducto un día u otro, pero la vida tiene sus compensaciones. Eso es lo que pensó Rodolfo mientras le cedía el paso a su mujer —en esta ocasión no le hizo ascos a la expresión—. Y ya en la calle, se acercó al bordillo, alzó la mano con mucho imperio y llamó:

—¡Taxi!

Aunque la vida había amojamado la conciencia de Rodolfo, de vez en cuando se encargaba de esponjársela un poco, y su propietario volvía a ser un animal moral capaz de distinguir el bien del mal e incluso de obrar rectamente si la cosa no exigía demasiado sacrificio.

Aquel domingo, después de una semana de no salir con Petrita, Rodolfo le dejó a Dimas su carnet de socio para que se fuera a ver al Real Madrid contra el Barcelona —un partido que según los periódicos iba a ser apasionante— y se dispuso a entretener el aburrimiento de su noviazgo en un cine de sesión continua o en los divanes de un café, las únicas opciones que la tarde del domingo le ofrecía. «Pero que no se entere Martina de que me pierdo el partido para salir con Petrita», le advirtió al callista. Porque la anciana no decía nada abiertamente contra ella, pero estaba claro que ya no la veía como a aquella joya a la que tanto alababa antes de la boda; en principio Rodolfo atribuyó el cambio a los celos, pero no tardó en comprender que se trataba de otra cosa, y muy halagüeña para él, por cierto: Petrita era una buena chica, pero él se merecía algo más. ¿Por qué, si no, había empezado a hablarle de los méritos de una tal María Antonia, una señorita de muy buena familia, funcionaria del Ministerio de Hacienda, destinada en la delegación de Guadalajara, y que además tenía estudios de piano? «Pero ¿cómo puede imaginar que yo estaría dispuesto a irme a vivir a Guadalajara?», comentó Rodolfo el caso con Dimas al darle el carnet. «Bueno, pero esa señorita, si es de tan buena familia, no querrá vivir aquí, donde no hay sitio ni para el piano», arguyó el callista, sin duda esperanzado con la idea de quedarse con el piso para él solo. Y Rodolfo, que le leyó el pensamiento, le paró los pies con el suyo: *Estás fresco. El día que se muera mi mujer* —y aquí, aunque sólo fuera mentalmente, se sintió marido de su patrona— *yo cumpliré con Petrita. Pero ¿en qué cabeza cabe que me case con una señorita con la que no tengo ningún compromiso, con lo bien que podría vivir de viudo?*

—Nada de cine y nada de café, esta tarde nos vamos a ir a bailar —le espetó Petrita cuando apareció, muy peinada y perfumada, en el portal de la casa en la que ya trabajaba como niñera.

—¿A bailar? —repitió Rodolfo, como si acabara de proponerle purgarse con aceite de ricino.

—Me han hablado de un sitio que está muy bien: Las Cuevas de Sésamo, se llama. Dicen que es una बात, como esas de París.

De jovencito Rodolfo se había asomado a un tugurio que pretendía ser academia de baile: en realidad, más que aprender a bailar, de lo que se trataba era de refregar un poco sus partes bajas con las de las profesoras: el aspirante a bailarín adquiría unos tikes, escogía pareja, le daba un tike a la escogida y durante dos o tres minutos y a los sonos de una gangosa música de gramola sacaba lo que podía de los obligados contactos físicos; naturalmente, no aprendió a bailar, y aunque en los comienzos de su relación con Petrita frecuentaron el Salamanca desistieron en seguida, un poco por los pisotones y mucho más porque Petrita se apartaba apenas sentía en la entrepierna la excitación de Rodolfo. *Y ahora que no me excitaría ni aunque se dejara, ¿vamos a ir a bailar?*, se preguntó a sí mismo. Y consciente y avergonzado de la grosería del planteamiento, lo enmascaró con el pretexto de su incapacidad:

—Es que a mí eso de bailar... Acuérdate cuando íbamos al Salamanca y te machacaba los pies.

—No seas soso. Lo vamos a pasar estupendamente. Aunque sólo sea por la novedad. Además, no hay que pagar entrada.

Con el pitillo colgando del labio inferior, un ojo guiñado para evitar el humo, un vaso sobre el piano y el aire de estar improvisando lo que tocaba, el pianista pretendía asemejarse a un personaje de película. Petrita pidió una cocacola y Rodolfo un coñac, e instalados en dos banquetas demasiado bajas, y por tanto incomodísimas, pasearon la mirada por los muros encalados y plagados de pinturas y de versos:

—Cosas de los existencialistas —comentó Petrita, al parecer enteradísima de los usos y costumbres del local.

—Pero aquí no lleva nadie barba —observó Rodolfo, desparramando la mirada por las parejas de gente joven abrazadas en la reducidísima pista.

—No. Los existencialistas vienen por la noche. Son todos artistas y poetas y cuando se emborrachan llenan las paredes con lo primero que se les ocurre. Me lo ha explicado la doncella de la señora, que viene mucho.

—Ah.

En su afán de vivir una tarde memorable Petrita mezcló su cocacola con el coñac de Rodolfo y repartió el brebaje:

—Chinchín.

Y tras el brindis, le explicó a Rodolfo lo bien que se encontraba en su nuevo

empleo: la señora era buenísima, los niños muy ricos y el señor un hombre de negocios; comer se comía estupendamente y Petrita dormía en una cama para ella sola en una habitación que compartía únicamente con la doncella, una chica de un pueblo de Toledo, muy simpática ella; lo único malo era que la obligaban a llevar uniforme de niñera y eso a Petrita le daba vergüenza porque al fin y al cabo una niñera —una nurse, que decía la señora— no dejaba de ser una criada. Bueno, ¿bailaban o no bailaban?

—Venga.

Cuando Petrita acabó de estirarse la faja Rodolfo la enlazó, y mientras él remedaba los movimientos de las otras parejas, Petrita se dedicó a envidiarlas, tan jóvenes, tan enamoradas, las chicas con la cabeza apoyada en el pecho de los chicos, los ojos cerrados y los labios distendidos en una sonrisa de felicidad; los chicos abrazándolas contra su corazón, besándolas en las orejas, en el cuello, en las mejillas...

—¿Qué te pasa?

Las lágrimas resbalaban por las de Petrita:

—Debimos casarnos entonces, cuando nos conocimos. Aunque hubiéramos tenido que vivir en una chabola.

Cerró los ojos, apoyó la cabeza en el pecho de Rodolfo y sollozó. Rodolfo, enternecido, la besó en la cabeza.

—También yo lo he pensado alguna vez.

—¿De verdad? ¿Me quieres? —preguntó Petrita.

—¿No lo ves? —respondió Rodolfo, a punto de romper a llorar también él.

A Dimas le habían confiscado el carnet a la entrada del campo.

—¿Y ahora qué hago? —se angustió Rodolfo.

—Mañana vas y dices que lo habías perdido.

—¿Quién ha ganado?

—El Madrid.

—Menos mal. Porque con el domingo que llevo, ni ganas de cenar tengo.

Cosa notable: por primera vez en su vida, Rodolfo no tenía ganas de cenar.

—Pues la señora tampoco ha cenado —intervino Maricruz, tan quejumbrosa como de costumbre—. Ha cogido un frío en el costado, la pobre.

—Ya la he auscultado —el callista, que pinchaba una albóndiga, torció el gesto—. No me gusta ni un pelo. Para mí, pulmonía doble.

Lo único que me faltaba, que se muriera, pensó Rodolfo, que dejó la mesa para dirigirse al dormitorio de la anciana.

—¿Eres tú, hijo?

—Me ha dicho Maricruz que no se encontraba bien...

—No le hagas caso —le cogió las manos—. Nada, que me he quedado pasmada en la iglesia. ¿Qué tal el partido?

—Ha ganado el Madrid.

—Mira qué bien. ¿Estás contento?

—Mucho, mucho —le ajustó el embozo—. Ea, tápese bien y a sudar.

—Sí, hijo. Que descanses.

En la cocina Dimas se comía el plátano del postre.

—Habría que llamar al médico —propuso Rodolfo de vuelta a la cocina.

—Me parece muy bien, así pasamos consulta —aprobó el callista—. Otra cosa: la burra de tu novia, ¿sabe o no sabe que muerta la vieja la mitad del piso es mía?

—Pero ¿cómo puedes pensar en eso? —protestó Rodolfo.

—El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Aquella noche Rodolfo tuvo una pesadilla: se vio a sí mismo detrás del mostrador de una tintorería, la puerta se abría y oleadas de prendas de vestir de todos los colores del arco iris anegaban el local; la ropa lo sofocaba, él pedía auxilio, y una voz le ordenaba: «¡Tíñelo todo de negro!». La ropa ennegrecía como por arte de magia e inmediatamente llegaba Martina a recogerla. «Pero ¿quién se ha muerto?», preguntaba Rodolfo. Y la anciana, en lugar de responderle, se reía, se reía: «Ji, ji, ji...».

—Nos enterraré a todos —sentenció Petrita cuando Rodolfo, la mañana del Jueves Santo, le comunicó que la anciana estaba fuera de peligro: se habían citado en el Retiro porque los niños querían ver a los animales de la Casa de Fieras.

—No, eso no —se apresuró Rodolfo a animarla, temiendo su reacción—. Ha pegado un bajón tremendo. Ni se levanta. Según el médico, ahora la cosa es del corazón.

—¡Ja! —graznó Petrita—. Y mientras tanto, yo, vestida de criada y tú estrenando gabardina. Otro regalito, ¿no?

Sí. Un regalo de la convaleciente: «Como me has cuidado tan bien durante la enfermedad, vete a Gabardinas Butragueño y cómprate una, que la primavera en Madrid es muy traicionera», eso le había dicho, poniéndole en la mano unos billetes.

—¿Y qué querías que hiciera, que la rechazara? —se defendió, irritado por el retintín de Petrita, mientras Gonzalito, el niño mayor, lo arrastraba hacia la jaula de las hienas para ver si era verdad que se reían.

—Yo no quiero nada —arguyó ella, siguiéndolos con Covadonga, la niña, en los brazos—. Pero ¿sabes cuántos años he cumplido ayer? ¡Cuarenta y dos! Y lo malo no es eso: lo malo es que ni te has acordado.

La cagamos, admitió Rodolfo para su capote. Y protestó con la vehemencia del embustero:

—¿Cómo no me voy a acordar? Lo que pasa es que... o sea... no te lo quería decir, era una sorpresa, pero es que en la joyería no me la han tenido a tiempo... Una pulsera; fui ayer pero no la habían grabado.

El niño pretendía tirarles piedras a las hienas, la niña lloriqueaba y Petrita bufaba; en medio de tanta confusión Rodolfo pensó que tendría que sacarle un extra a Martina para comprar la pulsera y grabarle algo bonito. Pero ¿qué se le podía decir, de bonito, a una novia después de catorce años de relaciones?

—No sé si creerte —Petrita lo miró recelosa—. ¿Y qué has puesto?

Aburrido de la seriedad de las hienas Gonzalito tiraba de la mano de Rodolfo hacia el elefante, explicándole, pesadísimo, que si se le daba al elefante una peseta el elefante la cogía con la trompa; mientras el niño se lo contaba Rodolfo pudo inventarse algo sobre la marcha:

—Es un secreto... pero... pero te lo voy a decir... He dicho que pongan «Con todo mi amor». Y la fecha.

La respuesta sosegó a Petrita, al menos de momento, y durante un rato fueron testigos del timo que su cuidador le daba al elefante; al menos eso es lo que comentó un señor que debía de ser de la Sociedad Protectora de Animales:

—Menudo timo. Usted le da la moneda al elefante, el elefante se la da al guarda, y el tío se guarda la peseta y le da al animalito un cacahuete.

—Bueno, a lo mejor han formado una sociedad —bromeó Rodolfo, defendiendo

sus bolsillos de la rapacidad de Gonzalito, que pretendía sacarle la peseta.

—Ya me gustaría a mí ser el elefante —el probable miembro de la Sociedad Protectora de Animales no admitía bromas—. ¡Menuda trompada le iba a dar! Es que no hay derecho, hombre.

—No, no, si tiene usted razón. Porque con una peseta se puede comprar un montón de cacahuetes.

En este momento Petrita pasó de los bufidos al bramido y con el aire de sentirse ofendidísima echó a andar, muy tiesa.

—Pero ¿qué he hecho? —corrió tras ella Rodolfo después de liberarse bruscamente del niño, que empezó a berrear amenazando con decirle a su mamá que el novio de Petrita le había pegado.

—¡O sea, que salimos juntos de Pascuas a Ramos —clamó Petrita— y te pones a hablar con cualquiera menos conmigo y encima le pegas al niño!

Rodolfo se apresuró a sacar una peseta, se la dio a la criatura e intentó calmar a Petrita:

—Mujer, ese señor me estaba diciendo que el elefante...

—O sea, que te importa más el elefante que yo —Gonzalito corría hacia el elefante y Covadonga quería hacer pis—. Dios mío, qué cruz, qué cruz... Anda, vete por el niño, no se vaya a perder, que yo tengo que poner a mear a ésta.

Pero ¿por qué tiene que ser fiesta el Jueves Santo? ¿No se ha muerto Dios? Pues si se ha muerto no es para celebrarlo. Si no fuera fiesta yo estaría en la oficina tan ricamente, empaquetando palomitas y riéndole los chistes a Honorio.

—Ahora quiero ir a los osos polares, que si te cogen te matan con las zarpas —exigió Gonzalito, después de ver cómo el elefante le daba la peseta a su cuidador.

Los osos lucían sus habilidades ante un corro de curiosos: un tipo muy de pueblo —boina, traje de pana y alforjas al hombro— sacaba de las alforjas trozos de pan, se los echaba a los osos y los animalitos, erguidos sobre las patas traseras, los cogían en el aire con la boca.

—Tenga cuidado, a ver si saltan y se comen a la criatura —le advirtió a Rodolfo una señora al ver que sentaba a Gonzalito en la barandilla que rodeaba el foso.

—No se preocupe, está todo calculado.

—No se fíe usted —le aconsejó uno de los curiosos—. Estos animales son plantígrados y para pasar de témpano a témpano pegan saltos de quince y veinte metros.

—Bueno, pero eso será en el Polo. Aquí no hay témpanos.

Gonzalito le interrumpió para pedirle pan: él también quería echárselo a los osos.

—Gonzalito, que yo no tengo pan.

—Pues les echo el sombrero.

Y quitándoselo de la cabeza, lo arrojó al foso.

A la mañana siguiente Rodolfo se confió con Dimas en busca de una idea para financiar la compra de la pulsera que le había prometido a Petrita, y el callista, que llevaba meses escudriñando en secreto todos los rincones, muebles, recovecos, agujeros y grietas del piso en busca de los ahorros de doña Martina, se la dio:

—Es muy sencillo. Como marido, y no existiendo en el matrimonio la separación de bienes, tienes todo el derecho del mundo no sólo a que te diga dónde esconde la cartilla, sino también a disponer de su saldo. Reclámasela, y listo.

—Ni hablar.

—Muy bien. ¿Y si la hipnotizo y se lo saco?

—Pero ¿cómo la vas a hipnotizar?

—Pases magnéticos —adelantó las manos y mimó lo que decía—. Le paso la mano por la frente y el fluido astral le llega al cerebro a través del cráneo.

En principio Rodolfo se inhibió, pero como Dimas le juró por lo más sagrado que la vieja no correría ningún peligro, al final lo acompañó al dormitorio:

—¿Quién es, quién es? —preguntó doña Martina.

Dimas le dio un codazo a Rodolfo, cediéndole la palabra.

—Soy yo, Martina. ¿Qué tal está?

—Ah, eres tú, hijo... Me había quedado un poco traspuesta.

—He entrado a... a despedirme, me voy a la oficina.

—Pero ¿no es Viernes Santo?

—Es que... es que estamos con el balance —enmendó su metedura de pata.

—Ah. ¿Te ha limpiado Maricruz los zapatos?

—Sí, sí, mire —levantó una pierna para demostrarlo.

—Eso, que te los limpie ella. Así no vas al limpiabotas, que los limpiabotas les echan ácido.

Dimas, impaciente, apartó a Rodolfo, se sentó en el borde de la cama, le hizo una caricia al gato y le tomó el pulso a su dueña:

—Déjeme ver...

—¿Qué pasa, estoy peor? —se asustó la convaleciente.

—Está usted como una rosa. Pero le voy a hacer una prueba.

—Sí, señor.

Con los ojos saliéndosele de las órbitas, el polifacético callista fijó una mirada de loco en los de la anciana y empezó a darle los pases magnéticos:

—Tranquila... Relajada... Tiene usted sueño... Ahora se va a dormir... Ya se está durmiendo... Duerma... Duerma...

Los párpados de doña Martina se fueron bajando dulcemente, y Dimas, tras guiñarle un ojo a Rodolfo, se sacó de la tripa una voz de ultratumba:

—Ya se ha dormido... Ya no siente nada... Pero hay una cosa que le preocupa... Lo que la desazona es que no le ha dicho a su marido dónde está la cartilla...

La anciana ya estaba roncando. Y claro, no contestó.

Honorio vivía pasada la Plaza de Toros en un entresuelo de una bocacalle de la carretera de Aragón abierta entre casitas de dos y tres pisos y solares abandonados. Cuando Rodolfo, fracasado Dimas en su intento de descubrir dónde se escondía la dichosa cartilla de ahorros, llegó al hogar de su compañero de oficina con la esperanza de que le hiciera un préstamo, encontró al exseminarista en camiseta y calzoncillo, un gorro de papel de periódico en la cabeza, pintándole una cenefa azul al pasillo mientras Angustias, su mujer, gorda, pizpireta y hacendosa, tendía unas sábanas en el patio, repartía fragorosos besos y cariñosos sopapos entre su prole, vigilaba la cocción de un arroz con conejo —todo a la vez— y por si esto fuera poco amenizaba sus idas y venidas cantando por alegrías...

*Con las balas que tiran
esos cabrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones...*

—Coño, Gómez. ¿Qué te trae por aquí?

Subyugado por aquel cuadro familiar Rodolfo olvidó por un momento su objetivo: se hubiera cambiado por Honorio sin pensárselo dos veces. Pero volvió a la dura realidad de la vida para exponerle su problema, y Honorio, disculpándose por no estar en fondos, le ofreció una pulserita de plata de su mujer —ya se la pagaría cuando heredara de la vieja— y además le invitó a comer el arroz con conejo, porque en aquella casa se comía carne los días de vigilia:

—Uno tiene que ser fiel a sus convicciones.

La pulsera era muy bonita —no tenía grabado nada, pero eso no tenía importancia— y el arroz y el conejo estaban buenísimos; por si todo esto fuera poco, a los postres apareció una prima de Angustias que llegaba directamente de Sanlúcar de Barrameda con una cara de Romero de Torres —pero en alegre, aunque se llamaba Dolorcitas—, un cuerpo que le reventaba el vestidito y una guitarra colgada del hombro.

A Rodolfo se le alborotó el corazón apenas la vio entrar por la puerta, cosa que no le sucedía desde la lejana tarde en que conoció a Petrita jugando al balonvolea, y Honorio, que advirtió su conmoción, le pidió a aquel pedazo de chiquilla que luciera sus habilidades:

—¿Has visto qué pedazo de chiquilla? —ponderó, alcahuete. Y la animó—: Demuéstrale aquí, a Gómez, lo que es canela fina.

Dolorcitas sacó de la maleta la botella de manzanilla que le traía a Angustias como recuerdo de su tierra natal, tiró de guitarra, y a los dos minutos la cocina era un tablao flamenco: Dolorcitas rasgueaba el instrumento, Angustias cantaba y Honorio

hacía palmas:

—¡Olé! ¡Arsa pilili!

Enamorado perdido —y sin esperanza— de la esplendorosa criatura, Rodolfo no pudo resistir tanta infelicidad y se fue al retrete a llorar su desconsuelo; llorando estaba, al menos con la imaginación, cuando una voz airada le hizo salir al pasillo:

—¡Se le va a caer a usted el pelo!

Era un penitente, con el capirote en una mano y unas cadenas en las manos, quien amenazaba a Honorio con denunciarlo a la policía: camino a la procesión en la que iba a desfilar descalzo y arrastrando las cadenas había oído el alboroto que salía del entresuelo, alboroto que consideraba una profanación de la santidad del día.

—Perdone, pero está usted en un error —Honorio encaraba al penitente con su mejor y más untuoso aire sacristanesco—. Aquí, de juerga, nada. Aquí lo que pasa es que esta señorita, prima de mi señora, acaba de llegar de Sanlúcar de Barrameda para cantar unas saetas en la Puerta del Sol y estaba probándose la voz.

O el penitente no tenía buen oído, o era completamente lego en materia de cantes flamencos; el caso es que se quedó desconcertado. Y Honorio se creció:

—¿Sabe usted latín? Si sabe latín se lo digo en latín, porque un servidor de usted y hermano en el Señor —se llevó la mano al pecho— se pasó ocho años en el seminario, y si no cantó misa fue debido a una grave enfermedad nerviosa. Pero la vocación, intacta, caballero.

El caballero se disculpó y a Honorio sólo le faltó darle la absolución; luego, tras cerrar la puerta, pretendió que siguiera la fiesta —eso sí, cantando bajito—, pero Dolorcitas ya había metido la guitarra en su estuche: tenía una cita con un chico de Chiclana que estaba haciendo la milicia universitaria y que le iba a hablar a un amigo suyo, hijo de uno del cine, para ver si le daba un papel en una película.

—Pues ten cuidado —le advirtió Angustias— no sea que te deje embarazada antes de que afines la guitarra.

Dolorcitas se largó riéndose y a Rodolfo se le cayó el alma a los pies; sin molestarse en recogerla se despidió del matrimonio y bajó hacia el puente de las Ventas mientras atardecía uno de los viernes más tristes de su triste vida; las calles estaban vacías, a lo lejos ululaba un perro y en su cabeza seguía oyendo una de las coplas que había cantado Rocío:

*Yo no quiero vivir más,
ábrase la sepultura,
vivo me quiero enterrar.*

Sixto, que ahora tenía a su cargo el reparto del popcorn en bicicleta, había sido uniformado por don Manuel con una chaqueta blanca y un gorrito de heladero; la tarde en que Maricruz telefoneó para avisarle a Rodolfo de que a doña Martina le estaban dando el viático, Sixto acababa de regresar del reparto oliendo a vino y con unas manchas violáceas en la chaqueta, y don Manuel lo estaba poniendo verde:

—¡Usted sin uniforme no es nadie! ¡El uniforme es lo que le da personalidad! Y mire, ¡mire cómo me lo ha puesto de vino! ¡Mañana que venga su madre! ¡Y abróchese la bragueta, imbécil!

Fue en ese momento cuando sonó el teléfono. Lo descolgó la señorita Avelina, que le pasó el auricular a Rodolfo:

—Para usted, Gómez.

Don Manuel no le dio tiempo a cogerlo: arrancándolo de la mano de la mecanógrafa se lo llevó a la oreja y comenzó a vociferar:

—¡Señora, basta ya! ¡Esto es un abuso! ¡Ya está bien de recaditos! ¿No le da vergüenza, a su edad? ¡Deje en paz a su marido... o lo que sea... que no se lo van a comer! ¿Me oye? ¿Me oye usted?

Pero de pronto cambió de cara, asintió varias veces y tras colgar el aparato se dirigió a Rodolfo, que no se atrevía ni a levantar la mirada de sus papeles:

—Perdóneme, Gómez, pero es que me ha cogido de sorpresa... Era la criada... Parece que... O sea... En fin, que su mujer se muere... Le están dando el viático... En fin: era lo que se esperaba...

Rodolfo se puso en pie. Y en pie se quedó, sin saber qué hacer ni qué decir, porque a su jefe le costó lo suyo autorizarle a dejar la oficina:

—Con el trabajo que tenemos... Pero, claro, una muerte siempre es una muerte... de manera que... en fin... ande, ande, váyase a casa.

Honorio lo abrazó y le palmeó la espalda con el aire de ir a decirle «¡Valor, Gómez!» o algo parecido, pero lo que le susurró a la oreja fue:

—¡Ya tienes piso, ladrón!

La señorita Avelina le ofreció la mano y se condolió, con un mohín de asco:

—Le acompaño en el sentimiento.

El mentecato de Sixto se llevó la mano al gorrito y saludó, muy marcial:

—¡Viva la muerte!

Rodolfo salió de la oficina con los aires de un sonámbulo y como un sonámbulo se encaminó a la parada del autobús: el desgraciado no acababa de deglutir la noticia, la sentía en la boca como un bocado mal masticado y arduo de tragar; cuando por fin la mandó abajo a fuerza de saliva, y comprendió que lo primero era llamar a Petrita, los ojos se le llenaron de lágrimas —cosa que no le había sucedido desde que en el servicio militar un sargento se cagó en su madre— y ya en la parada, mientras se preguntaba si lloraba su viudedad o su próxima boda, alzó la mano en demanda de un

taxi.

—Nada, de repente —le explicó la atribulada Maricruz a Rodolfo, precediéndolo hacia el dormitorio—, estaba la señora tan pancha en la cocina, comiéndose una torrija con Teo, y de pronto le ha dado el hipo, ha revirado los ojos, y el gato, que ha debido de oler a la muerte, ha soltado un bufido y se ha tirado por la ventana del patio, que hay que ver el conocimiento que tienen los animales y el cariño que le cogen a las personas... Así que he dejado la plancha, porque yo estaba planchando y sola en casa, que no sé si sabe que don Dimas se ha ido esta mañana temprano a llevarle un braguero a un cliente suyo que vive en un pueblo de Toledo y no se puede mover de grande que tiene la potra, y he salido disparada a buscar al cura y al médico, pero con los nervios se me ha olvidado avisarle a usted, menos mal que el padre Gamellas ha empezado a despotricar por no verlo en casa en un momento así, con la señora recibiendo la extremaunción, y yo entonces he caído en la cuenta y ha sido cuando le he llamado...

El dormitorio estaba en penumbra, las maderas del balcón cerradas y la llamita de una mariposa temblaba sobre la cómoda; doña Martina, que no hacía casi bulto bajo las sábanas, tenía los ojos cerrados y al respirar producía unos ruidos que iban y venían del silbido al ronquido. *Debe tener una flema*, pensó Rodolfo, e inmediatamente se sonrojó, consciente de que no sentía ni dolor ni tristeza ni nada de lo que se suponía debería haber sentido en aquel trance; al contrario, lo único que creyó sentir fue una vaga incomodidad, como si le contrariara haber encontrado a la anciana todavía con vida.

—Dígale algo, que a lo mejor le oye —le sugirió la criada, hablándole a la oreja.

¿Y qué le iba a decir, si el pensamiento se le había ido a Teo? ¿Cómo era posible que un gato, una bestia, renunciara a la vida al perder a su ama, y él, un hombre, un ser racional, siguiera allí, insensible como una piedra, delante de la que todavía era su esposa?

—Se habrá desnucado.

Maricruz, sorprendida, dejó de lloriquear.

—¿Quién?

Rodolfo no creyó oportuno confesarle que estaba más preocupado por la probable muerte del gato que por la evidente agonía de su dueña, y se apresuró a inclinarse sobre la almohada:

—Martina... Ya estoy aquí.

Visto que su señora no reaccionaba a la voz, la criada le sacó una mano de entre las sábanas y se la entregó a Rodolfo:

—Cójasela, a ver si con el calor...

La mano estaba helada y a Rodolfo le dio un repelús, pero atendiendo a la orden de Maricruz la apretó mientras la cabeza se le volvía a ir de allí, ahora a Petrita: *He hecho mal avisándole; debía haber esperado a que la enterraran*: la había

telefoneado desde el Bar Tolomé antes de subir a casa y la doncella que cogió el teléfono le informó de que Petrita estaba en el Circo Price con los niños, en la sesión infantil: «En cuanto vuelva se lo diré». *A ver si se le olvida, porque cualquiera sabe lo que puede pasar si esa burra se presenta aquí...*

—Martina... Soy yo —consiguió decir, apartando de su imaginación la visión de Petrita irrumpiendo en el piso con la maleta en la mano y dispuesta a poner en la calle a Dimas y Teo. Bueno, al gato ya no, recordó, pero Dimas... ¿Qué podía pasar cuando Petrita lo echara y el callista tirara de aquel papel firmado en mala hora y en el que le cedió la mitad del piso?

Maricruz cabeceaba, pesimista:

—Pobrecita mía, está ya más muerta que viva —dijo, haciéndose cargo de la mano que Rodolfo mantenía entre las suyas—: Mejor que salga usted, señorito, que la voy a lavar.

—¿Para qué?

—Tengo que lavarla antes de ponerle el hábito.

—¿Qué hábito?

Entre hipos y sollozos la doméstica remedó a su señora:

—«Cuando me muera me lavas con colonia, me peinas y me pones el hábito, que no quiero presentarme de trapillo ante la Divina Providencia». Eso me tenía dicho.

El pedernal que Rodolfo tenía en el pecho se enterneció:

—Pero ¡si no se ha muerto! —pudo balbucear, acongojado.

—¡Es que yo, señorito... —Maricruz rompió de nuevo a llorar mientras sacaba del armario un hábito color chocolate—, es que yo les tengo mucho respeto a los muertos!

Ya en el pasillo Rodolfo pensó que debería haberle dicho que dejara en paz a la anciana mientras estuviera viva, o mejor, que ya se encargaría él de lavarla y de vestirla una vez que hubiese muerto, pero preocupadísimo por el uso que Dimas podría hacer del papel que lo acreditaba como inquilino de medio piso corrió a su consulta con la idea de localizar y destruir el peligrosísimo documento.

Lo que Dimas llamaba pomposamente «archivo» consistía en unas pilas de cajas de zapatos en las que guardaba sin orden ni concierto recortes de periódico, fichas de clientes, billetes de tranvía, prospectos de medicinas, multas, fotos personales, facturas, programas de cine, documentos, décimos de lotería, cartas y cualquier otro papel que hubiera pasado por sus manos; cada vez que metía algo en las cajas decía, muy serio: «Un día ordeno el archivo y escribo mis memorias» —ya tenía título, *Dimas y directes*— y según él de ellas se podrían sacar diez o doce películas.

Aunque Rodolfo hubiera dado un ojo de la cara por encontrar el papel, apenas abrió la segunda caja se le fue el santo al cielo al echarle una ojeada a una carta datada veinte años atrás y firmada por una tal Fuencisla: en una letra grande, desmañada y plagada de faltas de ortografía la firmante acusaba a Dimas de haberle quitado la honra, un cerdo ya criado, dos docenas de gallinas ponedoras y un rebaño

de ovejas, y le amenazaba con presentarse en Madrid con don Marcelino el párroco y con el hacha de partir la leña; Rodolfo no pudo enterarse del empleo que Fuencisla iba a hacer del párroco y del hacha, porque cuando iba a leer la otra cara de la carta oyó girar una llave en la puerta del piso y salió al encuentro del callista, que ya sabía por la portera lo sucedido:

—Todo llega en este mundo, Gómez. Y mira —alzó el pollo que traía cogido por las patas—: Esta noche, pollo.

—Dimas, ¡que no es como para celebrarlo!

—No, si es que me lo ha regalado el tío de la potra, que se ha quedado encantado con el braguero —y rumbo a la habitación de la moribunda invitó a Rodolfo a tectar el pollo—. Toca, toca, parece un capón. Mira qué mantecas.

Maricruz, que ya debía de haber lavado a doña Martina, la tenía sentada en la cama en equilibrio inestable y pugnaba por meterle el hábito por la cabeza:

—Déjame a mí —la apartó el callista. Y exigió—: Venga, unas tijeras, un cuchillo, lo que sea.

—¡Santísima Virgen del Pilar de Zaragoza! —se espantó Maricruz.

—Pero ¿qué vas a hacer? —tembló Rodolfo.

Dimas era un hombre expeditivo, pero no pretendía acelerar el tránsito de la moribunda; lo único que quería era darle un corte longitudinal al sayal:

—Mucho más fácil envolverla que vestirla.

Y en espera de que Maricruz aportara la herramienta le tomó el pulso a la anciana durante unos segundos y se extrañó de que el doctor Apellániz no hubiera dejado firmado el certificado de defunción: ganas de perder el tiempo en idas y venidas, porque la cosa estaba vista para sentencia.

—Las tijeras —lloriqueó Maricruz, entregándole las de limpiar el pescado.

—Abre ese balcón, que aquí, entre el olor a vieja y la colonia, no hay quien respire. Y toma —le entregó el pollo—: Mátalo y lo pones para la cena.

Rasgado de arriba abajo el hábito, Dimas procedió a envolver a la moribunda y tornó al tema del certificado de defunción: lo primero que tenían que hacer era enviárselo al casero en carta certificada y con acuse de recibo para pedirle que en lo sucesivo extendiera los recibos del alquiler a nombre de don Rodolfo Gómez, viudo de doña Martina Torralba. En cuando al dormitorio —lo abarcó con un gesto— de acuerdo con su contrato se lo quedaría para él: andaba en tratos para fabricar un crecepelo que lo iba a hacer rico —ya tenía el nombre: Pelifort—, y necesitaba sitio para instalar el laboratorio:

—Por cierto —Dimas, que ataba el hábito con el cordón, se volvió—, si quieres entrar en el negocio como socio capitalista, yo encantado...

—Oye... —Rodolfo tragó saliva—. Ese papel, el que te firmé...

No pudo seguir porque Maricruz, con el pollo recién decapitado en la mano, se asomó para anunciar, compungidísima:

—La señorita Petrita.

—La hiena ya ha olido la carroña —comentó el callista, con una risita.
Y Rodolfo, sintiendo que le fallaban los esfínteres, salió a enfrentarse con ella.

—Ni en Horcher —ponderaba Dimas tres horas después, cenando el pollo en pepitoria guisado por Petrita. Y previo un eructo la piropeó menospreciando a Rodolfo—: No te la mereces, Gómez.

Rodolfo no salía de su maravilla: tal como había temido, a Petrita le faltó el tiempo para, al volver del Price y recibir el recado que le dio la doncella, despedirse de su empleo y plantarse allí con la maleta, pero en lugar de entrar en el piso como el caballo de Atila —lo lógico, dado su carácter— no sólo fue capaz de superar o disimular el disgusto que le produjo saber que doña Martina seguía viva, sino que además se metió a cocinera y, lo más increíble, allí estaba, riéndole las gracias a Dimas y sin pensar en echarlo a la calle, que era lo que aterraba a Rodolfo, pues el callista habría respondido al despido con la reclamación de sus derechos de inquilino al cincuenta por ciento. De manera que se sirvió otro vaso de vino mientras Petrita correspondía a las galanterías de Dimas con una sonrisa:

—¿De verdad que le gusta cómo guiso?

—Bárbaro, el pollo estaba bárbaro.

—Muy bien —sin dejar de sonreír Petrita le disparó a quemarropa—: Pues es lo último que come usted en esta casa.

El escopetazo fue seguido de un silencio en el que durante unos segundos se pudo oír el gotear del grifo del fregadero y un apagado gemido de Rodolfo.

—No la comprendo —Dimas, desconcertado, se volvió hacia él—: ¿A qué viene eso?

—Viene a que mañana coge sus cosas...

—Petrita, no es momento de... —intentó interrumpirla Rodolfo.

—... Porque mañana se cierra esta pensión —terminó su frase Petrita, sin dejar de sonreír.

El frutero con los plátanos del postre se le cayó al suelo a Maricruz.

—Un momento, un momento —Dimas se sonó las narices en la servilleta, y luego, con gesto teatral, sacó del bolsillo interior de su chaqueta la cartera.

—No, Dimas —imploró Rodolfo, que vio lo que se le venía encima—. ¡Por favor!

Indiferente a la súplica, el callista extrajo de la cartera un papel:

—Señorita: me alegro mucho de que haya usted tomado esa decisión —le tendió el papel y siguió, con la misma sorna—. Tampoco a mí me conviene mantener abierta la pensión. Por favor, lea.

Petrita frunció el ceño y se dispuso a leer:

—¡No vale —protestó Rodolfo, pueril—, ese papel no vale!

—Ese papel va a misa —sentenció Dimas mientras encendía un farías. Luego, envolviendo a Rodolfo en humo, lo insultó—: ¡Calzonazos!

—Estupendo... —Petrita había recuperado la sonrisa después de leer el papel—:

Así que según este papel la mitad de este piso es suyo. Pues mire... —se metió el papel en la boca—. ¡Ya no lo es!

Y lo engulló mientras Dimas pretendía recuperarlo:

—Deme... Yo la denuncio... —y trató de meterle la mano en la boca—. Maricruz, tú eres testigop... ¡Ayyyyy!

Petrita le había agarrado la mano como si fuera un bocadillo y acababa de morderle, con saña, el índice, el medio, el anular y el meñique; luego, mientras el lacerado callista los sacudía en el aire amenazándola con llevarla a los tribunales, bebió un sorbo de agua para empujar la celulosa y remachó:

—Se lo advierto: o mañana se va usted por las buenas, o llamo a mi cuñado, que es guardia, y se va usted por las malas.

Liquidada la cuestión del callista Petrita había salido de la cocina con la cabeza muy alta, y seguida por su amilanado prometido se lanzó a inspeccionar muebles, suelos, cortinas, techos, estantes y cajones encadenando las protestas, condenas y lamentaciones reprimidas durante el par de horas que llevaba en la casa:

—Bueno, yo no sé cómo vamos a vivir aquí, porque esto es una pocilga con este olor a gato y a vieja que lo impregna todo, menuda cocina, tiene más mierda que el palo de un gallinero, oye, y a ver si me explicas a santo de qué tenías tú que cederle la mitad del piso a ese degenerado, cuántas veces te he dicho que es un degenerado, mucho hablar del pollo, pero no me quitaba los ojos de los pechos, mira este pasillo, con todos los mosaicos rotos y con esas goteras, aquí hay que hacer obras, con lo bien que estaba yo de niñera, que la señora ya me quería como a una hija y los niños me adoraban, valía más mi cuarto que todo este piso, que te entraba el sol por las mañanas que era un primor, aquí el sol no debe de entrar ni en agosto y si entra será peor, porque siendo el último piso menudo horno, ah, aquí está el famoso comedor y los muebles de caoba, ni caoba ni nada y además tienen carcoma, mira qué vajilla, toda desportillada, y la soper, dónde está la soper, nada, no hay soper, qué hago yo con una vajilla que no tiene soper, no sé qué prisa tenías en avisarme, podías haber esperado hasta después del entierro, porque a ver qué hago yo ahora, con mi hermana no puedo volver y aquí no me voy a quedar, ya me está dando el flato, debe de ser el papel, se me va a indigestar, ya lo verás, qué retrete, aquí da asco hasta hacer del cuerpo, lo que te digo, tenemos que meternos en obras, pero para eso tenemos que encontrar la cartilla de ahorros, eso si no le ha echado el guante el canalla del callista, que es capaz de todo, y tú, infeliz, firmándole ese papel, si no fuera por mí te comerían por los pies, que pareces tonto, claro que también ha podido ser la bruja de la criada, yo no me fío un pelo de nadie, a ver cómo adecentamos el piso si no tenemos dinero... Venga, vamos a registrar su cuarto...

—Pero... ¿no puedes esperar? ¿Cómo vas a registrar, con ella en la cama?

—Pues registrando, que pareces bobo.

Abrió Petrita la puerta y Rodolfo no dio crédito a sus ojos: Teo, a los pies de doña Martina, se dedicaba a lamerse los genitales.

—Pero, coño —susurró.

—¿Qué pasa? —Petrita encendió la lámpara del techo.

—El gato.

Se asomó al balcón en busca de una explicación razonable a la milagrosa resurrección del felino.

—O sea, que de suicidio, nada —resumió, volviéndose hacia Petrita.

—Nada —pareció ratificar Petrita. Pero Petrita ni lo había oído; acababa de vaciar en el suelo el contenido de los cajones de la cómoda y estaba metiendo las manos entre el colchón y el somier—: ¿Dónde ha podido esconder esa mujer la cartilla?

Y doña Martina abrió los ojos, y entre los silbidos y ronquidos de su penosa respiración informó con un hilito de voz:

—Detrás... Detrás del cuadro de papá...

Se volvieron hacia el retrato del catedrático, que parecía mirarlos más amenazador que nunca, pero Petrita, impávida, se plantó ante el cuadro, metió una mano por detrás del marco, tanteó unos segundos y la sacó con la cartilla entre los dedos:

—¡Aquí está!

Doña Martina asintió bajando los párpados, dobló el cuello y se murió con tanto sosiego y tranquilidad que ni siquiera el gato olió esta vez a la muerte.

Final

El cortejo fúnebre se reducía a don Manuel, Honorio y Dimas, que llevaba al gato metido en una cesta.

—No es cosa de darle la enhorabuena, pero... en fin —le dijo a Rodolfo su jefe dándole un medio abrazo.

—¿Qué te voy a decir? —le estrechó la mano su compañero de oficina.

Y se largaron hacia su trabajo. Quien no abandonó a Rodolfo fue Dimas:

—El que avisa no es traidor; te acompaño al cementerio y hablamos, porque si no nos ponemos de acuerdo os llevo a los tribunales.

Pero la sencilla ceremonia se complicó al aparecer Paco el guardia, que atravesaba la calle sorteando el tráfico:

—¡Rodolfo! Que dice Petrita que esperes, que ya viene.

Dimas miró a su alrededor, dispuesto a salir arreando, y Rodolfo preguntó a su futuro concuñado:

—Viene, ¿a qué?

—Hombre, no te va a dejar solo en un momento así.

Acollonado, el callista cambió de idea:

—Mejor que me vaya. ¡Acuérdate de lo que te he dicho!

—¿Nos vamos o no nos vamos? —preguntaba el cochero, la cabeza asomada a la ventanilla.

—Sí, sí, vámonos —le respondió Rodolfo, y se apresuró hacia el taxi.

Pero Paco se plantó ante el coche fúnebre:

—Usted, quieto hasta que lleguen mi señora y mi cuñada, que son del duelo.

—Yo no puedo eternizarme aquí, yo tengo un horario.

—Y yo tengo la autoridad. De manera que...

Rodolfo se dio la vuelta:

—¿Qué pasa?

—Aquí, el municipal, que no me deja arrancar.

Paco ya había sacado el talonario de las multas:

—Desacato a la autoridad.

Rodolfo desistió de intervenir en favor del cochero porque ya llegaba Petrita, muy peinada de peluquería y agitando las manos en el aire para secar el esmalte de las uñas, y tras ella venía Rosa repartiendo bofetadas entre su prole con encomiable equidad:

—Perdona, Fofó, pero es que no terminaban nunca —se disculpó Petrita. Y giró para que Rodolfo pudiera admirar la escarola que llevaba en la cabeza—. Me he hecho la permanente. ¿Te gusta?

Rodolfo no pudo opinar porque Petrita siguió, ahora hacia su hermana:

—Hazme un favor. Como quiero pasarme por Galerías Preciados al volver del cementerio, te vas al mercado —abrió el bolso y le dio un billete— y compras algo

para comer, no sé, una buena coliflor, judías verdes, acelgas, lo que sea, y unas chulecitas de cordero, que a Fofó le gustan mucho. Ah, y si te sobra dinero les traes a los niños unos petisús.

—Petrita, por favor... —consiguió decir Rodolfo.

—Es que es el último día de las rebajas en Galerías y así aprovechamos... —se justificó Petrita, y sin dejar de aletear con las manos estiró el cuello, los labios fruncidos para el beso—. Un besito, rey mío.

—Paso, que mancho.

Un hércules de blusón blanco que llevaba a la espalda una ternera abierta en canal cruzó entre ellos hacia la carnicería de la esquina.

—Qué barbaridad, un poco de respeto, ¿no? —protestó Petrita. Y tras besar a Rodolfo en la mejilla arreó a sus sobrinos—. Hala, al taxi, al taxi.

Rodolfo intentó retenerlos:

—Pero ¿dónde van?

—Les hace mucha ilusión ir al cementerio —explicó su madre—. Es que no han estado nunca.

—Rosa, esto no es una excursión, ¡es un entierro!

—Venga, sube y déjate de hacerte el viudo inconsolable, que no es para tanto —le empujó Petrita.

Mientras los niños peleaban en el asiento trasero, Rodolfo, sumiso, entró en el delantero y le hizo sitio a Petrita, que le gritaba a Paco:

—¡Ya!

El municipal se hizo a un lado y en posición de firmes, la mano en la visera de la gorra, saludó al féretro cuando la carroza arrancó.

—¡Por fin! —suspiró Petrita, apretándose contra Rodolfo. Y le dijo al oído, mimosa—: Como ya nos podemos casar, esta noche, si quieres...

Carroza y taxi se perdían en el tráfico.

El cochecito



Aquella mañana don Anselmo Olmedillo, habitualmente un caballero tranquilo y sosegado, bajó las escaleras de su casa a tumba abierta. Se lo dijo el portero, que era muy aficionado al ciclismo:

—Eche el freno, que baja usted a tumba abierta.

—¡Como que voy al cementerio! —se rio de su propia gracia el señor Olmedillo, mostrándole el ramo de crisantemos que llevaba en la mano.

Como siempre, a más prisa más impedimentos. Justo ante su portal, en la calle Malasaña, unos obreros abrían una zanja, en la carnicería un camión descargaba terneras abiertas en canal, dos amas de casa ocupaban la estrecha acera hablando de lo caro que estaba todo, un barrendero estuvo a punto de hacerle dar un traspiés con su escoba, la castañera de la esquina había salido de su caseta para limpiar el hornillo y, para colmo, una fila de peones cargados con unos inodoros le cortaron el paso cuando ya iba a salir a la calle de Carranza.

—Qué puñeteros...

El jubilado —don Anselmo llevaba ya siete años viviendo una merecida jubilación de maestro de primera enseñanza— volvió a reír pese a sus prisas, divertido por la ocurrencia de los peones: con las tazas de retrete sobre los hombros, como si fueran cascos, y con trozos de tubería bajo el brazo a guisa de lanzas, marchaban silbando la musiquita de aquella película, cómo se llamaba, hombre, ah, sí, *La marcha sobre el río Kuai*, su hijo había llorado viéndola, claro que Carlos era un poco bestia, creía que la paz era sólo una pausa entre dos guerras y eso a don Anselmo lo encocoraba. El viejo maestro encontraba más digna la actitud de aquellos muchachos que hacían irrisión del heroísmo del coronel inglés y de la perversidad de los japoneses, las guerras eran siempre malas, incluso cuando las ganaban los buenos, y las películas bélicas un trampantojo para que los jóvenes hicieran el servicio militar convencidos de que...

—¿Me cruzan? ¡Crúcenme, crúcenme!

El ciego quería cruzar la glorieta. En principio don Anselmo se hizo el sueco — como se lo hacía todo cristo; ya no había civismo en el mundo— pero luego, avergonzado, retrocedió y lo tomó del brazo:

—Venga.

—Qué gentuza —fue la fórmula de cortesía que empleó el ciego, dejándose llevar, para expresar a la vez su gratitud y su mala leche. Que la tenía, como se vio en seguida: estaban en la mitad de la calle cuando cambió el semáforo, y el señor Olmedillo, aturdido por los golpes de claxon y de frenos, e incapaz de dominar al encabritado invidente, que avanzaba y retrocedía blasfemando por todo lo alto, lo abandonó a su suerte y huyó perseguido por sus insultos:

—¡Cabronazo, hijoputa, mamón, vuelve aquí si tienes cojones!

Nada, estaba visto que no se podía ser buena persona. Y encima, el maldito ciego,

con sus tropezones, le había descabezado la mitad de los crisantemos, pero claro, no era cosa de volver a la floristería. Su amigo Lucas, con el genio que tenía, debía de estar bramando por su tardanza; la verdad es que a veces el jubilado se preguntaba cómo podía seguir siendo amigo de aquel lechero cascarrabias, no había en el mundo dos caracteres más opuestos, él era de natural plácido y tolerante, tenía una cultura y amaba la pulcritud y el orden; Lucas olía a vacas que apestaba, era cerril como un mulo, y con su cara de vinagre se subía a la parra con el menor pretexto, aunque había que reconocer que no le faltaban motivos de amargura. En la guerra le habían fusilado a un hijo y desde hacía tres años vivía en una silla de ruedas...

—¡Cuidado, que mancho!

El motocarro estuvo a punto de llevarse por delante a don Anselmo cuando cruzaba Cardenal Cisneros; por fortuna todavía andaba bien de reflejos y saltó hacia atrás como impulsado por un resorte; lo malo fue que en el mismo momento de la vaquería salía un tratante llevando suelto un ternerillo, y aunque el anciano burló la inocente embestida del animalito con un quiebro de banderillero, el becerrete le tiró un viaje a los crisantemos y se llevó entre los dientes lo poco que quedaba de las flores: el señor Olmedillo miró a los dos lados de la calle, y con su manojo de hierba en la mano cruzó con un trote borriquero hacia la GRAN VAQUERÍA Y LECHERÍA LA HIGIÉNICA, como proclamaba el presuntuoso letrero, decorado con motivos agropecuarios en unos bonitos azulejos.

En el despacho de leche —mostrador de mármol, relucientes vasijas de alpaca, calendario y fotos familiares detrás del mostrador— Carmen, seca y cincuentona, atendía a una clienta en bata y bigudíes.

—Buenos días, Carmencita —saludó el señor Olmedillo.

—Pase, pase, que mi padre está hecho un azogue.

—Me lo imagino. Entonces, ¿han traído el cochecito?

Extendiendo mantequilla en media barra de pan, la hija mayor del lechero puso cara de víctima:

—En mala hora. Como loco está con el dichoso cochecito. Dios quiera que no tengamos un día de luto.

—Tranquila. Yo me encargo de todo —garantizó don Anselmo. Y avisó a la señora de los bigudíes—: ¿Es vino lo de la botella? Porque la niña...

La niña en cuestión, de nueve o diez años, bebía a morro de la botella que tenía en las manos. La madre le dio un pescozón y le quitó la botella:

—Ésta sale a su padre.

—Aquí tienes —Carmen le entregó el pan a la de los bigudíes—. Una peseta de mantequilla bien servida.

En la trastienda, un oscuro cuchitril que servía de oficina, Andrea, hermana de Carmen, algo más joven y con unas gafas de miope sin remisión, hacía sus

anotaciones contables a la luz de un flexo.

—Buenos días, don Anselmo.

—Hola, Andrea. ¿Cómo estás?

—Ya ve. ¿Y usted? ¿Qué le pasa?

—He venido de prisa y, claro —don Anselmo se abanicó con el sombrero—. ¿Dónde anda ese hombre?

Andrea cerró el libro y se levantó para acompañar al visitante:

—En el patio. Si le digo la verdad, ya estamos arrepentidas de haberle dado ese capricho.

—Os dije que era una locura. Pero vosotras...

—Nosotras, con tal de que no dé la lata, lo que sea.

En el comedor de la vivienda una muchacha regordeta hacía punto bajo una enorme Santa Cena cagada de moscas; don Anselmo, muy cumplido, se detuvo para interesarse por la chica:

—¿Y esta preciosidad?

—Pero ¿no se acuerda? Es Laureana, mi prima de Santander.

—Ah, claro, sin las gafas... —el anciano, paternal, le pellizcó la barbilla; luego, tras ponerse las gafas y echar una mirada de entendido a las carnes de la chica, comentó admirado—. Caray, cómo se ha puesto, está hecha una moza.

—Y que lo diga. Se nos casa esta primavera.

—Los jóvenes nos hacen viejos, Andrea.

—Sobre todo a usted —gruñó ella, picada.

—¿Y quién es el afortunado?

—El practicante del pueblo. Ande, que mi padre está impaciente.

—Sí, vamos, vamos —asintió, siguiéndola. Pero todavía se volvió hacia la muchacha—. Bueno, Laureanita, pues que seas muy feliz.

—Muchas gracias.

Hasta el soleado patio llegaban los mugidos de las vacas y el olor a establo. El señor Olmedillo, deslumbrado por el sol, se quitó las gafas y saludó a ciegas:

—¿Dónde estás, insensato?

El insensato era el señor Lucas. Nadie hubiera dudado un momento en aplicarle el peyorativo «señor», como a nadie se le ocurriría quitarle a don Anselmo el respetuoso «don»: el vejete, de boina y zamarra, dio un bote en una silla de ruedas motorizada y carrozada como un sillón de peluquero con pretensiones de motocicleta:

—¡Cuando se dice a las once, se viene a las once, mecagüenlasotadeoros!

—Lo siento, Lucas. No sabes cómo está el tráfico —se justificó el jubilado saludando con un amago de sombrero a un tipo de mono azul que esperaba junto al cochecito.

—Es el mecánico, ya se iba a ir —presentó el lechero.

—Así que éste es el famoso cochecito.

—¡Un bólido, Anselmo, esto es un bólido!

—Muy moderno, ya veo.

—Mira, mira el motor.

—Ah, sí, el motor.

—¡Agustín! —gritó el lechero.

Agustín, el criado de la vaquería, calvo y mantecoso, se presentó con el taburete de ordeñar atado al culo:

—Mande, señor Lucas.

—Venga, empuja, que nos vamos.

Empujó Agustín, y don Anselmo y el mecánico, con Carmen y Andrea detrás, siguieron al cochecito en su camino hacia la calle; el mecánico, doblando el *Marca*, le daba al señor Lucas las últimas instrucciones:

—Recuerde. Ojo con el acelerador, que esto se embala. Sobre todo en las curvas. Porque en las curvas, como el centro de gravedad...

—¡A mí qué me vas a contar, si yo fui de los primeros en tener moto en Madrid! —el lechero, que cuando estaba de buenas hablaba con el tonillo de los actores cómicos de revistas, se desentendió del mecánico para reclamar de nuevo la aprobación o, más exactamente, la admiración del amigo—: Bueno, qué, ¿te gusta o no te gusta?

—Que sí, Lucas, que me gusta. Pero tienes que ser prudente, sobre todo al principio, ya estás oyendo aquí, al técnico...

—Eso. Que escuche al mecánico y no se ponga a hacer carreras —intervino Andrea.

—Vosotras a lo vuestro. Venga, los claveles.

—Tome, los claveles.

Carmen le puso en el regazo el ramo que llevaba entre los brazos y Andrea se encomendó al jubilado:

—En sus manos lo dejamos.

—Que sí, mujer.

—A mí lo que me parece una barbaridad es que el primer día vaya hasta el cementerio —le decía Carmen al mecánico.

—¿Y dónde queréis que vaya? —protestó su padre—. ¿De juerga? ¡Si os acordarais de vuestra pobre madre como me acuerdo yo!

—Papá, cualquiera que te oiga...

—Dios quiera que no nos cueste un disgusto, el cochecito.

—¿No he dicho que os quedéis tranquilas? —tronó don Anselmo, ya en la puerta de la calle.

—Ni caso, Anselmo, déjalas, son un par de agoreras. Tú, Agustín, venga, a buscar un taxi para don Anselmo.

—¡Eso está hecho!

—Pero —el señor Olmedillo parecía desconcertado— ¿no vamos a ir juntos?

—¿Cómo, juntos? Este coche es de una plaza. Si te llevo igual nos ponen una

multa.

Alrededor del grupo iba creciendo el de vecinas y curiosos:

—Pero ¿qué pasa?

—Nada, el lechero, que se ha motorizado.

—¡Y luego dicen que la leche no da dinero!

Don Anselmo no conseguía disimular su inquietud:

—De acuerdo, yo te controlo desde el taxi.

—Tú a mí no me tienes que controlar para nada. Tú, al taxi, al taxi. Mira, ahí está.

El taxi llegaba precedido por el diligente Agustín. La tripa, o el taburete de ordeñar, siempre pegado a las nalgas, le obligaban a correr a pasitos cortos y con el culo echado hacia fuera.

—Hacemos una cosa —transigió el jubilado—. Yo voy delante y tú nos sigues. Y si te pasa algo, tocas la bocina. ¿Tiene bocina?

El señor Lucas dio un golpe de claxon.

—Claxon, Anselmo, claxon. Tú, al taxi.

El mecánico intentó poner las manos en el manillar:

—Ya sabe: para ponerlo en marcha...

—¡Déjeme, le he dicho! ¿No ha cobrado usted? ¡Pues ahora ya es cosa mía, hombre!

El jubilado se dirigió al taxi, el lechero manipuló los mandos y el motor comenzó a emitir un alegre petardeo:

—¿Te das cuenta, Anselmo? ¡A la primera!

—Sí, sí...

El señor Olmedillo parlamentó con el taxista explicándole el caso: debía ir despacio para no perder en el camino al inválido. Luego volvió hacia el cochecito, palmeó afectuosamente la cara de su impaciente amigo, y al ver a las hijas compungidas las empujó hacia la lechería:

—Vosotras a lo vuestro, no demos un espectáculo.

—¡Eso, ellas a trabajar! ¡Ni que me fuera a las Américas!

—Lucas, por favor te lo pido: tú, detrás, que yo te miro por la ventanilla —con las idas y venidas el jubilado jadeaba como un perro—. Tú, detrás, no se te ocurra adelantarnos.

—¡Vámonos de una vez, pelma, que eres un pelma!

Don Anselmo montó en el taxi, el taxi se puso en marcha, el cochecito alcanzó su velocidad de cruce después de dar unos botes, y Carmen y Andrea, al ver como se alejaba, rompieron a llorar:

—¡Se nos mata, Andrea, se nos mata!

—¿Y la medalla? ¡Se nos ha olvidado ponerle la medalla de San Cristóbal!

—Dios mío, qué zozobra. ¿Usted cree que todo irá bien?

El mecánico cabeceó, pesimista:

—Del coche, respondo. Ahora, de su padre...

Desde la puerta del despacho un niño descarado devolvió a la realidad cotidiana a las dos hermanas:

—Pero aquí, ¿venden o no venden leche?

Colgado de una garrucha que rompía con su rechinar el silencio del cementerio, un ángel de piedra, con un dedo en los labios, levitaba en el aire gracias al esfuerzo de un par de marmolistas que se disponían a colocarlo en lo alto de un panteón.

—... Santamaríamadrededios... —el señor Olmedillo interrumpió su bisbiseo para señalar el fenómeno—. Mira, parece un milagro.

—Déjate de milagros, coño —protestó el lechero cascarrabias. Y se saltó el Ave María para pasar al Gloria—. Glorialpadre, glorialhijo, gloriaespíritusanto...

Los ancianos rezaban ante el panteón familiar del señor Lucas: «FAMILIA FRUTOS SOLANA - AVELINA SOLANA DE FRUTOS, 1897-1947», decía la lápida.

—Amén. Toma, los claveles.

Don Anselmo, dejó el ramo sobre la lápida y poniéndose el sombrero tuvo una duda:

—Pero, los claveles, ¿son flores de camposanto?

—El clavel era la flor que más le gustaba a la pobrecilla —el lechero se encasquetó la boina y precipitó la despedida—. Si lo pienso bien, mejor que se haya muerto. Así, al menos, no me ha visto hecho un inútil.

—Pero ¿de qué te quejas? —en el tono del jubilado latía ya la soterrada envidia del peatón, sobre todo la del peatón en trance de empujar el cochecito—. Ya quisieran muchos moverse como te mueves tú ahora. Porque este chisme va estupendamente, el mismo taxista lo ha dicho.

—No, si yo no me quejo —admitió el señor Lucas—. Pero ella, con lo que era, habría sufrido mucho. Anda, sube.

—¿Cómo que suba?

—Sí, hombre. Súbete atrás. Si vamos andando hasta los nichos no llegamos en dos horas. Este camposanto es enorme.

Don Anselmo le puso sobre los muslos sus desmochados crisantemos y no sin miedo se subió a la parte trasera del vehículo aferrándose al cuello del conductor.

—Pero ¿qué haces? ¿No ves que tengo que conducir? ¡Agárrate al respaldo, coño!

El motor rompió a petardear y el cochecito se puso en marcha dando tumbos en los baches.

—No corras, Lucas.

—Tú déjate llevar. A ver, los nichos, ¿dónde están?

Sin soltar el respaldo, don Anselmo giró la cabeza para orientarse:

—Yo creo que es por allí...

—¿Estás seguro?

—Es que en este cementerio, como construyen tanto, en cuanto te descuidas te pierdes.

—Hay más gente en este cementerio que en Madrid, te lo digo yo...

—¡Cuidado, Lucas!

Para evitar un bache el lechero había dado un golpe de manillar y el vehículo, precipitándose a la cuneta, acabó contra un ciprés.

—Ya la hemos cagado —se lamentó su conductor, preocupadísimo, porque el motor había dejado de petardear—. Pero a ti, ¿quién te ha mandado subirte?

—Tú.

—Bueno, no discutamos, empuja y sácame de aquí...

El jubilado, maldiciendo la hora en que se comprometió a velar por la seguridad del lechero en el primer día de su motorización, empujó todo lo que pudo. Pero el coche no salía de la cuneta.

—Empuja, hombre, empuja.

—Pero ¡si ya empujo!

—Así no saldremos nunca. Anda, pídele ayuda a ese cura.

Don Anselmo salió al paso de un sacerdote de roquete que se acercaba por la avenida tirando de la oreja de un monaguillo.

—Perdone, ¿podrían echarnos una mano?

—Cómo no.

El sacerdote, grande, fuerte, con el pescuezo amorrillado, apartó al monaguillo y de un empujón sacó del apuro al cochecito.

—Pues muchísimas gracias.

—No hay de qué.

El cura reanudó su marcha seguido por el monago y el señor Lucas manipuló en vano los botones y palancas del manillar:

—Mecagüenlasotadeoros...

—Déjame a mí.

—Pero ¿tú qué entiendes de esto?

—Nada. Pero no estoy nervioso.

—¡Quita las manos, coño!

La palabrota hizo volver la cabeza al sacerdote, y el pedorreo del motor, que acababa de arrancar, lo decidió a intervenir:

—No, no —el cura volvía hacia ellos, severo—. Ustedes no pueden turbar la paz de este sagrado recinto con ese ruido horrisono.

Se miraron don Anselmo y el señor Lucas.

—Es que yo estoy impedido.

—Eso no empece. Mejor que le empuje su amigo en decoroso silencio.

—Sí, padre —obedeció el señor Olmedillo.

Y empujó, voluntarioso, mientras el lechero, lejano ya el cura, refunfuñaba entre dientes:

—Qué les importará a los muertos si hay ruido o no hay ruido. Aparte, ¿dónde pone que esté prohibido? A mí a católico no me gana ni dios, pero hay veces que te dan ganas de hacerte protestante. ¿O no?

—Mira, ahí están los nichos.

El muro se alzaba como una enorme cuadrícula de lápidas que iban del negro al blanco pasando por todos los matices del gris; algunas lucían —es un decir— macetas, floreros o sencillos tarros de cristal con restos de viejas ofrendas florales. A ojo de buen cubero debía de tener una veintena de nichos de alto y cerca de cien de largo:

—Tremendo —comentó don Anselmo—. A ojo de buen cubero esto debe de tener veinte nichos de alto por cien de largo. Espera, que los cuento.

—Qué coño vas a contar —al lechero le tenía sin cuidado la curiosidad más o menos científica del maestro—. Venga, venga, coge las flores.

El señor Olmedillo recogió los tallos de crisantemos que había confiado al regazo del amigo y miró, ahora perplejo, hacia el muro: ¿dónde caía el nicho de su mujer?

*Ya se ha muerto,
ya se ha muerto,
ya lo llevan a enterrar,
con traje de terciopelo
y la caja de cristal...*

Lo canturreaban dos niños que llevaban en hombros una tabla como si fuera un féretro. Un tipo con cara de bereber que adecentaba un nicho de los más altos les pedía en vano el bote de Sidol; si no se lo subían inmediatamente, amenazó, se iba a cagar en lo más barrido.

—Pero ¿qué haces? —se impacientó el lechero al ver al irresoluto jubilado ir y venir a lo largo del muro dando carreritas, agachado y poniéndose las gafas delante de la nariz para leer las inscripciones de las lápidas de la fila más baja.

—Que no lo encuentro, Lucas.

—Más allá, está más allá —le indicó desde su coche, estacionado en medio de la avenida abierta entre los enterramientos.

—¿Seguro?

—Seguro, hombre. Y date prisa, que quiero salir a la carretera cuanto antes.

—Sí, aquí está.

El señor Olmedillo se descubrió y se arrodilló para dejar los restos del ramo en la repisa de un nicho que quedaba a ras de tierra. La inscripción decía: «AQUÍ YACE DOÑA JULIANA VALLE DE OLMEDILLO 1884-1945», y en una fotografía esmaltada en porcelana sonreía, joven y bonita, la titular de la sepultura. Su viudo sacó el pañuelo, lo humedeció en saliva y lo pasó sobre la imagen para librarla de la pella de barro que medio la cubría:

—Es lo malo que tienen los nichos bajos —volvió la cabeza hacia su amigo—: Cómodos son muy cómodos, pero cuando llueve se ponen perdidos.

—Bueno, bueno, date prisa.

—¿Es que no le voy a poder rezar ni un padrenuestro?

Descubierto, don Anselmo intentó recogerse en oración. Pero no podía: Lucas era un mal educado y un egoísta. No es que lo acabara de descubrir, porque después de tantos años de amistad lo conocía a fondo y le constaba que no pensaba más que en su propia conveniencia...

—Padrenuestroqueestásenloscielos... —atacó a media voz, para ver si así se concentraba.

Los niños que jugaban a los entierros se acercaban curiosos:

—¿Qué te apuestas a que es una moto?

—Lo que quieras —el niño más alto se dirigió directamente al lechero, que estudiaba la palanca del freno—. Eh, oiga. ¿A que esto es un coche de paralítico?

—¡Paralítico será tu padre! —reaccionó furioso el señor Lucas—. ¡Gamberros, más que gamberros!

—¿Qué pasa? —el bereber intervino desde lo alto de la escalera.

—¡Estos niños, hombre! ¡Me están faltando al respeto!

—¡Pepito! ¡Manolín! —sin bajar de la escalera el padre amenazó a sus hijos—. Como me hinchéis las pelotas no os traigo más al cementerio.

Rezado a trancas y barrancas el padrenuestro, el avemaría y el gloria, don Anselmo se puso el sombrero, volvió al camino y se puso a empujar el cochecito hacia la puerta de salida.

—Oye —le advirtió el lechero—. Seguro que ese par de golfos te quitan las flores en cuanto nos pierdan de vista.

—No me extrañaría —admitió el jubilado. Y soltó una risita, divertido por lo que iba a decir—. Pero van dados; de los crisantemos ya no queda ni uno.

—Bueno, pues andando. Que el frío de este sitio me está entrando en los huesos.

Cerca ya de la salida una carroza fúnebre les pidió paso con un claxon imperioso y don Anselmo, obligado a apresurar el suyo, llegó exhausto a la desierta explanada que se extendía ante la cancela del cementerio.

—Pues verás ahora para encontrar un taxi —agoró el señor Lucas, mientras ponía en marcha el motor.

—Esperamos, ¿no? —propuso acezoso el señor Olmedillo.

—No, no. Imagínate mis hijas, si me retraso. Son capaces de llamar a las Casas de Socorro, a la Guardia Civil y al Santo Padre si hace falta. Menudas son —hizo girar la empuñadura del manillar, complaciéndose en aumentar el volumen y la frecuencia del petardeo—. Mira, tú te vas despacito hasta el metro de Ventas, que yo me planto en casa en un momento.

—¡No seas egoísta, hombre! —ni la fatiga que le entrecortaba la voz le impidió a don Anselmo pasarle la cuenta a aquel monstruo de ingratitud—. Al fin y al cabo, yo

he venido para que no te pasara nada.

—¿Pasarle algo al interfecto que suscribe? —al lechero le salió el tenor cómico que llevaba dentro. Luego, al ver la patética estampa que ofrecía el amigo, se humanizó—. Anda, monta. Te llevo de paquete hasta la boca de metro.

—Pero ¿y el tráfico?

—El tráfico, nada. Tengo derecho de paso.

El anciano maestro consideró la proposición: quedarse allí solo y esperando un taxi no le apetecía nada, pero confiar su vida a las ventoleras de un loco le ponía la carne de gallina. Porque el señor Lucas siempre había tenido algo de lunático.

—Ya, pero los automóviles...

—Mira, o montas o me voy, tú verás lo que haces.

El señor Olmedillo se abrochó el abrigo, se encasquetó el sombrero y se subió a la trasera del maldito, absurdo y peligroso vehículo.

—Con cuidado, Lucas, que para que nos traigan aquí —ladeó la cabeza hacia las tapias del cementerio— siempre tenemos tiempo.

—Tú, agárrate. Y cuando tomemos las curvas, ya sabes, como si fueras en un sidecar.

—Dios santo...

El señor Lucas arrancó, y el cochecito, describiendo un amplio arco de círculo, enfiló la carretera.

—¿Te das cuenta, cagueta, que eres un cagueta? ¡Esto es una maravilla!

El pusilánime paquete no tenía el ánimo como para corear el entusiasmo del temerario conductor; en lo único que pensaba era en lo peligrosas que resultaban las caídas a ciertas edades.

—¿Qué, cómo vas?

—Muy bien, muy bien. Pero mira hacia adelante, Lucas, por lo que más quieras.

Y, diciéndolo, don Anselmo decidió que su amistad se había acabado; que disfrutara de su cochecito el señor Lucas; él, de cochecito, ya tenía bastante.

... *Garçon, un cafe.*

—Garson, ancafe.

Bien, Monsieur. Dans un verre ou dans une tasse?

—Bien, Mesié. Dansanver u dansantas?

Dans un verre, s'il vous plait.

—Dansan ver, silvuplé.

Donne-moi aussi un journal d'aujourd'hui.

—Donnemua osi anyurnal doyurdui...

Yolanda, la nieta de don Anselmo, repetía con su voz de pito las frases gangosas del método de francés por discos. El abuelo nada tenía contra su nieta ni mucho menos contra el francés, pero no soportaba que la chica escogiera como aula su propio dormitorio:

—Aquí no hay dios que haga reposo ni cristo que lo fundó —refunfuñó, después de dar muchas vueltas en la cama, vestido de punta en blanco, pero en zapatillas todavía, y con la almohada sobre la cabeza—: Y yo tengo que descansar, porque voy a salir al campo. Pero ¿por qué no estudias en el comedor?

—Porque el comedor se ensucia. Si tuviera una habitación para mí sola no te molestaría —y lo desafió con mucho retintín, el mismo que tenía su madre—: ¿Vousavezcompri?

—Además, ¿para qué quieres aprender francés, si tienes novio formal? Casarte, eso es lo que debes hacer, casarte y dejarme tranquilo... —el maestro nacional que, jubilado o no, seguía vivo en el corazón del anciano advirtió que estaba razonando como un burro. Y rectificó sobre la marcha—. Quiero decir que el francés lo podías estudiar con auriculares, puñeta.

—Con auriculares me duelen los oídos.

—¡Y a mí me duelen los míos con el altavoz!

Tenía bemoles la cosa: el dormitorio era suyo y ni su nieta tenía derecho a destrozar allí la lengua de Molière, ni su nuera a almacenar en él los trastos viejos, ni la criada a utilizarlo como cuarto de plancha. Pero ¿qué podía hacer, si el lavativa de su hijo no salía en su defensa?

—¿Qué hora es, Yolandita?

—Qué pesadez... ¡Las doce menos cuarto! O sea, casi midi.

—Perdona, hija. Es que el señor Lucas dijo que se presentaría a las doce.

—Pero ¿no te digo que no es midi pasancor?

El señor Olmedillo no había mandado a la porra a su viejo amigo; al contrario, fue el señor Lucas quien, poco a poco, prescindió de la compañía de don Anselmo: el motor le había proporcionado tal autonomía que ahora iba por la vida con más

libertad de movimientos que mucha gente con dos piernas. Que él mismo, sin ir más lejos.

—¿Te he dicho que el señor Lucas se ha hecho socio del Real Madrid?

—No me lo has dicho, abuelo, pero a mí no me importa. Además, Alvarito es del Atleti. ¡Y déjame estudiar, por el amor de Dios!

Pues sí, Lucas ahora iba al fútbol y veía los partidos desde el borde del terreno de juego: por orden de don Santiago Bernabéu a los socios paralíticos se les permitía colocarse detrás de las porterías, precisamente detrás de la del equipo contrario para que así pudieran disfrutar con todo detalle de los goles de Di Stefano y compañía, y don Anselmo se quedó estupefacto la tarde de domingo en que, esperando para cruzar la Castellana a la altura del Museo de Ciencias Naturales, los vio bajar por la amplia avenida entre el flujo de coches particulares, autobuses y camionetas que salían del estadio: la nube de trepidantes y zumbadores cochecitos la encabezaba el señor Lucas, el Madrid había perdido, y el lechero, ¡un paralítico!, se desgañitaba despotricando contra el equipo: «¡Nada, hombre, unos baldados!». Aquello tenía que ser mérito del cochecito, no cabía duda.

—Dice que de vez en cuando les pegan un balonazo, pero los goles los ven de maravilla.

—¿A que llamo a mamá?

Ni pensar en voz alta se podía en aquella casa. Como tantas otras veces el señor Olmedillo optó por cederle el dormitorio a la nieta —a Matilde, su madre, mejor no excitarla— y como siempre que abandonaba su territorio inició una ronda de reconocimiento por el común de la familia, pasatiempo que no tenía prohibido, pero sí condenado, pues a Carlos lo sacaba de quicio verlo vagar por la casa como un alma en pena:

—¿Qué haces ahí, vagando por la casa como un alma en pena?

Así lo saludó su hijo, que salía del baño, al verlo asomado a la ventana que daba al patio: un momento antes el anciano había oxeado a una gallina que cacareaba en el alféizar, y ahora observaba cómo desde arriba izaban al ave con la cuerda que tenía atada a una pata:

—No hay derecho —se volvió, cerrando la ventana—. Una gallina. Es de los del segundo izquierda.

—Cada día estás más chocho, papá —sentenció aquel inconsciente abrochándose la bragueta.

La tortilla, recordó de repente. ¿Le habrían preparado la tortilla para el bocadillo? Y se apresuró hacia la cocina.

—No te quedes ahí. Entra y cierra, que va a oler toda la casa a coliflor.

Don Anselmo entró y cerró. Su nuera lavaba algo en un barreño:

—Por Dios, cómo suda esta Yolandita —comentó frotando lo que parecía un sostén.

El comentario le hizo olvidar a don Anselmo el motivo de su presencia en la

cocina, y por hacer algo se interesó por la etiqueta del jabón líquido que descansaba junto al barreño.

—Deja —Matilde le quitó el frasco de la mano.

Atraído por el borboteo de los pucheros don Anselmo se acercó a los fogones; Asun, la criada, batía unos huevos:

—Señora, ya está cazoleteando.

—¿No tienes otra cosa mejor que venir aquí a estorbar?

La tortilla.

—¿Son los de mi tortilla?

—Sí señor.

—¿Cuántos huevos has puesto?

—Dos —gruñó Matilde, que tenía oído de tísica—. ¿Te parecen pocos?

—Por mí ya sabes que es igual. Pero si tengo que ofrecerles un trocito a esos señores...

—No te preocupes, que no vas a quedar mal. Le vamos a poner una lata de bonito en escabeche. Con el filete empanado, y luego el queso de postre, a ver quién te tose.

Don Anselmo se había asomado a la ventana para comprobar si el cielo seguía siendo azul allá arriba, entre las cuatro paredes del patio, pero la criada del segundo estaba tendiendo una sábana y el puntilloso jubilado aprovechó para gritarle:

—¡A ver la gallinita esa! ¡No se pueden tener animales en los pisos!

—¿No la he subido? —la criada del segundo era muy respondona—. Me gustaría saber qué daño le hace a usted el pobre bicho.

—¡Bah!

—¿Qué pasa, qué gritos son éstos?

—Los del segundo, que bajan una gallina a nuestro patio.

—Pero ¿qué dices?

Afortunadamente Asun estaba allí para testificar:

—Sí, señora. Que como el señor del segundo anda muy delicado y tiene que tomar huevos frescos, le han traído una gallina del pueblo.

—¡Y la bajan con una cuerda!

—¿Y a ti qué más te da que la suban o que la bajen? En lugar de ser tan chinche, más te valía quedarte en tu casa y no ir de excursión con esos anormales...

—Con esos anormales, como tú dices —replicó don Anselmo cerrando la ventana—, voy a tomar un poco el aire y el sol. Que falta me hace.

—Anda, anda, sal de la cocina; aquí no sirves más que de estorbo.

El dinero. Tenía que pedirle dinero a Carlos; no iba a salir de casa con los bolsillos vacíos, nunca se sabía lo que podía ocurrir. Inició el trote de las urgencias, pero se detuvo al apartar la cortina que separaba la zona del piso dedicada a vivienda de la que su hijo utilizaba como despacho profesional: en el vestíbulo, que servía de sala de

espera, esperaba un presunto cliente de su hijo:

—¿Le atienden a usted?

—Me han dicho que espere.

—Pero ¿viene usted al bufete? Permítame que me presente: Anselmo Olmedillo, soy el padre del procurador.

—Ah. Mucho gusto.

El visitante, un tipo muy perfilado, con bigotito, pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta y una insignia en la solapa, se levantó para estrecharle la mano.

—Siéntese, está usted en su casa. Y ¿qué, qué es lo suyo?

—Un empleado infiel que me quiere extorsionar.

—Comprendo, cosa penal. Pero usted tranquilo, que mi hijo es el número uno en lo suyo. Voy a darle prisa para que le reciba en seguida. ¿Cuál es su gracia?

—Barguillas, Leoncio Barguillas.

La puerta del despacho estaba forrada de bayeta verde y a la altura de los ojos tenía una ventanita ovalada en cuyo cristal unas letras negras decían: «Bufete» en elegante letra inglesa.

Don Anselmo se había preguntado muchas veces si el despacho de un procurador de los Tribunales podía llamarse así, pero siempre renunció a informarse por si la cosa era ilegal: al fin y al cabo, lo de «bufete» sonaba muy bien y Carlos, precisamente por su carrera, debía de saber lo que se hacía.

—Una gentuza, don Carlos, sus hijos ni siquiera me han dejado verlo muerto. Un par de hienas. Porque de vivo, cuando era yo quien le limpiaba la mierda al pobre, ellos poco se ocupaban de él...

La clienta sentada ante la mesa del procurador, una señora con abrigo de pieles y un montón de años adornados con montones de bisutería y maquillaje, volvió la cabeza al sentir que alguien entraba en el despacho.

—Pasa, hombre, pasa, qué manía de quedarte en las puertas —reprendió Carlos a su padre. Y animó a la señora—: Siga, Blanquita.

—Mucho gusto —el señor Olmedillo amagó una reverencia, pero la señora lo ignoró volviendo la cabeza; sobreponiéndose al desaire, el anciano le avisó a su hijo —: Ahí fuera está el señor Barguillas.

—Papá, ¡por favor!

El tono de Carlos amilanó a su padre, y aplazando la petición de dinero siguió hacia la mesita en la que Álvaro, el pasante, escribía a máquina:

—¿Qué tal, Alvarito? —le cuchicheó.

—¿El qué?

—En general, digo.

—Bárbaro.

—Oye. Y tú, ¿no has pensado en estudiar francés? Porque podrías practicar con Yolandita aquí, en el bufete, fuera de tus horas de trabajo.

Álvaro se encogió de hombros en un gesto muy suyo; aquel chico era una buena

persona, sí, desde luego, pero como yerno no le veía don Anselmo mucho porvenir: andaba ya más cerca de los treinta que de los veinte, seguía tocando la pandereta en la Tuna de Derecho y de pasante de Carlos ganaba lo justo para mantener a su madre. Pero la carrera de abogado no la terminaba nunca.

—Pues como le digo... —seguía la señora de las pieles.

El jubilado, fingiendo que hojeaba *La semana enigmática* —el pasante era muy aficionado a resolver crucigramas—, prestó atención a lo que decía la llamada Blanquita, que al parecer se iba a quedar en la calle después de vivir amontonada quince años con un señor llamado don Tadeo, porque don Tadeo, además de no controlar en sus últimos días los esfínteres, había muerto sin poner a su nombre ni el piso ni el quiosco que...

—Siga, siga.

—Es que... —la señora, repentinamente pudibunda, hizo un dengue—. A mí me da no sé qué hablar de estas cosas tan íntimas delante de la gente...

Carlos miró sorprendido a su padre:

—Pero tú, ¿no ibas a pasar el día en el campo?

—Precisamente de eso quería hablarte...

—Papá, aquí no pintas nada, estoy trabajando.

—No, si ya veo —admitió don Anselmo. Y ya junto a la mesa bajó la voz—: Oye, que necesito un poco de dinero por si tengo que invitar a esos amigos. Como son ellos los que me llevan...

—¿Cuánto? —el procurador puso cara de fiscal.

—Cincuenta.

Carlos sacó de un cajón de la mesa un billete.

—Toma.

—No, cincuenta.

Tras un cabeceo reprobatorio su hijo le dio otro billete y lo echó con un gesto.

—Adelante, Blanquita. Vamos primero con el piso, luego hablaremos del quiosco.

El anciano salió al vestíbulo metiendo el dinero en su cartera y se justificó ante el señor Barguillas:

—Perdone, don Leoncio, pero es que tiene ahí a una pelmaza... Una de esas vividoras, usted me comprende.

Don Leoncio asintió, comprensivo, y sacó tabaco:

—¿Un pitillo?

—No debía. Por los bronquios. Pero no quiero hacerle un feo. Muchas gracias —encendieron los pitillos y don Anselmo bajó la voz—. A mí no me gusta que defienda ciertos casos, pero claro, esta profesión... De todas las maneras, ya le he dicho que está usted aquí y que...

Desde el fondo de la casa llegó la voz de Yolanda:

—¡Abuelo!

—Es mi nieta. ¿Ya tiene usted abogado?

—¡Abuelo! —apartando la cortina apareció Yolanda, furiosa—. ¿No me oyes?

—¿Qué pasa?

—¡Que está ahí abajo el señor Lucas dando la lata con la bocina!

—Ah, voy, voy... Me va usted a perdonar... No quiero hacer esperar a ese amigo... La tortilla, ¿está la tortilla?

El lechero lo abroncó al verlo aparecer en la puerta:

—¡Venga, Anselmo, coño, que llevo aquí dos horas!

—Perdona, es que con los nervios se me había olvidado ponerme los zapatos... Y, claro, cuando ya bajaba he tenido que volver a subir... Toma, lleva tú la merienda. Y ya sabes: prudencia, mucha prudencia.

—Tú déjate de pamplinas y monta —le apremió el señor Lucas mientras colocaba la bolsa bajo el asiento, junto a la suya.

—¿Y esos señores?

—Hemos quedado en la plaza de... ¿Cómo se llama?

—¿Qué plaza?

—Sí, hombre, una plaza que no es una plaza —arrancó el motor—. Está en pleno descampado, antes de llegar a Arturo Soria...

—No sabría decirte —el jubilado ya había subido a la trasera y se agarraba al respaldo—. Como no salgo de casa...

—¿Estás?

—Estoy, estoy.

El señor Lucas metió la marcha:

—¡Arriba, caballo moro!

Estupefactos, apretujados en un balcón del entresuelo, Carlos, Matilde, Yolanda, Álvaro, el señor Barguillas y Blanquita siguieron con la mirada al cochecito:

—Tenemos que internarlo, Carlos —concluyó Matilde—. Un día nos va a dar un disgusto.

En la plaza sin urbanizar, al borde de la ciudad, el primer sol primaveral lucía espléndido. En un rastrojo unas ovejas rumiaban papeles y trozos de plástico; junto a la parada final de una línea de autobuses acampaba una familia gitana con todos sus enseres —colchones, cazuelas y pucheros, sillas y bolsas de ropa, una cabra— y a la pobre sombra de una acacia raquítica media docena de inválidos instalados en sus cochecitos jugaban a los chinos.

—Ya está ahí el Nuvolari —avisó un tipo con barba de dos días y gorra de visera, al oír el zumbido de un motor.

—Oye, y viene lanzado —bromeó un muchacho con gafas de motorista sobre la frente.

—Pero ¿no dijo que iba a traer a un amigo? —preguntó la única mujer del grupo, una muchacha muy guapa que estaba haciendo un gorro con papel de periódico.

Efectivamente: el señor Lucas llegaba a toda velocidad y sin pasajero.

—Pero ¿qué te ha pasado? —se interesó el de la gorra de visera.

—Menuda mañana —el lechero detuvo su vehículo—. Primero me malpare una vaca. Segundo, el pelma de mi amigo, que no estaba listo. Y tercero, al subir un repecho se me ha calado el motor.

—¿Y su amigo? —la chica le ponía el gorro de papel a un muchacho de su misma edad.

—Le he hecho coger el autobús. Era mucha carga, sobre todo cuesta arriba.

—Te lo tengo dicho —cabeceó un tipo que compensaba su expresión de enfermo del estómago con una alegre corbata de pajarita—. Tu motor, mucha presencia, pero de potencia, cero.

—Mira, a mí lo que me interesa es la velocidad, no la potencia...

—Bueno, ¿nos vamos? —propuso un tipo gordo, barbilampiño y peinado con un tupé.

—No, si ya viene mi amigo... Mira, ahí está el autobús.

Del autobús de dos pisos desembarcó una docena de pasajeros, entre ellos don Anselmo.

—Es el del sombrero —aclaró el lechero hacia los inválidos. Y le gritó a su invitado—. ¿Te das cuenta? Diez minutos te he sacado.

—No, si ya te he visto... Como una bala ibas... —el anciano atravesaba la plaza con el trotecillo que se permitía en casos de urgencia, y sin dejar de trotar se descubría para repartir sombrerazos—: Señores... Señorita... Permitan que me presente: Anselmo Olmedillo, maestro nacional... Jubilado, claro...

Lo de «Jubilado, claro» lo adornó con aquella risita suya, cascada y simpática, y el señor Lucas correspondió dando los nombres y los méritos de cada uno de los excursionistas: el de la visera se llamaba Perico, tenía un puesto de pescado en el Mercado de Maravillas y tocaba el violín que era un primor; el lazo de pajarita

identificaba a Arcadio, rentista; la chica, Julita, salía de novia con Faustino, el muchacho del gorro de papel, un genio haciendo quinielas; el joven de las gafas de motorista, relojero de oficio y acordeonista por afición, era Pedro; Pepe, el barbilampiño, estudiaba electrónica por correspondencia y estaba a punto de hacerse una radio para oír los partidos de fútbol.

—Bueno, bueno, ya está bien de cumplidos —cortó Arcadio—. No perdamos el tiempo, que me empieza a bramar la úlcera.

—Sí, hala, vámonos —le apoyó Lucas. Y animó a don Anselmo—. Tú monta en el de Arcadio, que es el que tiene más caballos.

—No, no, no —el ulceroso frenó con la mano al anciano y se justificó ante el lechero—: No lo tomes a mal, Lucas, pero es que la gente se arregosta: el verano pasado me lo pasé llevando y trayendo a un cuñado mío a la piscina del Parque Sindical.

El señor Olmedillo tenía su delicadeza y su orgullo, y la situación, incómoda, se hizo violentísima cuando el de la pajarita se dirigió a él directamente:

—Además, ¿usted no anda?

—Hombre, sí.

—Pues vaya andando, nosotros le esperamos en el pinar.

—No se preocupen —balbuceó don Anselmo, entre el despecho y la vergüenza—. Yo me vuelvo a casa y ya está. Buenos días, he tenido mucho gusto. Que pasen ustedes un feliz día de campo.

—Espere, espere —Julita, de mejor corazón que los hombres, se volvió hacia el pescadero:

—Perico, tú que tienes asiento doble...

Perico le hizo un gesto a don Anselmo:

—Suba. Y cuidado con el violín. Y con las gambas.

El asiento trasero lo ocupaban el estuche de violín y una pequeña nevera de plástico; el jubilado se puso ambas cosas sobre el regazo y garantizó:

—Descuide.

—¿Estamos? —preguntó el lechero en un tono de comandante en jefe.

—¡Un momento!

Julita fijó un cable que pendía de la trasera de su cochecito en el manillar de la silla de su novio —porque el vehículo de Faustino era una silla de ruedas sin motor— y lista para remolcarlo avisó:

—¡Ya!

—¿Es que el chico ha tenido avería? —se interesó el señor Olmedillo.

—Qué avería. Lo que no tiene es motor —le informó Perico, que metía la marcha—. Está impedido también de los brazos, el pobre.

Don Anselmo no tuvo tiempo para apiadarse: el irresponsable Lucas —porque Lucas era un irresponsable; qué rato acababa de pasar por su culpa— lanzó su grito de guerra:

—¡Arriba, caballo moro!

Y maniobró hábilmente para ponerse a la cabeza del grupo; detrás, flanqueándolo, arrancaron Arcadio y Pedro; los seguían la pareja de novios, unidos por el cable; luego iban Perico con don Anselmo en el asiento trasero, y cerraba el grupo Pepe, el electrotécnico, que llevaba una garrafa sobre las rodillas.

Los gitanos que discutían con el cobrador del autobús su derecho a montar con sus enseres y su cabra interrumpieron el debate para seguir con la mirada a los excursionistas: la flotilla de inválidos se alejaba cantando a coro una canción de *boyscouts* envuelta en olor a gasolina mal quemada:

*... Don Paco les ha dicho
a los exploradores
no vayan con las chicas
y no les echen flores...*

La comida, basada en la puesta en común de los víveres aportados por los comensales, fue un éxito, y el señor Olmedillo, con su don de gentes y su simpatía, se ganó la de todos. Incluso la de Arcadio, que tomaba con bicarbonato las natillas de postre.

—Deme, deme un poco, a mí también.

—Pero ¿usted tiene úlcera?

—Amagos. El caso es que si no tomo bicarbonato después de las comidas parece que me falta algo.

—Tenga, tenga, sírvase.

—Es que ha sido un ágape opíparo. Y el conejo al chilindrón de su hermana, fantástico. Vamos, de diez o doce tenedores —exageraba el viejo dándole coba al de la pajarita.

—Gracias. Pero su tortilla de escabeche, ¡qué tortilla de escabeche!

—¿Y las gambas? ¿Qué me dice de las gambas, don Anselmo? —reclamaba su parte de gloria el pescadero.

—Fresquísimas, Perico. Me tiene usted que dar la dirección de su puesto en el mercado para decírselo a mi nuera.

—Ésa es una cruz que llevo encima —se lamentó Arcadio—. El marisco. No puedo, no puedo...

—Por el precio, claro —intentó coincidir de nuevo don Anselmo.

—No. Que tengo un complejo. Resulta que en una boda, metiéndole el diente a la pinza de una cigala, se me partió un puente. Y nada, desde entonces, ni camarones, oiga.

A la sombra de los pinos, oreados por las bocanadas de brisa que llegaban desde la sierra, la comida había comenzado con las gambas de Perico como aperitivo; siguieron las croquetas de bacalao modeladas con sus propias manos por Julita, las

berenjenas fritas de la madre de Faustino y los caracoles que aportó Pedro el relojero; luego se repartió la tortilla de escabeche y el filete empanado de don Anselmo y el conejo al chilindrón de Arcadio; y como postre, sobre la fruta y el queso, triunfaron las natillas del señor Lucas:

—¿Quién quiere más vino?

La garrafa de cuatro litros de valdepeñas provenía de la bodega de Pepe, el radiotécnico, natural de Tomelloso.

—La leche le dijo al vino: «Bien venido seas, amigo» —refraneó el lechero, ya medio piripi—. ¡Venga otro vaso! ¿Qué pasa con la música?

Mientras los instrumentistas se ponían de acuerdo en la pieza a interpretar, don Anselmo se acercó a los novios:

—Qué pareja tan guapa y tan simpática. Y ¿qué, para cuándo la boda?

Julita, que le daba las natillas a Faustino con una cucharilla, frunció el ceño:

—Pregúnteselo a este fresco. No hace más que darme largas.

—Haces bien, Faustino, el buey suelto bien se lame —bromeó el de Tomelloso.

—No, si yo quiero casarme —se justificaba Faustino sorbiendo las natillas—. Pero hasta que no coja una buena quiniela...

—Pero ¿las haces con el dado o con método?

—No, no. Yo los viernes sueño los resultados.

—Ah. ¿Y aciertas mucho?

—Las de poco dinero. Pero las gordas, ni despierto.

El señor Olmedillo estaba a punto de llorar. Un poco por la pena que sentía por la pareja, tan bien avenida y tan desgraciada, y un mucho porque hacía años que no lo pasaba tan bien: desde que la enfermedad clavó al señor Lucas en la silla de ruedas la única diversión del jubilado había sido la diaria partida de mus de la vaquería, en el patio cuando hacía buen tiempo y en el despacho de leche los días de frío o de lluvia, haciendo de pareja del lechero, que no sabía ni tenerlas, contra la formada por Agustín, el mozo de cuadra, que era un lince, y Valencia, un boticario de la zona, muy tramposo él. Porque ¿qué hacía el resto del día? Nada, vagar por su casa como un alma en pena, como decía Carlos.

—¿Qué le pasa, se ha puesto triste? —se interesó Julita.

—No, hija, no. Es de la misma felicidad. Imagínate: yo, que de joven me iba a la sierra siempre que podía, hace años que no salía al campo.

—Pues ya sabe, cuando quiera se viene con nosotros. ¿A usted le gusta la caza?

—No, yo tirar no he tirado nunca.

Estalló la risa de la chica:

—¡Si no digo a cazar! Digo a comer al Pardo. Es que los padres de Rufino, uno que no ha venido hoy, tienen allí un restaurante y nos hacen muy buen precio.

—¡Al Pardo! Pero, estos vehículos, ¿tienen tanta autonomía?

—Hombre, llevamos gasolina a prevención.

—Qué barbaridad. ¡Al Pardo, nada menos!

Perico le mostró el folleto que estaba hojeando con Pedro:

—Mire, mire qué modelos. ¿Usted entiende el inglés?

El señor Olmedillo se puso las gafas a manera de impertinentes y hojeó el folleto: el inglés no lo entendía, pero aquellos coches de inválidos tenían un aspecto magnífico, ni siquiera parecían vehículos para inválidos, con sus pujos de carrocería aerodinámica:

—No, inglés, no. Pero se ve que son preciosos.

—Ni comparar con estas tartanas nuestras —se lamentó envidioso el radiotécnico manchego.

La verdad era que los cochecitos de sus nuevos amigos tenían, cada uno a su manera, el aire inconfundible de la chapuza española: funcionaban, pero por milagro.

—Don Anselmo, usted lo que tiene que hacer es comprarse uno de éstos y unirse a la pandilla —bromeó Julita.

—¡Ojalá! —le siguió la broma—. Pero deben de costar un capital.

El violín de Perico y el acordeón de Pedro llenaron de música el atardecer y Julita, con una voz muy dulce y entonada, empezó a cantar:

*Yo me voy todas las tardes
a merendar al Hotel Ritz
y tras el té suelo hacer mis diabluras
con un galán que está loco por mí.
Juntos a bailar salimos,
nos enlazamos con pasión,
y al final tengo yo que decirle
toda llena de miedo y rubor...*

Los varones entraron como un solo hombre, lo debían de tener muy ensayado:

*¡Ay, por favor,
no me baile usted así!
¡Ay, no, por Dios,
que me siento morir!
Tenga usted en cuenta que mira mamá
y si se fija nos va a regañar...*

Ensimismado en la contemplación de las fotos de los coches americanos don Anselmo tardó en reaccionar, y cuando lo hizo fue como si apartara de su imaginación un mal pensamiento: enrolló precipitadamente el folleto y utilizándolo de batuta se puso a dirigir a Julita, que ahora, muy pegado su coche al de Faustino, lo mecía mejilla contra mejilla:

*¡Ay, yo no sé
lo que pasa por mí:*

*pero ya ve
que me siento feliz!
Siga apretando, aunque mire mamá,
que si se irrita ya se calmará...*

Don Anselmo, de pronto, recordó la letra del cuplé y se unió al coro de varones:

*¡Ay, qué placer
es bailar un fox trot
con un doncel
que nos hable de amor...!*

Pero Arcadio se cansó pronto de la música:

—Venga, vamos a jugar a la rana, que aquí empieza a refrescar.

La propuesta fue acogida con entusiasmo: mientras los demás recogían sus cazuelas e instrumentos musicales, Faustino informó a don Anselmo de que allí cerca, al otro lado del pinar, había un merendero con un juego de la rana en el patio; él no podía tirar a los tejos, pero Julita era la campeona del grupo.

—Nada, juego por ti, verás como les ganamos —se comprometió el jubilado, trotando hacia el coche de Perico.

Pero el pescadero cabeceó:

—No, lo siento en el alma, pero ahora no puedo llevarlo. Es que vamos a campo través por una senda que está muy mal.

El jubilado buscó la ayuda del lechero alzando la voz sobre el pedorreo de los motorcitos:

—Lucas, Perico dice que no me lleva. ¿Qué hago?

El pescadero seguía negando con la cabeza:

—Que no, que con el peso me arriesgo a tener un pinchazo.

El señor Lucas vio que Arcadio aprovechaba para ponerse en cabeza, e impaciente cortó por lo sano:

—Tú, a pie, a pie.

—Pero ¡si no sé dónde está el merendero!

—¡Pues espéranos aquí! ¡Luego te recogemos!

Y aceleró para alcanzar a los que ya se le escapaban por el sendero abierto entre los pinos. Julita se disculpó ante el anciano:

—Yo lo llevaría encantada, pero ya ve, tengo que llevar a Faustino.

—No te preocupes. Anda, bonita, ve, ve con ellos...

El petardeo de los motores se convirtió en zumbido y finalmente se disolvió en el silencio. Don Anselmo, personificación del abandono y de la impotencia, se quedó solo. Esperaría, ¿qué iba a hacer? Menos mal que se había traído el abrigo. Buscó asiento en un ribazo y durante un rato contempló el paisaje: la ciudad, lejana,

inalcanzable, se doraba con el sol poniente. En alguna parte graznó un grajo. ¿Sería un grajo? Los grajos, ¿graznaban, grajeaban, croajaban, o crascitaban? Con un manotazo, como si espantara a una mosca, se deshizo de la tonta cuestión. Luego, maquinalmente, se puso las gafas y desenrolló el folleto de las maravillosas máquinas fruto de la técnica americana.

Ante el espejo del baño don Anselmo se vertía en los ojos las gotitas de colirio: mientras se aseaba había decidido acercarse a la ortopedia de aquel señor... Con la cabeza echada hacia atrás buscó a tientas en los bolsillos de la chaqueta hasta encontrar el folleto y ya absorbido el colirio se acercó las gafas a los ojos y leyó el sello en tinta roja que, en perfecto castellano y sobre el inglés de la contraportada, decía: ORTOPEDIA CONEJO... Hacerle una visita al señor Conejo no le comprometería a nada: «Señor Conejo —le iba a decir—. Yo tengo un hermano que hace vida normal, pero que está impedido de las dos piernas, y me gustaría saber qué precios tienen esos cochecitos americanos». Simple curiosidad, claro, aparte de que lo que le dijera el señor Conejo le serviría como tema de conversación al domingo siguiente, porque a pesar de la jugada que le hicieron Lucas y sus amigos dejándolo tirado en el pinar hasta que anocheció, luego había vuelto a salir con ellos, una vez a un mesón de Fuencarral a comer cordero asado, y otra a ver al Madrid contra el Barcelona —y sin pagar, porque lo colaron como si fuera socio— y tenía que reconocer que con ellos lo pasaba divinamente.

—La puerta —recordó y volvió hasta el baño para cerrarla.

Al pasillo llegaban gemidos de Carlos y protestas de Matilde; se guardó el folleto en el bolsillo interior de la chaqueta —mejor que no se lo viera su hijo, que era un mal pensado— y cerrando las ventanas del pasillo siguió hasta la cocina:

—No expectoro —se quejaba Carlos.

—Hay que ver cómo te pones por un simple catarro —gruñía Matilde.

—Pulmonía, esto es una pulmonía.

—¡Asun, la cataplasma, que se enfría el señorito!

El viejo se rio para su capote: aquella nuera suya era una retrógrada: según ella las cataplasmas de harina lino cortaban en seco los resfriados; una llave dejada al sereno durante una noche hacía desaparecer los orzuelos; Santa Apolonia acababa con los dolores de muelas.

—Cuidado, que mancho...

La criada salía de la cocina con la cataplasma en las manos y estuvo a punto de estampársela en la cara a don Anselmo cuando entraba en busca de un vaso de agua para tomarse la vitamina:

—Buenos días, Yolandita. Hola, Alvarito.

Ni le respondieron: su nieta cebaba al novio metiéndole en la boca las rebanadas de pan con mantequilla mientras él resolvía los crucigramas.

—¿Qué, cómo va el Madrid?

—Yo soy del Atleti, don Anselmo —puntualizó el pasante, ofendido y con la boca llena.

—Por eso, por eso lo digo —se regocijó su abuelo político.

—No le hagas caso, cuchichi, lo hace para pincharte —le aconsejó a Álvaro su novia—. ¿Te tuesto otra rebanada, cuchichi?

—Emm —el pasante tuvo que tragar lo que tenía en la boca para hacer una precisión—. Sí, pero con mucha miga.

Con la vitamina entre pecho y espalda el señor Olmedillo se iba ya hacia la puerta cuando le asaltó la idea de que quizá le convenía presentarse en la ortopedia como una persona de posibles, y para eso nada mejor que ponerse el alfiler de corbata de los domingos y los anillos de las grandes ocasiones. Lo malo era que las joyas de la familia se custodiaban en el armario ropero del dormitorio matrimonial, y en el dormitorio matrimonial estaban Carlos y Matilde.

—Bueno, ¿qué, cómo va eso? —se interesó al pasar junto al lecho, rumbo al armario.

—Fatal —Carlos, con la cataplasma en la espalda, yacía boca abajo—. No expector, papá, me van a ahogar las flemas.

—Si no fumaras tanto... —le reprendió su mujer, recogiendo del suelo una chaqueta de pijama.

—Yo, si no fumo, no me concentro, Matilde.

Mientras el viejo abría el armario y sacaba la caja de dulce de membrillo que servía de joyero familiar, el matrimonio seguía a lo suyo:

—Y encima te quitas la camiseta. Fíate, fíate de la primavera. «Hasta el cuarenta de mayo no quites el sayo», ya lo dice el refrán.

Con el tresillo de brillantes y el sello con el escudo de los Olmedillo en los dedos, don Anselmo le echó una mirada de conmiseración a su hijo:

—Qué juventud...

—Un día, con esa manía de emperejilarte, te lo van a robar todo en el metro —le profetizó su nuera.

—Para metros estoy yo —lo dijo sin pensar, pero ya lanzado, siguió—: Me fallan mucho las piernas...

—¿Adónde vas, papá?

—A un entierro —lo del entierro sí lo traía preparado.

—¿Quién se ha muerto?

—Un compañero. Hacía años que no nos veíamos y me enteré ayer —le dio el alfiler a su nuera para que se lo pusiera en la corbata y volvió a sus piernas—: Oye, lo de mis piernas, ¿será cosa de la primavera?

Matilde se salió por los cerros de Úbeda:

—¿Cuándo le vas a dar a la nena las alhajas de la abuela?

—Cuando se case. Eso es lo que dejó dicho mi pobre Juliana.

—¡Con lo que las luciría ahora que está en la edad! —su nuera le arregló la ropa e incluso le hizo una carantoña, como si fuera un niño—. Ay, ¡pero qué suegro tan guapo tengo!

—Cuando se case, cuando se case.

A él no lo iba a engatusar aquella lagarta, pensó, mientras devolvía la caja de hojalata a las profundidades del armario.

—¿Cómo se llama? —preguntó Carlos.

—¿Quién?

—El muerto.

El apellido del ortopédico le vino a la punta de la lengua:

—Conejo —y agregó, por si acaso—. No lo conoces.

—No importa. Deja mi tarjeta, de los entierros salen buenos pleitos.

Don Anselmo se detuvo en la puerta e hizo una nueva tentativa para atraer la atención sobre el lastimoso estado de sus piernas:

—Tú, a cuidarte, que para enfermo, bastante estoy yo. No sé, pero estas piernas me van a dar un disgusto.

Durante un instante tuvo la impresión de que finalmente su hijo le iba a preguntar qué le pasaba en las piernas, pero un timbrazo reclamó la atención profesional del procurador.

—¡Alvarito, la puerta! —y le encomendó a su padre un mensaje—. Si es el señor Palomo, que espere un momento, que me visto y salgo.

—No te preocupes, ya voy yo.

Y olvidado de sus pretendidos problemas locomotrices emprendió su trotecillo hacia la puerta y apartó al pasante, que salía de la cocina con la servilleta al cuello y el tazón de café con leche en las manos:

—Siempre comiendo...

—No, estaba desayunando.

El señor Olmedillo se detuvo antes de llegar al vestíbulo:

—Oye, Alvarito. El bufete, ¿cómo va? Digo, de trabajo.

—Bárbaro. No damos abasto.

—O sea, que hay beneficios.

—Ah eso... ¿Por qué lo dice?

—Nada. Cosas mías.

Y se adelantó para abrir la puerta.

—Ave María Purísima —saludó dulzarrón uno de los dos frailes que aparecieron en el umbral.

—Sin pecado concebida.

—¿Podemos ver al señor procurador?

Receloso, don Anselmo se dirigió al fraile que permanecía en silencio:

—¿Es asunto del bufete... o cosa de caridad?

—El padre prior le dirá.

—Se trata de un interdicto.

—Ah, muy bien —el señor Olmedillo hizo ademán de besarle la mano y les franqueó la entrada—. Mi hijo anda un poco delicado, pero aquí está su pasante... Ustedes me perdonarán, llevo mucha prisa... Un entierro... La servilleta, Alvarito.

Don Anselmo llevaba una media hora rondando la ortopedia. Al llegar, y en plan de paseante dedicado a perder el tiempo, se detuvo ante el escaparate e intentó atisbar lo que sucedía en el interior, pero como los dos escaparates estaban llenos de objetos más o menos obscenos y del interior no se veía otra cosa que unas estanterías, optó por seguir su camino para bajar luego por la otra acera y desde allí, yendo y viniendo, contemplar a su gusto la fachada de la tienda, toda de madera, con un rótulo en letras doradas que decían: ORTOPEDIA CONEJO, y unos paneles a los lados en los que en letra más pequeña se relacionaban las especialidades de la casa, pero como no llegaba a leerlas ni entornando los ojos ni, mucho menos, poniéndose las gafas de leer, atravesó la calzada y, justo cuando llegó ante el primero de los paneles, la campanilla de la puerta sonó y de la tienda salieron un señor de bata blanca con toda la pinta de ser el ortopédico —¿el señor Conejo?— y un hombre sin brazos y con los muñones al aire:

—Entonces, hasta el lunes —se despidió el de la bata blanca.

—Muchas gracias, don Hilario. Es usted mi padre.

Y el agradecido mutilado se montó en un motociclo provisto de un manillar descomunal, y como si fuera la cosa más natural del mundo apoyó los muñones en los mandos y de una pedalada arrancó y salió arreando calle abajo.

—¿Desea algo el caballero?

El pasmado don Anselmo seguía con la mirada al ciclomotor y al volverse encontró la amable sonrisa del llamado don Hilario; quiso responder con un «No, muchas gracias» y seguir su camino como lo que era, una persona completamente normal, pero se vio a sí mismo sacando del bolsillo el folleto y enseñándoselo al ortopédico como si fuera un documento acreditativo:

—Ah, ya. Hilario Conejo —se presentó el de la bata blanca. Y le ofreció la entrada y la tienda entera con un gesto muy profesional—. A su servicio.

—No, si yo no... —el señor Olmedillo, consciente de que estaba a punto de meterse en un lío, recuperó el habla en su afán de escapar—. No quiero molestarle, es cosa de un hermano mío, el pobre... Que le fallan las piernas, pero, nada, camina perfectamente, como usted y como yo, no sé si me comprende.

—Le comprendo perfectamente. Pase, por favor, en seguida estoy con usted.

Lo dejó sentado en un banco de madera, junto a un matrimonio con aire y ropa de pueblerinos, y siguió hasta el mostrador para atender a un pequeño cliente, un niño de unos diez años al que otro tipo de bata blanca y con gafas ahumadas le tomaba las medidas de una piernecita anquilosada:

—Veintidós... Doce... Siete de apertura...

—¿Tomadas las medidas?

—Sí, don Hilario.

El ortopédico le hizo una caricia al niño.

—¿A ti te gusta el fútbol?

El niño bajó la cabeza y un hombre que debía de ser su padre lo cogió en brazos:

—Es muy vergonzoso.

—De delantero centro vas a poder jugar, con el aparato que te voy a hacer —le aseguró el señor Conejo al chico, llevando al padre hacia la puerta—. La botita, ¿marrón o negra?

—Pues, no sé... Como mi mujer no ha podido venir...

—Yo se la aconsejaría marrón. El negro resulta demasiado serio para una criatura, ¿no?

—El caso es que va a hacer la primera comunión el domingo de Pascua.

—Entonces, blanca —el amable ortopédico mantenía la puerta abierta para que salieran—. Luego, como el blanco es tan sucio, se la puede teñir en marrón, que es más sufrido.

—Eso, eso. Muchas gracias, don Hilario.

—Vaya con Dios.

Entre una cosa y otra el señor Olmedillo empezó a sentirse mal y se dirigió a la puerta con la evidente intención de escapar del siniestro establecimiento:

—Digo que... Como veo que está usted muy ocupado, vuelvo otro día.

—De ninguna manera —el ortopédico cerró la puerta—. No puedo permitir que haga otro viaje. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Anselmo, Anselmo Olmedillo. Pero mi hermano...

—Venga... —le echó un brazo protector por los hombros—. Estaremos más cómodos en mi despacho.

—Eh, don Hilario, que llevamos aquí una hora —le recordó el cliente que esperaba junto a su mujer.

—Pero, lo suyo, ¿no es un braguero?

—Sí, señor.

—La sección bragueros es cosa de Amalio —llamó al dependiente de las gafas ahumadas—: Amalio, el braguero del señor. Usted primero, don Anselmo.

El jubilado refulaba ante la cortina de la trastienda:

—No. Verá. Yo sólo quería saber el precio. Para hacerme una idea, porque mi hermano todavía anda y...

—Por el precio no se preocupe.

—Mi hermano dice que como son americanos costarán una fortuna.

—Su hermano, y perdone la franqueza, no sabe lo que dice. Pase, pase.

En lo que parecía un taller de guarnicionero trabajaban dos operarios con guardapolvos amarillos, y en el despacho, un cubículo atestado de papeles, un esqueleto humano plagado de prótesis colgaba del techo. Abusando de la confusión del vergonzante cliente el ortopédico lo instaló en un sillón y le explicó que para disfrutar de un coche americano el inválido español no estaba obligado a engordar el erario público con los aranceles y derechos de aduanas ni a enriquecer a una compañía naviera con gastos de transporte; si la poderosa industria americana tenía la

técnica, a la ingeniosa artesanía española le sobraba habilidad; en resumen, la Ortopedia Conejo estaba en condiciones de suministrar los cochecitos americanos a precios españoles.

—A ver —le dio una foto tamaño postal que extrajo de una carpeta—. Dígame qué diferencia encuentra usted entre los modelos del folleto y el de esta foto. Construcción nacional, licencia americana. Vea. Ultramoderno, aerodinámico.

—Ya, ya, pero el precio...

—¿Quién habla de dinero? Una pequeña entrada, cómodos plazos, garantía total, entrega inmediata. Usted se lleva la foto... Deme, deme el folleto —se lo quitó de la mano—. Que la vea su hermano: este coche, mi querido don Anselmo, se inventó especialmente para los heroicos mutilados del ejército americano, pero ahora se utiliza incluso para jugar al baloncesto, no le digo más.

—Don Hilario —Amalio, el dependiente, asomó la cabeza—. Ahí están los del Rolls.

La noticia trastornó al ortopédico: tirando del señor Olmedillo hacia la calle le explicó que se trataba de la marquesa de —bajó la voz para decir el título—, que tenía un hijo impedido; la marquesa le había encargado un coche de dos plazas porque el hijo, el impedido, era también anormal, e incapaz por tanto de conducir; don Anselmo podía volver cuando le viniera bien, a ser posible con su hermano; si fijaban una fecha hasta podría probar el modelo, sin ningún compromiso, naturalmente.

—Yo le pido perdón, pero ahora debo atender a la marquesa. He tenido mucho gusto —le estrechó la mano, ya en la calle, y se precipitó hacia el imponente Rolls—: Señora marquesa...

Don Anselmo, curioso, se detuvo a contemplar el espectáculo: mientras el ortopédico se partía el espinazo hablando con la invisible marquesa, del coche se apearon dos chóferes uniformados; uno de ellos, alto, moreno y muy guapo, sacó del maletero una silla de ruedas plegable y el otro, gordo y sonrosado, extrajo del asiento trasero a un hombre que debía de andar por los treinta años, elegantemente vestido:

—Adiós, mamma, adiós... U beso, u beso —se despedía el pobrecillo con la lengua de trapo de un niño.

—¿Qué tal, don Vicente? —el ortopédico le cogió la mano para estrechársela, pero se la soltó inmediatamente para atender a la voz de bajo que salía de las profundidades del vehículo:

—Dígale a Zorzano que le ponga la visera.

—Sí, señora marquesa —se volvió hacia el chófer gordo y le transmitió la orden, adornada con un toque personal—. Zorzano, que le ponga la visera a don Vicente, no le vaya a dar una insolación.

Zorzano sacó del respaldo de la silla de ruedas una gorra de visera a cuadros escoceses, con pompón, y don Vicente sacudió la cabeza, emberrenchinado:

—La ota... la ota...

El chófer guapetón ya estaba al volante; en la ventanilla trasera aleteó un instante la mano de la marquesa, el Rolls arrancó con una solemnidad de paso procesional y el ortopédico dejó de hacerle zalemas para saludar al gordinflón, ocupado en ponerle a su señorito una gorra de ciclista:

—Hola, Zorzano.

—Bueno, ¿qué? ¿Ha oído a la señora marquesa?

—Encantadora. Qué clase tiene esa mujer.

—Déjese de monsergas, don Hilario. ¿Le ha dicho que si no tenemos la silla para antes de fin de mes anulamos el encargo?

—La tendrá. Se lo garantizo.

—Me lo lleva garantizando meses. Perdona, don Hilario, pero es usted un informal.

—Por favor, escándalos, no —don Hilario miró a su alrededor temeroso de que Zorzano lo desacreditara ante los transeúntes, y así descubrió al señor Olmedillo, que seguía allí, junto a la puerta—. No le haga caso, el señor Zorzano es un bromista. Los voy a presentar: el señor Zorzano, la persona de confianza del señor marqués. Aquí, don Anselmo Olmedillo; está interesado en comprarle a su hermano un modelo como el de don Vicente.

—No, el de mi hermano sería de una plaza.

—Entonces, su hermano, ¿puede conducir? —se interesó el chófer.

—Y andar, y andar —don Anselmo se destocó para despedirse con tres sombrerazos; don Vicente podría ser un pedazo de carne con ojos, pero él era una persona educada—: He tenido mucho gusto, ahora les voy a dejar, se me hace tarde. Adiós. Adiós, buenos días.

Y sin hacerle caso al ortopédico, que le instaba a volver con su hermano, echó a andar convencido de que acababa de salvarse de un serio compromiso. Pero la voz de Zorzano le hizo detenerse:

—Un momento. Olmedillo, ha dicho usted. ¿No será el amigo de Lucas, el de la vaquería?

—Pues, sí... sí...

Resultó que Zorzano conocía a Julita y a Faustino:

—Me han hablado de usted. Si no le importa nos vamos juntos, porque yo aquí ya he terminado. Digo, por charlar un rato.

—No sé... Como usted quiera.

Calle abajo Zorzano le confió la silla para encender un cigarrillo y empezó a narrarle una historia en principio absolutamente increíble: Julita, que pintaba en el Museo del Prado, le había hecho un retrato a don Vicente, y don Vicente, que financiaba las quinielas soñadas por Faustino...

La familia se preparaba para ir a la sierra: don Anselmo, tendido en la cama y todavía en pijama, esperaba con cierta tranquilidad el momento en que debería dar la cara: tenía su papel estudiado, aprendido y ensayado y estaba seguro de interpretarlo de manera convincente.

Alguien dio unos golpes en la puerta:

—¿Quién es?

—Soy yo, Álvaro.

—Ah... Entra, hijo, entra —le autorizó, mientras buscaba el tono justo para impresionar al pasante—: ¡Ay de mí!

Álvaro entró vestido de *sport* o, mejor dicho, con lo que él consideraba la ropa idónea para ir al campo: cazadora con cremallera, pantalón corto, botas de media caña, en la cabeza el casco de motorista, al hombro un morral y en la mano unas cañas de pescar:

—Pero ¿no viene a pescar?

—¡Si ya os lo había advertido! —alzó la voz para que llegara al pasillo—. ¡Mis piernas!

—Mire qué cebo traigo —como si no lo hubiera oído, aquel imbécil se sentó en el borde de la cama y abrió un bote lleno de lombrices—: Mire, mire.

—Ya veo, Alvarito, ya veo. Pero que yo acabo como Lucas, eso va a misa.

Carlos, también vestido de explorador, pero tocado con jipijapa, entró con un bastón en la mano:

—Toma, papá. Se lo he pedido a los del tercero.

Sentándose en la cama el viejo le echó al bastón una mirada desdeñosa:

—Trae. Pero esto y nada...

—No se acostumbre al bastón —le aconsejó Alvarito—. Una tía mía...

—¿Bastón? A lo que voy a tener que acostumbrarme es a la silla de ruedas. Peor aún, ¡al cochecito con motor!

Predicaba en el desierto: Carlos discutía con Álvaro a cuenta de los anzuelos, más indicados para pescar atunes que truchas, y Matilde y Yolanda, en pantalones, jerseys y pañuelos en la cabeza, y doña Fernanda, la madre del pasante, de luto riguroso, entraron enzarzadas en un debate en torno al peligro que en el campo suponían las hormigas, sobre todo las rojas:

—¿Y las cañas? Pero ¡qué porquerías de cañas son éstas! No se te puede encargar nada, Alvarito.

—Papá, déjalo en paz, siempre riñéndole.

—Si no le riño, hija.

—Carlos, nosotras ya estamos.

—Digo yo: ¿y no podíamos llevar un poco de DDT?

Don Anselmo elevó el tono de sus ayes:

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

Fue doña Fernanda quien se apiadó de él:

—¿Qué le pasa, don Anselmo?

—Nada, no le pasa nada —la informó Matilde—; es un quejica.

—¡Las piernas, doña Fernanda, que me fallan las piernas! —el quejica se había levantado para demostrarlo, y fingió con mucha propiedad que una de sus piernas se le doblaba por la rodilla—. ¡Y nadie me hace caso!

—Pero ¿no te he traído el bastón? —se volvió Carlos, que ya salía hacia el pasillo detrás de su mujer y de su futura consuegra.

—Alvarito, hijo —retuvo don Anselmo al pasante—. ¿Qué decías de tu tía, la del bastón?

—Pues que se acostumbró al bastón y le tuvieron que cortar la pierna por aquí —señaló sobre el muslo del viejo.

—¿Te das cuenta, Yolandita?

—A lo mejor es contagioso y se lo han pegado —el pasante se estaba haciendo un lío con los sedales y los anzuelos.

—¿El qué?

—Lo de las piernas.

—¿Y quién me lo iba a pegar?

—Los parálíticos, esos amigos suyos.

El señor Olmedillo le hubiera dado con mucho gusto un bastonazo en el casco de motorista. Pero se contuvo y aprovechó para cargar la mano:

—Si ya no los veo, Alvarito. ¿Cómo los voy a ver, si yo no puedo ni andar y ellos van en coche?

—Un beso, abuelo. Anda, acuéstate, que estás mejor en la cama. Toma, te dejo el *Blanco y Negro* para que te entretengas.

—Gracias, hija. Ahora me acuesto.

Esperó a que los excursionistas se alejaran por el pasillo y cuando oyó la puerta de la calle arrojó el bastón y se acercó al balcón para cerciorarse de que su familia partía de una vez:

—Porque tengo que estar seguro de que se van —se dijo, apartando un visillo.

Carlos distribuía las plazas del seiscientos: en el asiento trasero estibó a doña Fernanda, la cesta con las vituallas y los aparejos de pesca, y en el delantero montaron él y Matilde; Álvaro y Yolanda iban en la vespa. Qué familia, Señor. Pero ¿es que no tenían sensibilidad? Él no pedía que le compraran el cochecito, ni siquiera les había hablado de su existencia, él lo único que mendigaba era un poco de atención para sus piernas; de acuerdo, podía andar, pero mientras Lucas y los demás iban y venían por el mundo de merendero en aguaducho y de pinar en encinares, él se tenía que quedar en casa y soportar el francés de Yolandita, vagar por los pasillos como un alma en pena o jugar al parchís con la criada.

—Asun... Asun...

—¿Qué tripa se le ha roto ahora?

La criada limpiaba la bañera.

—¿Por qué me contestas así? ¿Estás enfadada conmigo?

—Buena me la ha hecho usted quedándose en la cama. ¡Para un día que tengo libre!

—¿Y por qué no sales?

—Ha dicho la señora que me quede por si le pasa a usted algo.

A don Anselmo le dio la risa, aquella risita suya.

—¡Y encima se ríe!

—No me río. Verás. Yo tengo que hacer unas cosas en la calle. De manera que tú también puedes salir.

—Pero ¿no dice que no puede andar?

—A ratos. Oye: de esto, ni una palabra.

Asun cambió de tono inmediatamente:

—El caso es que...

—Dime, dime.

—¿A usted no le importa que un primo mío suba a comer en la cocina? Es que ha venido del pueblo...

—¡A mí no me metas en alcahueterías!

—Ya. ¿Y usted a mí, sí?

—¡Yo no quiero saber nada! —don Anselmo salió del baño, pero retrocedió a los dos o tres pasos—: Mira, tú haz lo que quieras, pero que no lo vea subir la portera.

—No se preocupe.

—Y sácame el traje bueno.

—Ahora mismo. Y además, se lo plancho.

—Bueno, pero de prisa, de prisa.

En la entrada del Museo, al pie de la estatua de Goya, Faustino, ayudado por un sobrino suyo, un niño muy despierto, atendía su puesto de tarjetas postales, carteles de toros y chucherías, y don Vicente, sentado en su flamante coche de dos plazas, pretendía que le regalara un paquete de pipas.

—¡Zorzano!

Unos metros más allá el chófer gordinflón charlaba con don Anselmo mientras el jubilado posaba para Julita: la chica le estaba haciendo un retrato al carboncillo.

—¿Qué pasa?

—Que don Vicente quiere pipas.

—Pero ¡si no las sabe comer! Está bien: dáselas y que se las abra tu sobrino —y prosiguió, hacia el jubilado—: Pues sí, hombre, lo tiene usted muy mosca. Porque, claro, el coche ya lleva en la tienda una semana y a usted no le ha vuelto a ver el pelo desde que se lo encargó...

—¡Yo no le he encargado nada!

Julita tuvo que llamarle la atención:

—No se mueva, don Anselmo, que ya falta poco.

Zorzano planteó el problema desde el punto de vista legal:

—Vamos a ver, que yo me entere: ¿usted ha firmado algún papel?

—Ninguno. Lo que pasa es que don Hilario me envolvió. Ya sabe la labia que tiene —y remedó al ortopédico—: «Sin ningún compromiso; su hermano viene, lo ve y si no le gusta aquí paz y después gloria».

—Pero, bueno, su hermano, ¿qué dice?

—Mi hermano no quiere saber nada; que no está paralítico, eso es lo que dice —se inclinó hacia Zorzano y bajó la voz—. Oiga, y el cochecito, usted que lo ha visto, ¿cómo es?

—Fenómeno. Oiga, una maravilla.

—¿Mejor que el del señor Lucas?

—Dónde va a parar...

Zorzano se puso en pie para ver cómo iba el retrato:

—Oiga, clavado.

Y siguió hasta el puesto de Faustino: su sobrino abría las pipas con los dientes y luego las dejaba caer en la boca de don Vicente:

—Es cojonudo —comentó el chófer—. En casa no hay dios que le haga probar el caviar y ahí lo tienes, comiendo pipas.

—En la vida no se puede tener todo —filosofó a su vez Faustino, mientras su sobrino le limpiaba los mocos con un trozo de papel higiénico.

—Y hablando de comer —Zorzano se volvió hacia don Anselmo—: ¿No me ha dicho que su familia se ha ido a la sierra?

—Pues sí, sí.

—¿Y por qué no se viene con nosotros?

—¿Con quién?

—Con don Vicente y conmigo... —se interrumpió porque don Vicente, asustado, daba botes en su silla:

—¡... os chinos! ¡... os chinos! —gritaba señalando a los turistas japoneses que bajaban de un autocar.

Zorzano, sin hacerle caso, le explicó a don Anselmo:

—Es por la cosa del comunismo. Se lo oye a la madre, y claro... Venga, a ver si está ese retrato y nos vamos para casa.

Julita firmó el retrato y se lo entregó al anciano:

—¿Le gusta?

—Precioso, una obra de arte. ¿Cuánto te debo?

—Por Dios, don Anselmo. Yo se lo regalo con mucho gusto.

Zorzano insistía, ya instalado en el cochecito.

—Venga, hombre, suba.

—¿Dónde?

—Detrás de don Vicente.

—Pero yo... —el señor Olmedillo le hizo una caricia a don Vicente y se subió a la trasera—. Yo no conozco a la señora marquesa. Y presentarme así, sin avisar...

—A usted lo invita su amigo don Vicente, no su señora madre. Abróchese el cinturón, que despego.

En las cocinas, enormes, instaladas en el sótano del palacio, una turba de cocineros, pinches, camareros y limpiadoras se afanaban en el servicio del almuerzo que la marquesa, con motivo de su onomástica, ofrecía en la planta noble a dos docenas de invitados.

—Porque el día de su santo lo celebra siempre por todo lo alto, pero años, lo que se dice años, ya no cumple ninguno.

Se lo explicaba Zorzano a don Anselmo en una mesita colocada en un rincón, los dos sudorosos y en mangas de camisa, ahítos después de la serie de exquisiteces con que los había obsequiado el *chef*; don Vicente, en cambio, no había tomado otra cosa que colacao con pan.

—No hay quien lo saque del colacao, ya ve usted qué pena de hombre. Bueno, ¿qué tal ha comido?

—En mi vida... Nunca... Ni en las novelas... —se volvió hacia su anfitrión—: Don Vicente, yo no sé cómo agradecerle...

—¿Otro chupito de rioja o pasamos ya a los licores? —propuso Zorzano.

—No. Más vino no. Dígame una cosa —bajó la voz—. Esta gente, ¿come siempre así?

—Más o menos.

—¿Y no se ponen enfermos?

—Hombre, están acostumbrados...

Y atendió a don Vicente, que botaba en su silla gritando algo ininteligible; siguiendo su mirada el chófer dedujo que lo que quería era una langosta que volvía intacta del comedor.

—Tú, dale la langosta a don Vicente.

El camarero se la entregó con media reverencia, y don Vicente, encantado, dejó a un lado el colacao para acariciar y besar al crustáceo.

—Una cosa —don Anselmo volvió a bajar la voz—. Yo no entiendo mucho de aristocracia, pero si la madre es marquesa, ¿por qué no llaman marqués a don Vicente?

Mientras servía unas copas de *armagnac* Zorzano le explicó que en la nobleza se llevaba con mucha parsimonia lo de ceder títulos a los hijos; don Vicente, si no palmaba antes de que muriera la marquesa, un día sería marqués, y conde y vizconde, pero mientras su madre —y su padre, que vivía en Londres con una bailarina— no

murieran, don Vicente era don Vicente y pare usted de contar.

—Qué gente —se maravillaba don Anselmo, medio mareado, pero sin hacerle ascos al *armagnac*.

—De otro planeta, sí señor —reconocía Zorzano, seleccionando dos montecristos de la caja que le ofrecía un mozo de comedor.

—Y cómo lo tratan a usted...

No, aquel trato no se lo dispensaba la marquesa, aquella canonjía era cosa de don Vicente; el pobrecito incluso se declaró en huelga de colacao y estuvo a las puertas de la muerte una vez que su madre pretendió despedir a Zorzano.

—Pero, con los adelantos que hay hoy en día, ¿no podrían operarlo? De la cabeza, digo.

La cirugía, nada. Lo único que lo hizo mejorar un poco, pues recuperó el habla, fue el experimento que hicieron con una fulana: por consejo de un médico de locos, o sea, un psiquiatra, intentaron meterlo en la cama con la puta, y don Vicente, que desde que nació no había dicho ni mu, se tiró de la cama gritando: «¡Pecado!, ¡pecado!». O sea: que rompió a hablar a los veintisiete años, y sólo porque no quería ir al infierno.

—Verdaderamente el cerebro humano es un misterio.

No. Que le habían inculcado la idea. Porque, tonto, tonto, pero cuando se trataba de dinero o de salvar el alma, don Vicente reaccionaba como una persona normal, incluso mejor que una persona normal: tres y cuatro misas se oían los domingos, y en Semana Santa tenía que llevarlo en el coche a la procesión, los dos vestidos de nazarenos, con su capirote y toda la pesca; la única vez que tuvieron un disgusto fue precisamente por culpa de la procesión, un año en que don Vicente pretendió que Zorzano fuera descalzo y con cadenas en los pies.

—Pero digo yo una cosa: ¿no se entera de lo que estamos hablando?

Claro que se enteraba. Pero no se atrevía a decírselo a su madre porque sabía que si se iba de la lengua Zorzano lo capaba:

—¿A que sí? —le preguntó.

Don Vicente, regocijado, dio unos botes en su silla y le enseñó a don Anselmo la langosta:

—Ya veo, ya veo —el jubilado, en su afán de mostrarse agradecido, ponderó las virtudes del bicho—. Un animal muy inteligente y muy cariñoso y que hace mucha compañía.

A don Anselmo nunca le había tirado un farías como tiraba aquel montecristo. Y qué aroma, aquel humo no podía ser malo, lo sentía en los pulmones como un bálsamo, verdaderamente los ricos sabían lo que era la vida, unos tantos y otros tan poco, si él hubiera tenido dinero a buenas horas iba a estar penando por culpa del cochecito. Él, en cambio, por no tener dinero...

—¿Qué le pasa, se aburre? Porque si se aburre, aquí hemos terminado: cogemos el coche y nos vamos a la Casa de Campo a remar un rato en el lago.

—¿Cómo a remar?

—En una barca. A don Vicente le gusta mucho y a mí me viene bien. Por hacer un poco de ejercicio, digo.

—¡A... emar, a... emar! —don Vicente, excitadísimo, botando en su silla, exigió —: ¡Afetar, afetar!

Zorzano se levantó y sacó de la bolsa de la silla una máquina de afeitar eléctrica: a don Vicente, cada vez que salía de casa, y aunque salieran cuarenta veces en el día, había que afeitarlo. Pasándole la máquina por la cara reconoció que lo tenía muy mimado: como a un hijo, porque claro, él estaba soltero y solo en la vida y el hombre, por muy egoísta que fuera, si no quería a alguien era un desgraciado.

—Sí, señor, tiene usted mucha razón... Cuidado, Anselmo.

Se lo recomendó él mismo porque al levantarse dio un pequeño traspies —culpa del rioja, del *armagnac* y del montecristo, no de sus piernas, claro— y ya en confianza pellizcó los mofletes de don Vicente y lo festejó como si fuera un niño de pecho:

—Huy, qué cosa más rica.

En el muro zumbó un intercomunicador y el cocinero que atendió la llamada le pasó el teléfono a Zorzano:

—La señora marquesa.

En la cocina cesaron las conversaciones del personal y el estrépito de los fregaderos; don Anselmo, que acababa de ponerse el sombrero, se destocó respetuosamente:

—Mande, señora marquesa... Sí, don Vicente ha tomado tres tazones de colacao con una barra de pan... Don Vicente va bien de vientre, señora marquesa... Sí, señora marquesa, don Vicente iba a salir a remar a la Casa de Campo... Como mande la señora marquesa.

Zorzano colgó violentamente el teléfono, le dio una patada a uno de los enormes cubos de basura pegados a la pared y se desahogó con su invitado: ¿a que no imaginaba don Anselmo lo que le había dicho aquella madre desnaturalizada? «Salgan por la puerta de servicio, mejor que no lo vean los invitados».

El jubilado se limitó a cabecear, lamentándolo, y empujó la silla de ruedas hacia el montacargas, que los subió al nivel de la calle; estaban trasladando a don Vicente de la silla al coche de dos plazas cuando se dieron cuenta de que conservaba la langosta en el regazo:

—Vaya por Dios. Pero ¿usted se cree que se puede salir de paseo con una langosta?

—Hombre, como vamos al Lago...

Zorzano montó en el asiento delantero, don Anselmo se encaramó a la trasera, el cochecito salió del palacete por una puerta trasera y un minuto después volaban Castellana abajo. No había que darle vueltas, reflexionaba el señor Olmedillo, sintiendo la brisa en su rostro: la rueda, y sobre todo la rueda motorizada, era un gran

invento.

Y justo cuando acababa de llegar a tan brillante conclusión un guardia urbano levantó la mano y les hizo parar:

—En este vehículo sólo pueden viajar dos personas. Usted, abajo del coche.

Y así fue como aquellas horas de felicidad terminaron abruptamente para el maestro jubilado.

«11.30. En el Paseo de Coches del Parque del Retiro, Gran Festival de la Agrupación de Inválidos Madrileños. Carreras y *gymkana* de sillas de ruedas y de cochecitos con motor».

Lo decía el *ABC* en la Agenda de Hoy, y el *ABC* no mentía nunca. Don Anselmo, que lo leía en la cocina, ignoraba lo que significaba la horrible palabra «*gymkana*», pero lo que estaba claro era que aquel domingo de agosto en el Retiro iban a celebrar una fiesta —qué fiesta, una mojiganga— aquellos desgraciados a los que en un momento de ofuscación llegó a envidiar y de los que desertó al comprender que se estaba comportando como un mentecato: los parálíticos, con motor o sin motor, eran parálíticos, y él una persona con sentido común y en el pleno disfrute de sus extremidades; en cuanto al señor Lucas mejor olvidar a aquel desleal amigo, y en lo que se refería al embaucador del ortopédico, don Hilario Conejo se podía meter el cochecito por donde le cupiera: la luz se había hecho en la cabeza del jubilado aquella tarde en que el guardia lo apeó del coche de don Vicente y le afeó su conducta: lo mismo le pasó a San Pablo —salvando las distancias— cuando se cayó del caballo.

Asun entró en la cocina con un mensaje:

—Don Carlos quiere el *ABC*.

El anciano apuró su taza de café con leche y después de cerciorarse de que en las esquelas no aparecía el nombre de ningún conocido se dirigió arrastrando las zapatillas a la puerta del baño:

—Ahí va.

Al agacharse para meter el diario por debajo de la puerta, a sus espaldas sintió la áspera voz de su nuera censurando al marido:

—Eso, tú lee en el retrete. Pero luego no te quejes de las almorranas.

Desde el baño Carlos se defendió a voz en cuello:

—Yo, si no leo, no obro.

Don Anselmo se apresuró a cerrar las ventanas del pasillo —por el patio se oía todo y los vecinos no tenían por qué enterarse de los trastornos intestinales de la familia— y en su dormitorio encontró a su nieta haciendo gimnasia ante el balcón abierto.

—Pero, la gimnasia, ¿no la puedes hacer en tu cuarto?

—En mi cuarto no hay ventana. Y yo tengo que respirar oxígeno.

Se sentó en la cama. Desde encima de la cómoda lo miraba el dibujo de Julita con aquella expresión que parecía compadecerse de él.

—Yolandita, tú que sabes francés, ¿qué quiere decir jincana?

—No es francés, es inglés. Y es una carrera de caballos.

Pero, entonces, los parálíticos, ¿se habían pasado a la equitación? ¿Se habría comprado el perturbado de Lucas un caballo? No; debía de ser cosa de don Vicente, los aristócratas iban mucho al hipódromo.

—¿Cómo, una carrera de caballos?

—No sé, abuelo. Es una pista con cosas para que tropiecen y se caigan, yo lo vi una vez en el Nodo.

—Ah.

De manera que era eso: las sillas y los cochecitos competirían en carreras de obstáculos; seguro que ganaba Zorzano, que era un profesional. Aunque, claro, el coche de don Vicente, al ser de dos plazas, quizá no resultaba tan manejable como el de...

—¡Buenos días! —Álvaro llegaba de la calle con el casco de motorista en la cabeza y una maceta de geranios en las manos—. ¿Y la mamá? Mira lo que le traigo.

—Verás lo contenta que se va a poner. ¿Has desayunado, cuchichi?

—Sí, pero poco —la besó en la mejilla—. Me he sacrificado para desayunar contigo.

—Qué tonto eres.

Yolanda dejó la gimnasia para cebar al pasante con pan y mantequilla, y don Anselmo consideró una vez más, y con el pesimismo de siempre, las escasas posibilidades de que aquel idilio terminara felizmente. Porque Álvaro, aunque no se le notara a primera vista, era más imbécil que don Vicente, con la diferencia enorme de que don Vicente heredaría cuatro o cinco títulos, tierras que suponían una extensión superior a la de Andorra, una ganadería de toros bravos, palacetes en Madrid, San Sebastián y Sevilla, y acciones como para vivir de renta toda su vida; aparte, la ciencia médica no dejaba de progresar, y un día u otro sería capaz de arreglarle las meninges. Pero, claro, como él ya no se trataba con don Vicente...

—¡Asun! —se asomó al pasillo quitándose la bata.

—¿Qué quiere?

La criada se asomó a la puerta del dormitorio matrimonial con una pila de ropa blanca en las manos.

—Que voy a salir, límpiame los zapatos y dame una camisa limpia.

Porque se iba a pasar por el Retiro. De incógnito, claro, y sólo para reírse un rato.

A la altura de la Casa de Fieras el Paseo de Coches ofrecía un animado aspecto: docenas de sillas de ruedas y cochecitos con motor iban y venían de un lado para otro entre la curiosidad de los espectadores y los nervios de la organización, que no conseguía poner orden ni siquiera con la ayuda de la Policía Municipal.

—¡Se ruega a los señores participantes que ya han corrido las series de sillas que se retiren de la pista! ¡Va a comenzar el campeonato provincial de coches de pequeña cilindrada! ¡Señores, por favor! —se desgañitaba el servicio de megafonía.

Don Anselmo no daba crédito a sus oídos y mucho menos a sus ojos; tenía razón para escandalizarse aquel chuleta que al ver a los cochecitos repostando en un camión de Campsa había comentado: «Pero esto, ¿qué es, el ralli de Montecarlo?».

Juramentado consigo mismo para escudarse en el anonimato y evitar así algún encuentro desagradable, el jubilado disimulaba su presencia medio agachado en la última fila del numeroso y bullanguero público que presenciaba las pruebas, pero la curiosidad le obligaba a ponerse de puntillas y a alargar el cuello a cada instante.

Y esa curiosidad fue lo que le perdió: el coche del señor Lucas, con el lechero luciendo el dorsal número 5, pasó ante sus narices cuando un miembro de la organización lo empujaba hacia la línea de salida:

—¡Lucas! —gritó.

—Pero, coño, Anselmo, ¿de dónde sales? —el señor Lucas frenó, y se volvió hacia atrás—. ¡Zorzano, mira quién está aquí!

La cabeza de Zorzano emergió entre el barullo de coches, cronometradores, auxiliares, miembros de la Cruz Roja y familiares de los competidores:

—¡Don Anselmo!

La emoción trastornó al jubilado, y olvidando sus prevenciones se abrió paso entre los curiosos para abrazar al señor Lucas:

—Pero ¿vas a correr?

—¡Voy a ganar! No tengo enemigo, Anselmo, llevo entrenándome una semana.

El miembro de la organización cortó el abrazo entre los amigos:

—Por favor, señor Frutos, es su serie.

—¡Luego nos vemos!

Mientras el señor Lucas se dejaba conducir a la línea de salida Zorzano llegó hasta don Anselmo, y después de abrazarlo y de interesarse por su salud lo llevó hasta don Vicente, que tenía un disgusto tremendo:

—Nada, que la repajolera marquesa nos ha prohibido competir por miedo a que tengamos un accidente y el apellido de la familia salga en la prensa. Una pena, porque con nuestro coche...

—¡Hombre! ¡Dichosos los ojos!

Era el ortopédico. Don Anselmo, azarado por su tono sarcástico, tartamudeó:

—Don Hilario, ¿cómo... cómo está usted?

El ortopédico estaba muy molesto con él:

—Perdóneme, señor Olmedillo, pero ésta no es manera de proceder.

—Perdone, ya lo sé, me siento muy mortificado. Pero si me permite explicarle...

—A estas alturas las explicaciones no remedian nada. Porque yo, para cumplir mi palabra, he tenido el modelo inmovilizado durante todo este tiempo con el consiguiente perjuicio económico. Y usted, en cambio, ha faltado a la suya, don Anselmo.

—Pero yo no firmé nada.

—Usted me prometió traer a su hermano a la ortopedia para que viera el modelo, ¿sí o no?

—Hombre...

—Zorzano: ¿ha visto usted al hermano del señor Olmedillo? Pues yo tampoco.

En un encomiable papel de amigable componedor Zorzano disculpó al anciano atribuyéndole sobre la marcha un viaje a Lourdes con su hermano y una operación de apendicitis de su propio apéndice, y a renglón seguido animó al ortopédico a dejar a un lado resquemores: ¿por qué no le enseñaba el cochecito?

—Eso, eso —se animó don Anselmo.

—Mire, señor Olmedillo, yo con usted ya he perdido demasiado tiempo. ¿Ha venido su hermano o no ha venido su hermano?

—No, mi hermano, no. Pero si veo el cochecito —a don Anselmo se le atoró la voz— yo... yo le puedo explicar cómo es.

Zorzano atendió a los berridos que empezaba a dar don Vicente y el ortopédico Conejo condujo al jubilado hasta lo que él llamaba «*stand*», una especie de sombrero en el que bajo el lema COMODIDAD + VELOCIDAD + SEGURIDAD = COCHES DE INVÁLIDOS CONEJO se exhibía el modelo objeto de la polémica, muchísimo más tentador en la realidad que en la foto que don Anselmo todavía llevaba en la cartera, pegada al corazón.

—Qué maravilla —susurró, alargando tímidamente la mano hacia los destellos que el sol arrancaba de los cromados.

El ortopédico cantaba las excelencias de la suspensión, de los frenos, del reprís, del sistema eléctrico, del consumo, de la facilidad de maniobra...

—Ya, ya veo, pero el precio...

En lugar de decírselo don Hilario lo sentó en el vehículo y le soltó otra andanada loando la gutapercha, el cenicero, el cofre portaequipajes, el reposapiés, todo estudiado para la comodidad, velocidad y seguridad del cliente.

El cliente ya no le oía: sentarse, colocar las manos en el manillar e imaginarse lanzado a toda velocidad hacia la vida había sido todo uno, y la voluptuosa sensación que experimentaba le recordó —¡qué cosas!— la que le produjo su primer orgasmo. Y, de pronto, estalló en sollozos.

—Si es por el precio —se apresuró el ortopédico a sosegarlo—, no se preocupe: simbólica entrada inicial, cómodos y módicos plazos...

—No. Si no es por el precio —don Anselmo ya había roto a llorar—. Si es que el cochecito... ¡el cochecito era para mí!

Instantáneamente el ortopédico Conejo lo vio todo claro y en consecuencia y sin necesidad de más explicaciones le dio su pañuelo, corrió la cortina que los aislaba del exterior, se arrodilló, le arremangó los pantalones y, muy seriamente, se dispuso a palparle las pantorrillas:

—Permita, señor Olmedillo.

—Pero ¿qué hace? —sollozaba el señor Olmedillo, desconsolado—. ¡Si en las piernas no tengo nada!

—Eso se cree usted. Mire: flacidez, falta de tono muscular, deficiente riesgo sanguíneo... ¿Duele aquí?

—Ay.

—¿Y aquí?

—Ay, ay, ay.

—Lo que me temía.

Del mismo susto don Anselmo dejó de sollozar:

—¿Es grave?

El ortopédico le largó con frialdad profesional una retahíla de términos incomprensibles, y luego se los tradujo en el tono cordial del amigo: como andar, podía andar, pero ¿por cuánto tiempo? Antes o después daría un traspiés con el consabido riesgo de fracturarse una cadera, y a ciertas edades, con los huesos descalcificados, las fracturas...

—Perdone, don Hilario —le interrumpió el anciano—. Mi hijo no sabe nada, pero yo, extraoficialmente, consulté con mi médico de cabecera: según él en el cochecito se me anquilosarían las piernas.

¡Los médicos! ¿Iba a hacer caso de los médicos? A los médicos les tenía sin cuidado todo lo que no fuera rajarse; por otra parte, la ortopedia era una especialidad en la que los médicos no pintaban nada; y de postre, ¿sabía cuántos médicos pasaban consulta en coches de inválido? Además, ¿qué importancia tenía el que se le anquilosaran las piernas? Un antropólogo de Chicago acababa de demostrar que la Humanidad caminaba a pasos acelerados hacia la total y absoluta desaparición de las extremidades inferiores como medio de locomoción: el antropólogo calculaba que hacia el año tres mil todo el mundo —incluidos los futbolistas, que usarían las piernas únicamente para dar patadas— iría sobre ruedas y propulsado a motor.

—No, si no me extraña, mire el auge del automóvil. Pero el antropólogo ese no ha contado con mi hijo —don Anselmo bajó la voz—. Porque el problema es mi hijo. ¿Qué cree usted que se le ocurrió cuando le dije que me fallaban las piernas?

—Cría cuervos... —cabeceó escéptico el ortopédico Conejo.

—Pues todo lo que se le ocurrió fue pedir prestado un bastón.

—Pero ¿usted no es el *pater familias*?

—¡Yo soy un desgraciado con familia, don Hilario, eso es lo que soy! Porque con esto de las piernas me he quedado sin amigos y me paso la vida encerrado en casa, con la única distracción de jugar al parchís con la criada.

Don Hilario, en pie, se llevó una mano al mentón y observó a su problemático cliente durante un buen rato. Luego, apartando la cortina que los aislaba del exterior, le ordenó que no se moviera del coche y lo dejó a solas.

Desde fuera llegaba el petardear de los motores, la voz ininteligible de la megafonía, los aplausos del público. ¿Habría ganado el señor Lucas? ¿Estarían en el Retiro Julita, y Faustino, y Arcadio, y Pepe, y Pedro, y Perico? ¿Correrían en las carreras también ellos? ¿Qué dirían si lo vieran allí, sentado en el cochecito como si ya fuera suyo?

Don Hilario volvió con Amalio, el dependiente de las gafas negras; aquella mañana en lugar de la bata blanca llevaba un mono de mecánico en cuya espalda se

podía leer: «Ortopedia Conejo».

—¿Está usted cómodo? —se interesó el ortopédico—. Porque si no está cómodo, el asiento es regulable.

—Comodísimo.

—Adelante, Amalio.

El dependiente empujó vehículo y pasajero fuera del sombrero y los llevó hacia el Paseo de Coches, en dirección contraria a la que habían dedicado la pista.

—Pero ¿qué hace? —se inquietó, o se ilusionó, don Anselmo.

—Señor Olmedillo: yo tengo un corazón muy grande: lo único que me preocupa es la felicidad de mis clientes, y en este caso concreto, la de usted.

—Muchas gracias, don Hilario, pero...

—Señor Olmedillo —el ortopédico se puso solemne—: Va usted a probar el modelo. Completamente gratis y sin compromiso.

—Mu... Muchas gracias, pero yo no sé conducir —farfulló el señor Olmedillo, pesaroso.

—Amalio le enseñará. Es cosa de un momento.

Amalio se subió a la trasera del cochecito y pasó sus brazos por encima del anciano jubilado para alcanzar el manillar:

—Primero: botón de encendido.

Tocó algo en alguna parte y el motor arrancó.

—Segundo: palanca de marcha.

Don Anselmo no estaba como para fijarse en lo que hacía su instructor: el asfalto ya se deslizaba hacia él suave y dulcemente.

—Puño derecho: acelerador.

—¿Puedo...? —el anciano había vuelto la cabeza hacia su monitor, la boca seca, la voz empañada por la emoción.

—Cómo no. Esto lo maneja un niño.

Y le cedió los mandos.

El señor Olmedillo recordó haber leído en alguna parte que los antiguos griegos conocían todos los placeres del hombre moderno excepto uno: la velocidad. Con precaución, pero sin pensárselo dos veces, hizo girar el puño y el paseo, el parque, la ciudad, el mundo entero comenzaron a deslizarse bajo sus pies sin que el prodigio le exigiera el menor esfuerzo.

—¿Qué me dice? —oyó una voz conocida a su izquierda.

Don Anselmo ladeó la cabeza: era el ortopédico, que le hablaba desde la ventanilla de una furgoneta que se había puesto a su altura.

—¿Qué quiere que le diga? ¡Esto es la gloria!

—Entonces, ¿lo compra?

—¡Hombre! Yo, encantado. Pero...

El ortopédico Conejo, medio cuerpo fuera de la ventanilla, le garantizaba:

—Nada, el precio, nada... Toque, toque el claxon...

El anciano tocó el claxon y aclaró:

—No, si el problema no es el precio. El problema es mi hijo. ¿No le he dicho lo del bastón?

—¿Me permite un consejo? ¡Coloque a su hijo ante el hecho consumado!

Un par de semanas más tarde, después de muchas dudas y muchos ensayos sobre la alfombra de su dormitorio, don Anselmo se decidió a poner en práctica la sugerencia del ortopédico: una tarde, volviendo a casa de dar un paseo por el barrio, influido quizá por los primeros truenos de una tormenta que amenazaba acabar con el verano, el aspirante a paralítico se tendió en el rellano del entresuelo, se santiguó encomendándose a la Divina Providencia y pidió socorro a gritos:

—¡Auxilio! ¡Carlos! ¡Socorro! ¡Alvarito!

Si no hubiera sido por don Luis, el vecino de enfrente, el anciano se habría quedado allí, encima del felpudo y dando voces hasta la consumación de los tiempos; estaba visto que aquella familia suya tenía la sensibilidad de un adoquín de Calatorao.

—Pero ¿qué le pasa a usted?

—Las piernas, don Luis, las piernas. Por favor, llame al timbre.

Don Luis tocó el timbre y pretendió levantarlo del suelo:

—Déjeme que le ayude.

—No, no —si Carlos lo veía de pie al abrir la puerta se estropearía el efecto—. El médico... La cadera...

—¡Virgen Santísima! —gritó Asun al abrir la puerta y encontrarse con aquel espectáculo. Y volvió hacia dentro gritando—. ¡Señor, señora, que a don Anselmo le ha dado un telele!

—Papá, papá...

Menos mal: Carlos parecía realmente afectado.

—Las piernas, hijo...

Carlos lo cogió en brazos, Matilde se lanzó a hacer de plañidera, Yolanda estuvo a punto de tirarlo al suelo en su empeño de abrazarlo y Álvaro se encargó de avisar al doctor Cantueso, el médico de la familia, que por suerte vivía en la acera de enfrente.

—Pero ¿cómo ha sido?

—De repente. Iba a tocar el timbre cuando, clac, se me han doblado las piernas... Imagínate si me pasa en la calle, en medio del tráfico...

—¿Quieres un té, una manzanilla, algo?

«No. Lo que quiero es un cochecito», eso es lo que le hubiera gustado contestarle a su nuera.

—Una gota de coñac, que me siento muy débil.

Por el balcón entraban los fogonazos de los relámpagos y el fragor de los truenos, y Carlos se apresuró a cerrar las maderas y a correr las cortinas:

—Mira que te lo dije: «Papá, no salgas sin bastón». Pero tú, como te sientes un chaval...

Otra vez con el bastón. Aquel hijo suyo no tenía arreglo.

—Ay de mí.

Carlos volvió a su lado:

—¿Dónde te duele? —se dispuso a quitarle la chaqueta—. Dios no quiera que te hayas roto algo. Porque una caída a tu edad...

—¡Eso, eso mismo dijo don Hilario!

—¿Quién es don Hilario?

Don Anselmo se inventó una explicación convincente:

—El doctor Conejo. Un genio. Mucho antes de que Lucas, el pobre, se viera condenado a la silla de ruedas, el doctor Conejo le dijo: «Señor Frutos: cuidado, que a su edad una caída puede serle fatal». Por la descalcificación de los huesos, claro...

Yolanda entró con media copa de coñac y Matilde con el frasco de agua de colonia:

—Quita —apartó a su marido. Y se lanzó a rociar la cama, incluido don Anselmo.

Las apariencias, eso era lo único que le importaba a su nuera: venía el médico y perfumaba la habitación. Y su nieta era peor que ella: aquel coñac venía directamente de la cocina.

—¿Es del de guisar, Yolandita?

—No. Es del de papá.

—Muy mal no debes de estar, cuando te preocupas de dónde viene el coñac —comentó Carlos, sarcástico.

Tendría que haberse roto la cabeza, y no una pierna, para que se apiadara de él:

—Ay de mí.

—Bueno, pero ¿dónde te duele?

—¡El alma, me duele, hijo!

La voz de Álvaro precedía a las toses del doctor Cantueso:

—Don Felipe, ya viene don Felipe.

El doctor Cantueso andaba cerca de los ochenta, un temblequeo de la cabeza le hacía decir «no» incluso cuando decía «sí» y la bronquitis crónica le salpicaba los diagnósticos de toses, carraspeos y salivazos al pañuelo; don Anselmo estuvo a punto de sonreír, divertido, al recordar la mordaz pregunta que le hizo al decrepito galeno cuando éste le prohibió la silla de ruedas con motor o sin motor: «Pero a usted, doctor —le dijo—, ¿no le convendría que lo viera un buen enfermo?».

El médico saludó con unas toses, y mientras le tomaba el pulso al accidentado se interesó por las reglas de Yolanda; Matilde echó de la habitación a Álvaro para que la chica pudiera responder sin avergonzarse, y el doctor, enterado ya de las novedades ginecológicas de la reina de la casa, alargó la mano para recoger la cuchara que Asun había traído de la cocina:

—Ahhhhhh —animó a don Anselmo a abrir la boca para meterle la cuchara y examinarle la lengua y las amígdalas.

—No, la cuchara, no... —protestaba el anciano, enclavijando los dientes postizos.

Don Felipe lamentó entre dos toses el miedo que un utensilio tan inofensivo como la cuchara les producía a los enfermos.

—Pero, si yo no estoy enfermo...

—Ahhhhhh —el doctor Cantueso aprovechó para introducirle la cuchara entre las dos piezas de la dentadura y hacer palanca.

—¡Las piernas! —pudo gemir don Anselmo cuando, por fin, el médico se salió con la suya.

El médico no lo oyó por culpa de los carraspeos, y a la vista de la lengua, que según él estaba saburrosa, diagnosticó un empacho, recetó una purga y le preguntó a Carlos por sus hemorroides.

—¡Las piernas, don Felipe! —clamaba el paciente—. ¡Que son las piernas!

Carlos no tuvo más remedio que cortar el relato de las penalidades que sufría cada vez que tomaba chocolate y pasó a explicarle al bronquítico doctor el percance sufrido por su padre, pero don Felipe, lavándose las manos en la palangana aportada por la diligente Asun, atendía a Matilde, aquejada de flato sobre todo después de comer.

—Don Felipe... ¡Que el que estoy grave soy yo! Mis piernas, don Felipe.

Cuando, por fin, el doctor Cantueso examinó las canillas del anciano y no encontró nada que diagnosticar, don Anselmo recordó las palabras del ortopédico Conejo:

—¿Y la flacidez? ¿Y la falta de riego?

—Cincuenta años de profesión —el facultativo escupió en su pañuelo— y siempre lo mismo: el paciente quiere saber más que el médico.

—¡Inválido, inválido!

—Pero qué dices. En las piernas no tienes nada. Absolutamente nada. Habrá sido una lipotimia.

—¡En una silla de ruedas lo que me quede de vida!

—Y dale. La silla de ruedas no te conviene, Anselmo. ¿No te dije que las piernas se anquilosan si no se usan? Hazme caso: que te purguen. Y mañana como nuevo.

Carlos creyó comprender:

—Un momento, déjese de purgas. ¿Qué es eso de la silla de ruedas?

Don Anselmo no aguantó más:

—¡Yo no quiero una silla de ruedas! ¡Yo quiero un cochecito con motor!

El rostro del procurador se puso de color púrpura, las venas de la frente se le hincharon y empezó a echar espuma por la boca:

—Matilde, Yolanda, Asun: ¡a la cocina!

Asustadas, las tres corrieron en busca de la pastilla que solían administrarle cuando le daban los ataques de cólera:

—¡La pastilla, la pastilla!

El doctor y el pasante no se dieron cuenta de la apoplejía que estaba rondando al procurador: Álvaro, despojado de la chaqueta y de la camisa, le enseñaba a don Felipe lo que temía fuera un golondrino.

—¡A la cocina tú también, imbécil! —Carlos echó a empujones a su pasante, cerró la puerta y alzando los brazos al techo clamó—: ¡Qué desgracia, qué desgracia!

Don Anselmo se parapetó detrás del embozo y don Felipe se extrañó:

—Pero ¿qué dices? Un empacho, nada.

—Le digo yo lo que tiene. ¡Que no rige, doctor! Un padre loco... Tengo un padre loco...

Y se derrumbó sollozando en una butaca.

—¡Yo no estoy loco! —don Anselmo se creció ante el insulto—. ¡Yo quiero un cochecito con motor y no me moveré de la cama hasta que me lo compres!

Carlos dejó de sollozar instantáneamente: no podía creer lo que acababa de oír. Levantándose, le pidió al médico que se lo confirmara:

—¿Usted lo ha oído?

—Ni caso. Los viejos son como los niños, no hay que hacerles caso —le aconsejó el carcamal. Y se despidió—. Bueno, me voy, que ya es hora de cenar.

—Gracias, don Felipe. Perdona que no le acompañe, pero...

—Conozco el camino. Y púrgalo, púrgalo.

En el pasillo montaban guardia Matilde y Yolanda con las orejas pegadas a la puerta y la pastilla y el vaso de agua en las manos.

—Matilde, acompaña a don Felipe.

—La pastilla, Carlos.

—No necesito pastilla.

Cerró la puerta, contó hasta cien y se enfrentó con su padre:

—Papá... Vamos a hacer una cosa: tú te levantas ahora mismo a cenar y yo me olvido de este asunto.

—Ni me levanto, ni ceno —él no iba a ser menos que don Vicente—. ¡Estoy en huelga de hambre!

—Papá: no me hagas perder la calma.

Don Anselmo perdió la cabeza:

—¡A ti lo que te duele es soltar un duro! ¡Y tu dinero también es mío, porque yo te he dado una carrera!

—¡Basta, papá! —Carlos, de nuevo al borde del ataque, alzó una mano—. ¡Que no quiero olvidar que eres mi padre!

La amenaza no surtió ningún efecto:

—Ya te acordarás, ya, cuando me encontréis aquí muerto de inanición.

—¡Matildeeeee!

Matilde entró suplicante:

—Por Dios, Carlos, los vecinos.

—¡Que se enteren! ¡Que sepa todo el mundo que tengo un padre loco! —apuntándole con un dedo muy tieso, Carlos no bajó la voz—. ¡Si ese hombre no se levanta de esa cama, no cena!

—¡Papá, la tensión! —lloriqueó Yolanda dándole la pastilla y el vaso de agua.

—No llores, amor —Álvaro interrumpió el besuqueo a su novia para recriminar al anciano—. Vaya disgusto que nos está dando.

Mientras su hijo, su nuera, su nieta y aquel botarate del pasante dejaban el dormitorio, don Anselmo, sentado en la cama, se sintió personaje de folletín:

—¡No me levantaré! ¡Me moriré aquí, comido por los gusanos! ¡Sin que nadie me cierre los ojos!

El portazo lo devolvió a la vulgar realidad. O sea, que se quedaba sin cenar. Pues muy bien. Les iba a dar una lección de coraje. Él no se rendía tan fácilmente. Porque ¿de qué le servía levantarse y cenar, si al día siguiente las cosas seguirían como hasta entonces? De acuerdo, él tenía las piernas, pero con las piernas vivía como un vegetal. En cambio, los parálíticos...

Vio el bastón, colgando del perchero de la puerta. Se levantó, lo descolgó, abrió la puerta y lo arrojó con rabia al pasillo en señal de desafío. El olor a fritanga que llegaba desde la cocina se le metió por la nariz y se le coló hasta el estómago.

—Canallas —gimió.

Y se volvió a la cama.

En la tienda de compraventa, oscura y atestada de objetos, olía a gato y a latrocinio. Don Anselmo entró precedido por la campanilla de la puerta, la caja de hojalata con las joyas de la familia debajo de la chaqueta, y los boquerones de la cena repitiéndole una barbaridad.

Porque se los había desayunado: «La señora dijo que le guardara los boquerones de anoche. ¿Los quiere?», le preguntó Asun al ver cómo se zampaba las tostadas. «Vengan los boquerones»: aquella mañana iba a necesitar un suplemento de energías. Lo que no hizo fue hablar con los suyos: al hosco silencio de Carlos, a las miradas atravesadas de Matilde, a los suspiros de Yolanda y a los gestos condenatorios de Álvaro correspondió con un desdén olímpico, y en cuanto pudo sacó del armario la caja que originalmente fue el envase de un kilo de dulce de membrillo y corrió hacia el antro de doña Paca, que así se llamaba la titular de la tienda, según el letrero que campeaba en la fachada.

Y allí estaba, dispuesto a convertir las alhajas en el dinero que debería entregar al firmar el contrato —la entrada, que decía don Hilario—; las letras ya las pagaría Carlos si no quería poner en la picota la solvencia de la familia.

—Buenos días.

Doña Paca, una mujer diminuta que hacía punto bajo un enorme trozo de retablo de madera dorada y salpicada de desconchones, ignoró su saludo y le propuso con un gesto indiferente que le mostrara lo que le traía. El anciano sacó su caja y la depositó sobre la mesa camilla.

—Ay, Dios mío.

La enana gimió como si se dispusiera a hacer el más grande de los sacrificios, y a través de una lente de relojero que se colocó en un ojo fue examinando lo que iba sacando de la caja de hojalata: anillos, crucifijos, collares, medallas, pendientes, relojes, monedas antiguas, poco oro, alguna plata y piedras más o menos preciosas.

—Nada... Bisutería, pacotilla, poca cosa, todo flojo, muy flojo.

El señor Olmedillo ya suponía que la buena mujer lo iba a sangrar y estaba dispuesto a ofrecerle las venas siempre que le diera el dinero para pagar la entrada. Lo malo era que la enana también sabía que aquel pobre viejo se iba a conformar con lo que estrictamente necesitaba: el problema para ella era no pasarse en la cifra.

—¿Cuánto?

Don Anselmo intentó defenderse:

—Verá: yo necesito cinco mil pesetas. Usted escoge lo que le interese por las cinco mil pesetas y lo demás me lo llevo.

La mujer recogió las piezas objeto de la transacción con el gesto de quien limpia de migas un mantel después de la comida y las devolvió a la caja con desprecio:

—Así no vamos a ninguna parte.

Y tras encender una radio colocada en una de las repisas del retablo volvió a su

tarea.

—Pero...

Anonadado por la brutalidad de la compradora, don Anselmo se quedó sin argumentos. Y encima la guía comercial de la radio lo aturdió y no le dejaba reflexionar. Cuando, por fin, llegó a la conclusión de que le iba a suceder lo mismo en cualquier establecimiento del ramo que visitara, aceptó la inicua condición impuesta por la sanguijuela:

—Necesito cinco mil pesetas.

La enana, sin interrumpir el chocar de sus agujas, sin mirarlo, cabeceó:

—No, no, no. Yo no le pregunto cuánto quiere; yo le pregunto con cuánto se arregla.

—Con cinco mil pesetas, doña Paca.

Doña Paca dejó su labor sobre la mesa, abrió la caja, volvió a sacar las alhajas, las estudió de nuevo a través de su lente, y repitió su primera frase palabra por palabra, ahora adornada con suspiros:

—Nada... Bisutería, pacotilla, poca cosa, todo flojo, muy flojo... ¿Y esto?

Había abierto un estuchito, un guardapelos:

—Es un rizo de mi pobre mujer —don Anselmo alargaba la mano para recuperarlo.

—Cuatro mil quinientas.

Y devolviendo al estuche el mechón de cabello rubio lo puso fuera del alcance de su legítimo propietario:

—Es que el rizo es una cosa personal...

La mujer sacó del estuche el mechón y se lo devolvió:

—Cuatro mil quinientas.

Un sollozo sacudió a don Anselmo al guardar en la cartera los queridos pelos:

—Cinco mil, por favor, es lo que necesito.

Doña Paca lo miraba como si fuera un insecto:

—Mire, no voy a discutir. ¿Y sabe por qué? Porque me da usted mucha pena.

Sacó de debajo de las faldas un envoltorio de hule liado con una cuerda, deshizo los nudos, contó el dinero de espaldas al cliente, y antes de dárselo le exigió un juramento:

—Júreme usted que no se lo dirá a nadie.

—¿El qué?

—Que por blandura de corazón estoy llevando mi negocio a la ruina.

—Sí, señora. Lo juro.

Don Hilario atendía a un soldado, pero al ver entrar al señor Olmedillo puso al militar en manos de Amalio.

—¿Qué, todo arreglado?

—Todo arreglado. Aquí tiene, las cinco mil.

—Entonces, su hijo ha entrado en razón —supuso, jocundo.

—Se ha inhibido. Dice que ya soy lo bastante mayor para saber lo que hago.

En el despacho, bajo el esqueleto remendado con todas las prótesis imaginables y por imaginar, el ortopédico ingresó las cinco mil pesetas en caja y puso a la firma del jubilado las letras de los cómodos y módicos plazos. Don Anselmo firmó y firmó, y mientras firmaba le pidió a don Hilario un favor:

—En lugar de llevármelo ahora prefiero que me lo envíe usted a casa. Si mi hijo o su mujer pregunta de dónde sale el cochecito, conviene que Amalio les diga que me lo ha concedido una asociación caritativa.

Don Hilario no tuvo ningún inconveniente en colaborar en la farsa e incluso la redondeó: visto el estado de las piernas del señor Olmedillo, y consciente de que el anciano no disponía del dinero que costaba el cochecito, él, Hilario Conejo, que hacía de su profesión un sacerdocio, había presentado el caso en una Asociación Católica de Ayuda al Inválido —el ortopédico lo decía con tal convencimiento que don Anselmo vio las mayúsculas— y dicha asociación correría con el gasto.

—No sabe cómo se lo agradezco, don Hilario.

—Siempre al servicio del cliente, don Anselmo.

El cochecito estaba en el vestíbulo. Desde el fondo del pasillo llegaba la metálica voz del profesor de francés de Yolanda:

—*Bonjour, monsieur...*

—*Bonjour, madame...*

—*Allez-vous à Paris...?*

—*Oui. Je vais à Paris, et puis a Nice...*

El señor Olmedillo, convencido de que su familia había encontrado muy plausible la historia de la donación, ni siquiera echó en falta la voz de pito de su nieta. Y hasta se permitió el lujo de fingirse sorprendido:

—Caramba. ¿Ya lo han traído?

No se dirigía a nadie en particular, pero de la cocina asomó Asun entrechocando los dedos en el aire en un gesto que el anciano interpretó inmediatamente como «¡La que le espera!», y retrocedió prudentemente hacia el vestíbulo.

—¿Dónde vas, papá?

Carlos le sonreía desde el umbral del bufete. Pero la sonrisa era la de una hiena, si es que las hienas, además de reír, sonreían.

—A... Es que se me ha olvidado la...

—Ven. Pasa. Tenemos que hablar. De hombre a hombre, papá.

—No —intentó resistirse.

—Por favor —le hizo entrar en el bufete y extendió el brazo para demostrar que

no le temblaba la mano—. No tengas miedo, mira qué tranquilo estoy. Siéntate.

Don Anselmo obedeció, Carlos se sentó frente a él, cambió de posición el enorme crucifijo para enfrentarlo a su padre y así convirtió la mesa en tribunal de justicia:

—Delante de este Cristo que lo ve todo, dime: ¿de dónde viene ese artefacto que hay en el vestíbulo?

«Sostenella y no enmendalla», se dijo el anciano. Y devolviendo el crucifijo a su posición original se encaró con su fiscal:

—¡De donde hay más corazón que en esta casa! ¡De la caridad pública! ¡Y no es un artefacto! ¡Es un coche de inválido!

Carlos empezó a congestionarse:

—Embustero... Cínico... Pródigo... Perdulario... —echó mano del Código Penal, y mientras buscaba algo en sus páginas preguntó lo último que don Anselmo hubiera querido oír—. Las alhajas, ¿dónde están las alhajas?

—Las alhajas son mías.

Las venas de la frente del procurador no podían seguir hinchándose más:

—¡Las alhajas eran de la familia! ¡Has cometido un delito! ¡Mira, mira lo que dice el Código!

—No veo sin gafas.

Carlos le puso las suyas:

—¡Lee, crápula, lee!

La puerta se abrió de golpe y en el bufete irrumpieron Matilde, gritando, Yolanda, llorosa, y Álvaro con la pastilla y el vaso de agua de rigor:

—¡A cualquiera que se le diga, robando en su propia casa!

—¡Papá, papá!

—Don Carlos, la pastilla.

Carlos se tomó la pastilla y un sorbo de agua, alzó los ojos al techo del bufete para hacerlo testigo de su desgracia:

—¡Una familia tan unida y tan feliz! ¡Y ahora, por culpa de un viejo loco...!

—¡Yo no estoy loco!

Carlos le ordenó a Álvaro que llamara al portero para que les ayudara a bajar a la calle el artefacto, y cogiendo a su padre por las orejas, nariz contra nariz, le amenazó:

—¡Óyeme bien! ¡Ay de ti como no recuperemos las alhajas y no nos admitan la devolución de ese artefacto!

Sometido a un hábil interrogatorio por el procurador y su pasante, la resistencia del anciano no duró mucho, y Carlos, apenas conoció la dirección de la casa de compraventa, metió a su padre en el seiscientos y le pidió a Álvaro que enganchara el cochecito al cable de remolque:

—No hace falta, don Carlos —le aseguró el pasante, poniéndose el casco de motorista—. Esto es como la vespa.

Recuperar las alhajas no ofreció mayor dificultad: a cambio de ocho mil pesetas doña Paca devolvió la caja de dulce de membrillo envuelta en un razonamiento que no tenía vuelta de hoja: el cartel de la fachada decía «Doña Paca Compraventa», no «Monte de Piedad», y ella pagaba la contribución para ayudar a los necesitados y de paso ganarse la vida.

En la ortopedia ya fue otra cosa: don Hilario no tenía ningún inconveniente en aceptar la devolución del cochecito, pero se negaba en redondo a soltar las cinco mil pesetas: un contrato era un contrato y en el contrato el caso estaba previsto: si incumplía las condiciones contractuales el comprador perdía todo derecho sobre el objeto del contrato en cuestión.

—¡Usted ha abusado de la locura senil de un viejo irresponsable! Pero ¿no ve que mi padre anda?

El ortopédico le destrozó el argumento: ¿acaso no andaba él, y sin embargo se desplazaba en un seiscientos? En fin, para demostrar su buena voluntad no sólo estaba dispuesto a devolver las letras firmadas por el señor Olmedillo, sino también a dar por no oídos los insultos de Carlos y en consecuencia a no denunciarlo por difamación.

El estupor dejó a Carlos sin voz, pero Álvaro contraatacó:

—¡Ojo con nosotros, que somos abogados!

—¡No le haga caso! ¡Mi hijo sólo es procurador y este botarate es su chupatintas!
—denunció don Anselmo.

Carlos recuperaba el habla:

—Pero... pero... ¿tú has firmado unas letras?

Se lo preguntó en el mismo tono con que le hubiera preguntado si había renegado de la fe católica, y don Anselmo, acojonado, se refugió asustado detrás del ortopédico; el señor Conejo, en cambio, no se amilanó, incluso se puso chulo: las letras de cambio podían pasar a recogerlas dentro del horario de comercio, de nueve a una y de cuatro a siete; en aquel momento eran las dos menos cuarto y él tenía que comer a sus horas.

—Yo me siento mal —Carlos se apoyó en su pasante—. A casa, llévame a casa, Alvarito.

—¿Y qué hacemos con don Anselmo? —le susurró el pasante a la oreja.

—A mi padre, ni nombrarlo... Vámonos, vámonos...

Amalio les abrió la puerta y esperó a que el anciano saliera tras ellos, pero don Anselmo, en lugar de seguirlos, se fue suplicante hacia el ortopédico:

—Don Hilario, hágame un favor, guárdeme el cochecito hasta que yo encuentre un garaje...

El ortopédico se detuvo ante la cortina de la trastienda: no, no, ya estaba harto, aquella operación estaba resultando nefasta, lo mejor para los dos era que se saludaran amigablemente y no volvieran a verse.

—Yo tengo amigos, don Hilario, no me dejaran en la estacada.

—Ah, si una persona solvente le avala... Pero ahora, por favor, déjeme ir a comer. Llevo una dieta muy estricta y no puedo saltarme las horas de las comidas.

En el Museo del Prado sólo encontró a Faustino y a su sobrinito, protegidos de la lluvia por un plástico. ¿Y Julita? Julita había roto el noviazgo y no aparecía por allí. Pero ¿por qué? Faustino, tético, empezó a narrarle una historia que amenazaba con no acabar nunca: hacía un año, cuando fueron a Fátima, él y Julita hicieron amistad con una portuguesa y...

De no tener tanta prisa el señor Olmedillo se hubiera prestado gustoso a escuchar la triste historia y a consolar al muchacho, pero el señor Olmedillo tenía cosas más importantes que hacer:

—Bueno, ya os arreglaréis. Oye, ¿y Zorzano?

No. La cosa no tenía arreglo. Julita había encontrado las cartas que la portuguesa le escribía a Faustino...

—Bueno, no importa... Zorzano, ¿vendrá o no vendrá?

¿Cómo que no importaba?, protestó Faustino. Aparte de que no tenía a nadie que lo remolcara, ¿cómo iba a despachar en el puesto cuando empezara el curso y su sobrino fuera al colegio?

Avergonzado de su egoísmo el anciano jubilado le limpió la moquita con un trozo del rollo de papel higiénico que le servía de pañuelo:

—Perdona, hijo, pero yo tengo que ver a don Vicente. Es una cosa de vida o muerte.

Don Vicente estaba enfermo. Las cartas de la portuguesa eran de lo más inocentes, pero Julita era muy celosa y...

—Ya hablaré yo con Julita, no te preocupes —don Anselmo se alejaba hacia la parada de taxis—. Pero otro día, otro día...

Bajo la lluvia el palacete no parecía tan acogedor como aquel domingo soleado en que lo vio por primera vez, y don Anselmo estuvo a punto de volver a subir al taxi. Porque ¿le permitirían llegar a la habitación del enfermo? Y aunque se lo permitieran, ¿qué hacía, si la marquesa estaba presente? Bueno, primero hablaría con Zorzano: el chófer de don Vicente debía conocer los usos y costumbres de aquella gente, él le ayudaría.

—Buenos días. Por favor, ¿el señor Zorzano?

El portero que custodiaba la cancela del jardín lo echó sin miramientos:

—Puerta de servicio.

—Ah, claro. Perdone, perdone.

Rodeó la verja del jardín y las paredes del edificio hasta encontrarse con un frutero que descargaba mercancía ante la puerta de la parte trasera. En las cocinas, a aquella hora silenciosa, un pinche le informó de que el chófer de don Vicente estaba en el garaje.

—¡Don Anselmo, cuánto tiempo sin verlo! Pase, pase, no se quede ahí, que se moja.

—Querido Zorzano... No sabe usted la alegría que me da verle.

Zorzano dejó sobre el banco de herramientas la llave inglesa que tenía en la mano y estrechó la del visitante:

—¿Y don Vicente? Me ha dicho Faustino que anda pachucho.

—¿Pachucho? Lo que está es bien jodido.

Al señor Olmedillo se le cayó el alma a los pies.

—Vaya por Dios.

El chófer sacó de un armario una botella de vino, dos vasos de papel y una lata de anchoas y entró en detalles: en un descuido de su madre don Vicente se había bebido las colonias, esencias y lociones del tocador de la marquesa y estaba lleno de agujeros por dentro.

—Venga, una anchoíta.

Menos mal que no pudieron echarle la culpa a él, porque, claro, Zorzano no tenía acceso al dormitorio de la marquesa. Y lo más triste era que don Vicente se había bebido toda aquella porquería sólo para vengarse de su madre: ¿recordaba don Anselmo que la marquesa les prohibió que participaran en las carreras del Retiro?

—Pruebe, pruebe este vino.

Pues don Vicente no se lo perdonó a su madre, y como cuando quería era más listo que Lepe, con el pretexto de que quería darle un beso se hizo llevar a su dormitorio por una doncella, y aprovechando que la marquesa dormía la siesta se le bebió el tocador.

—La pena es que estoy a dieta de pan, que es lo que más engorda. Porque con pan, claro, se pone uno a untar y... ¿Usted sabe que el mejor aceite de España es el que viene con las anchoas?

Un suicidio. Zorzano estaba convencido de que don Vicente quiso suicidarse para que la madre se sintiera culpable el resto de su vida. ¡Bastante le hubiera importado a ella, con el corazón de piedra que tenía!

—Bueno, hombre. Y qué, ¿se quedó con el cochecito?

Don Anselmo se había tomado la anchoa y el vino sin darse cuenta de lo que hacía, quizá sin oír a Zorzano: estaba grogui desde el mismo momento en que comprendió la inutilidad de su visita:

—La entrada ya la pagué, pero el señor Conejo me pide un aval para las letras y yo venía convencido de que don Vicente...

—¿Don Vicente? No me haga usted reír. ¿No le dije que tocante al dinero es una fiera?

—Ya. Pero como sólo se trataba de avalar...

—Vamos a ver: ¿usted no tiene un hijo?

—Zorzano: tocante al dinero, mi hijo es peor que don Vicente.

—Bueno, pero como sólo se trata de avalar...

El señor Olmedillo se levantó de la banqueta y despidiéndose con un vago gesto de la mano salió del garaje.

—Crea usted que lo siento. Si yo pudiera...

La voz del chófer sonaba sincera. Don Anselmo se detuvo bajo la lluvia y se volvió esperanzado hacia el bondadoso Zorzano:

—¿Y no puede, querido Zorzano?

No podía. Eso fue lo que le respondió, negando con la cabeza y cerrando la puerta del garaje.

El toro, en sus ansias por cubrir a la vaca, resbalaba, mugía y no atinaba a enfiarle su larguísimo, delgadísimo y rojísimo miembro:

—Venga, Agustín, échale una mano, que se nos va a desgraciar.

Agustín se hizo cargo del espectacular aparato, lo asestó frente a la vagina de la vaca y le sacudió al semental una palmada en las ancas:

—Ya es tuya, Bocanegra.

—¿Has visto, Anselmo? —se congratuló el señor Lucas con el jubilado—. El mejor mamporrero de Madrid.

—Ya, ya. Oye...

El lechero, extasiado en la contemplación del acto de la generación, envidiaba al toro:

—Qué vida, Anselmo. ¿Te imaginas, si nos hubieran dado a nosotros tantas facilidades? ¡No se nos habría ido viva ni una!

—Lucas, que es una cosa importante.

Cuando, por fin, el señor Lucas se prestó a escucharle, y el jubilado le expuso su problema y le formuló su petición, el lechero reaccionó peor que Zorzano: al menos Zorzano no cometió la impertinencia de darle la razón al procurador.

—Pero ¿tú te has vuelto loco? ¿Para qué necesitas un cochecito, si andas perfectamente? Tu hijo tiene toda la razón, si te fallan las piernas usa un bastón.

—Sí, hombre. Y cuando os vais al Pardo yo os sigo con el bastón.

—Además, yo no te puedo avalar nada. La firma la tienen mis hijas.

—¿Y qué hago, Lucas, qué hago?

—Tú, no sé. Pero yo me voy a hacer una foto, tengo que renovar el carnet del Real Madrid.

Don Anselmo, vencido, dejó de insistir:

—Está bien. De paso, llévame a casa.

—Pero ¡si puedes andar!

—Ya. Pero no quiero.

Yolanda se acordaba de regar las macetas sólo cuando diluviaba: «Andá —decía—,

ya está lloviendo, voy a regar las macetas». Y regando el geranio regalo de Alvarito estaba cuando en la calle se oyó el petardeo del cochecito del señor Lucas y vio a su abuelo encaramado en la trasera:

—¡Papá, mamá, el abuelo está otra vez con los paralíticos!

Abajo, el señor Lucas detenía su vehículo ante el portal y le apremiaba a su pasajero:

—Venga, baja, ya estás en casa.

Y el jubilado, que se había hecho transportar con la esperanza de ablandar al lechero, insistía:

—Lucas, por última vez te lo pido. No quiero dinero, lo único que quiero es tu aval. Yo soy una persona seria, no te dejaré mal, lo sabes.

—¡Baja, baja, que viene tu hijo!

Carlos, seguido por Álvaro, salió del portal y se fue como una flecha hacia los ancianos:

—¡Baja de ahí ahora mismo!

—¡No me da la gana! —don Anselmo se abrazó por detrás al señor Lucas.

—¡Baja, coño, no me comprometas! —lo rechazó el lechero.

—Papá, no demos un espectáculo.

—¡Vámonos, Lucas, que me quiere pegar!

La portera, el dueño de la tienda de ultramarinos de al lado, un soldado y unas niñas iban formando corro.

—Se acabó. Cógelo, Alvarito.

Matilde y Yolanda, desde detrás de los visillos, vieron cómo entre el procurador y el pasante lo llevan en vilo hasta el portal. Yolanda se pavoneó:

—¿Has visto qué fuerza tiene Alvarito?

—Hija, cada día estás más tonta —concluyó su madre dándole un beso.

El *Corazón*, de Edmondo de Amicis, incluía entre otras historias ejemplares la de «El pequeño escribiente florentino»: en la hermosa ciudad del Arno vivía un escribiente especializado en rellenar las fajas que llevaban los periódicos de los suscriptores; cuando, con el pasar de los años, la vista se le debilitaba y disminuía su capacidad de trabajo, un hijo suyo de corta edad se pasaba las noches en claro falsificando la letra paterna en las dichas fajas, y el niño lo hacía tan bien que a la mañana siguiente el padre no se daba cuenta del engaño.

El señor Olmedillo recordó la conmovedora historia mientras dedicaba la noche y parte de la madrugada a ejercitarse en la falsificación de la firma de su hijo, y al recordarla su singular sentido del humor le arrancó una de aquellas risitas suyas.

Álvaro se presentó al trabajo vestido de tuno: por la tarde actuaba con la Estudiantina de Derecho en un acto de hermandad hispano-portuguesa: la Tuna de Derecho tocaría *Ay, Portugal, por qué te quiero tanto* y la banda de tambores y trompetas de las Moçidades Portuguesas interpretaría *La española cuando besa es que besa de verdad*. Al menos eso es lo que le decía a Yolanda mientras se ensañaba con las tostadas de pan y mantequilla.

—Pero ¿tú crees que es serio que a tus años sigas tocando la pandereta? —le preguntó, agrio, el procurador.

—Papá, no empieces.

En albornoz y con la cabeza llena de rulos, Yolanda le cosía una cinta a la capa del tuno.

—Ni empiezo ni acabo. Es que esta mañana vamos a los Tribunales y no me parece serio que mi pasante se presente con esta facha —apuró su café con leche y apremió a Álvaro—: Y date prisa, que me tienes que buscar los papeles del caso Cabrera.

—Come, cuchichi; ya sabes cómo es —lo arrulló Yolanda apenas su padre salió de la cocina.

—No, no, quita, que el caso Cabrera es muy importante.

—¿Y me vas a dejar sola?

—Anda, termina de coser la cinta —al apartarla aprovechó para tantearle un pecho—. Oye, con eso de la gimnasia se te están poniendo durísimos.

Ella le dio un manotazo, coqueta:

—Tocón, que eres un tocón...

En el despacho, frente a frente con el enorme crucifijo que convertía la mesa en una especie de Gólgota judicial, el procurador metía unos legajos en la cartera.

—El caso Cabrera, Alvarito.

—Lo tengo localizado, don Carlos —el pasante se puso la pandereta bajo el brazo y subido en una silla rebuscó entre los archivadores.

—¿Como cuánto de localizado?

El sarcasmo de su jefe sobraba. Pero, claro, Álvaro no lo podía decir:

—Aquí está, don Carlos. Es que se había traspapelado un poco.

Carlos hojeó la carpeta.

—Digo, don Carlos, que quería ir con mi madre a comprarme un traje. Y ya estamos a cinco.

—¿A cinco? —el procurador lo dijo tan asombrado como si hubiera oído «Y ya estamos a treinta y dos»—. ¡Qué barbaridad, cómo pasan los meses!

Con admirable desenvoltura Alvarito abrió un cajón de la mesa, sacó una pequeña caja fuerte y la colocó ante Carlos.

—No sé, no sé —el procurador cabeceaba buscando la llavecita en su llavero—.

Yo creo que hago mal pagándote. Porque tú, con esto del sueldecito fijo, te abandonas a la molicie y no terminas la carrera.

—Don Carlos: yo estudio, pero los catedráticos...

—Menos pandereta, Alvarito. Los años pasan y el hombre, llegado a una edad, tiene que formar una familia —había separado unos billetes, pero le costaba soltarlos—. ¿Cómo lo quieres?

—Me es igual, don Carlos.

—No, no, dime cómo lo quieres.

—Que me da lo mismo, de verdad —y volvió a la frase que su jefe no le dejó terminar—. Son los catedráticos, don Carlos. Como no tengo recomendación, pues...

—Ya, ya —Carlos contaba los billetes por tercera vez—. Pero yo creo que es hora de que no vayas por ahí dando saltos con la pandereta. Porque Yolanda, ya ves...

Se cortó al ver entrar a su hija con la capa:

—Toma —se la puso al pasante—: Verás lo que te he bordado en la cinta.

—¿Qué me has puesto? —Álvaro intentó buscarla entre las docenas y docenas que colgaban de la capa.

—¡Ah, misterio!

—Alvarito: ¿quieres o no quieres cobrar?

Carlos sacudía los billetes en la mano; las ternezas de los enamorados lo ponían malo, un día se lo había dicho a su mujer: «Se me salen las almorranas cuando los veo sobándose».

—Muchas gracias, don Carlos.

—Yolandita, anda a vestirte. ¿Y la mamá?

Yolanda jugueteaba con las cintas de la capa de Álvaro.

—Tenía hora en el dentista.

Fuera sonó el timbre de la puerta del piso.

—Voy, voy.

Como le costó lo suyo librarse de su pegajosa novia, cuando el pasante se asomó al vestíbulo, Asun ya atendía al tipo de bata blanca y gafas negras que conocieron en la ortopedia.

—Dígale al señor Olmedillo que se trata del cochecito.

Álvaro retrocedió para denunciar al visitante, pero Carlos había oído la frase y ya se acercaba sigiloso a la ventanilla ovalada; Yolanda, a su espalda, creyó oportuno refugiarse en los brazos de Álvaro.

—Por el amor de Dios... —don Anselmo salía del baño subiéndose los pantalones y empujaba a Amalio hacia el rellano de la escalera—. ¡Aquí no! ¡Fuera, fuera!

Carlos esperó a que la pareja saliera. Luego, con un gesto de espía cinematográfico, ordenó a Álvaro y a Yolanda que lo siguieran y pegó la oreja a la rendija de la puerta de entrada al piso.

—Dígame, Amalio, dígame —pedía don Anselmo, ya sobre el felpudo.

—De parte de don Hilario que si no recoge hoy el cochecito pierde usted todos los derechos.

El jubilado le rogaba con gestos que bajara la voz:

—Es que hay un enfermo... Dígale a don Hilario que mañana sin falta lo recojo.

—Dice don Hilario que ya ha esperado bastante.

—Mañana, mañana.

—No, no, no. Perdona la expresión, pero mi jefe está hasta los huevos. O sea: que se presenta usted hoy con el aval o se queda sin coche.

Carlos abrió la puerta de un tirón y zarandeando a su padre llenó el hueco de la escalera con sus gritos:

—¡Este viejo anda, y salta, y corre! ¡Y yo lo voy a inhabilitar para que no pueda cometer más dislates! ¡Dígaselo al sinvergüenza de su jefe, dígale que se le ha acabado este momio! ¡Dígame que...!

No pudo seguir: la cabeza le estallaba, le faltaba aire —«La pastilla, la pastilla»— gimió, y cayó de culo en el escalón. Yolanda corrió a buscar la pastilla y Álvaro extendió un brazo indicándole a Amalio las escaleras:

—Usted, ¡a la calle!

El gesto, magnífico, se degradó considerablemente al entrechocar las sonajas de la pandereta que tenía en la mano, pero Amalio se precipitó escaleras abajo y a punto estuvo de arrollar a Matilde, que volvía del dentista con el excelente humor de quien acababa de perder una muela.

—¡Carlos! ¡Háblame! ¿Qué te ha pasado?

—El cochecito... El maldito cochecito —resumió sin resuello el procurador. Y con una aviesa mirada a su padre le juró—: O yo no me llamo Carlos, o mañana te interno.

Matilde, ayudándole a levantarse y a entrar en casa, lo jaleó:

—¡A ver si es verdad! ¡Que choquee en un asilo, que para eso están!

—¡Has hecho llorar a tu padre! —gimoteó don Anselmo trotando hacia su dormitorio; Yolanda, que llegaba con la pastilla y el agua, dio por hecho el destierro del abuelo y se alborozó:

—Mamá, mamá, ¿puedo quedarme con su cuarto?

Una hora más tarde, a solas en la casa con la criada, el anciano descerrajaba la caja del dinero y se apropiaba de su contenido: dos mil quinientas cincuenta y cinco pesetas en billetes y treinta y siete mil trescientas en el saldo del talonario de cheques de su hijo. Luego bajó a la droguería de enfrente, compró un matarratas de toda garantía y volvió a casa decididísimo a envenenar el cocido madrileño. Porque era jueves y los jueves, en aquella casa, se comía siempre cocido madrileño.

—Al asilo... Como un pobre de pedir limosna... —gimió levantando la tapadera de la olla.

—Deje en paz las tapaderas; hay cocido —le regañó Asun, que entró en la cocina al sorprenderlo junto a los fogones.

El señor Olmedillo disimuló, pero apenas la criada se dio la vuelta volcó en la olla el matarratas. Sorbiéndose las lágrimas —quería bien a la chica y sentía mucho lo que le iba a suceder apenas tomara el primer sorbo de la sopa— se encerró en su cuarto, extendió un talón por el precio del cochecito y firmó «Carlos Olmedillo» con la soltura y habilidad adquiridas la noche que dedicó a imitar la firma de su hijo para falsificar el aval.

De la ortopedia salió don Anselmo festejado por las zalemas del ortopédico y con el depósito del cochecito lleno de gasolina —cortesía de la casa—, y rumbo a la vaquería del señor Lucas el anciano espantó de su cabeza el menor asomo de arrepentimiento: bastante tenía con solucionar o eludir los problemas que le planteaba el tráfico:

—Al asilo... Después de haberme sacrificado por ellos toda la vida...

El otoño parecía asentarse, y el otoño, cuando se asentaba, era la mejor estación del año en aquel Madrid de tórridos veranos, gélidos inviernos y revueltas primaveras: reuniría al grupo e irían a jugar a la rana a aquel aguaducho cercano al pinar donde lo abandonaron la tarde que se conocieron. Bueno, pero, al llegar a la vaquería, ¿qué hacía? Lo importante era que el puñetero lechero —don Anselmo no olvidaba, no, su negativa a avalarlo— se pusiera amarillo de envidia al ver el cochecito. ¿Se apeaba y entraba a pie a buscarlo? ¿O se quedaba sentado y tocando el claxon hasta que saliera? La respuesta era obvia: de apearse, nada.

Y ya ante la puerta se lio a tocar el claxon hasta que salieron, primero las hijas del señor Lucas, luego el mozo Agustín, y finalmente el mismísimo cascarrabias y mal amigo:

—¿Has visto?

—Pero ¿quién te ha dado el aval?

—Eso no importa. Lo que importa es que ya lo tengo.

—Pero ¿es tuyo?

—¡Mío, mío! —don Anselmo se palmeó el pecho, orgulloso—. Y mejor que el tuyo.

—Y que lo diga —terció Agustín, que lo examinaba sentado en su taburete de ordeñar—. Éste es marciano, señor Lucas.

—Presencia, todo presencia. Venga, te echo una carrera.

El señor Olmedillo estaba seguro de ganarla, pero ya se había divertido bastante a costa de la envidia del lechero. Mejor reunirse con los amigos y luego ir a jugar a la rana.

A Perico, el pescadero, lo recogieron en su puesto del Mercado de Maravillas; Arcadio, el rentista, bajó de su casa al oír el estruendo de los dos cláxones tocando a dúo; Pedro dejó la relojería a cargo de su hermano y los acompañó a buscar a Pepe, el de Tomelloso, que era vecino suyo. ¿Y Zorzano y don Vicente? Fallecido su hijo, la marquesa había echado a Zorzano, y de Zorzano no se sabía nada. ¿Y Faustino y Julita?

Encontraron a Faustino, solo, en su puestecito del Museo del Prado: Julita seguía sin dar señales de vida y su sobrino estaba en el colegio. Indiferente a las novedades que le aportaban los excursionistas se negó a celebrar el estreno del cochecito de don Anselmo y se encogió de hombros al conocer la muerte del pobre don Vicente:

—Para muerto, yo —dijo, muy seco, y les volvió la espalda.

De nada sirvió que intentaran animarlo con las sandeces inventadas para paliar las penas de amor: quien perdía a una mujer no sabía lo que ganaba, un hombre soltero era siempre un cheque en blanco, un clavo sacaba otro clavo, y Angelines, la hermana pequeña de la mujer del dueño del aguaducho de la rana, estaba tremenda.

—Que no.

—Pues muy bien. Vámonos —decidió el señor Lucas, impaciente por salir a la carretera.

—Pero ¿lo vamos a dejar solo? —preguntó don Anselmo al ver que los demás ponían en marcha sus motores.

—Déjalo, él sabrá lo que hace.

—Además, ya es mayor. Si no quiere venir, que no venga.

—¡Arriba, caballo moro!

El grupo arrancó haciendo chanzas a cuenta de los infelices amores del chico y censurando la inconsecuencia del jubilado, que después de haberlos embarcado en la excursión se quedaba en Madrid, y atacó la canción de los *boyscouts*:

*Don Paco les ha dicho
a los exploradores
no vayan con las chicas
y no les echen flores...
El otro día en el instituto,
me dijo un chico de corazón,
que si quería ser su amante,
que si quería ser su amor...*

Cuando el coro y el petardeo de sus motores se perdieron entre los rumores del tráfico, Faustino se volvió hacia don Anselmo:

—¿Por qué no va con ellos?

—Porque yo sé lo que es quedarse solo, Faustino.

El muchacho lo miraba con ojos de perro agradecido, como si deseara lamerle la mano, y el señor Olmedillo cambió de tono:

—Bueno, bueno, ¿qué pasa con Julita?

—Nada. Ya le he devuelto las fotos. ¿Me suena, por favor?

Don Anselmo le limpió los mocos con el papel higiénico:

—A ver si me entero: tú, ¿a quién quieres, a la portuguesa o a Julita?

—A ninguna. Son todas iguales.

—Pero ¿tú has hablado claro con Julita?

Faustino bajó la cabeza y la sacudió con rabia:

—¡Dice que no me quiero casar!

El jubilado le metió en el bolsillo el rollo del papel higiénico y se dispuso a recogerle el puesto:

—¿Dónde vive Julita?

—Pero ¿qué hace?

—Venga, el cable de remolque.

En la placita suburbial, a los sonos de la tonadilla sentimental que interpretaba una pareja de ciegos, Faustino esperaba el resultado de la embajada del señor Olmedillo. Con muchas ganas de llorar, porque el banjo del ciego y el bombo y los platillos de la ciega le estaban destrozando el corazón.

—No vale la pena, don Anselmo —oyó la voz de Julita—, yo no lo quiero ni ver.

Don Anselmo, ayudado por una señora enlutada de pies a cabeza, sacaba de una casa de una planta el cochecito de Julita.

—Pero ¿por qué tienen que estar siempre como el perro y el gato, con lo que se quieren? —se lamentó la mujer, mientras colocaban los coches de los jóvenes uno al lado del otro.

—Tranquila, señora, que yo los obligo a hacer las paces —le garantizó el anciano—. Usted a lo suyo, no se le quemen las sardinas.

—Un beso, hija.

—Adiós, madre.

La buena señora entró en su casa y don Anselmo, cogiendo la cabeza de Julita, la obligó a mirar a Faustino: entre la música, la emoción de ver a su amada y la mota de polvo que se le había metido en un ojo, el chico ya tenía los ojos húmedos.

—Míralo. ¿Te das cuenta de lo que le estás haciendo sufrir?

—Yo no quiero verlo. Yo he salido a ver su cochecito. Que por cierto, es precioso.

—Hablando se entiende la gente, Julita.

—Con éste, no.

—Que sí, Julita, que me ha dicho que se quiere casar —mintió tranquilamente el señor Olmedillo mientras enganchaba el cable del cochecito del muchacho al de la chica.

—Eso dice siempre, pero luego no hace más que darme largas. Y yo no estoy para perder el tiempo.

—¡Si yo lo hago por ti, para no sacrificarte! —Faustino, en su rabia, hizo un trémolo—. ¿Qué porvenir te espera conmigo?

—Disculpas.

Don Anselmo ya se había subido a su coche.

—¿Estamos?

Miró a los novios. Faustino sacudía violentamente la cabeza, lo único que podía mover:

—No me quiere, no me quiere, no me quiere... —volvió hacia don Anselmo el rostro empapado en lágrimas—. ¡Lléveme al Viaducto, que yo me tiro!

Julita, enternecida, le cogió la cara entre las manos y hablándole como si fuera un bebé se la cubrió de besitos:

—Serás gilipollas...

Para disimular su conmoción, el señor Olmedillo lanzó el grito del lechero:

—¡Arriba, caballo moro!

Los cochecitos se pusieron en marcha, el del jubilado con la suavidad de un Mercedes Benz; el de Julita, que rateaba, arrastrando a tirones el de Faustino.

Los ciegos dejaron de dar la murga. La madre de Julita, convencida de que habían tocado exclusivamente para amenizar la reconciliación de los enamorados, les echó desde la ventana veinticinco céntimos.

El señor Olmedillo se separó de la feliz pareja al llegar a Cibeles, y mientras los novios seguían hacia el Museo del Prado aparcó en el Paseo de Recoletos: el reloj de Correos marcaba las tres y media, el del Banco de España las cuatro menos veinticinco y el suyo las tres y cuarto.

¿Qué iba a hacer ahora? Si su familia se había dado cuenta de que la comida sabía mal, no podía volver, y si el matarratas había funcionado, tampoco. ¿Por qué no telefoneaba? Al menos saldría de la duda, cualquier respuesta sería más llevadera que aquella terrible incertidumbre.

Dejó el cochecito en la puerta de una taberna de la calle Almirante y se abrió un hueco entre los clientes que tomaban café en el mostrador; conseguir la ficha no le llevó ni un minuto, pero el teléfono estaba ocupado por un pelmazo que le explicaba a alguien el lujo del nuevo espectáculo de Celia Gámez, que estaba muy mayor, pero tan artista como siempre. Don Anselmo trató de explicarle que debía llamar a su familia, pero el pelmazo le volvió la espalda, metió más monedas en la ranura y pasó a relatarle a su interlocutor el argumento de la revista.

¿Y si se acercaba a su casa? Los criminales volvían siempre al lugar del crimen: podía dejar aparcado el cochecito en una bocacalle, asomar la nariz desde una esquina, esperar a ver si se producía algún movimiento en el portal. Pero, claro, en el caso de que el veneno hubiera hecho efecto, podían pasar horas, quizá días, antes de que se descubrieran los cadáveres. ¡Qué horror, qué horror!, se espantó imaginándolos ya en estado de putrefacción.

Entró en la plaza del Dos de Mayo, aparcó en la esquina de Ruiz y remontó la calle con aquel trotecillo cochinerero que se permitía en los casos de urgencia. Antes de llegar a la esquina con Malasaña oyó las voces y los gritos. Sobreponiéndose a sus temores asomó un ojo desde la esquina: el corro de curiosos que rodeaba a una ambulancia abría paso a las camillas que iban saliendo del portal de su casa: una, dos, tres, cuatro, cinco. O sea: que el botarate de Alvarito también había comido cocido: eso fue todo lo que pensó antes de arrear calle abajo.

El sol poniente alargaba las sombras de la pareja de la Guardia Civil apostada en la carretera; en cien kilómetros a la redonda constituían la única presencia vertical en el paisaje estepario. Llevaban dos horas esperando, apoyados los traseros en las barras de sus bicicletas, cuando los alertó el lejano petardeo de un motor; el cabo le pegó la última chupada a la colilla que le colgaba del labio y previno a su compañero:

—Debe de ser ése.

El puntito negro que apareció en la lejanía creció hasta convertirse en un caballero mayor, con sombrero y gabardina, tripulante de un cochecito de inválido. El cabo alzó una mano y el vehículo se detuvo:

—Buenas tardes —balbuceó el anciano.

—Documentación, por favor.

—Sí, señor.

Tras echarle una ojeada a los papeles, el cabo le preguntó lo que ya sabía:

—¿Se llama usted?

—Anselmo Olmedillo.

—¿De dónde viene?

—De Madrid.

—¿Y dónde se dirige a estas horas?

—Por ahí...

El señor Olmedillo había respondido sabedor de lo que le esperaba.

—Dé la vuelta, por favor.

—Sí, señor.

Don Anselmo hizo un elegante giro en «U»:

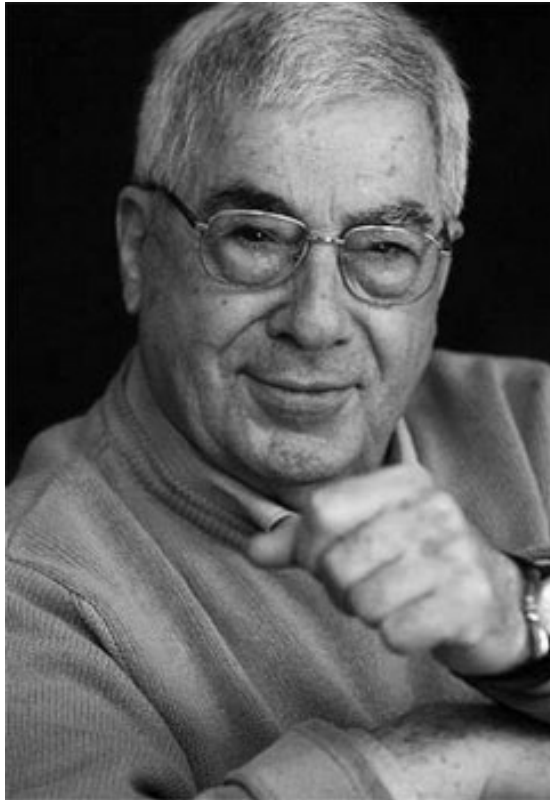
—¿Arranco?

—Arranque.

Los guardias se agarraron a la trasera del cochecito, cada uno a un lado, y se dejaron remolcar encantados de no tener que darle a los pedales. El detenido volvió la cabeza hacia el cabo y formuló un desesperado deseo en una humilde pregunta:

—¿Me dejarán tener el cochecito en la cárcel?

Al fondo se encendían las luces de la ciudad.



Rafael Azcona (Logroño, 1926-Madrid, 2008) abandonó su ciudad natal a los veinticuatro años para instalarse en Madrid, donde colaboró con textos y dibujos en varios diarios y revistas, principalmente en *La Codorniz*. En los años cincuenta escribió media docena de libros que aparecieron en colecciones de humor, y su personaje de «El repelente niño Vicente» fue muy popular en aquella época. Al cine aterrizó, según decía, «por azar», y llegó a ser uno de los mejores guionistas cinematográficos europeos y un hombre esencial en el cine español. Escribió más de ochenta películas, fue Premio Nacional de Cine, recibió el Goya de Honor de la Academia de las Artes y Ciencias Cinematográficas y obtuvo la Medalla de Oro de las Bellas Artes.